



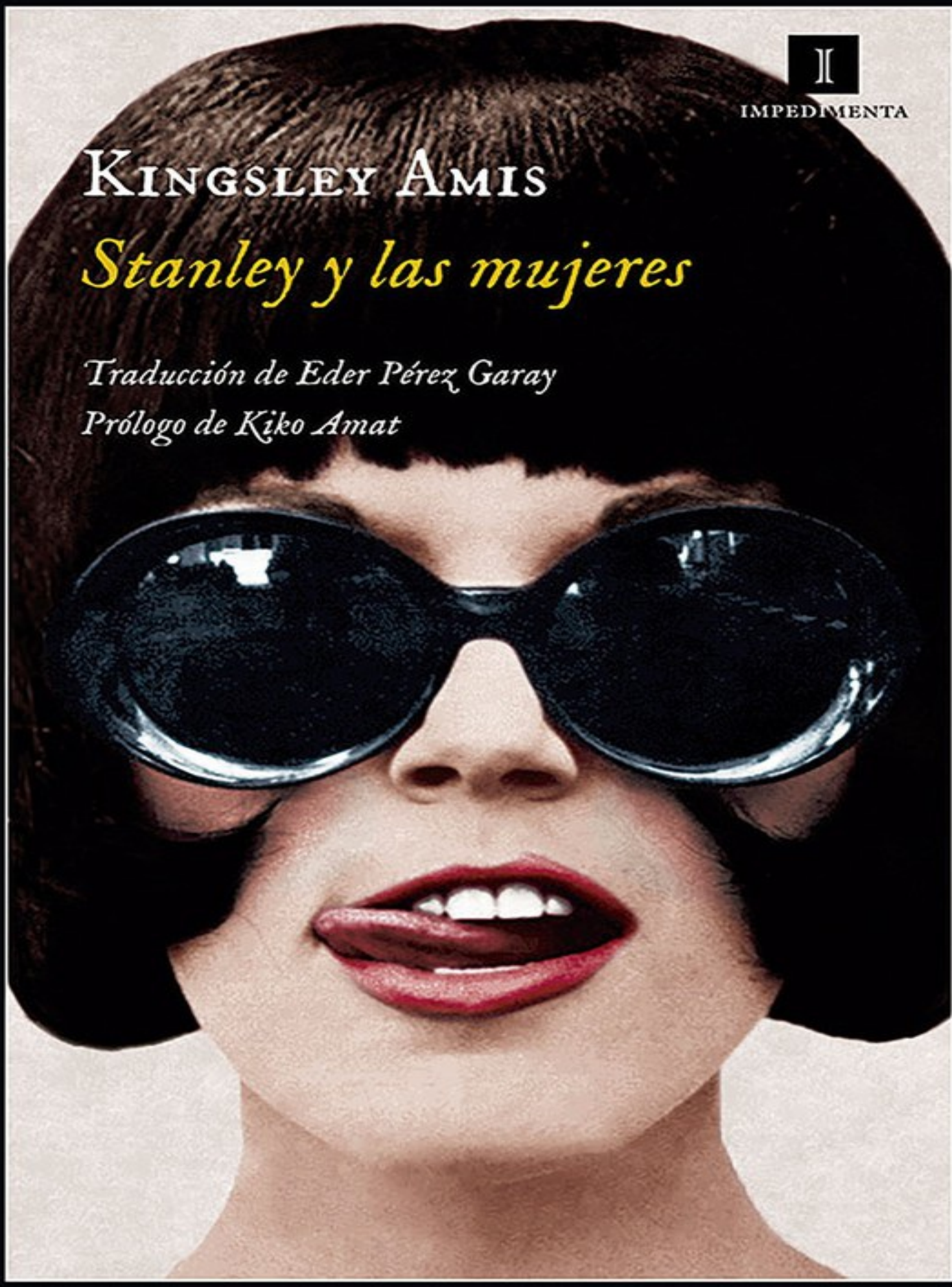
IMPEDIMENTA

KINGSLEY AMIS

Stanley y las mujeres

Traducción de Eder Pérez Garay

Prólogo de Kiko Amat



STANLEY Y LAS MUJERES



KINGSLEY AMIS

*Traducción del inglés a cargo de
Eder Pérez Garay*

*Prólogo a cargo de
Kiko Amat*



IMPEDIMENTA

Una ácida comedia negra del inimitable Kingsley Amis. Una diatriba sobre la locura, el alcohol, el sur de Londres, el thatcherismo y la guerra de los sexos.

Una obra poderosa, impactante, magníficamente escrita, lo mejor de Amis hasta ahora.

ANTHONY BURGESS, THE OBSERVER

PRÓLOGO



KINGSLEY AMIS Y STANLEY *Y LAS MUJERES: UN CASO CLÍNICO*

O: cómo escribir un libro de divorcio, inventar la novela borde, suicidarte artísticamente y molestar a tus enemigos (pero también a tus amigos)

por Kiko Amat

1. *Stanley y las mujeres* es la novela más extraña de Kingsley Amis. Su existencia está enmarcada entre dos sucesos clave, que la sujetan como un sándwich por detrás y por delante: una rebanada es el divorcio holocáustico de su segunda mujer, la actriz y escritora Elizabeth Jane Howard; la otra rebanada, la posterior, es la siguiente novela que escribió, *Los viejos demonios* (1986), que fue premiada con el Booker Prize y que algunos consideran su mayor logro (junto a, claro está, *Lucky Jim*, su cegador debut de 1954). En esa posición tan poco agraciada, tan poco cómoda, *Stanley y las mujeres* puede considerarse como lo que tal vez sea: un esputo verduoso, purulento, que Amis alojaba en su garganta y que necesitaba sacarse de dentro para poder seguir adelante, para volver a escribir desde la cordura y la compasión.

En música pop se habla a menudo de discos de divorcio: álbumes que se grabaron en mitad de separaciones agrias, a las puertas de juzgados; discos que eran cartas de despecho, recriminación y revancha al cónyuge. *Rumours*, de Fleetwood Mac (un grupo formado por dos parejas; un disco grabado en mitad de dos divorcios), el *Blonde on Blonde*, de Bob Dylan, o el *Here, my dear*, de Marvin Gaye. Elepés oscuros y abismales, descarnados, que eran a la vez documentos del viaje por la sima que atravesaba el artista. *Stanley y las*

mujeres debe, y solo puede, leerse bajo la misma luz. Como un libro de divorcio.

Ese divorcio —acerbo y sangriento y ulcerante— es la pupa donde se gestó *Stanley y las mujeres*. Un lugar angosto, sin ventanas, a ratos irrespirable, dominado por miasmáticas corrientes de rencor y dolor, que moldeó al Amis más agrio que se había visto hasta la fecha. El autor jamás había sido un angelito, vaya eso por delante, era orgulloso y arrogante y tenía una boca grande,[1] por lo que jamás andaba escaso de detractores y enemigos personales (Evelyn Waugh le llamó «escoria», para gran regocijo del propio Kingsley). Sí, Amis era un tipo ácido hasta el punto de la corrosión, le encantaba ser odiado por la gente que él odiaba[2] y estaba siempre arremangado para la trifulca. No era un cursi, o un pusilánime; desde luego no era un blando. Pero incluso así, *Stanley y las mujeres* es una nueva vuelta de tuerca; tal vez la definitiva. Era un paso radical incluso para Kingsley Amis. El autor no volvería a estar jamás tan cegado por la rabia, su máquina de escribir no volvería a dejar el charco de veneno humeante que dejó tras la escritura de este, en cierto modo, temible libro.

2. *Stanley y las mujeres* no es una novela amable. Ya se lo estaban oliendo. Todo lector debe abrirlo sabiendo que es un libro escrito desde la ira[3] y la pena. Y asimismo, algunas de las mejores creaciones de la historia se realizaron con esos dos condicionantes. Es solo que la ira de Kingsley Amis en *Stanley y las mujeres* le llevó hasta el borde de un precipicio de insania maliciosa. Algunos libros son interesantes y válidos solo por la psicosis y la manía (como *The SCUM Manifesto*, de Valerie Solanas; casos de estudio, vaya), otros a pesar de ella. *Stanley y las mujeres* es un libro de la segunda opción. Para disfrutarlo del todo, el lector y seguidor de Amis va a tener que sortear —o aceptar con benevolencia— los dos o tres cimientos temáticos que fueron consecuencia directa del divorcio y consiguiente depresión del autor. Stanley esgrime teorías e ideas que a ratos son descabelladas y a ratos certeras. Huelga decir que, independientemente de la ira temporal que dominaba al autor, no todas sus opiniones son disparates.

Una es, por supuesto, el ataque frontal a las mujeres; o lo que su hijo,

Martin Amis, definió en *Experiencia* como «misoginia programática». Naturalmente, esta «misoginia» de Amis solo puede leerse desde el dolor y la rabia paranoica. Un biógrafo de Amis describía acertadamente la novela como «un aullido de dolor y decepción». Es un libro que es un grito: el de un hombre destrozado, cegado por la impotencia y la sensación de pérdida irrecuperable de un amor. En ese contexto, resulta difícil fiscalizar al escritor. En el código penal existen varios atenuantes de la responsabilidad delictiva: el «miedo insuperable», por ejemplo, o «tener alterada la percepción de la realidad». Podría decirse que la decimoctava novela del autor debería juzgarse haciendo uso de atenuantes parecidos a estos. Pues su autor escribió atizado por un dolor sicótico, y su visión del mundo (y del otro sexo) se pringó de las vísceras malolientes de aquel matrimonio fallido. Arriesgaré un símil: Sherwood Anderson decía en *Winesburg, Ohio* que a un personaje «le sucedió algo que le hizo odiar la vida, y la odió con todo su corazón, como un poeta». Esto podría aplicarse al Amis de *Stanley*, con una salvedad: así como Anderson, en su libro, es el hombre compasivo que observa al hombre lleno de odio, el autor de *Stanley y las mujeres* es, precisamente, aquel hombre lleno de odio. Un odio que le domina, y que se ve incapaz de domar.

Pero no nos engañemos. Incluso visto bajo esa luz, sigue siendo un libro malicioso. Inaugura un nuevo género: la novela borde. Martin Amis la describió como «una novelita perversa en todos los sentidos: ácida, innecesaria, despiadadamente bien estructurada. Y hay algo de innoble en su ejecución». Stanley Duke es uno de los protagonistas más antipáticos que se han visto jamás en literatura. A ratos da cierto repelús. Supera incluso al protagonista despreciable por definición, el Bob Slocum del *Algo* ha pasado, de Joseph Heller, un libro que Kurt Vonnegut definió como «el más infeliz que se ha escrito nunca». Vonnegut afirmó que parecía que el autor hubiese hecho todo lo posible para que nos cayese mal el protagonista, y el lector debía cumplir con esa voluntad.

En *Stanley y las mujeres* tampoco nos queda otro remedio que odiar a Stanley. Es lo que Kingsley, me temo, deseaba. Cuando Susan, la segunda mujer, le llama «Malnacido. Canalla. Basura», el lector no siente el impulso

de levantarse del taburete para correr en su defensa. Cuando Nowell, la primera mujer, suelta «eres un buen tío, Stanley», el lector tiene que reprimir el impulso de levantar la mano, ponerse en pie y listar el nutrido catálogo de razones por las que Stanley no es, ni será jamás, «un buen tío». Ni falta que hace. Los «buenos tíos» no son protagonistas inolvidables. Los «buenos tíos» difícilmente serán capaces de escribir novelas memorables.

3. Además de cortejar el odio a Stanley, el autor también anhela irritarnos; salta a la vista. Muchas de las frases de la novela van dirigidas a gente que le caía mal o le había hecho daño, en realidad o en su imaginación, fuesen personas físicas o colectivos enteros. Irritar a la gente que le irritaba parece haber sido uno de los motores de Kingsley Amis, el hombre y artista, y por extensión de *Stanley y las mujeres*. ¿Saben aquel momento de una discusión (conyugal, política, artística, lo que sea) en que uno dice algo absolutamente descabellado y filo-criminal solo porque sabe que va a molestar al oponente? [4] Kingsley Amis se enfrentó a la obra con esa voluntad: decir lo más espantoso y ofensivo que se le pasaba por la cabeza, a ver si alguien se escandalizaba. Y lo consiguió, claro. Especialmente con las célebres últimas diez páginas de misoginia casi punible por la ley, que aún hoy chocan, espeluznan y dejan boquiabierto (pero que, insisto, solo pueden ser leídas mediante el binomio: pena enloquecedora + ansia de contrariar). Marilyn Butler dijo en su crítica del libro para el *London Review of Books* que Amis había «creado un mundo en el que solo los hombres parecen comunicarse unos con otros, y su tema favorito es su aversión a las mujeres». Y se quedó corta.[5]

4. Existe una similitud adicional con Joseph Heller: en *Algo ha pasado*, Slocum tenía un hijo que era deficiente mental. En el libro de Amis, el hijo de su primer matrimonio sufre un brote de esquizofrenia. La locura, de hecho, es un tema recurrente en la novela.[6] Los protagonistas de ambos libros se parecen también en que, como dijo Vonnegut, son «cruels con el niño». O tal vez eso sea ir demasiado lejos, al menos en el caso de Stanley. Tal vez Stanley no sea cruel con el niño; pero tampoco desborda compasión,

si exceptuamos un par de escenas fugaces en las que sí parece capaz de conmoverse.

La compasión, de la que Amis había hecho gala en muchas novelas previas, y que volvería a florecer en *Los viejos demonios*, justo después del bache, brilla por su ausencia aquí. «Me habría gustado asestarle un puñetazo y tumbarlo en el suelo (...) —nos dice de su hijo esquizofrénico—, por ser un maldito incordio, por estar embotado y fuera de sus cabales, vagando continuamente por la casa (...), y por haberme arrebatado y arruinado la vida.» Es bien sabido que los familiares de enfermos, mentales o no, a menudo se resienten de la posición de niñeras en que la enfermedad los ha colocado. Pero pocas veces alguien había expresado un resentimiento callado como ese con tal honestidad: terrible, cruda, casi insoportable. Con esa radical ausencia de empatía (una ausencia, por otro lado, de lo más humana). Esa honestidad despellejada es uno de los más firmes valores de la novela. Amis gira el revólver y lo vuelve contra sí mismo en más de una ocasión. Se contempla en el espejo, y lo que ve no le agrada. «Esto te viene como anillo al dedo, mojón, muerto de hambre —le espeta Susan al abandonarle—. No me explico cómo he podido aguantarte tanto tiempo, con esos modos de patán en la mesa y la afición a la bebida (...). No tienes clase y, por lo tanto, no respetas a las mujeres.» Quizá sea esta una novela de odio, pero ello incluye el odio a uno mismo.

5. Stanley solo se permite, ya que hablamos de ello, una modalidad de compasión: la que está dirigida hacia él. *Stanley y las mujeres* está plagado de deliciosa autocompasión. Como decían en *Eva al desnudo*: «Estás llena de sensiblería y autocompasión. Estás magnífica». Stanley también está magnífico en esa autocompasión desatada, solo que en ella no hay el menor asomo de sensiblería ni melindres. Es un lamento paranoico en el que el protagonista se ve como la víctima inocente, o como mínimo disculpable, de una conspiración de gente idiota. Y sobre todo de mujeres, muchas mujeres; malévolas, semidementes o arteras: «Las mujeres son como los rusos —dice Stanley, citando a un amigo—, si haces siempre lo que ellas dicen, estarás siendo realista, constructivo y promoviendo la paz en el mundo, pero basta

que les plantes cara una sola vez para que te acusen de recurrir a tácticas de guerra fría, de perseguir designios imperialistas y de entrometerte en sus asuntos». Stanley está firmemente convencido de que las Susans y Nowells (sus dos mujeres, ex y presente) y doctoras Collings de este mundo viven para mortificarle y hacer de su vida un infierno. Incluso cuando una de ellas es víctima de una agresión (no avanzaré spoilers), Stanley empieza a dudar de si se la ha autoinfligido para así poner en marcha los engranajes de un nuevo y ominoso plan anti-Stanley.

Sí, Stanley puede ser, como decíamos, asaz abofeteable. A menudo recuerda al Reginald Perrin de David Nobbs, solo que con la dulzura o el entrañable patetismo extirpados. Es rencoroso, impaciente, malicioso, siempre cree tener razón, siempre tiene la última palabra, desprecia a los ignorantes, los tontos, los proletarios, los presuntuosos, los cobardes, los mediocres, los pijos, la gente del norte de Londres, la gente del sur de Londres, la mayoría de la gente, con especial énfasis en la clase jurídica, la clase médica y muchísimas más clases (sin contar al sexo opuesto, contra el que, naturalmente, va dirigida la novela).

Tampoco siente un gran amor por lo foráneo, que digamos. Kingsley Amis ya había narrado su desprecio por lo extranjero en *I Like it Here* (1958),[7] su autobiográfica descripción de un viaje a Portugal, y en *Stanley* vuelve a las andadas al asegurar que «un estadounidense es capaz de decir cualquier cosa si le das tiempo», que Penang es «un país infecto, lejano e irrelevante», que cierto doctor asiático «tenía muy pocas pintas de médico y más de dedicarse a cargar mercancías en barcos o en trenes, probablemente en otro país» (y otro asiático, al teléfono, tiene voz de «cerdo agridulce»), que ese es un «paki»,[8] que el otro es «tremendamente judío» y aquel de más allá «asombrosamente judío»... Y así todo el rato. Su posición chauvinista es tan exagerada, tan Basil Fawlty en pleno ataque de nervios, que el lector no puede sino concluir que tales arrebatos tienen intención paródica.[9]

6. Hablemos claro, ahora: cuando todo está dicho y hecho, una obra solo puede ser juzgada por su valor artístico. Viaje al final de la noche, de Louis-Ferdinand Céline, es una de las más espléndidas novelas jamás escritas,

aunque de vez en cuando mencione a prestamistas de nariz larguirucha y atufe a indocumentado antisemitismo de pueblo y racismo paranoico. Esa es una, si no la más importante, distinción que conviene hacer entre libros que esgrimen valores cuestionables: ¿es, o no es, arte?

Stanley y las mujeres no es el Viaje al final de la noche, de acuerdo, pero sí es una novela válida, muy bien escrita, rítmica y adictiva. Sería la mejor novela de muchos escritores. Su cénit. En el caso de Kingsley no es así, claro; pero solo por una injusta comparación con el resto de su carrera.

Stanley esgrime teorías e ideas que a ratos son descabelladas y a ratos certeras. Huelga decir que, independientemente de la ira temporal que le dominaba, no todas sus opiniones son disparates. Como dijo su hijo Martin (en *Experiencia*), «la crítica de la condición femenina que rezuman *Jake's Thing* y *Stanley y las mujeres* no carece de interés o pertinencia (ambas novelas son siniestramente vigorosas). Pero tampoco equilibra la cuestión...», etc. Es decir: no se trata de que todo lo que el autor aduce sea falso; lo que sucede es que rechaza —para joder, asumimos— ofrecer una contrapartida o un contexto. Una y otra vez nos relata las pequeñas indignidades y encerronas a las que las mujeres someten a Stanley, pero pasa muy veloz por encima de que el protagonista sea un adúltero en serie, un padre deficiente (tirando a glacial, cuando menos)[10] y un adicto a lo que uno de sus interlocutores define como «el gran refugio (...). El gran consuelo. El gran protector»: es decir, el bebercio.

El libro es fantástico en cada fragmento en que el autor olvida que acaba de divorciarse del amor de su vida. O cuando no aparece ninguna integrante del sexo opuesto. Por supuesto, en un libro titulado ... y las mujeres, eso no sucede tan a menudo como sería deseable. Al leer la novela es posible que al lector le sobrevenga lo mismo que sucede con las películas de Montgomery Clift post-accidente automovilístico: uno es incapaz de concentrarse en la trama, y solo es capaz de apostar morbosamente por dónde vendrá el siguiente tic facial del actor. En el caso de *Stanley*, el tic son las críticas a las mujeres, por supuesto, que tanto él como el resto de adláteres de sexo masculino imparten con gran generosidad a la mínima de cambio.

Pero cada vez que el lector se siente inclinado a hinchar las mejillas y

soltar aire, aparece de sopetón una nueva genialidad, una sección ensamblada de forma impecable, una nueva ráfaga de humor negro. Un humor tan negro que (como dijo Vonnegut de Heller) parece que le hayan extirpado la parte del humor. Son perfectamente cómicas todas las escenas de oficina, con las llamadas al chino «Re Chong Cho», de Penang; la borrachera en la barcaza; las diatribas alcoholizadas de Bert; las reflexiones sobre literatura, cine, música. Kingsley saca la cabeza en cada mención a un colega de profesión: cuando su hijo Steve destroza un libro, es el Herzog, de Saul Bellow; cuando Bert le dice que algunas cosas le quitan las ganas de follar, una de ellas es «si te hablan de Harold Pinter en plena faena».

No, Martin Amis no iba tan errado al decir que su padre era el «mejor novelista humorístico de su generación». Y eso es *Stanley y las mujeres*: una novela humorística de primer orden y de lo más amarga, con una comicidad que emerge de un lugar negruzco y lacerado; certera, violenta (llena de la «violencia del vencido», como afirmó Martin en *Experiencia*), y, ante todo, exenta por completo de cursilería, neutralidad o pusilanimidad. Muchos afirmarían que todo ello son signos de victoria narrativa. Y no estarían tan equivocados; pese a los numerosos baches del camino.

Mi única sugerencia al lector es que tome esos baches novelísticos como lo que son: heridas de guerra. Y que no se detenga demasiado en ellas, las deformidades, sino que continúe admirando el tejido intacto, el modo en que aún funcionan el resto de las articulaciones, lo ágil del trote. Merece la pena.

KIKO AMAT

Barcelona, julio de 2017

[1]. Para colmo, había ido escorándose hacia la derecha cada vez más. Para cuando escribió *Stanley y las mujeres*, sus tiernos años de comunista quedaban muy lejos. Amis defendía la intervención estadounidense en Vietnam y la existencia de las armas nucleares. Y el fin de los subsidios culturales o artísticos.

[2]. «En su vida pública, Kingsley siempre había sido alguien “a la contra”, alguien que cortejaba la impopularidad. Ahora trataba de llevar su arte al foro.» De *Experiencia*, de Martin Amis.

[3]. «Un gruñido de desencanto», como la llamó Martin Amis en *Experiencia*.

[4]. Su hijo Martin, de nuevo, dijo que las novelas de la primera época postJane «estaban empezando a sonar como una larga discusión de esas que acaban adentrándose en la noche de forma interminable».

[5]. Butler fue benigna en su crítica, e incluso le atribuyó una intención paródica a esa «aversión». Pero

- cuando Martin Amis le mencionó a su padre la insinuación de que *Stanley* era «pro-femenina, después de todo», añadiendo «una gilipollez, ¿no te parece?», Kingsley solo afirmó: «Por supuesto».
- [6]. Aunque Kingsley utiliza la enfermedad para el mal: «¿Diría usted (...) que los locos de verdad no están recluidos en psiquiátricos, como su hijo, sino que esos locos son... las mujeres, o al menos ciertas mujeres?».
- [7]. Muchas novelas de Amis son anti-algo. *I Like it Here* era anti-*abroad*. *Un inglés gordo* era anti-niños. *Lucky Jim* era anti-académicos. *Stanley*... En fin, no hace falta repetirlo.
- [8]. En inglés es un epíteto ofensivo.
- [9]. Por desgracia, Kingsley nos jorobó esta teoría al declarar en una entrevista que su antisemitismo era «moderado». Lo que no es precisamente una afirmación tranquilizadora.
- [10]. Al contrario que el propio Kingsley, merece la pena apuntar, quien según se desprende de varias fuentes fue un padre cariñoso e inspirador, así como «un abuelo atento, aunque inmóvil» *Experiencia*.

STANLEY Y LAS MUJERES

A Hilly

ECLOSIÓN

Fue una de las veladas más exitosas de Susan. Tras las semanas de sol y calor de finales de junio y julio, el tiempo había refrescado, por lo que algunos invitados —en especial las mujeres— debieron de agradecer las velas de la mesa del comedor. La estancia, que había ordenado redecorar recientemente, parecía luminosa y alegre. El ambiente era placentero y amistoso, y todos contribuían de alguna manera a la conversación. La señora Shillibeer, la asistente, cocinó el primer plato —sopa fría de aguacate con pedacitos de pimiento rojo— bajo la supervisión de Susan, y tuvo una gran acogida. Como la tuvo el salmón frío con pepinos, mayonesa casera y una salsa de aceitunas molidas que también elaboró ella. El festín fue regado con un excelente borgoña blanco, cuatro botellas entre los ocho comensales, amén de una copita de un vino dulce del Ródano con frambuesas y crema por cabeza. Cuando Susan los llevó al piso de arriba para tomar el café, todos se sentían en plena forma.

La sala de estar de la primera planta tenía el techo bajo y una distribución poco práctica, pero Susan se había esmerado en convertirla en un lugar agradable, adornándola con lámparas cuidadosamente elegidas, además de alfombras y vistosos cojines. Cada uno de los cuadros que colgaban de las paredes tenía, en cierto modo, un significado especial para ella, pues eran obra de artistas a los que conocía o regalos de amigos. En un mueble de madera hecho a medida descansaban los vinilos —música de orquesta, instrumental y de cámara en su mayoría—, junto a parte del equipo de alta

fidelidad, un tanto anticuado. Sin embargo, como era de esperar, había libros por todas partes. No de ciencia o de historia, pero sí alguna que otra biografía, unos cuantos ensayos y, por supuesto, una gran cantidad de obras de teatro, poesía, novelas y relatos. Sus dos recopilaciones de artículos se encontraban en medio de los ensayos.

La mayoría eran ejemplares para reseñar que distintas editoriales enviaban a la sección de libros del *Sunday Chronicle*. Algunos los vendía por lotes cada cierto tiempo para conseguir un provechoso sobresueldo que, en cierto modo, compensaba sus emolumentos como asistente del redactor jefe de las páginas literarias. Aunque jamás conseguiría compensarlo del todo, habida cuenta de que desempeñaba buena parte del trabajo que correspondía a su jefe, además del suyo propio. El viejo Robbie Leishman Jamieson, por supuesto, estaba entre los asistentes a la velada que se celebraba aquella noche; es más, Susan la había organizado pensando en él. Entre los invitados se contaban también un novelista estadounidense, un escritor novel de ciencia ficción o algún otro género por el estilo y sus respectivas esposas. Robbie, arrellanado en el sofá gris pálido de terciopelo con un vaso tallado de whisky de malta en la mano, era el centro de atención. Susan no dejaba de animarle para que les contase las mejores anécdotas de Evelyn Waugh, en particular la referida a Noël Coward y el nuncio papal (tuvieron que explicársela a la mujer del novelista estadounidense).

De Susan se decía que, a estas alturas de la vida y tras haber conseguido superar un duro bache en el pasado, las cosas no le iban demasiado mal. Todavía era joven cuando se casó con un tipo del que nadie parecía saber gran cosa, un pintor o ilustrador de libros fracasado con el que había contraído matrimonio, según ella misma relataba, para fastidiar a sus familiares, y del que se divorció en cuanto descubrió que a estos no les faltaba razón. Después de aquel desatino, convivió durante seis años con un dramaturgo de izquierdas algo más reconocido, pero no llegaron a casarse, puesto que él ya tenía esposa y, pese a ser progresista, era católico y no se encontraba entre los partidarios del divorcio. La relación duró hasta finales del 78, cuando su mujer enfermó y él volvió con ella. El 12 de febrero de 1980 Susan se casó con su segundo, y actual, marido, y ese mismo año nos

mudamos a una casona victoriana de ladrillo, cerca del estanque de Hampstead, que fue en tiempos propiedad de un anticuario y poeta menor de la época.

Susan cumplió treinta y ocho años dos semanas antes de la fiesta en honor a Robbie Jamieson. A simple vista, no parecía más que una mujer alta que caminaba algo escorada, con las manos a la altura de los codos y el ceño fruncido. Pestañeaba más de la cuenta y solía morderse el labio superior y envolverlo con el inferior, como en un gesto de duda. Cuando se ponía alguna de sus rebecas grises o uno de sus tristonos vestidos oscuros de verano, podría haber pasado por una bibliotecaria o incluso por una secretaria municipal, pero solo durante un segundo, hasta que alguien reparaba en ella. En las distancias cortas, como durante una conversación, uno se daba cuenta de que en realidad era más joven de lo que parecía, de que tenía buen tipo y unos rasgos bastante atractivos: los ojos grandes de color castaño claro, la boca perfilada de una forma muy peculiar y el pelo oscuro y brillante, quizá un poco encanecido, aunque no tanto como para ocultar la intensidad del negro original. Era una mujer inteligente, nerviosa y divertida, hasta se diría que entregada o leal cuando dedicaba a alguien toda su atención. Se podía afirmar que en cierto modo conservaba su inocencia y, también, su belleza. Es verdad que carecía de esa expresión retraída que suele observarse en las mujeres hermosas, pero alguna palabra debía utilizar para definir el conjunto de sus atributos —tan especiales que ni siquiera se veían versiones peores—, y la más corriente, «bella», se me antojaba la más acertada. En cualquier caso, siempre que me pongo a reflexionar sobre el asunto, llego a la misma conclusión, y aquella noche, mientras la ayudaba a llevar las tazas de café y los vasos a la cocina después de que los invitados se hubieran marchado, le dije que estaba muy guapa.

—¡Qué bien! —dijo, besándome—. ¿De verdad te lo parece? ¿Incluso con estas pintas?

—No sé a qué te refieres —repuse.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no te has dado cuenta de que llevo algo que se asemeja peligrosamente a un camisón pasado de moda y de que ni siquiera me he pasado un peine por el cabello?

—No he hecho ningún comentario al respecto. ¿O sí lo he hecho?

—¡No hacía falta, hombretón! Cuando la anfitriona, o sea, yo, ha aparecido en la fiesta, irradiabas desaprobación. Cortés, pero desaprobación al fin y al cabo. Te habrá durado unos tres segundos más o menos.

—Pues yo no creo que haya irradiado nada en absoluto. Eres tú la que te has imaginado que me sentía así, que no es lo mismo.

—Bueno, pero tengo razón, ¿o no? Así que lo mismo da que me lo haya imaginado o que en realidad fuera cierto que desapruebas mi atuendo... Y no es que me queje, te lo prometo.

—No creo que sea egoísta ni motivo de chanza ni que me convierta en un judío o en un gánster que me guste ver a mi mujer arreglada y derrochando estilo —repliqué—. Y eso incluiría un vestido bastante más caro que el que llevas. Y mucho más aparente. Además de unos pendientes o algo...

—Claro que no es motivo de chanza, querido... En realidad, me parece adorable por tu parte, pero ya sabes que soy un caso perdido. Me acabaría derramando la sopa encima de unos trapitos tan caros. De hecho, ya me he manchado, mira... —Acercó un extremo de la falda a la luz—. Más bien parece mayonesa. ¡Mierda!

Me las ingeníé para cambiar de tema. A pesar de lo que acababa de decir, Susan siempre llevaba el pelo bien cortado y arreglado, aunque su despreocupación por la apariencia no podía ser más firme en todo lo demás. Esta actitud guardaba una estrecha relación con sus ideas sobre el arte y su condición de escritora, el núcleo de su existencia, en el que nunca quiso que me entrometiera. A mí me parecía una pena no sacarle el máximo partido a un cutis tan extraordinario y con tan buen color como el suyo, pero siempre he sido un gran defensor de dejar a la gente decidir sobre su propio aspecto y, en todo caso, poco podía haber hecho yo. De modo que cuando me preguntó de mil maneras diferentes si creía que la velada había sido un éxito, no solo respondí lo que quería oír, sino que lo afirmé con todo el énfasis que fui capaz de reunir. Sabía a ciencia cierta que el menú había causado sensación, que el viejo Robbie lo había pasado en grande, que los estadounidenses habían caído en gracia y además se habían divertido, y muchas más cosas por el estilo, aunque a decir verdad no me pareció que

Susan albergara demasiadas dudas respecto a su rotundo éxito esta vez. Para entonces, habíamos terminado de llevar las cosas a la cocina y estábamos de vuelta en la sala de estar.

—¿Nos tomamos un último trago? —propuse.

—¿Por qué no? —dijo Susan, arrugando el rostro.

Le serví un brandy cortito y me puse a mí un whisky escocés con agua, también corto. Caí entonces en la cuenta de que ya me había bebido unos cuantos aquella noche.

—Ay, el buenazo de Stanley... —dijo con una voz ligeramente soñadora—. Sin él nada de esto habría sido posible.

—¿A qué te refieres? Si lo has organizado tú todo.

—Justo a eso me refiero.

—Cierto que me he encargado de los vinos, y creo que puedo arrogarme parte del mérito. El moscatel de Beaumes-de-Venise, en concreto, nunca falla. Creo que incluso al viejo Robbie le ha gustado, ¿no te parece?

—Querido, lo que intento decirte es que te agradezco que hayas permitido que la noche se haya desarrollado justo como yo pretendía, sin entrometerte, a pesar de que estas veladas no son para nada de tu agrado. Y lo mismo has hecho conmigo: dejarme vivir a mi manera, en la medida de tus posibilidades, aunque no siempre haya sido, me figuro, la vida de tus sueños.

Nos miramos. Ella sonrió y entrecerró los ojos, un gesto típico suyo.

—No me habrás oído quejarme —dije—. ¿Puedo sentarme contigo?

—Vamos arriba.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando sonó el timbre de la puerta principal, un zumbido corto, pero no lo suficiente.

—¡Mierda! —protestó Susan, tan molesta por la interrupción como yo.

No había nadie al otro lado del telefonillo cuando lo descolgué de la pared, pero tampoco silencio, sino más bien un sonido que se parecía al rumor estrepitoso de una caracola. Repetí mi «hola» unas cuantas veces más, pero seguí sin escuchar respuesta alguna.

—Será algún borracho que vuelve a casa —dijo Susan.

—No lo creo, a estas horas... Lo mismo uno de los invitados se ha dejado algo... Más vale que vaya a mirar.

La puerta principal estaba al fondo de un breve pasillo acristalado, sobre un desnivel del terreno. La abrí, eché un vistazo alrededor y ni siquiera cuando me asomé al exterior vi nada que no fueran farolas y algún coche aparcado. Estaba ya a punto de regresar cuando oí algo, una o dos palabras susurradas con voz de hombre. Dije «hola» una vez más, pero tampoco esta vez obtuve respuesta. Entonces, tras otro silencio, escuché de nuevo la misma voz titubeante.

—¿Papá?

—¡Steve!

No podía ser nadie más, pero seguí sin reconocer la voz. Supe que algo iba mal antes incluso de que pudiera siquiera elucubrar una sola razón, y al mismo tiempo sentí que la leve sensación de embriaguez que me embargaba segundos antes se había esfumado por completo. Tras caminar unos metros calle arriba me encontré con mi hijo junto al garaje de la casa de al lado, o quizá acabara de doblar la esquina. Por entonces tenía diecinueve años y era un chaval más alto, más rubio y menos calvo que yo, por supuesto. Vestía su conjunto habitual: chaqueta y pantalones oscuros y una camisa clara con el cuello abierto. Me dio la impresión de que evitaba mirarme a los ojos, aunque no podía estar seguro bajo la luz escasa e intermitente de las farolas. Esta vez no nos abrazamos como solíamos.

—Me alegro de verte...

—¿Te importa que pase un momento?

—Claro que no. ¡Qué alegría, Steve! ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Bebida, cama, comida? Lo que quieras, dentro de lo razonable...

Y entonces me di la vuelta para regresar a casa, pero él no se movió del sitio.

—Hay gente dentro, ¿no?

—No. La ha habido, pero ya se han marchado todos. Estamos Susan y yo solos. Íbamos...

—¿Conservas las fotografías a color que hice en España aquel año?

—Oye, es cierto, ¿no se suponía que estabais en España? Tú y..., ¿cómo se llama?, tú y Mandy. ¿Cómo es que no estáis allí? ¿No llegasteis a ir o qué?

—¡Ah, sí...! Lo que pasa es que necesitaba aclarar las ideas.

—¿Cómo? —Esto último me mantuvo un rato preocupado, hasta que decidí catalogarlo como una más de esas expresiones huecas que él y sus amigos se sacaban de la manga y agotaban al cabo de usarlas continuamente semanas o meses—. ¿Pero llegasteis? ¿Cuándo habéis vuelto?

—Justo ahora.

—Querrás decir hoy.

—Justo ahora. Acabo de llegar a Victoria y he venido andando.

—¿Todo el trecho desde Victoria? No puede ser. Serán como unos...

Unos diez kilómetros, calculé después, y en su mayor parte cuesta arriba. Pero no parecía que Steve estuviera para calcular distancias ni nada por el estilo. Permaneció en el asfalto como si estuviera haciendo cola para comprar algo, sin mirarme directamente. No es que estuviera frío o arisco, sino que más bien se me antojaba desprovisto del interés cordial que siempre solía mostrar por su interlocutor, quienquiera que este fuera. De repente me sentí un perfecto idiota, un padre desastroso, entrometido, tiquismiquis y torpe que se dedicaba a atosigar a su hijo con preguntas banales sobre taxis y autobuses, sobre su equipaje o por qué no había llamado. En realidad tenía en la cabeza otras tantas preguntas —bastante más duras— acerca de su estado de ánimo, pero estas últimas se quedaron donde estaban.

—¿Entramos? —dije casi por decir, como si lo último que quisiera en el mundo fuera presionarle a hacer algo que no deseaba (no sabía muy bien por qué).

—De acuerdo.

Nos encontramos a Susan en el vestíbulo.

—Estaba... Oh, Steve, hola... Eras tú... ¡Qué maravilla, cariño! —dijo—. Te hacíamos de viaje. —Me tranquilizó que Susan no pareciera advertir nada fuera de lo normal, ni siquiera cuando fue a abrazarle y la primera reacción de Steve fue apartarse. Prosiguió—: Tu padre y yo estábamos tomando un último trago arriba. ¿Llegaste a ir a España al final? ¿Dónde era? No me refiero a ese maldito lugar al que van todos los británicos, ¿cómo se llama? No, Torremolinos no. En fin, es un consuelo... Dicen que está todo muy barato por allí.

Continuamos nuestra conversación en los sofás del piso superior y Steve

empezó a espabilarse. No era el de antes, pero su actitud bastó para convencerme de que tan solo estaba cansado, o tal vez avergonzado por alguna razón que no tardaría en revelarnos en cuanto se relajara un poco, si bien yo sabía que no era un chico dado al cansancio ni a la vergüenza. Pero entonces Susan se acercó a él con la intención de hacerle un gesto de cariño (a nadie se le habría ocurrido pensar otra cosa) y yo me di cuenta de que hizo un ademán de repliegue.

—Cuéntame, Steve —dijo—, ¿Mandy sigue leyendo *La mujer del teniente francés*? Recuerdo que me dijiste que lo llevaba a todas partes. Es un gran libro, ya lo creo que sí... —Por su tono y actitud Susan parecía toda una experta en disimular las emociones. Mostraba una extrema delicadeza con Steve y apenas se le notaba el esfuerzo, aunque me imagino que no debía de resultar fácil para ella: su acento, por ejemplo, era bastante peor que el mío. [11] Fui plenamente consciente de que tenía buena mano para este tipo de asuntos cuando, después de un largo e incómodo silencio, comenzó a hablar.

—Mandy y yo no tenemos gran cosa que decirnos, ya sabéis a lo que me refiero... Vamos, que no tenemos problema para hablar, eso no, pero lo cierto es que no conseguimos comunicarnos. Así que llegó un momento en que pensé: «Esto no va a ninguna parte». Pero todo siguió tal cual, como si nada, y acabé por concluir que sería mejor que intentase aclarar mis ideas, ya sabéis, poner en orden las cosas, antes de tomar una decisión definitiva. Porque esto es algo que debo hacer solo, ordenar la...

Le llevó un tiempo soltarlo y, de hecho, intercaló varios silencios antes de arrancarse a hablar. En cierto modo, tenía su gracia el contraste entre la importancia que Susan y yo quisimos conceder a su relato y lo que al final terminó contándonos, pero yo pensé que, dadas la originalidad y la elocuencia propias de su generación —o cualquier otra cosa—, tampoco era para tanto. Lo que más duro me resultó, mientras permanecía sentado escuchándole, no fueron sus palabras, ni siquiera el tono que utilizó, arrastrado y desgano, aunque no más que el de cualquier persona cansada de tener que dar explicaciones y con ganas de acostarse tras una larga caminata. No. Lo realmente duro fue verle prescindir de los sonidos inarticulados y de los sutiles movimientos faciales y corporales que nos

acompañan cuando hablamos, de esos consabidos gestos que nos permiten hacernos entender. Nunca pensé que un cambio a mal pudiera resultar tan evidente y menos aún que, una vez lo hube advertido, fuera a llevarme alrededor de medio minuto caer en la cuenta de lo que allí sucedía. Aunque si bien es cierto que Steve frunció el ceño mientras hablaba, lo hizo durante un breve espacio de tiempo y contra nada en particular, o quizá yo no llegué a percatarme de cuál fue el motivo. Por lo demás, carecía de toda expresividad; incluso cuando dijo aquello de «aclarar las ideas» fue incapaz, pese a que creí que lo haría, de dirigirme un gesto de reconocimiento con respecto a la conversación que habíamos mantenido fuera, aunque él sabía que me divertía —o me espantaba— que hubiera repetido palabra por palabra la misma expresión. Esa fue la peor parte.

—Deduzco que has dejado de salir con Mandy —dijo Susan con acierto.

—Bueno, tampoco es que me pierda gran cosa.

—Y ella, ¿se va a quedar en España una temporada?

—... Decidir lo que tengo que hacer.

Hubo otro silencio. Me tranquilizó que se pusiera en pie de un salto, sin el menor síntoma de cansancio, pero, de repente, en apenas un segundo, recayó en la desgana y la abstracción. Farfulló algo sobre un vaso de agua.

—Por supuesto —dije, mirando al otro lado de la sala, donde solíamos guardar la bandeja con las botellas de Malvern y Perrier, pero esta se encontraba abajo, con el resto del menaje—. Lo siento, no está...

—No pasa nada, ya voy yo.

—¿Se puede saber qué le ocurre? —preguntó Susan cuando Steve ya había salido.

—Está agotado. Ha venido caminando desde Victoria, o al menos eso ha dicho...

Casi como si hubiéramos estado esperando con impaciencia la ocasión, pasamos a repartirnos los papeles de fiscal y abogado defensor. Susan seguía preguntándose por qué no había cogido un autobús o un taxi. Por las colas en la estación, repuse. ¿Ni una llamada siquiera? Los de su generación son así. ¿Y por qué no trae equipaje? A esto no supe qué responder. No llegamos a acalorarnos, ni mucho menos, pero así y todo resultó extraño, más aún

teniendo en cuenta que Susan había hecho un gran esfuerzo por comprender a Steve, y además parecían llevarse perfectamente. Bien mirado, quizá no fuera tan extraño, sino la consecuencia lógica de ser padre y madrastra, y tal vez algo anticuados. Desistí en cuanto Susan mencionó el pasaporte.

—No —respondí—. No creo que lo lleve encima. Ni tampoco dinero.

—Bueno, podrías... —Se interrumpió a sí misma—. Entonces es imposible que haya venido de España. ¿Dónde habrá estado?

—No tengo ni idea... Creo que voy a ir a por una cerveza.

—No te culpo —dijo ella, que sabía que lo de la cerveza era un pretexto para seguir a Steve de cerca.

Cuando llegué al pie de la escalera, los zarandeos y las sacudidas de las cañerías retumbando en las paredes y por toda la casa me produjeron la misma sensación de cuando uno está en un barco de vapor de esos que cruzaban el Canal. Una vez en la cocina, oí el sonido del agua cayendo en el fregadero. Enseguida vi los charcos, no muy extensos ni profundos, en el suelo y la encimera. Al entrar descubrí a Steve contribuyendo a la inundación con el bamboleo de un vaso. Lo sujetaba con una mano y parecía afanarse en aclararlo a conciencia, una y otra vez. Incómodo por haber bajado a espiarle, pasé por delante de él en dirección a la nevera, saqué una lata de cerveza rubia Carlsberg y la abrí. Él sabía que yo estaba ahí, pero pareció darle igual, o quizá no tanto, puesto que cerró el grifo y volvió a abrirlo el tiempo justo para llenar el vaso, bebérselo de un trago y llenarlo de nuevo dejando correr el chorro al máximo, aunque sin el menor signo de estar disfrutando. Parecía que hubiese hecho una apuesta con alguien sobre la cantidad de vasos que podía beber. Obviamente, yo no tenía forma de saber cuántos se había bebido antes de que yo llegara.

Cuando estaba a punto de empezar la cuarta ronda, cogí uno de los vasos, eché en él la cerveza y tiré la lata a la basura. A partir de ese momento me sentí de más en la cocina y traté de obligarme a salir de allí. Quizá debí haber dicho algo. Recordé haber leído en alguna parte que los hijos pueden llegar a apreciar en cierto modo la disciplina.

—Vente a tomar un trago de escocés. —Procuré imprimir delicadeza y tacto

a mis palabras—. Tanta agua no puede ser buena.

Me miró por primera vez. Fue una mirada fulminante que duró menos de un segundo. «¡Me cago en Dios!», gritó, tan alto que di un respingo. Tras un extraño instante de duda, lanzó el vaso medio lleno contra el suelo y salió pitando de la cocina. Al cabo, oí un portazo suave en su antigua habitación, en la última planta de la casa.

Susan me encontró barriendo los pedazos de cristal. Quise quitarle hierro a lo ocurrido, hacerlo pasar por un episodio normal y corriente, pero fracasé de pleno. Ella me escuchó con atención y al final me dijo, en un tono bastante razonable, que nadie en su sano juicio querría ni necesitaría beber tanta agua. Y a mí no me quedó otra que darle la razón.

—Eso de estrellar vasos de agua contra el suelo no es normal en él, ¿verdad? —preguntó Susan—. No, esa es la cuestión.

Steve era un chaval tranquilo y afable, capaz de salir airoso de enfados y frustraciones —cierto que no tanto entonces como de niño—, y nunca había manifestado impulsos violentos de ningún tipo.

—No parece que esté... Algo le ha sacado de sus casillas.

—Por supuesto que algo le ha sacado de sus casillas —dijo Susan, y asintió con la cabeza varias veces. Sin duda ella había creído que la frase escondía más de lo que quise decir al pronunciarla—. Te apuesto lo que quieras a que sé de dónde viene, y ese lugar está muy lejos de España, salvo que *ella* también haya estado allí. Eso lo explicaría todo, supongo.

Se refería a Nowell, mi exmujer y madre de Steve, casada en segundas nupcias con un tal Hutchinson. Me dejó por él en 1974 y desde entonces, o más bien desde que concluyó el embrollo legal subsiguiente, no nos habíamos vuelto a ver más que en un par de ocasiones. Steve rara vez la mencionaba y yo había dejado de preguntar por ella hacía mucho.

—No lo sé. Dudo que se vean demasiado.

—¿Y qué me dices de aquella vez que apareció sin avisar, después de un partido de críquet, y no habló en toda la tarde? Resultó que su madre había estado colocada todo el tiempo que había pasado con ella en el piso de Shepherd's Bush. ¿No te acuerdas?

En diferentes circunstancias habría disfrutado, como tantas otras veces, del

tono de voz con el que mi mujer se refería a Nowell. No había en él rastro de hostilidad. Solía referirse a ella de un modo bastante objetivo, aunque tal vez un tanto interesado, poniendo la misma cara que habría puesto de haber estado leyendo en alto frente a la familia.

—Sí, pero eso fue hace años. —Me pregunté si habría sido capaz de continuar con su discurso si alguna vez hubiera coincidido, aunque fueran cinco minutos, con Nowell.

—¿Y la excursión del colegio? —Susan me miró y recobró su tono de voz habitual, aunque me habló algo más bajo que de costumbre—. ¿Qué crees que ha ocurrido? Dímelo tú.

—No sé qué pensar. Quizá haya discutido con Mandy. No es que lleven mucho tiempo juntos, pero...

—¿Tres meses? Juraría que eso es mucho tiempo en sus mundos, ¿tú no?

—Sí.

Finalmente, apagamos las luces, cerramos las ventanas y subimos a nuestra habitación, en la segunda planta. La de Steve se encontraba en el mismo piso, junto a un tramo en curva de las escaleras. Traté de recordar si la cama estaba hecha, pero enseguida me dije que había suficientes mantas a su alcance y que ya no tenía cinco años. Cerré nuestra puerta. Susan se acercó a mí y me abrazó.

—Tú también estás enfadado, ¿verdad? Aunque de otra forma.

—Supongo. Pero creía que no lo estaba.

—Tómame un somnífero de los míos. Tiene un efecto rápido y te quitará la resaca.

A la mañana siguiente las aguas regresaron a su cauce. La grata y sofisticada velada volvía a ocupar su puesto como el acontecimiento principal de la noche anterior. El sueño habría recompuesto a Steve de sus preocupaciones y pensamos que tal vez podríamos convencerle de que se quedase en casa un par de días con nosotros. Como solía levantarse tarde, no me extrañó que no se hubiera dejado ver en la cocina mientras yo apuraba un café cargadísimo y me zampaba un huevo cocido y comprobaba mis cosas antes

de irme a la oficina. Susan, vestida con su bata blanca de felpa, se presentó justo cuando ya me dirigía a la puerta. Tampoco ella era de mucho madrugar y los mechones sueltos y sin peinar le tapaban parte de la cara. Algunas manchitas marrones habían aparecido en la delicada piel del contorno de los ojos.

—Tengo la mañana libre —dijo.

—Me lo figuraba.

—No habrás olvidado que mamá viene a comer...

—Pues se me había olvidado por completo. O puede que a ti se te pasase contármelo.

—Puede. De todos modos, ¿vendrás? Por favor. Sé que es un fastidio, pero a ella le gusta verte.

Buena jugada: me suplicó sin presionarme y además consiguió que su madre pareciera un poco menos jactanciosa que de costumbre, lo suficiente para que su presencia resultase tolerable, o casi. No tenía nada claro que la vieja quisiera verme (o no en la acepción tradicional del término), pero, tras las palabras de Susan, habría estado más dispuesto que nunca a recibirla de no haber sido viernes, porque precisamente ese día tenía el hábito de quedarme a comer un sándwich en la oficina a mediodía para librarme de los atascos del fin de semana. Ella lo sabía perfectamente y yo estuve a punto de recordárselo, hasta que caí en la cuenta de que no había recurrido al episodio de Steve para forzarme a estar en casa. Me pareció encomiable por su parte.

—De acuerdo —dije—, quizá me retrase un poco, pero así y todo lo más probable es que llegue antes de que se vaya.

—Eres un cielo, Stanley.

Dio un rodeo a la mesa y empezó a besarme, muy juguetona. Casi al momento traté de deslizar la mano por debajo de la bata de felpa, pero ella me lo impidió.

—Luego —dijo—, que aún no estoy despierta.

Susan sabía que me inquietaba llegar tarde al trabajo. La mañana era húmeda y ventosa, como pude comprobar sobradamente en el breve trayecto de apenas unos metros hasta la puerta del garaje. Dentro, aunque no tardó mucho en salir, estaba mi Apfelsine FK3. Podría habérmelas

arreglado viajando en taxi o alquilando un coche de vez en cuando, pero entonces me habría sido muy difícil justificar el Apfelsine, y estaba decidido a mantenerlo hasta que pudiera reemplazarlo por otro vehículo que estuviese a su altura. Aquel coche era lo que suele llamarse un símbolo de estatus. Y me parece que es uno de los símbolos que mejor se entienden. Lo aparcaba en mi plaza de la oficina, situada en el otro extremo del *parking*, sin inmutarme un pelo.

Unas horas más tarde, durante una conversación de negocios, dio la casualidad de que salió el tema de los coches. Fue en una bocacalle de Fleet Street, en un bar especializado en vinos llamado La Botella que, en la época en la que yo puse por primera vez mi pie en él, solían frecuentar los trabajadores de los periódicos y bufetes cercanos, y que desde hacía algunos años atraía a bebedores de todo tipo y de ningún gremio en particular. Además de vinos, hay que decir que también servían licores.

Los dueños, aparte de imponer a sus clientes varones la sofocante obligación de llevar corbata, eran implacables con las mujeres, pues las obligaban a sentarse en un espacio alargado situado en una esquina del local, desde donde les resultaba casi imposible pedir una vez que se sentaban. Aunque siempre aparecía algún tipo caballeroso que no tardaba en ofrecerse a acercarles las consumiciones si las clientas en cuestión eran nuevas en el lugar y venían solas, o si les habían dado plantón. Esa misma mañana, medio minuto después de que el hombre con el que estaba charlando se retirara de mala gana para atender una llamada, vi cómo entraba Lindsey Lucas, en busca de una silla y de un *gin-tonic*. Ni aunque hubiésemos sido dos extraños habría podido quitarle el ojo de encima.

La conocí mucho antes que a Susan. Las dos eran viejas amigas (no íntimas), y de la misma quinta. Es más, cuando mi primera mujer me dejó, tuve una breve aventura con ella, y volví a echarle algún que otro polvo fortuito antes de empezar con Susan. Lindsey estaba casada por aquel entonces, pero se separaba y volvía con su marido cada dos por tres. Puede que aún siguieran en ese plan. Era pelirroja, de estatura media, y tenía un buen cuerpo y buena piel, llevaba unas gafas escogidas con exquisito gusto y exhibía las templadas maneras de una presentadora de telediarios. A esto,

por desgracia, se sumaba su acento norirlandés, plano y marcado, tan poco grato como el más desagradable de los ruidos, y que desmerecía el resto del conjunto. Lindsey publicaba desde hacía tres años una columna en las páginas femeninas de un periódico de segunda categoría.

—¿Viste a tu ex en la tele la otra noche? —me preguntó sin rodeos nada más verme. Y sabía que aquello que cualquier otro habría juzgado como un tono acusador no era más que el efecto de las cerradas vocales norirlandesas.

—Sí, la vi... Mejor dicho, vi que iba a salir, pero al final me perdí el programa. ¿Estuvo bien? ¿Y ella, qué tal estuvo? ¿Lo viste?

—Solo la primera mitad. Se trataba de uno de esos docudramas sobre el día a día en un hospital. Ella hacía de enfermera, la típica inconformista que se resiste a torturar a los pacientes hasta la muerte antes de tiempo. Pero no era más que eso: una enfermera. Bueno, la llamaban «enfermera jefe», o una cosa así en su jerga, pero no era más que una enfermera. Apasionada, vitalista y todo lo que tú quieras, pero ni más ni menos que una enfermera. No estaba mal. ¿Cuántos años tendrá ya, cuarenta y cuatro?

—Alguno más. Los mismos que yo.

—Pues está guapa. Aunque el papel le venía algo grande.

Me lanzó una mirada rápida desde detrás de las gafas para ver si había captado la retranca; después otra, más prolongada. Sabía de sobra que hablarle a un exmarido de la mujer que lo abandonó era una empresa más arriesgada de lo que parecía a simple vista, aunque no existieran rescoldos de afecto ni nada de eso, como era el caso. El hombre podría regocijarse en el infortunio de su ex y apreciar que le recordaran lo espantoso que fue tenerla cerca, pero un paso de más podría acabar arrojando dudas sobre su buen juicio (y sobre su buen gusto) por haber tenido algo con ella. Así que Lindsey se tomó su tiempo.

—No era un gran papel —dijo—, pero *creo* que no me equivoco si digo que era el primero que interpretaba... en mucho tiempo. No recuerdo haberla visto desde que apareció haciendo de quien tú ya sabes en aquella adaptación de *La carta*... La mujer que disparaba a su novio y después le acusaba de haber intentado violarla, cuando en realidad era él quien quería dejarla. La verdad es que nos pareció que no estuvo tan mal, pero no tuvo

nada de éxito. Es más, su carrera televisiva, en la que me dijiste que estaba tan centrada...

Tan centrada, murmuré entre dientes, que podría decirse que me dejó para probar fortuna en esos mundos.

—Sí, así es.

—Tal vez me haya perdido algo, pero no parece que haya llegado muy lejos. ¿Qué ha sido de su marido? ¿Cómo se llamaba, Hutchinson?

—Bert Hutchinson. ¿Qué pasa con él? Menudo soplagaitas. Es de los que se pone camisas de ante... Y tengo entendido que bebe como un cosaco.

—Bueno, a eso estará más que acostumbrada, Stanley. Quizá incluso le guste un poco que sus maridos empinen el codo. No la culpo.

—Sin groserías, por favor. Él bebe como un cosaco; yo solo bebo, a secas, ¿de acuerdo? Es una distinción elemental. De todos modos, Bert nunca ha llegado a producir ni a dirigir nada, que yo sepa. Se supone que estaban preparando una serie muy cara sobre Gladstone, con Nowell en el papel de su esposa, me imagino, pero creo que fue víctima de algún hachazo presupuestario, alguna cuota o no sé qué.

—¡Dios mío! —exclamó Lindsey, sin duda imaginando a Nowell como la señora Gladstone, aunque no me explicaba qué podía tener eso de malo—. Supongo que no os veis demasiado, ¿verdad?

—¿Qué sentido tendría? Bastante tuve con estar casado con ella.

—¿Conoces a su hija?

—No. De hecho, incluso había olvidado que existía... Hasta ahora.

—Tendrías que verla... Aún no me explico a santo de qué decidió tenerla. Es una niña, faltaría más.

—No sé por qué dices eso. Me han invitado a tomar algo ahora, ¿te apuntas?

—He quedado, pero ¿tienes algún plan para comer? Me temo que el mío no va a presentarse.

—Me encantaría no tener planes, pero los tengo. Es más, empieza a hacerme tarde.

—Venga, son solo las...

—Lo sé, pero he de volver a casa.

—¿A Hampstead? ¿Es que ahora vas a comer a casa todos los días?

—No, no todos —respondí, deseando ser marica para no tener que dar explicaciones a nadie—. Pero hoy sí. Viene mi suegra a comer.

La miré frunciendo el ceño y con tan mala leche que resopló y terminó dando un trago a su bebida, pero era de esa clase de mujeres que no cejan en su empeño cuando quieren saber más. Entonces vi que la persona con la que había quedado volvía del teléfono y Lindsey comprendió de inmediato que solo le quedaban unos segundos antes de que la interrumpieran.

—No hay duda de que te casas con mujeres extraordinarias, Stanley —aventuró, con una dosis extra de su acento norirlandés, o así me lo pareció, como si hubiera calculado que la conversación estaba a punto de terminar. Pero el tipo, en vez de seguir hasta donde estábamos, giró en dirección al baño e hizo que las prisas de Lindsey desaparecieran, al menos por el momento.

—Me estoy dando cuenta de que no te cae muy bien —dije—. Me refiero a Susan. Pero a mí sí me cae bien. Tal vez pienses que no sé la que me ha caído encima, ¿verdad? En fin, pues yo creo que, por lo general, sé muy bien lo que hago. Me gusta casi todo de ella, y soy capaz de soportar lo poco que me disgusta... En realidad, nadie me obliga a secundar cada una de sus ocurrencias. Si finge ayudar a alguien o tenerle simpatía y en verdad no se trata de nada más que de una pose para alardear y llamar la atención, como hace tantísima gente, yo me hago el loco. Y nos va de maravilla, sobre todo porque Susan no es de las que pretende leerte el pensamiento en todo momento. Como te digo, esas cosas ocurren pocas veces. Llevamos dos años y medio casados, y casi cuatro juntos, así que me atrevería a decir que lo nuestro marcha bien.

—Pues me alegro —respondió Lindsey con una sonrisa que parecía sincera, aunque el tono daba a entender que esperaba otra cosa—. No es que esté resentida por lo que ocurrió, créeme. Pero en mi opinión Susan está un poco loca, ya sabes.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sin tener muy claro lo que eso significaba.

—Bueno, yo... Susan no cree que exista nada ni nadie en este mundo que

no le afecte personalmente.

—Dios mío, solo se me ocurre decir que es una suerte que no estés a cargo de las admisiones de un frenopático.

—Ya sé que todos tenemos nuestras cosas, pero algunos tienen más cosas que otros. También es verdad que no la veo desde hace siglos. Lo mismo ha madurado con el tiempo.

—¿Qué estará haciendo ese hombre ahí dentro? —le pregunté a Lindsey, mirando el reloj—. Ah, ¿cómo está..., Barry? —Me sentí satisfecho conmigo mismo por haber recordado el nombre de su marido en el momento preciso, aunque mi verdadera intención era hacerle ver que en un mundo ideal nadie se llamaría Barry. De su respuesta concluí que seguía rondándola, que no había muerto ni tampoco pesaba sobre él ninguna orden de alejamiento. Cuando mi acompañante regresó, Lindsey se disculpó al poco por su parte de culpa en el retraso. Yo arreglé las cosas con él, conseguí el nuevo número de ella y me marché. Iba ya tarde, así que decidí coger un taxi.

El Saab verde lima de mi suegra —con un arañazo reciente en la puerta de atrás— estaba aparcado en la calle, frente a la tienda de cerámica. En el pasado reciente la había visto protagonizar dos accidentes menores con el coche al ralentí: el primero contra un camión de mudanzas estacionado y el segundo contra un muro de ladrillo, en ambos casos con excelentes condiciones de visibilidad y firme. Puede que fuese más precavida cuando conducía por carretera, o tal vez simplemente gozaba de alguna suerte de protección especial. A Susan nunca le había ocultado mi opinión sobre la destreza de su madre al volante.

La señora Shillibeer estaba frotando las manchas de la tarima del recibidor, junto a la chimenea. La primera vez que oí su nombre me imaginé a una fumadora empedernida entrada en años, enfundada en una bata de flores y con uno de esos turbantes que les había visto a las mujeres que iban a limpiar la casa de mis padres en el sur de Londres. Dicho de otro modo: no me esperaba en absoluto a una veinteañera alta y gorda cuyo atuendo habitual consistía en una camiseta, vaqueros y pantuflas rosas de brocado.

Bajo la suela de una de sus zapatillas mantenía aprisionado en aquel momento el estropajo de alambres con el que cepillaba el suelo sin tener que agacharse. Como mantenía su cara oculta tras el libro de bolsillo que estaba leyendo, *El mito del orgasmo vaginal*, en realidad podría haber sido cualquier otra persona. En cuanto oyó el pasador de la puerta, bajó el libro y me miró por encima de él.

—¡Hola! —saludó en voz alta y afectada—, la señora Daly ya ha... llegado —continuó tras una pausa prolongada, y en el mismo tono. Tenía la costumbre de demorar esta clase de anuncios. Nunca supe si lo hacía por puro descaro o por demostrar, de algún modo, su solidaridad ante aquello que tuviera que anunciarme.

La señora Daly era, naturalmente, mi suegra. Su esposo, fallecido antes de mi irrupción en la familia, fue parlamentario conservador por la circunscripción de Hertfordshire, un feudo tradicional del partido, y había recibido el título de *sir* gracias a no haber hecho nunca nada. Cuando abrí la puerta de la sala de estar, se apresuró a meter en el estante el libro que tenía entre manos, se dio media vuelta y me lanzó una mirada cargada de inocencia, casi al instante, como Ingrid Bergman al verse sorprendida en pleno acto de espionaje *amateur*. Ninguno de aquellos libros era mío, en todo caso.

—Buenos días, Stanley —dijo nada más verme.

—Buenos días, señora. ¿Qué tal se encuentra usted hoy? ¿Quiere que le traiga algo? ¿Una copita de jerez, tal vez?

—Oh, no... No. Gracias, pero no. —Me besó en la mejilla arrimándose tanto a mí como si no tuviera nariz—. Pero tómame tú... una.

—No veo por qué no —respondí, y empecé a prepararme un whisky escocés corto con hielo. Me ahorré el tener que ir hasta la cocina a por los cubitos, porque Susan le había ordenado a la señora Shillibeer interrumpir cualquier otro quehacer para ponerlos en el interior de una piña de plástico que tenía a mano en la sala. ¿Dónde se habría metido, por cierto? Uno de los mayores escollos a la hora de llevarte bien con alguien como tu suegra, o al menos de fingirlo o intentar fingirlo, es que tu mujer se empeñe en dejarte a solas con ella para que entabléis una conversación agradable.

La señora Daly venció la tentación de limitarse a observar mis maniobras en la bandeja de bebidas en silencio y dijo:

—¡Qué tráfico tan asqueroso! —Como hablando de conductor avezado a conductor avezado.

—Endiablado... Claro que hoy empieza el fin de semana.

—¡Pero si apenas es viernes por la tarde! —me rebatió, indignada.

—Lo sé, pero ya sabe cómo son estas cosas.

—Me pregunto si algunos habrán ido siquiera a trabajar. En fin, como ya sabemos, muchos ni siquiera tienen empleo. Están en el paro...

—Lo sé. —Levanté el vaso—. Salud, señora.

A mi primera suegra la llamaba mamá, pero esta otra tenía opiniones distintas al respecto. Y equivocadas, a mi modo de ver. Porque, para empezar, llamarse señora Daly debía de ser un asunto muy delicado, y el apellido[12] o lo que diablos fuera aquello no hacía sino recordarte los riesgos inherentes a la persona. Además, dudo mucho que alguna vez hubiera abierto, siquiera por curiosidad, como yo mismo hice, el *Diccionario conciso de Oxford* en busca de la palabra. En vocativo y singular, que era el uso que le daba, tenía dos acepciones, una poética y otra de lo más vulgar, sin medias tintas. Lo consideré un hallazgo muy interesante.

—Parece ser que Steve está en casa —dijo tras una pausa, más que satisfecha de haber sorteado las variopintas dificultades que conllevaba mencionar su nombre.

—Sí, ha venido a pasar unos días. O eso parece... Se presentó sin avisar... Cosas de la edad. —Todo parecía indicar que no había ocurrido ninguna tragedia desde la de la noche anterior.

—¡Qué chico tan majo! ¿Sigue escribiendo?

—Sí, creo que sí. Persevera. —Era injusto afirmar que Steve hubiera perseverado alguna vez en algo. Únicamente se mantenía a flote gracias a los trabajillos de jardinero que desempeñaba de cuando en cuando, a alguna que otra chapuza y a las migajas que le enviaba yo de ciento a viento.

—Cuéntame, Stanley. Tal vez sea una torpeza por mi parte, pero nunca he llegado a saber de qué escribe. ¿Es verso o prosa? ¿Ensayos? ¿Teatro, quizá?

—No, no es teatro, desde luego.

—¿Cómo lo describirías?

—Pues...

Intenté recordar una sola de las pocas —y no muy bien escritas— páginas que, después de infinidad de súplicas y con una mezcla conmovedora de resistencia y vergüenza, me acabó arrojando de mala gana sobre el sofá un domingo por la tarde del invierno anterior. Pero incluso tras leerlas seguía sin saber de qué trataban, la verdad. No fui capaz de encontrar una sola palabra con la que referirme de una manera u otra a aquel material, y no digamos de alabarlo. Tampoco conseguí distinguir si estaba leyendo verso o prosa. Me resultó del todo imposible averiguarlo.

—Naturalmente, no me ha enseñado gran cosa. —Miré al frente y, cuando me encontré con los ojos de la vieja, deseé que no se tomara tantas confianzas ni se acercara tanto (a veces uno daría lo que estuviera en su mano por aburrirse un poco)—. No sé usted, pero yo soy un negado para estas moderneces.

—Oh, no puedo estar más de acuerdo... Pero cómo lo...

Susan entró en ese momento. «Lo siento», se disculpó entre susurros. Como me sucedía a menudo, también en esta ocasión fue un alivio verla aparecer, y saltaba a la vista que su madre sintió otro tanto. Parecía que acabara de librarse de la compañía de un pequeño e imprevisible animal salvaje a medio domesticar. Mientras me besaba, Susan me dio un pellizquito especial en la parte superior del brazo a modo de agradecimiento, de disculpas o de ánimo. Supuse que había pretendido comunicarme las tres cosas a la vez. Cogió la copa de jerez seco que le serví y se acercó hasta su madre, junto al aparador con piezas de porcelana. Consideradas en conjunto, se parecían más de lo conveniente, más aún aquel día en el que las dos iban vestidas con faldas oscuras y blusas claras. Lady D tendría sesenta y muchos años, aunque conservaba la figura y también el pelo, casi tan negro como el de Susan. Pero sus ojos eran mucho más claros, y parecía menos lista y más nerviosa que su hija. Además, no había en ella el menor rastro de buen humor.

—¿Se sabe algo del joven maestro? —pregunté, tras dar un trago a mi whisky con hielo.

—¡Ah! —dijo Susan—. Está...

Se interrumpió de repente porque la puerta se abrió —también de súbito— con tanta brusquedad que acabó golpeando uno de los taburetes tapizados de la sala, aunque no demasiado fuerte. Aun así, la impresión que produjo en nosotros fue extraña, pues después de abrirse la puerta no entró nadie ni alcanzamos a ver a persona alguna desde el interior de la sala. Los tres permanecemos inmóviles y en silencio, en vez de preguntar en voz alta qué demonios había sido aquello. Steve entró entonces por una esquina como si tal cosa —pensé—, con aspecto tranquilo o a lo sumo aparentando una ligera preocupación, y algo desaliñado tras haber dormido con la misma ropa que había traído puesta.

—Hola, papá —saludó en voz baja—. Hola, Susan. Hola..., señora.

—Buenos días, Steve —respondió mi suegra como si fuera un personaje de una obra de Shakespeare.

—Esto... —dijo, y se calló. Podía oírle respirar profundamente por la boca—. ¿Puedo tomar prestado un libro?

—Tú mismo, cariño —respondió Susan, y extendió una mano—: Ahí, ficción... Poesía, allí... Política, psicología, lo que busques... Y arte y el resto, ahí abajo.

Steve, que no había prestado mucha atención a las indicaciones de Susan, se dirigió a los estantes. Los demás nos desplazamos hacia el alféizar de la ventana para evitar que se sintiera observado. Creo que hablamos del Partido Laborista o de qué podíamos hacer en Navidad. Al cabo de uno o dos minutos, mi hijo se alejó de los libros y empezó a examinar un cuadro que estaba colgado en la pared del fondo. Era azul casi por completo, aunque tenía partes blancas. Steve nunca había mostrado un interés particular por la pintura, que yo supiera, y aquel cuadro había estado colgado en el mismo sitio durante las docenas de veces que había visitado la casa. Siguió contemplándolo un buen rato. Susan no vio nada raro en ello: su aspecto era de absoluta normalidad. Su madre reaccionó de otra manera; de hecho, tuvo que hacer grandes esfuerzos por no salir despavorida, como si temiese por su propia vida. Yo, por desgracia, la comprendía, y a la vez me preguntaba a santo de qué venía tanta tensión. No había terminado aún de solventar esa

contradicción cuando se oyó el ruido de un desgarró y comprobé que Steve estaba despedazando la portada de un libro. Le grité. Cuando acabó con la cubierta intentó hacer lo propio con las páginas interiores, pero eran demasiado gruesas y terminó dejando lo que quedaba de ellas sobre un cojín que estaba apoyado contra el respaldo de la silla. El libro en cuestión era *Herzog*, de Saul Bellow.

—Lo siento, mi amor... —le dije a Susan—. No sé qué se le habrá pasado por la cabeza. Ha debido de perder los nervios. Te compraré otro ejemplar.

—No pasa nada, cariño, ya lo había terminado... Solo estaba cogiendo polvo en la balda. Comemos en diez minutos —me advirtió, con un tono de completa normalidad, cuando yo ya me dirigía a la puerta.

Sin poder quitarme de la cabeza el episodio del vaso de agua, inicié una ronda en la cocina y continué mi camino por el piso de arriba. Allí, en el cuarto de baño —era más bien un aseo con lavabo— contiguo a su dormitorio, encontré finalmente a Steve. El suelo, igual que la noche anterior, estaba empapado. También el espejo, su propia cara y su pelo, y hasta la ropa que llevaba puesta estaban chorreando. Era evidente que no había llegado a descolgar la toalla del toallero que quedaba a su lado.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —inquirí, tratando de parecer cabreado en vez de preocupado—. ¿Qué pretendías destrozando un libro de esa manera?

Él se quedó de pie, inmóvil, con las manos en las caderas, pero no dijo nada.

—Las cosas cuestan dinero, ¿es que no lo sabes?

—Lo pagaré —dijo con hastío.

—Por mis narices que lo vas pagar.

Me había enfadado de verdad. Steve tenía la costumbre de ofrecerse a pagar las pertenencias ajenas que manoseaba, destrozaba o perdía, y siempre lo hacía convencido de su bondad y paciencia con esos pobres palurdos, pese a que nunca llevaba dinero encima y me tocaba apoquinar a mí.

—En cualquier caso —continué— es un derroche del todo innecesario. Y ese ejemplar podría haber sido una edición especial e irremplazable. ¿Se puede saber qué esperabas conseguir? ¿Es que te falta un tornillo?

Steve, a modo de respuesta, abrió el grifo de agua fría y, manoteando bajo el chorro con ímpetu desmedido y ridículo, se empapó la cara, salpicándose al tiempo la camisa, los pantalones y hasta los pies. Hizo todo esto en completo silencio.

Yo esperé a que se me pasara un poco el enfado y después le pregunté:

—¿Es que has ido a ver a tu madre? —Procuré ponerle interés a la pregunta, como si su madre fuera una película que proyectasen en el cine.

Cerró el grifo de repente en un nuevo arrebató, arrancó la toalla de su sitio y comenzó a secarse, aunque seguía sin abrir la boca. Enseguida comprendí que tampoco diría nada esta vez.

—Si algo te preocupa, me gustaría que me lo contaras —dije—. O si he hecho alguna cosa que te haya molestado. Te parecerá una sandez, pero me gustaría ayudarte.

Y en verdad lo pareció. Tal vez fuera lo que intentaba hacerme ver cuando, después de secarse la cara y el cuello, se miró de reojo en el espejo, acercó y alejó la cabeza para contemplarse mejor bajo la luz y empezó a secarse de nuevo. O quizá ni siquiera llegó a oírme. Intenté pensar cómo continuar, pero Steve retomó de pronto y con voz temblorosa la conversación, como si nunca se hubiera interrumpido.

—Tenía calor, eso es todo. ¿Nunca has tenido calor? ¿Qué tiene de especial querer refrescarse? Todos tenemos que ser iguales a ti, ¿verdad? Todos como tú. Y quien no lo sea es que está loco. Eso es lo que piensas. ¿Por qué no te atreves a decirlo? —Seguía mirándose en el espejo, pero evitaba el reflejo de mis ojos—. ¿Es que quieres que me vea el puñetero doctor Wainwright para que me diagnostique como un demente? ¿Es eso? ¡Venga, reconócelo!

Acto seguido, se giró y se quedó frente a mí como un pasmarote, sin mostrar el menor interés por lo que yo pudiera responderle. Pero hablé, le dije que se equivocaba y que jamás se me había pasado por la cabeza una cosa semejante. Estaba a punto de rogarle que olvidara lo ocurrido y se viniera a comer con los demás cuando, aún con la toalla en la mano, me apartó de un empujón (no demasiado brusco) para salir del baño. Dio un portazo al salir.

Susan estaba esperándome en nuestro dormitorio. Cerré la puerta al entrar, nos abrazamos y ella fingió estremecerse de un escalofrío, medio de broma. Le conté lo del agua y la acusación de Steve y ella escuchó atentamente, con los brazos cruzados y apretando los labios. Cuando terminé de hablar, me dijo:

—Antes esperé a que fuera al baño para colarme en su habitación y fisgar en su abrigo, en los cajones y por todos lados. No he encontrado ni el pasaporte ni cheques de viaje ni recibos de ningún tipo. Nada de nada. Así que... —Alzó los hombros y los dejó caer.

—Así que no viene de España, o al menos no directamente de allí. No tenemos manera de saber dónde ha estado Steve, o quienquiera que sea ahora, ni cuánto tiempo ha permanecido en ese lugar.

—Como no se ha dejado ver después del baño, he subido para ver cómo estaba y le he encontrado echado en la cama, aunque no dormido, tan solo tumbado. Y, de repente, hará cosa de media hora, un estruendo ha estado a punto de tirarme de la silla del estudio. Era Mahler, en el tocadiscos. A un volumen inusitadamente alto. Grotesco. De modo que he ido a pedirle que lo bajara y él lo ha apagado. —Negó con la cabeza varias veces.

—Sí —dije—. Tiene que tener algo que ver con su vida sexual. No se me ocurre otra cosa.

—Ah, he tenido la brillante idea de llamar al piso de Mandy. No recuerdo por qué se me ocurrió anotar su número en mi agenda. Pero alguien con un acento que se me ha antojado sueco me ha dicho que no, que la señorita Blackburn ya no estaba allí.

—¿No te han dicho nada más? —No fue una pregunta sincera, porque lo cierto es que en aquel momento solo quería saber algo más sobre ese acento que a ella se le había antojado sueco. Recordé el acento italiano que había falseado la noche anterior, durante la velada, para contar una anécdota sobre Toscanini.

—No. De hecho, no ha llegado a quedarme claro si Man-dy no estaba en el piso en ese momento o si su ausencia era permanente.

—¡Oh...! En fin, creo que no podemos hacer otra cosa que dejarle a su aire hasta que se recomponga. Y, por cierto, siento lo del libro. No he conseguido

que me explique por qué lo ha hecho.

—No te preocupes. Aunque la verdad es que me gustaría conseguir otro ejemplar, si es posible.

—No hay problema. Esta tarde enviaré a una de las chicas a comprarlo. Ve abajo, yo me quedaré un par de minutos más.

Cuando bajé a la cocina, Lady D empezó a revolotear a mi alrededor con un rictus que delataba su pretensión de recibir un informe detallado sobre el caso del libro despedazado. Yo había empleado los dos minutos de más que le había pedido a Susan en preparar y apurar un whisky escocés largo. Me arrepentí de no haberme preparado otro o, en su defecto, de haber llevado conmigo un puño americano. Creyendo que si no decía nada acabaría olvidándose del tema, me senté a la mesa frente a Susan, que puso los ojos un poco en blanco.

No hubo suerte:

—¿Es que Steve no tiene nada que decir sobre el destrozo del libro? —preguntó, pero el efecto de sacar a colación el nombre del pobre Steve fue muy distinto esta vez.

—Bueno, me ha explicado que le ha venido algo a la cabeza en ese instante, pero no me ha querido contar qué. Naturalmente, está muy avergonzado por lo ocurrido y desearía no haberlo hecho. —Pensé que, en parte, lo que estaba diciendo no era mentira.

Lady D emitió una risa monosilábica y, como suele suceder, no supimos si con ella quiso poner de manifiesto que no se creía ni una sola palabra de lo dicho o si solo se le había escapado sin querer. La señora Shillibeer no se movió de los fogones e hizo lo posible por templar los ánimos fingiendo —en una actuación extraordinaria— no escuchar nada de lo que estábamos diciendo, enfrascada como estaba en calentar y remover la cacerola de sopa.

—Stanley cree que ha sufrido un revés amoroso, y debo decir que empiezo a estar de acuerdo con él.

—¿Y eso le da derecho a hacer trizas los libros que no son suyos?

—Yo no he dicho que le dé derecho —fruncí el ceño—. Yo... No, no he dicho eso. Porque, además, no creo que se lo dé. Quizá lo explique, como mucho.

—Esperemos que se tranquilice un poco— medió Susan.

—Tal vez lo haga cuando se haya desprendido de la gigantesca carga de responsabilidad que lleva sobre sus pobres espaldas —dijo Lady D poniendo caras de lo más tremendo y moviendo la cabeza mientras hablaba. Me acababa de dirigir la última de una sucesión de miradas que probablemente creyó que no llegaría a captar o comprender; miradas incendiarias que revelaban lo que estaba pensando, a saber: qué clase de tipo tenía un hijo que hacía cosas tan diabólicas como destrozar las cubiertas de los libros ajenos. Traté de encontrar una respuesta hasta que me percaté de que la señora Shillibeer me estaba mirando con la boca abierta y pestañeando sin pausa, para hacerme ver que tenía un recado que darme.

—¡Oh, señor Duke! —dijo, o más bien gritó.

—¿Sí, señora Shillibeer? —contesté intentando no chillar.

—Oh, señor Duke, ¿quiere que le suba a Steve algo de comer en una bandeja? —Al pronunciar la última palabra su voz escaló varias octavas.

—No hará falta, gracias —dije mirando a Susan—. Será mejor dejarle solo. Ya bajará y comerá algo cuando le apetezca.

—De eso no cabe la menor duda —dijo la vieja.

—No puedo estar más de acuerdo, señora —repuse.

La señora Shillibeer nos sirvió la sopa y comimos los tres. Estábamos en ello cuando pensé para mis adentros que alguien más, aparte de Steve, estaba comportándose de forma extraña. Y ese alguien era mi suegra. Tenía claro desde hacía algún tiempo que, según sus cálculos de ascenso social, a Susan no le había convenido lo más mínimo convertirse en una más de los Duke, pero hasta ahora Lady D se las había arreglado para reservarse esta clase de opiniones. Claro que hasta ahora no le habíamos dado razón, excusa o provocación para no hacerlo.

—¿Saldrás esta tarde? —le pregunté a Susan en un momento dado, refiriéndome al trabajo.

—No tenía pensado salir. ¿Por qué?

—Bueno, es que tengo que marcharme y creo que es conveniente que haya alguien en casa.

—Eso significa que Susan se quedará sola —dijo su madre, atónita. Del cuello y de cada patilla de las gafas le colgaba una cadena, de tal manera que

cuando llevaba puestas las lentes, como en ese preciso instante, la cadena le quedaba por detrás de la nuca, bamboleándose de forma muy extraña cada vez que movía la cabeza. Se ve que nunca le había dado por pensar en ello.

—Si no cuentas a Steve, sí.

—No pasa nada, mami —terció Susan.

No llegamos a conocer en extenso la opinión de su madre porque en ese mismo instante se oyó un pelotón de asalto bajar por las escaleras y, segundos más tarde, la puerta principal cerrándose de un portazo.

—¿Ese no era Steve? —preguntó Lady D con un nuevo giro, esta vez sin poner ningún énfasis en el nombre.

—Me imagino que sí —respondí.

—Quizá cuando vuelva se muestre más cortés.

Poco después salí a la calle y paré un taxi que volvía de dejar a alguien en las casas de judíos de Bishop's Avenue.

Cuando cogí el teléfono de mi escritorio, una voz de hombre gruñó una o dos veces antes de decir: «¿Eres...? Esto, ¿cómo era? ¿Eres...?».

Si de verdad habían olvidado mi nombre, lo habían olvidado muy recientemente, justo después de haber preguntado a la recepcionista por mí. Cualquiera otro día le habría seguido la corriente, pero en ese momento no estaba para jueguecitos.

—Stanley Duke al aparato —dije.

—¡Ah! Duke... Eres un mierda. Un mierda. ¡Ja! No cuelgues, no me cuelgues, que hay una persona que quiere hablar contigo...

Las palabras se apagaron en murmullos. Los pocos segundos de espera bastaron para traerme a la memoria un cuerpo grande y gordo, un rostro curtido y rojizo, con barba desaliñada y gafas, seguido de un nombre, Bert Hutchinson. Justo después imaginé lo ocurrido y me asusté. Me alegré de estar solo en el despacho en ese momento.

—Stanley —dijo una voz apagada y sufriente.

—Sí, Nowell. Dime qué...

—Stanley, soy Nowell. ¿Podrías acercarte? No puedo más con él. No sé qué

le pasa, creo que se ha vuelto loco.

—¿Qué ha estado...?

—Stanley, ven y punto... ¡No aguanto más! ¡Es del todo aterrador! Me ha dicho unas cosas espantosas.

—¡Oh! —dije. Bajo mi punto de vista, no resultaba tan aterrador—. ¿Qué está haciendo ahora?

—Está arriba —admitió mi exmujer—. Pero en un estado lamentable. Tienes que venir, Stanley. No te puedes imaginar cómo está, de verdad.

Durante la última parte de la conversación oí de fondo un runrún confuso. Sería Bert dictándole a Nowell lo que tenía que decirme. Pese a que le pregunté qué esperaba que hiciera y también le puse toda clase de pegas, sabía que no me quedaba más remedio que ir. Y, a decir verdad, no tenía ninguna razón para escaquearme. Me aseguré de que seguían viviendo en el mismo lugar, no en Shepherd's Bush sino en una zona más céntrica —y acaso más refinada— de Maida Vale. Entonces colgué y, para hacer valer mi independencia, decidí, antes de salir a toda prisa para allá, llamar primero a la Alta Comisión de un país del sudeste asiático, aunque no conseguí dar con el agregado comercial. Nada fuera de lo normal. Así que emprendí la marcha al fin (en el Apfelsine, naturalmente).

El tráfico era lento y me costó lo mío salir del aparcamiento. En los semáforos de la parte baja de Fetter Lane paré detrás de un enorme autobús turístico con matrícula de Fráncfort. En cuanto me vio, el guía me señaló con el dedo y me presentó ante los pasajeros como el típico director de periódicos de Fleet Street. No tendrían más de dieciséis años. Para satisfacer sus expectativas y contribuir a la amortización del viaje puse cara de profesional enérgico y despiadado, con una predisposición al trabajo acorde a la última moda. Aunque puede que solo estuviera apuntando al coche. Al que, por cierto, le noté algo duro el embrague (después de tantos apaños caseros) cuando reanudé la marcha a la altura de los tribunales de justicia. Tendría que llevárselo a algún entendido en la materia. No es mi ámbito, el de los embragues. Sin embargo, sí sé defenderme y puedo perorar sobre cajas de cambios incluso con el corresponsal automovilístico del periódico, lo cual tampoco es que sea para tanto. Es más, casi la mitad de mis textos

publicados —tanto artículos como cartas— versan sobre cajas de cambios, directa o indirectamente. Todos en la prensa especializada, por supuesto. Al menos hasta la fecha. Pero ¿y si...?

No, no debía distraerme con nada que no fuera el percal que me esperaba. En primer lugar, pensé, me convenía repasar la breve conversación telefónica con Nowell. ¿Era posible que no hubiera llegado a mencionar a Steve por su nombre ni a precisar que era él el objeto de la conversación? Lo era. Es lo que hacen las mujeres preocupadas en las películas para dar muestra de su preocupación. Y es, también, lo que hacen algunas mujeres en la vida real, estén o no preocupadas, para dar muestra de su ensimismamiento. Una pequeña muestra tan solo. Ellas saben de quién están hablando y con eso basta. No importa que te las veas y te las desees para seguir la conversación, porque ellas ya están al tanto de todo. En otras circunstancias habría fingido creer que estaba hablando del príncipe Carlos. Pero no hoy.

Nunca me he sentido responsable de la decisión de casarme con Nowell ni de la de romper ese matrimonio. Llevábamos cerca de seis meses saliendo cuando caí en la cuenta de que me sentía a gusto en aquel viaje sin paradas que terminó en el altar (es de rigor reconocer que nunca quise apearme). Entonces, de buenas a primeras, tras trece años juntos y sin que pudiera preverlo, Nowell me abandonó y se arrojó con ese tal Bert Hutchinson. No he dejado de pensar ni de compararme con él desde entonces, aunque no tardé mucho en concluir que la única diferencia entre los dos que no admitía duda es que él era un farandulero y yo no. A la gente del pelaje de Lindsey Lucas solía decirle que Nowell se había largado con Bert para aumentar sus posibilidades en el mundillo televisivo, pero el hecho de que nunca hubiera sucedido tal cosa lo desmentía (Nowell era demasiado sagaz como para desconocer lo que alguien podía hacer por ella). Lo cierto es que ellos dos encajaban mucho mejor y, además, a él le gustaba pasar el rato entre famosillos, al contrario que a mí. No me importaba codearme con ellos más de lo que yo estimaba razonable y retirarme pasado un tiempo, pero eso a Nowell le resultaba insuficiente por dos razones al menos. No hay que ser un lince para percatarse de que no consiguió manejar nuestra vida conyugal

a su antojo, y sin embargo Bert se lo había permitido y quizá había disfrutado haciéndolo, aunque es solo una opinión.

Llegué a esta conclusión, y también al paso elevado de Marylebone, cuando de repente comprendí que el comportamiento de Steve no obedecía a ninguna gresca con Mandy ni con nadie más. Ya en otras ocasiones, en el pasado, había regresado a casa arrastrando desengaños amorosos, pero estos le habían afectado de otro modo, sin llegar a provocarle esos arrebatos violentos: se limitaba a dejar pasar el tiempo en silencio procurando no caer en el desaliento. Así hacía frente a las frustraciones. Fuera lo que fuese, lo de esta vez era algo nuevo.

La casa, de piedra y ladrillo oscuro, estaba en Hamilton Terrace, y su precio no bajaría del cuarto de millón de libras. Me fijé en un Jaguar matrícula DUW 1, uno de los primeros modelos, bien cuidado pero sin llegar al ridículo. Estaba aparcado en el garaje que se encontraba junto a la vivienda. Después pulsé un botón que hizo sonar un timbre, un tanto gastado. Abrió la puerta una niña de siete u ocho años, pelo negro, rizado y despeluchado, ataviada con un vestido blanco que barría el suelo, como los que se ven en las fotos antiguas. Tenía cara de aburrimiento y no guardaba ningún parecido con Nowell, o al menos yo no supe encontrárselo.

—He venido a ver a tu madre —le dije.

—¿Quién eres tú? —Su voz me recordaba a la de la señora Shillibeer.

—Estuve casado con ella. Es...

—¿Haces anuncios?

—No.

Lo suyo habría sido apartarla de un empujón y pasar, pero solo había abierto un resquicio la puerta, y juzgué impropio y prematuro darle un pisotón y abrirme paso. Mientras evaluaba qué hacer al respecto, oí el desagüe del lavabo, una puerta abrirse en el interior de la casa y, acto seguido, un ruido sordo, como si la hubieran cerrado con la rodilla o de un cabezazo. Pasado un momento divisé la figura de Bert Hutchinson de cintura para arriba. Había olvidado (antes de aquello le había visto una sola vez) que

se peinaba según la treta de la vieja escuela, con la raya por encima de la oreja y los pelos que le quedaban sobre la calva; un estilo que, en general, siempre he juzgado equivocado de todo punto.

Golpeó sin darse cuenta con el hombro uno de los cuadros de la pared y lo torció.

—¿Qué hostias haces tú aquí? —Tenía la voz tan ronca que tuvo que pararse a mitad de la pregunta e intentarlo de nuevo. Una vez consiguió formularla, continuó sin dejarme responder—. Venga... Fuera... Fuera de aquí, tú...

—He hablado con Nowell por teléfono y me ha pedido que viniera a echarle una mano con Steve.

—Cierto, te lo ha pedido —dijo, sin librarse de la ronquera. Debió de comprender que esto cambiaba las cosas, pero no tenía claro hasta qué punto, pues ni él ni la niña, que sería su hija y se parecía a él hasta dar miedo, se movieron de donde estaban.

—¿Sigue en casa? —dije, para evitar que la conversación decayera.

—¿Quién? Ah, sí. Hostias... —Me miró de arriba abajo, dudó y entonces decidió hacer una excepción y abrir la puerta de par en par—. Tú...

—¿Es tuyo el Jaguar que está ahí fuera?

No llegó a responderme. En el vestíbulo se apilaban varios paquetes a punto de reventar, forrados con papel marrón y atados con cuerda de hilo. Alguno estaba rasgado y distinguí en su interior sábanas y almohadones. La estancia, escasamente iluminada, olía a flores mustias o al agua en el que las habían puesto. No podía decirse, sin embargo, que fuera un hogar humilde.

Encontré a Nowell en un salón donde habrían cabido con holgura dos docenas de viajantes comerciales a la espera de que abriera alguna tasca. Todos los cuadros, incluido uno de gran tamaño acomodado en la pared del fondo, eran obra del mismo artista o grupo de artistas, y representaban escenas de veleros a la deriva. Un hombre de pelo cano embutido en una chaqueta hecha de retales de ante, lana de pescador, cuero sin curtir y probablemente pedazos de lona estaba hablando con Nowell, que permanecía sentada en un sofá circular en mitad del salón. Nada más verme, extendió las palmas de las manos para refrenar mi impaciencia hasta que

hubiera terminado con la visita. Se veía a la legua que le escuchaba con una atención que habría dejado exhausta a cualquier otra persona en cuestión de segundos. No había rastro de Steve, ni charcos de sangre ni muebles en llamas.

Habrían transcurrido más de tres años desde la última vez que la vi, tanto en pantalla como en carne y hueso. No había envejecido a primera vista, pero se había acentuado su aspecto contradictorio, la cal y la arena. Intenté analizarlo muchas veces en el pasado, y solo llegué a la conclusión de que se debía a la leve (y permanente) redondez de sus ojos y al arqueado de sus cejas, así como a sus dientes superiores, un tanto prominentes, a la manera inglesa. Hubo un tiempo en que este rasgo constituyó uno de sus grandes atractivos, a mí al menos me lo parecía, junto con otros atributos, como los senos. Entonces aún no sabía que algún día me daría una de cal y otra de arena definitivamente y que intentaría forjar su propio camino lejos de mí. Sus pechos, sin embargo, jamás llamaron a engaño, no en los viejos tiempos. Esta vez era difícil intuirlos, ocultos como estaban bajo un peto desgastado. Entre dicha prenda y el pañuelo de lunares que llevaba en la cabeza daba la impresión de que se pondría a lijar la pintura de las puertas o a tender la colada de un momento a otro, aunque en verdad también era probable que tuviera pensado salir a dar un paseo en globo. Podría haber dicho todo esto y muchas otras cosas, pero me pareció imposible —sentado a su lado en la misma habitación— alegrarme de que no siguiéramos casados y no estremecerme ante semejante pensamiento. Divorciarse es una de las cosas más violentas que pueden sucederle a uno y no es fácil llegar a asimilarlo del todo. De hecho, jamás se consigue.

¡Qué curioso nombre, Nowell! ¿Nowell? Parece increíble, pero durante todos aquellos años nunca supe que se trataba de un error. Nowell era un nombre navideño con su propio villancico. La intención era llamarla Noel, pero su madre, o tal vez ella misma, se hicieron un lío con la ortografía. Había casos parecidos que nadie podía tomarse en serio, como 'Jaclyn, Margaux y Siouxié. Pero este era distinto. Nowell, al igual que Jayne, Dianna y Anette, supuraba ignorancia.

Me senté y esperé a que el tipo de la chaqueta de retales terminara de

hablar. Debía de estar contando algo de suma importancia, puesto que ni siquiera llegó a reparar en mi presencia. Bert apareció al cabo de un minuto con un vaso que contenía un líquido azulado, sacado seguramente de alguno de sus extraños cachivaches. Sus gafas tenían los cristales tintados del mismo color. Me miraba por el rabillo del ojo, por un extremo de las gafas, no a través de ellas.

—Oye —dijo—, ten algo de... ¿Te apetece algo de beber?

—No, gracias. —En realidad sí que me apeteecía, pero no estaba dispuesto a beber en su compañía.

Debió de creer que le había entendido mal y preguntó de nuevo, esta vez más alto.

—He dicho que si quieres algo de *beber*.

Tras declinar su ofrecimiento por segunda vez, Bert se arrellanó en un asiento acolchado, en una esquina y a cierta distancia de donde yo me encontraba. La pequeña, que le había seguido hasta la sala, se encaramó en su regazo de un salto torpe y enrevesado y se columpió y restregó sobre su padre con ganas, como acostumbran las niñas de su edad con los hombres de la familia sin ningún ánimo sexual, puesto que las partes íntimas quedan a salvo, pero es imposible no ver esa intención, y sin duda la veríamos si la encaramada fuera otra persona. La niña me miró entretanto poniendo cara de interesante, como si pensara que yo estaba muriéndome de la envidia.

Pasado un rato, empecé a impacientarme. Me acerqué de nuevo a Bert y le pregunté:

—¿Dónde está Steve exactamente? ¿Lo sabes?

Levantó la mano con parsimonia y apuntó al techo. Nadie intentó detenerme cuando salí de la sala. Entendí que Steve estaría en alguna de las habitaciones y me dirigí al piso de arriba, haciendo un alto en el trayecto para mear. El váter tenía un tapete color carmesí alrededor de la base y otro en la tapa, para aposentarse con comodidad en caso de necesidad. Comunicaba con un cuarto de baño con una bañera rodeada de unos paneles de madera de pino y, colgada de la puerta, alcancé a ver una de las elegantes esponjas de lufa de Nowell. Tenía los bordes en curva para facilitar el frotado de la espalda.

Steve estaba en una habitación con grandes ventanales y sin una sola cortina. En sus paredes desnudas amarillo limón se reflejaba la luz de la tarde, de suerte que pude ver bien lo que ocurrió en los minutos siguientes. Me acordé de las palabras de Susan al comprobar que no estaba dormido, tan solo recostado en una postura muy poco cómoda para dormir. Me fijé en la cama sin hacer, en dos montones de partituras musicales bien ordenadas y en una mesa de billar que parecía nueva. Me pregunté cómo habrían subido hasta el dormitorio aquel tercio de tonelada de pizarra y madera de caoba, y con qué fin, pero miré de nuevo a Steve y me centré de inmediato en el asunto que me había llevado allí.

—¿Por qué no nos vamos a casa? —dije—. Aquí no se nos ha perdido nada.

Él respondió algo que no alcancé a entender, apenas dos o tres palabras pronunciadas a la carrera.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Nada, estaba... —Su voz se fue apagando hasta convertirse en un murmullo inaudible.

Lo intenté una vez más.

—Vámonos... Podemos parar a tomar una cerveza en el Pheasant.

—Poseer toda la información relevante en cantidades increíbles —dijo deprisa.

—¿Cómo? —pregunté, pese a haberlo oído perfectamente.

No hubo respuesta. Tras una pausa movió las piernas de improviso y se sentó en una esquina de la cama frente a la ventana principal. Entonces levantó una mano y la agitó como si estuviera saludando a alguien. Obviamente, no había nada ahí fuera, pero me acerqué y eché un vistazo para asegurarme de que estaba en lo cierto: infinidad de tejados —ni siquiera un alma a la vista— y un gato sentado en un muro, eso era todo. Volví a mirarle y me pareció que su rostro no era el de siempre. No habría sido capaz de describirlo, pero había cambiado lo suficiente como para que no lo hubiera reconocido en un encuentro fortuito en plena calle. Sí, tenía algo que ver con una cierta falta de armonía entre sus facciones. Me habría gustado preguntarle un montón de cosas, y ni siquiera profundas, solamente lo que había estado haciendo antes de aparecer en casa la noche anterior y

qué ideas le rondaban por la cabeza, pero no encontraba la manera de empezar. Hubo otra pausa.

—Nos vamos ya, ¿vale? —le dije, procurando no parecer demasiado apremiante—. Tengo el coche fuera.

—¿Crees en las vidas pasadas? —me preguntó atropelladamente, como había hecho antes.

—¿Cómo? Lo siento, hijo, no entiendo lo que quieres decir.

—Ya sabes, gente que vivió y murió y después volvió a nacer. ¿Crees en eso?

—Ah, te refieres a la reencarnación... No, no creo en eso. En realidad nunca he... Pero ¿a qué te refieres en concreto?

—A gente que vivió hace mucho tiempo, ¿me sigues?, y que ha renacido ahora, en el siglo xx.

—Pero esa gente... —Me interrumpí: no tenía sentido enzarzarse en una discusión sobre tamaño despropósito—. Supongamos que creo en la reencarnación. ¿Cuál es el problema?

Steve miraba por la ventana, o tal vez miraba a la ventana misma. La comisura de los labios se le alargó hasta convertirse en una sonrisa delgada, apretada y horizontal, y entonces empezó a reírse entre dientes, tratando de reprimirse a medias. Aquello no era habitual en él. No advertí nada extraño en el resto de la cara, salvo en los ojos quizá, que abrió un poco más de la cuenta. Paró enseguida, pero empezó de nuevo casi de súbito, aunque esta vez se llevó una mano a la boca. Pese a que el sonido no era excesivamente desagradable, acabé por hartarme. Me decidí por una reacción enérgica y contundente, de modo que eché un vistazo a mi reloj y caminé hasta la puerta.

—Que no se me olvide echar gasolina —dije—. ¿Te importa ir fijándote y avisarme si ves alguna gasolinera? Y eso que el martes tenía el depósito lleno. Conducir en marchas cortas y por ciudad no da para más.

Asintió y se levantó, pero entonces preguntó:

—¿Sigue en casa esa gente? La que estaba en la planta baja.

—¿Qué? Bueno, estaban ahí abajo cuando llegué. ¿Por qué?

—¿De qué estaban hablando?

—No lo sé. De nada importante, me figuro. Mamá estaba escuchando al tipo canoso...

—¿De qué se estaban riendo con esa suficiencia y por qué insistían tanto?

—No me ha parecido que estuvieran insistiendo en nada. Simplemente estaban...

—¿Por qué disimulas? —Parecía irritado.

—Steve, de verdad...

—No intentes hacerme creer que no sabes de qué te hablo.

No supe qué responder a esto último. Por primera vez me pregunté cuáles serían las cosas tan espantosas que, según me contó Nowell por teléfono, le había dicho Steve. Aunque es cierto que estaba más que acostumbrada a oírlas, muy pocas de esas cosas habrían espantado a nadie que no fuera ella. Recordaba una que tuvo que ver con un vecino que, en lugar de ensalzar su papel de esposa del tabernero en la adaptación cinematográfica de aquella serie de televisión, hizo un comentario sobre su propio jardín. Recuerdo que hasta yo mismo llegué a indignarme por entonces.

En cualquier caso, las hubiera dicho o no, Steve parecía tranquilo cuando bajamos al salón, tanto que podríamos haber pasado por un padre y un hijo de lo más normales a punto de despedirse tras una visita. No vi a Nowell ni al tipo canoso en la estancia. Sí estaban allí aún Bert y la niña, repanchingados frente al televisor, o más bien lo estaba el padre mientras la niña se le retorció encima. Tenían puesta una serie de dibujos animados con el volumen tan bajo que no se oía otra cosa que algún estruendo o grito ocasional. Nowell reapareció al cabo de un minuto, supuse que después de haber despedido a su amigo.

—Era Chris Rabinowitz —explicó, en medio de nuestro fugaz achuchón de bienvenida. El nombre no me decía nada, pero por el tono de postración concluí que se trataba de algún tipo de productor, y no de otro actor.

—Nos vamos, mamá —dijo Steve, un tanto ido y sin prestar atención a lo que acababa de decir su madre.

—¿Os vais ya, cariño?

Se fundieron en un abrazo y, con ese gesto magnánimo, ella le perdonó las cosas tan espantosas que en teoría le acababa de decir. Miré al televisor. Era

esa clase de dibujos en los que nada parece cambiar ni moverse de una escena a otra, no vayan a fatigarse los dibujantes. Algo había fallado en el abrazo, pero me perdí esa parte.

—Adiós, Bert —se despidió Steve, y empezó a alejarse.

—Volved pronto —nos dijo Nowell a Steve y a mí, como si el acuerdo semanal que regía entonces no fuera suficiente.

De repente —pero enseguida vi que no a causa de las palabras de su madre — Steve se giró y, sin variar el tono abstraído de antes, le preguntó:

—¿Es judío ese amigo tuyo?

—¿Quién? ¿Chris? No lo sé, cariño. Supongo que sí. ¿Por qué, cuál es el problema?

—¿Vienen muchos judíos a verte a casa?

—¿Que si vienen muchos judíos? Algunos, me imagino. ¿Adónde narices quieres llegar?

—Todos ellos están avanzando en todas partes hacia sus posiciones de destino.

—No me fastidies, Steve... No seas ridículo —dije—. No es tu estilo. —Es cierto que no lo era. Él mismo me había llamado nazi alguna vez por soltar el típico comentario moderadamente antisemita que, de tanto en tanto y sin quererlo, se nos escapa a los de mi quinta y procedencia—. ¿O es así como habláis ahora entre amigos?

—No lo entendéis. Esto no tiene nada que ver con esa mierda pasada de moda sobre los judíos y vuestro puto club de golf. Ninguno de vosotros sabe lo que está pasando. Aún no están listos, aún no se han hecho con todo el país ni con ningún lugar en el resto del mundo. Pero el mapa está ahí, quieren expandirse, y lo sabrías si le prestarais un poco de atención. Os conviene aclarar las ideas. —Steve creía que era un gran secreto y que solo por eso merecía la pena estar al tanto—. ¡Quedáis avisados! Cuando hayan completado la hoja de ruta, se revelará la predicción de todos los tiempos. Alguno de vosotros ha tenido que ver algo. ¿No os parece el cielo de otro color cuando anochece?

Nowell se enfadó. Intentó interrumpirle un par de veces y al final terminó estallando.

—¡Por el amor de Dios, cállate, cariño! ¡No soporto cuando alguien dice esa clase de majaderías! —Tal vez fuera cierto. Las majaderías que Nowell era capaz de soportar y que incluso le agradaban, como la astrología, las experiencias extrasensoriales y los fantasmas, estaban más logradas y mejor contadas—. Aquí lo único que pasa es que has estado leyendo uno de esos libros tuyos disparatados sobre cosmonautas, platillos volantes o lo que sea.

—No —replicó Steve, turbado y agitando la cabeza con violencia—. No.

—Ya lo creo que sí. O esnifando pegamento o tragando anfetis. Bastantes problemas tengo como para además estar escuchándote decir tonterías cada dos por tres. —Estaba claro que Chris Rabinowitz no le había traído las noticias ni la oferta que esperaba. Nowell prosiguió sin mirarme—: Sácalo de aquí, Stanley, por favor, a ver si así me deja en paz de una vez. Ya le he aguantado más de lo que soy capaz de soportar.

—¡Pobres imbéciles! ¡Estáis en peligro! —espetó Steve antes de que me diera tiempo a decir nada más. Dicho esto, peinó el salón de un vistazo con los ojos desorbitados, como si estuviera buscando refugio.

Intenté que me mirara:

—¿Qué peligro, Steve? ¿De dónde viene ese peligro?

—Debes confiar en mí, papá.

—¿Qué quieres decir?

—Debes depositar toda tu confianza en mí, por completo. Júrame que confiarás en mí pase lo que pase.

—Por supuesto que confío en ti, muchacho, todos confiamos en ti... Pero ¿qué quieres decir con pase lo que pase? ¿Qué va a pasar? ¿Quién...?

—No, júramelo. Debes jurármelo. Mamá, jura tú primero. Ven aquí, delante de mí.

—No seas ridículo, Steve —dijo Nowell sin ninguna convicción. Y, por pura casualidad, puso la misma cara que había puesto hacía algunos años (lo recordé muy bien), cuando se le antojó ir de vacaciones a Marruecos y yo resolví que con Mallorca iba que chutaba.

—¡Escuchadme! Va a ocurrir de un momento a otro —gritó Steve de nuevo.

—¿Pero el qué? Por el amor de Dios, ¿qué es lo que va a pasar? —inquirí.

—No puedo explicarlo. Tienes que confiar en mí.

Se hizo el silencio, pero, a juzgar por la apariencia de Steve, no parecía que fuera a durar demasiado. Estaba temblando, se convulsionaba y se estremecía como si estuviera helado de frío. Por su expresión y la posición de los hombros parecía completamente desconcertado, aunque esa palabra se queda corta para describir algo tan desolador como el miedo cervical que debía de estar sintiendo. Llegados a este punto, confirmé lo que supe nada más verle aparecer la noche anterior o, mejor dicho, me obligué a confirmarlo. Pero, sin embargo, no tenía la menor idea de cómo proceder. Al parecer Nowell sí la tenía. Puso las manos sobre sus hombros y le habló con una suerte de indignación afectuosa, sumándose a su cruzada contra el mundo.

—Ya pasó, pobrecito mío, ¿verdad que ya pasó? Sé que no ha sido fácil. Has estado bajo mucha presión. No me sorprende verte tan alterado. Cualquiera lo estaría. Ha tenido que ser horrible —le dijo, y muchas otras cosas por el estilo.

Consiguió que, en menos de un minuto, Steve se sentara en el sofá y dejara de temblar. No sabía, y lo mismo me daba, por qué Nowell actuaba de ese modo ni lo que ella misma pensaba sobre su actuación. Tampoco Bert tenía manera de comprender lo que ocurría, pero no parecía importarle lo más mínimo. Su hija, más apegada a la realidad, no les quitaba ojo de encima, con la barbilla apoyada en su propio hombro como un niño observando a una pareja de corderos. Me acerqué y pregunté por el teléfono.

Bert, en una demostración de buen juicio, decidió no abrir la boca. Sin dejar de darle patadas al vaso —que estaba sobre la moqueta y afortunadamente vacío—, hizo un ademán de hartazgo seguido de un chasquido y señaló al techo, como la vez anterior. En ese preciso instante le sobrevino un acceso de furia, meneó la cabeza una y otra vez y acabó señalando al suelo. Encontré lo que buscaba en la habitación de al lado y me pregunté si el hombre habría olvidado dónde estaba por un instante.

—¿Podría hablar con el doctor Wainwright? Soy Stanley Duke.

—Lo siento, señor Duke, me temo que... Un momento.

Tras una breve pausa, habló de improviso la voz melosa de Cliff Wainwright. El doctor se había criado una estación más al norte que yo, en

la línea de metro de Clapham Junction, pero había logrado remozar su acento por entero y cuando le visitaba apenas se le escapaba alguna vocal sin reconstruir del suroeste de Londres, de la zona postal sw16, para ser más exactos.

—Has tenido suerte, Stan —dijo—. Justo estaba saliendo por la puerta cuando has llamado. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Es mi hijo, Steve. Me temo que está muy enfermo. Se ha vuelto loco.

—¿De verdad? Quién lo habría pensado... ¿Qué es lo que le ocurre?

Le conté lo que había pasado.

—Ah, sí, bien, hum, yo diría que solo está un poco colocado. Salvo que se esté riendo de vosotros, que también puede ser, ¿no? ¿Nunca lo había hecho antes? ¿Estás seguro? ¡Ah, vaya! Y doy por hecho que no está borracho. ¿No será mejor que le vea? ¿Estáis en casa?

Le conté alguna cosa más.

—Perfecto, no hay problema... Con suerte estaré allí en unos quince minutos. No te preocupes, Stan, querido, y si se pone violento, atízale con una barra de hierro.

El teléfono parecía de antes de la guerra, o al menos una réplica de los aparatos de entonces. Colgué el auricular sobre el interruptor de gancho y me senté frente al aparato. Es probable que aquel cuarto, con su secreter de película, su máquina de escribir eléctrica, su hilera de directorios de teatro y una gran cantidad de fotografías de Nowell (en una se daba un aire a Shakespeare, en otra tenía algo que ver con Drácula y en otras aparecía conversando con la princesa Margarita o con Sean Connery, o vestida de fulana o de monja, en un programa de televisión, en uno de entrevistas), recibiera en aquella casa el nombre de «estudio» o incluso de «gabinete». Las únicas instantáneas que reconocí parecían algo desfasadas. Bert salía en dos o tres, pero no vi ninguna de Nowell con Steve, ni de cuando era pequeño.

Me vinieron a la mente palabras como manía, esquizofrenia y paranoia. Intenté rescatar todo lo que había oído y leído a lo largo de los años acerca de la locura y sus tratamientos, pero no me ayudó en nada. Mi inveterada opinión sobre los profesionales del gremio y su incapacidad respecto al tema

que les ocupa seguía siendo la misma de siempre. Pensando en ello recordé aquel libro elegantemente editado en rústica en el que un psiquiatra mantenía que lo único que pueden hacer por ti si pierdes la cabeza es mantenerte estable y seguro y evitar que llegues a hacer cosas como matarte (hasta que mejoras por casualidad, si tienes suerte, o durante el resto de tus días, si no la tienes). El autor merecía una ovación. Pero ese era su punto de vista o una exageración, o quizá solo pretendiera ajustar cuentas y escribir un superventas. Sí, sin duda era eso. Vista desde fuera, la profesión no gozaba de muy buena prensa, con sus teorías disparatadas, con todos esos ricos que van al loquero cada semana durante veinte años y con esos manicomios que se encuentran en edificios sin tejado. Aunque lo cierto es que nunca se mencionaban sus logros, las nuevas medicinas y terapias ni a los miles de pacientes que, sin alharacas y poco a poco, acaso mejoraban un poco. Así eran las cosas. Y otro tanto ocurría en el ámbito de la medicina: uno oía hablar de los escándalos y de los errores, y no de las maravillosas curas. En fin, no era exactamente lo mismo, pero existían similitudes. Y, en cualquier caso, el libro del psiquiatra de marras se había publicado hacía mucho tiempo ya.

A todo esto, decidí llamar a casa para explicar lo ocurrido, pero nadie respondió (Susan se habría escapado por alguna razón). No me había dado cuenta hasta entonces de las ganas que tenía de oír su voz. Justo después de colgar, Steve vociferó algo en la habitación de al lado y se oyó un violento estruendo que en realidad fueron dos a la vez: un choque y una especie de explosión gigantesca seguida de gritos y algún alarido. Acerté al suponer lo que había ocurrido. Regresé a toda prisa y me encontré con un cúmulo de cristales rotos en la alfombra frente al televisor, un gran agujero en el aparato un batiburrillo y de piezas electrónicas; alrededor todo estaba lleno de humo. Entre los cristales había un cenicero de piedra gris. Steve aún parecía desconcertado, más preocupado que abstraído, como si no comprendiera la razón del revuelo que se había generado. Los otros tres daban gritos, Nowell a Steve, Bert a nadie en particular y la niña a todos los demás. Ella fue la que consiguió sacarme de mis casillas. Grité en su dirección, no demasiado alto, aunque probablemente sí conseguí alarmla

un poco. Pero acabó callándose, al igual que los otros dos, aunque solo durante un segundo, como fue el caso de Nowell.

—¡Sácalo de aquí, ya! —me ordenó en un tono de lo más estridente.

Intenté ignorarla y le dije a Steve que no se preocupara. Me atrevería a decir que no fue un comentario demasiado edificante, pero en aquel momento no se me ocurrió otro.

—¡Que lo saques de aquí! —repitió Nowell, y se mantuvo valientemente en sus trece—. ¡Está loco de remate! Este chico está loco de remate.

—No le hagas caso. Y, ahora, tranquilízate. Venga, calma... El doctor está de camino —le dije a Steve.

Bert intentó meter los morros:

—Has oído... ¡Fuera, ya, malnacido...!

—Mira, tío —dije—, no me gustaría tener que llegar a las manos. Y me tienes a esto de hacerlo, ¿comprendes? —No fue para tanto, pero él no tardó en aplacar su sensibilidad a flor de piel.

Nowell dio unos pasos en dirección al televisor. La escabechina debió de parecerle mayor vista desde cerca, puesto que regresó más cabreada aún.

—¡Lo ha destrozado! —gritó de nuevo—. ¡Lo ha hecho añicos!

—Efectivamente —dije, e hice lo que alguien debió haber hecho desde el principio: desenchufar el cable de la pared.

—No pienso tolerar comportamientos como este en mi casa. Si no sale de aquí en un minuto de reloj, llamaré a la policía y les pediré que lo saquen a la fuerza. No me temblará el pulso, ¿me oyes?

De pronto recordé al detalle cómo había sido nuestra vida conyugal, o buena parte de ella al menos. Nowell decía algo escueto y simplón a lo que yo habría podido responder de mil maneras, todas ellas apremiantes, necesarias y razonadas, y todas vanas e inútiles. Recordé también aquella sensación de que tenía que responder a pesar de todo, con gallardía y audacia, como cuando apuras una bebida de un trago a sabiendas de que acabarás doblado. La réplica era esta vez tanto o más apremiante (y todo lo demás) que ninguna de las anteriores y se centraría en la relación maternofilial que les unía, con alguna que otra mención a la policía y su reacción ante la idea de tener que desahuciar a un hijo del hogar familiar, y

además le preguntaría si hablaba en serio, etcétera. Pero me cuidé de decir nada, no por proteger a Steve, sino porque vi con claridad meridiana lo que apenas llegué a barruntar en los viejos tiempos: Nowell estaba buscando que yo empezara. Y lo buscaba porque estaba convencida de que dominaría la situación conmigo, pero no con Steve tal y como estaba o parecía estar en aquel momento. Después de tantos años... ¿Pero qué más daba?

He de decir que algunas de estas respuestas se me ocurrieron más tarde. En ese instante solo le respondí:

—Cliff Wainwright llegará de un momento a otro. Me llevaré a Steve entonces.

—¡Te lo llevas ahora! Podéis esperar fuera. No está lloviendo. —Era una magnífica demostración teatral de cómo se ha de luchar por lo que uno cree justo.

—Siento lo de la tele —dijo Steve enérgicamente—. No tuve más remedio que hacerlo. —No había ninguna energía en su tono de voz. Respiraba con dificultad y le temblaba la boca.

Y en ese momento se oyó el sonido del timbre gastado de la puerta principal.

—Te toca abrir, Bert —le dije—. Cuando quieras.

Él buscó de inmediato el consentimiento visual de Nowell y se dirigió hacia la entrada, seguido de la niña, que aún nos miraba por encima del hombro y siguió haciendo pucheros hasta llegar a la puerta.

—Nowell, ve a ver qué puedes hacer —le dije—. Antes has estado maravillosa con él.

La vi dudar. Entretanto, me pregunté si no estaría actuando así porque Steve la había asustado, pero recordé que para asustar a Nowell bastaba con dejar de mirarla durante más de cinco segundos. Entonces decidió hacerse la preocupada en vez de la maravillosa y comenzó a pestañear compulsivamente y a fingir pequeños movimientos repentinos. Cuando apareció Cliff —apuesto hasta el absurdo, como solo lo puede ser un doctor de Harley Street— ya estaba metida de lleno en el papel, dando las gracias a Dios por su llegada, y en ese plan. Aun así, no le sirvió de nada, pues el doctor estaba más que acostumbrado a escenas como aquella, y no solo por

parte de Nowell. Fue todo tan rápido que apenas me percaté de que, en un abrir y cerrar de ojos, Cliff pasó rozándola, me saludó con la cabeza y avanzó con calma hacia Steve. Le dirigió una mirada rápida pero concienzuda que ya conocía de las visitas a su consulta. Steve dio uno o dos pasos atrás.

—Esto no le concierne de ninguna manera, doctor Wainwright —dijo Steve—. No es usted bienvenido aquí.

—Oh, yo no lo tengo tan claro —repuso Cliff, y echó una ojeada a los pedazos diseminados del televisor—. ¿Has sido tú quien ha hecho esto?

—Sí. —Me pareció que Steve dudaba.

—¿De verdad?

—Como acabo de decir: he tenido que hacerlo —dijo Steve al cabo de casi un minuto, esta vez con firmeza.

—¿Has tenido que hacerlo? ¿Destrozar el televisor?

—Sí, yo... Le habían hecho algo a la tele.

—¿Qué clase de cosa?

—Algo le habían hecho. Pero ya está arreglado. Diréis que es una locura, pero sé que nos estaba grabando. Y no es la primera vez.

—¿Cómo? ¿En una cinta de vídeo, quieres decir? —Cliff se acercó y observó las entrañas del televisor destrozado. Cuando regresó intentó que Steve se sentara, pero este se negó a moverse—. Tengo mis dudas, ¿sabes? De hecho, me parece del todo imposible. Un magnetoscopio es un aparato bastante grande. No cabría ahí dentro.

—Un artilugio sofisticado. Un microchip.

—Ah, uno de *esos* —dijo Cliff con la voz muy cansada—. Demasiado pequeño para ser visto. Entiendo.

Por increíble que parezca, Bert había vuelto al salón con un vaso de agua. Yo mismo no reparé en ello hasta el momento exacto en que Cliff lo cogió, sacó una pastilla de algún lugar ignoto y le entregó el vaso y la pastilla a Steve.

—Aquí tienes.

—Mire, doctor... No necesito ninguna pastilla. Gracias.

—Quizá no la necesites. Depende de ti. Es solo un tranquilizante, y juraría que, entre una cosa y otra, estás algo tenso. No tiene efectos permanentes.

No te hará...

—¿Cómo se llama usted, *doctor*? Su verdadero nombre. —El tono me resultó hostil, sí, pero también es cierto que Steve parecía desorientado, medio ajeno a lo que ocurría. Estaba convencido de que no me había relacionado con la visita de Cliff. De lo contrario, habría sido muy difícil que no hubiera visto una conspiración en ello.

—Quítate esas cosas de la cabeza, joven. Nunca he tenido otro nombre que no sea Wainwright. Y, ahora, haz el favor de...

—No es Isaac, ¿verdad? Ni Moisés.

Cliff me lanzó una mirada rápida que interpreté como una súplica para ver qué podía hacer yo.

—Venga, Steve, trágatela de una vez para que podamos irnos a casa —dije.

—No metas las narices en esto —respondió sin llegar a mirarme.

—El único efecto que producirá en ti es que te sentirás mejor —aseguró Cliff, que seguía sujetando la pastilla y el vaso con cierta torpeza.

—Trágatela.

La escena se prestaba a que Nowell avanzara hacia su hijo a paso lento y dubitativo —los brazos le colgaban inertes a ambos costados, una postura rara en él—, se detuviera frente a él y le mirara sin decir palabra, elevando las cejas algo más de lo normal y entornando quizá los párpados, con una tenue sonrisa de esperanza y confianza en los labios, separados hacia la mitad pero unidos en los extremos. Visto lo visto, pensé para mis adentros, tuvo suerte de que por alguna razón hubiera olvidado traer mi lanzallamas, pero lo dejé estar en cuanto Steve cogió la píldora de la mano del doctor y se la tragó con un buche de agua.

—Bien hecho —les dijo Cliff a los dos—. Muy pronto notarás el efecto. Solo una cosa más, Steve, y luego podrás relajarte. ¿Quién está detrás de todo esto? Ya sabes, de la manipulación del... Los judíos, ¿verdad?

—No lo voy a decir.

—De acuerdo, me parece bien. Ve a descansar un rato.

Nowell, rodeándole con su brazo en un gesto protector, le acompañó hasta el mismo sofá en el que —parecía increíble— había estado sentada con Chris Rabinowitz hacía solo un rato.

—No hace falta que te diga que no está en sus cabales —me dijo Cliff—. Pero eso puede deberse a varias razones. Según mi experiencia, lo más probable es que se haya metido un chute de LSD o algo similar. ¿Lo había hecho alguna vez?

—No, que yo sepa. Ni siquiera ha fumado marihuana. Y no lo habría negado si fuera mentira, creo yo. No, no creo que el chico le dé a eso.

—En fin, sea cual sea la causa, hay muchas cosas que podemos hacer. Pero, mientras tanto, me temo que Susan y tú tendréis que estar preparados para afrontar grandes dosis de aburrimiento y molestias.

—Creo que podremos enfrentarnos a eso.

—Ay, aún no te imaginas lo que os...

Dejó de hablar cuando Bert se aproximó y le preguntó sin rodeos:

—¿Quiere algo de beber? ¿Ginebra? ¿Whisky escocés?

Cliff preguntó si podría tomar un *gin-tonic*. Yo dudé y después pedí otro para mí.

—El muy cabrón estaba borracho como una cuba hace solo cinco minutos —dije cuando Bert ya se había ido.

—Y todavía lo está, pero hace un esfuerzo especial delante de mí. Es increíble lo que la gente es capaz de hacer por un médico. Incluso en estos tiempos. Salvo los señoritos, por supuesto.

—¿Ya le conocías?

—No, pero salta a la vista. Sería curioso visitarle cuando esté enfermo, aunque no le deseo ningún mal. Los peinados como el suyo hay que verlos a la deriva, bien revueltos y alborotados, con la coronilla calva y los mechones colgando sobre un único hombro. Es un prodigio lo de Nowell, ¿no te parece? Coño, hacía casi diez años que no la veía y parece que no ha pasado un solo día por ella. Pero, claro, las narcisistas suelen conservarse muy bien. Y los maricas. Interesante esto último. ¡Anímate, Stan, has hecho lo que tenías que hacer! Steve pasará una buena noche. Por la mañana me acercaré a echarle un ojo. Procuraré que me acompañe un psiquiatra para que le pase revista. El que sea.

—Gracias, Cliff, te estás portando muy bien con todo esto.

—Solo medio bien por el momento. La verdad es que me sobraba un poco

de tiempo.

No había ningún misterio en esto. Cliff siempre había sido muy pegajoso con las mujeres, y a veces excesivamente temerario (estuvieron a punto de inhabilitarlo en más de una ocasión por este tema). En esto no se diferenciaba de ningún otro médico al que hubiera conocido. Alguna vez, antes de aquello, se me ocurrió pensar que, pasando, como él pasaba, los días entre cuerpos contrahechos, decrepitos y enfermos, no era de extrañar que sintiera un fuerte impulso por agenciarse a alguna joven de buen ver con la que pasar su tiempo fuera del trabajo. Pero decidí no darle cuerda entonces, porque Bert trajo las bebidas y se quedó con nosotros, sin decir palabra al principio. Luego intervino, de improviso, cuando Cliff terminó de contar el chiste sobre aquel que teme acostarse con mujeres porque su madre le ha dicho que tienen dientes ahí abajo, y mientras yo trataba de recordar algún otro que lo superase.

—¿Te importa que te haga una pregunta?

Sentí que no me quedaba más remedio que decirle que no, bebiendo como estaba el *gin-tonic* que él mismo me había traído.

—Esto... ¿Guardas quizá una botella de vodka bajo el colchón de la cama de tu casa?

—No —repliqué de nuevo, aunque esta segunda vez me costó un poco más—. ¿Por qué?

—No lo sé, si te digo la verdad. No pretendía ofenderte. Yo solía esconder media botella de whisky escocés bajo el mío, a veces.

—Siento estar tan espeso, amigo, pero me temo que vas a tener que explicarme el chiste.

—Stan, va siendo hora de que nos vayamos, si estás listo —dijo Cliff.

Al percatarse de que estábamos a punto de marcharnos, Nowell se levantó sin prisa y ayudó a Steve a hacer lo propio, despacio también. Más que manso, mi hijo parecía exangüe, en Babia, retrasado. Su madre le acompañó hasta la puerta como si estuvieran yendo a misa, se giró y miró fijamente a los dos hombres que, en su inmensa sapiencia, estaban a punto de arrebatarse a Steve de su seno. El mismo hijo al que, cuando tuvo ocasión, no trató de convencer con demasiado empeño de que permaneciera a su lado.

Hizo entonces un leve esfuerzo por contenerse y no abrazarle, pero enseguida renunció a semejante lucha. Dio la casualidad de que nos estaba mirando a Cliff y a mí en ese instante, de suerte que pude ver con claridad las lágrimas que brotaban de sus ojos entornados. También Cliff las vio, me figuré, pero no me pareció muy impresionado.

Justo detrás de Nowell estaba Bert, ostensiblemente borracho otra vez (el cuello se le había convertido en algo gelatinoso). Había dejado de esforzarse por Cliff.

—Me he puesto en contacto con un colega —me dijo Cliff cuando me llamó por teléfono a la mañana siguiente—. Se llama Nash, Alfred Nash. Es posible que su nombre te suene. En fin, fue poco menos que una celebridad en sus años mozos. Desde entonces no se ha sabido mucho de él. Es más, no ha vuelto a tener trabajo estable y, de hecho, se ha mostrado entusiasmado cuando le he pedido este favor. Todo el mundo piensa que es un buen tipo. Aunque yo no podría confirmártelo. He recurrido a él una media docena de veces, pero siempre por motivos laborales, como te puedes imaginar.

—¿Es psicoanalista? —pregunté.

—¡Por supuesto que no es un maldito psicoanalista! —respondió cabreado, pero enseguida comprendió que era inútil esperar que yo supiera qué tenía o podía tener eso de malo—. No, es doctor, psiquiatra; dicho de otro modo: no es un vulgar matasanos. Diría que es un pelín... En fin..., ya lo verás con tus propios ojos en breve, porque saldré a recogerle en unos minutos.

—¿Seguro que estarás bien, Stanley? —me preguntó Susan poco después. Llevaba un sombrero redondeado de lana que le daba un aire de niña confiada—. Solo tienes que decirlo y me quedaré en casa hasta que lleguen.

—No, no, Sue. Vete. —El sábado era el día de cierre de edición en el *Chronicle* y todos debían hacer acto de presencia, pese a que, según contaba Susan, la mitad de las reseñas y del resto del material les aguardaba desde el martes en la redacción.

—Sería absurdo intentar convencerte de que no te preocupes por esto —dijo—. Pero hay algo de lo que puedes estar seguro, y es que puedes contar

conmigo para todo lo que necesites. Haré cuanto pueda y cuanto quieras que haga. Es posible que no siempre sepa actuar de la mejor manera. Y, si eso ocurre, quiero que me des un toque de atención inmediatamente, sin pensártelo. No importa que te parezca un favor excesivo o incluso demasiado banal: yo haré todo lo que me pidas. ¿Lo has entendido, cariño?

—Sí. Gracias, mi amor —respondí. Me habría gustado ser capaz de decirle *cariño* con naturalidad en momentos de convalecencia como aquel—. Y gracias por lo que ya has hecho. Te veo esta noche.

Me estrujó la mano (la suya estaba embutida en un guante de lana a juego con el sombrero). Reparé en el vello oscuro y apenas perceptible que despuntaba sobre los extremos de su boca. La noche anterior, después de acostar a Steve sano y salvo, dedicó casi dos horas a sacarme de un estado en el que no habría sido capaz de ninguna intimidad o extraversión mayor que ver la tele y emborracharme. Ella lo consiguió y me colmó de atenciones que terminaron en la cama. Entonces sí que me salió decirle *cariño*.

La puerta de la calle se cerró de un portazo y de inmediato reinó un silencio absoluto. Una hora antes me había asomado a mirar y Steve seguía dormido, o tal vez fingía estarlo. Se dejaría ver cuando le viniera en gana, es decir, bastante antes de lo que a mí me convenía. Me mostraba muy reacio a su compañía —también sentía muchas otras cosas, y me reprochaba la primera—, pero no podía hacer nada por evitarla, y poco importaba lo que yo sintiera entonces. Además, tenía tareas pendientes; no demasiadas, pero sí alguna. Podría haber retomado aquella carta tan bien argumentada que me había propuesto enviar al director de la revista del Club del Coche Clásico y que versaba sobre un asunto (los tubos de escape) completamente ajeno a mi ámbito habitual. O haberla reconvertido en un artículo. A fin de cuentas, Susan no era la única escritora de la familia. Pero después de sacarla de donde estaba y de echarle un vistazo, descubrí que aquello también superaba mis fuerzas. Y me conformé con un whisky escocés suave con agua.

Decidí que no volvería a beber hasta que llegaran los médicos, y justo entonces llegaron y lograron quitarme la idea del alcohol de la cabeza durante un tiempo. Nash resultó tener cerca de sesenta años, o quizá alguno más. Era alto, pálido, con bigote y más pelo que yo, y hablaba con un acento

relamido que me recordaba al de la reina. Vestía unos pantalones de *tweed* que tal vez consideraba raídos y un jersey de cuello alto ostensiblemente sucio. Le agradecí que hubiera venido, él mostró su solidaridad con los problemas de Steve y ahí quedó todo. Estaba perdiendo dotes para las conversaciones banales y tampoco parecía que fuera a surgir la ocasión de echar un trago que aligerase la situación (me dio vergüenza proponerlo y Cliff no me lanzó ningún señuelo). En fin, era temprano aún.

Le puse al tanto de lo ocurrido. Nash me escuchó mientras iba anotando cosas en un cuaderno, o más bien en una libreta nueva de veinticinco páginas y papel reglado. Me preguntó sobre las circunstancias que rodeaban la vida de Steve y su pasado, y apuntó parte de lo que le conté al respecto. Después quiso saber si mi hijo había sufrido algún revés emocional reciente.

Dudé:

—Ha roto hace poco con una chica, quizá antes de ayer, aunque no mucho antes. Pero... No es propio de él hacer un mundo de este tipo de cosas, y en cualquier caso aquella relación no parecía particularmente seria.

—Pero ¿era una relación? Discúlpeme. Cuando, por casualidad, me asomo al mundo de los jóvenes, y eso ocurre muy rara vez, este me resulta tan familiar como, digamos, la Patagonia medieval.

—Steve no cuenta gran cosa al respecto, pero, a juzgar por la apariencia de la chica, si no se han acostado es porque ella se ha rebelado contra uno de sus hábitos más arraigados.

Nash alzó la mirada desde su cuaderno con brusquedad, como si lo que acababa de decir le interesara de alguna manera que ni siquiera había imaginado.

—Comprendo —dijo, hizo una pausa y continuó con brío—: ¿Y usted? ¿Alguna vez ha sufrido un ataque de locura o ha acudido al psiquiatra o al médico a causa de los nervios? Hum, a decir verdad, no estaba pensando en usted en concreto. Pero ¿qué me dice de su familia? Hermanos, tíos, abuelos... ¿Hay algún loco en la familia?

—Bueno, está la hermana de mi madre. No para de hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que ha estado haciendo, dónde ha estado... Con un nivel de

detalle del todo descabellado. No puede usted hacerse una idea...

—No, no. Puede que a usted le parezca un nivel de detalle ridículo y agotador, pero resulta perfectamente normal en una mujer mayor.

—Pero es que ella...

—¿Es el peor caso que se le ocurre, señor Duke? ¿No ha tenido usted ningún tío que no se enterara de nada de lo que ocurría a su alrededor? ¿Algún primo que se sentara en una silla y se pasara el día sentado en ella sin hablar ni moverse? Alguien de quien dijeran que era divertido, pero un tanto... Ya me entiende. La gente corriente suele tener buen ojo para juzgar estas cosas, o lo tenía hasta que algún lunático dijo aquello de que los cuerdos están más locos que nadie. Me refiero al típico familiar curioso, algo extraño o peculiar, con el que uno nunca sabe del todo a qué atenerse o lo que piensa en realidad. Nos llevamos bien con él, pero si algún día y sin razón aparente nos dijera que siempre nos ha odiado, tampoco nos extrañaría. Tal vez causaría una ligera conmoción o incluso dolor en nosotros, pero no sorpresa. A nadie le gusta que le digan eso. En fin... ¿Y su mujer? Es decir, su exmujer, la madre del chico, la señora... Hutchinson. ¿Qué me puede contar de ella?

—Bueno... —Miré a Cliff, que dilató los ojos en un ademán de aliento—. Creo que ella sí que está un poco loca.

Cliff reaccionó a mi afirmación —que se quedaba ciertamente corta— inflando los carrillos.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Nash—. ¿A qué se refiere exactamente? ¿Cómo de loca?

—Es como si no... Acaba usted de aludir a aquellos que son incapaces de darse cuenta de lo que sucede a su alrededor. Creo que ella no es capaz, o no al menos de lo que sucede en *realidad*. Es decir, sabe cómo se llama cada uno y en qué día vive, pero todo lo ve de un modo diferente a los demás. Nada es lo que parece ser, siempre tiene que haber algo más. No sabe juzgar a la gente. En su opinión, o son encantadores o son mezquinos, eso es todo: no encuentra el término medio. Si alguien no encaja en una u otra categoría, deja de existir para ella; o, mejor dicho, pasa a ser un dato factual, como Heath o David Bowie. Y todo en su vida funciona así, no solo su

personalidad. Si el mundo entero se pusiera de acuerdo para jurarle y perjurarle que las cosas son de otro modo, a ella le daría completamente igual. De nada sirve decirle que lo deje estar, que se calle o que dé su brazo a torcer, porque lo cree de corazón. Se diría a sí misma que el mundo entero se ha puesto en su contra para mostrarle su desprecio. Discúlpeme, doctor Nash, creo que ya he dicho bastante.

—Sin duda lo ha dicho. Pero la primera parte ha estado bien. Hum... ¿Diría usted o, mejor dicho, expresaría su conformidad con la idea de que todas las mujeres están locas?

Cliff asintió unas diez veces con tremendos movimientos de cintura para arriba, los labios apretados firmemente y los ojos desorbitados.

—Bueno... —dije—. No. No todas. Hay excepciones, naturalmente.

No me explico cómo se las ingenió para evitar la tentación de responder con otro *naturalmente* (se lo había servido en bandeja), pero el caso es que lo hizo. Consiguió limitarse a apretar los dientes y a clavarme la mirada. Debía de ser su forma natural de mirar, en absoluto ofensiva, pero no sabría decir si con ella lograba ver mejor o si, por el contrario, apenas veía nada.

—Sí —dijo después de esto—. No seguiremos hurgando en el tema. Hablaré con la señora Hutchinson. En fin... He de decir que es el procedimiento más conveniente: recabar grandes cantidades de información antes de ver por primera vez al paciente. Pero he descubierto que a veces también conviene actuar al revés, ya sabe. Ahora, señor Duke, písale a su hijo que baje para charlar conmigo. No tema decirle que soy doctor, si él le pregunta, e incluso que soy psiquiatra. Por supuesto que lo soy.

Subí e hice lo que el doctor me había pedido de varias —pero no muy distintas— maneras. Steve seguía tumbado en la cama, mirando al techo en una postura que se me antojó de lo más incómoda, aunque sus ojos no debían alcanzar a ver tan alto. La habitación olía fuerte, pero no tanto como habría olido si él ya hubiera sido un hombre hecho y derecho. Abrí la ventana. Me fijé en un par de camisas nuevas que permanecían metidas en su forro de plástico y en unos calzoncillos que había extendido junto a la cómoda. Llevaban la firma de Susan, que enseguida debía de haberse dado cuenta de que Steve no tenía más ropa que la que llevaba puesta.

Pasados unos diez minutos en los que no dije nada especial ni cambié para nada mi comportamiento, Steve se levantó enérgicamente de la cama. Llevaba apenas unos calzoncillos cochambrosos y una especie de camiseta de tirantes. Con idéntico brío, se puso los pantalones (hechos un trapo) y se calzó un par de zapatillas deportivas de colores, más propias de una competición olímpica de atletismo que de un atuendo normal para salir a la calle. No me acababa de creer que hubiera accedido a bajar, y no me lo creí hasta que estuvimos en la sala de estar y le presenté a Nash, que le miró como antes me había mirado a mí. Yo me quedé con ellos hasta que el doctor me invitó, con extrema cortesía, a marcharme.

Cliff salió conmigo. De camino a la cocina, asintió de nuevo con la cabeza, no con gestos disparatados como había hecho anteriormente, aunque con la misma expresividad. Preparé un *gin- tonic* para cada uno y nos sentamos a la mesa. En teoría, aquellas sillas eran de una calidad excepcional, aunque a mis ojos no pasaban de ser un simple apaño de madera con listones o tablillas en el respaldo.

—Todo va bien de momento —dijo Cliff—. Está muy dócil. Si vieras a algunos casos que me he encontrado por ahí... Pero está bien que no se deje manejar por cualquiera, es buena señal. No creo que esté enfermo de verdad. Habrá esnifado pegamento o masticado esto, aquello y lo de más allá. Ya lo verás. Por cierto, ¿qué opinas de él? De Freddie Nash.

—Dudo que vaya a ser santo de mi devoción. Esa voz... ¿Y no es un poco *teatrero*? —respondí.

—Vamos, Stan, claro que es teatrero, entre muchas otras cosas. Los médicos son habitualmente unos actores colosales, lo sabes de sobra. Peores incluso que los actores de verdad, porque tienen más poder.

—¿Qué es eso que me ibas a haber dicho por teléfono sobre él? Que era un pelín no sé qué... No has terminado la frase ¿Un pelín qué?

—Un pelín... En fin, un pelín rígido. Inflexible. Es su estilo. Con esto no quiero decir que crea estar de vuelta de todo, pero cuando llega a convencerse de algo, no hay más que hablar. Y he oído decir a uno o dos colegas más jóvenes que no está a la última. En realidad, es lo normal en alguien de su edad. Eso sí, todos coinciden en que es muy bueno.

—¿Está casado?

—Sí. Se ha casado unas cuantas veces. Al menos cuatro, que yo sepa. Quizá siga con su cuarta esposa, o quizá no; tal vez vaya por la quinta a estas alturas. No lo sé. Por ahí debe de andar la cosa. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo he supuesto después de que me haya salido con aquello de que todas las mujeres están locas. ¿Crees que lo piensa de verdad?

—¡Oh, ya! Coño, después de tantos matrimonios, cómo no va a pensarlo... ¡Pobre hombre! Claro que lo piensa, pero es solo una manera de hablar, ya sabes, como cuando lo decimos nosotros. Bueno, disculpa, nosotros no, *tú* no crees que todas estén locas. Solo la gran mayoría.

Cliff puso mucho empeño en dejar claro que lo de hacer excepciones era cosa mía, quizá solo como un indicador o recordatorio de que para él no las había, y menos aún con respecto a su mujer de entonces, una de las pocas féminas capaces de competir de igual a igual con Nowell. Recuerdo que una noche, no mucho antes de que me dejara, mi exmujer y yo empezamos a hacernos carantoñas. Luego, cuando estábamos a punto de pasar a la cama, se enfrascó a modo de colofón en un interminable monólogo que al principio consideré un análisis magnífico y terroríficamente lúcido sobre su carácter y su conducta. Hablaba en tercera persona, para parecer más aséptica y objetiva, hasta que de pronto mentó a Cliff y le tildó de calzonazos por haberme contado que ella —Nowell— le había avasallado a preguntas sobre Sandra Wainwright. Pocos lances de mi primer matrimonio recuerdo con tanta nitidez como aquellos fatídicos minutos.

Cliff se quedó en silencio, probablemente pensando en Sandra.

—Sí —dije—. A decir verdad, no imaginaba que la opinión profesional del doctor Nash fuera que todas las mujeres de más de dieciocho años padecen algún tipo de trastorno mental. Así que no se trata *solo* de una expresión, de una simple forma de hablar. Y no se refiere a que sean unas pelmazas, aunque muchas de hecho lo son. Es lo que intento decir. Esas mujeres tienen una imagen distorsionada de la realidad. Desde luego, no hasta el punto de creerse Napoleón, pero, de cualquier modo, la imagen está distorsionada. Más que en el caso de esos tipos que piensan que la Tierra es plana, porque al menos con ellos se puede mantener una buena charla sobre fútbol. Pero

con ellas, esta disonancia se extiende a todos los aspectos de su vida.

—¿Cómo? Ah, ya... ¡Así es! —Miró el reloj, apuró la bebida y se levantó. Quizá no estuviera pensando en Sandra, después de todo—. Todo saldrá bien —añadió—. Puede que aún le lleve un poco más de tiempo, pero cuando haya terminado te informará puntualmente de su opinión.

—¿Querrá almorzar algo?

—Eso también te lo dirá él mismo. No te preocupes por estas nimiedades. La gente como él no espera a que le pregunten.

—¿Bebe?

—No... Bueno, creo que vino. Y no le importa que tú te bebas un par de copas, pero no le hace ninguna gracia que no te tengas en pie delante de él. ¡Utiliza tu buen juicio!

Cliff añadió que estaba seguro de que todo saldría bien y me pidió que le llamara por teléfono más tarde para ponerle al tanto de lo sucedido. Yo le agradecí su ayuda y, aunque le habría retenido a mi lado con cualquier excusa, se marchó. Aquel día hasta habría agradecido la compañía de la señora Shillibeer, pero, según nos contaba, su marido la obligaba a pasar con él todo el fin de semana.

Al menos quedaba algo de su sopa en la cocina, suficiente para dos comensales apurando las raciones, y en la despensa encontré una bandeja de embutidos, un bote de pepinillos y apio y cebolletas precocinados. Un surtido que me habría dejado más que satisfecho cualquier otro día, pero no aquel. Supuse que me quedaría cerca de una hora antes de pasar a la siguiente fase. Solo se me ocurrió preparar otro *gin-tonic*, que me llevó menos de un minuto, para matar el tiempo. Cualquier otro sábado, a las doce del mediodía, habría estado en otro lugar: en el club de golf, en el de *squash*, en casa de algún amigo..., pero siempre rodeado de gente. ¿Qué podía hacer ahora el solitario Duke para llenar el tiempo? ¿Leer tal vez? Pero ¿leer qué?

De pronto me vinieron a la cabeza el nombre de Mandy, su piso y su hipotética compañera sueca. A lo mejor seguía en la casa. Tal vez ya se encontraran allí las dos juntas, si Mandy había vuelto, o quizá la sueca se hubiera marchado y Mandy estuviera allí sola. Me costó más recordar el apellido que Susan había mencionado: Blackburn. De repente, tenía a mano

la posibilidad de confirmar que no había nada truculento o de interés en el pasado reciente de Steve, y de buscar ayuda, aunque ni siquiera había pensado en qué clase de ayuda necesitaba.

Encontrar el listín telefónico me llevó un buen rato. No estaba en su sitio habitual, junto a los libros de recetas, ni en la cocina, que también puse patas arriba antes de dar con él en el estudio de Susan. Por desgracia, no tuve la fortuna de que se cruzaran las líneas ni de marcar el número equivocado. Enseguida escuché un «hola» en la voz de una joven, apenas dos sílabas teñidas de alerta y amabilidad inglesas. No se trataba, desde luego, de la presunta sueca, y cuando pregunté por Mandy, replicó que estaba hablando con ella.

—Soy Stanley Duke, Mandy, el padre de Steve. Me temo que mi hijo no se encuentra bien. ¿Me podrías decir cómo estaba cuando os visteis por última vez? —Esto debería abarcar todo lo abarcable, pensé, y seguramente mucho más.

El silencio al otro lado del teléfono me hizo pensar que se había cortado.

—¿Mandy? —dije pasado un instante.

—Perdone, ¿con quién hablo? —preguntó casi al momento.

—Stanley Duke. Soy...

—¿Disculpe?

—Stanley... Duke. Padre de Stephen... Duke. *Steve*. Ya sabes. —¡Dios bendito! Quería gritarle: ¡has estado saliendo con él durante cuatro meses al menos, probablemente seis, y no han podido pasar más de tres o cuatro semanas desde entonces, etcétera!

—¿Con quién quiere hablar?

—Contigo, Mandy. Eres Mandy Blackburn, ¿no es así? En ese caso, recordarás a Steve, sin duda. —Más silencio—. Alto, más bien delgado, rubio, con la nariz un poco arrugada. —Seguí dando explicaciones, sintiéndome un perfecto idiota, sin saber cómo manejar la situación—. Camina inclinado hacia delante... Le gusta Mahler... Se pasa el día limpiándose las uñas.

—Ah... Uh... Oh... —La muchacha emitió una sucesión de sonidos que llevaban a pensar que estaba recordando y entonces añadió con brusquedad —: Estoy muy ocupada hoy, y lo estaré mañana y la semana que viene.

—No me cabe duda de que lo estás. Solo quería decirte que Steve lleva un par de días bastante fastidiado, y me preguntaba si...

Por un instante, cuando sonó el tono metálico en mi oreja, pensé que se había producido un fallo técnico. Después, pero esta vez durante más tiempo, me embargó una sensación de rabia, de asombro y casi de incredulidad al comprender que Mandy ni siquiera se había molestado en exasperarse por su sequedad. Maravillada ante su propia capacidad para evocar recuerdos, no debió de darle tiempo. Oyendo aquellos sonidos guturales, cualquiera habría dicho que acababa de venirle a la cabeza el nombre del conejito de aquel niño que vivía a tres casas de la suya cuando era niña.

Estaba bien traído el ejemplo de la infancia. Los lugares que visitamos cuando somos niños, o la gente a la que conocemos, salen disparados de nuestra mente a una velocidad de vértigo, y no siempre para caer en el olvido, sino en algún lugar más remoto que el pasado ordinario: en otra vida. Daba la impresión de que Mandy sentía a Steve como algo remoto. Pero, así y todo, la chica merecía una buena reprimenda.

Yo mismo acabé recordando. Y resultó que a mí no se me daba demasiado bien. Guardaba en la memoria infinidad de recuerdos de sucesos acaecidos, pero no conseguía evocarlos como acontecimientos plenos con fragmentos visuales que pudiera rescatar en mi imaginación. Sabía, por ejemplo, que había ido a ver nadar a Steve con su equipo del colegio cuando tenía catorce años, quizá en las finales; que había participado en la competición de buceo y quedado segundo en su categoría, pero era incapaz de recordar las piscinas o al propio Steve. Cuando intenté imaginarlo en su cochecito, sentado en el regazo de Nowell o a los once años (la edad que tenía cuando su madre me abandonó), apenas llegué a vislumbrar una versión del Steve actual a escala reducida, adaptada a las necesidades del recuerdo. Los escasos fognazos que acudían a mi mente no eran más que eso, ni siquiera conseguí esbozar un rostro, una sonrisa o una mirada. Aún guardaba alguna foto, a pesar de que Nowell se había llevado casi todas cuando se fue.

No había sido capaz de terminar ninguno de los crucigramas del *Daily Telegraph*, cuando oí a Nash gritar mi nombre desde el piso de arriba. Por su

tono de voz supe a las claras que, pese a que no había ocurrido ninguna crisis, tampoco me convenía retrasarme. Aquella sutileza del psiquiatra parecía más bien típica de mi suegra.

—Ha ido a darse un baño —me explicó Nash cuando le encontré a solas en la sala de estar—. Muy oportuno... Una interesante biblioteca... ¿Son todos suyos?

—No —repliqué.

—¿Cómo? ¿Ninguno?

—No. Bueno, ¿qué piensa? ¿Está loco?

—Creo que sí.

—¡Dios mío!

—Pero lo más probable es que no lo esté de una manera irreversible o irreductible, y lo más probable es que solo vaya a estarlo durante un breve período de tiempo. ¡Loco...! Sin duda una palabra deprimente y aterradora —dijo Nash, sin quitarme la vista de encima—, pero, con conocimiento de causa o sin él, la ha empleado usted debidamente. No sé de otro ámbito en el que sea más importante llamar a las cosas por su nombre.

—¿Está usted del todo seguro, doctor? De que está loco, me refiero.

—En cierto modo, no lo estoy. Siempre cabe la posibilidad, y no es una posibilidad menor a primera vista tratándose de alguien de su edad, de que su conducta obedezca a los efectos de alguna droga o de otra sustancia química, pero usted mismo lo ha descartado hace un rato, y su hijo ha sido también bastante franco al respecto, y...

—¡Pero mi hijo está loco! Dice cosas raras.

—También está asustado. Creo que si hubiera consumido alguna sustancia perjudicial, lo habría reconocido al examinarle, y en cualquier caso... Existen posibilidades más remotas. Pero, en realidad, este es el máximo nivel de seguridad al que puedo llegar, por expresarlo de alguna manera. Cinco minutos después de echarle el ojo, o incluso antes, ya no me cabía duda...

»Uno de los grandes escollos de la psiquiatría inglesa es que, por causa del sistema vigente, a menudo se tardan meses enteros en identificar a un loco.

En mi juventud trabajé en el departamento de admisiones de un gran hospital psiquiátrico de Sídney y me pasaba mañana, tarde y noche viendo locos. Locos novicios, ¿me sigue? Y no hay mejor maestro que la mera abundancia de experiencias. Ahora es su turno. El joven Wainwright... — Nash se demoró en torno a esta caracterización, aunque al parecer no iban por ahí los tiros— me ha contado que sabe usted mucho de automóviles. Cuando algo falla en uno, ¿no está... seguro de lo que se trata antes de confirmarlo?

—Sí, pero...

—Ya sé que no es lo mismo, faltaría más. Pero retroceda al que me describió antes, cuando su hijo apareció en su casa bien entrada la noche. ¿No es posible que ya entonces estuviera íntimamente seguro de que estaba loco? —Por una vez, al pronunciar la última palabra, la voz de Nash se suavizó—. O casi seguro. ¿No lo habría estado si no se hubiera convencido de lo contrario, de que no entendía lo que sucedía, o si se hubiera tratado de alguien menos cercano a usted? ¿No es así, señor Duke? ¿No habría estado casi seguro, o lo bastante seguro? De inmediato, nada más verle.

Dudé, y entonces recordé las palabras de Cliff sobre la rigidez y las demás cualidades de Nash, pero qué importaba ya. Cuando Nash respondió a mi primera pregunta, por fin supe que había estado en lo cierto desde el primer momento y que tan solo el inmenso poder del autoengaño me había nublado el juicio, pese a la actitud de Steve y a los disparates que había dicho y hecho (ni siquiera cuando llamé a Cliff por teléfono pronuncié la palabra en serio, o no del todo). Aun así, asentí con la cabeza sin dejar de mirar a Nash.

—Bastante seguro —dije.

Él asintió, elevando las cejas, y entonces afirmó enfáticamente:

—A mi juicio, padece una esquizofrenia aguda.

—¡Vaya! —dije.

—Otra palabra aterradora. Dos, de hecho. La gravedad no describe la intensidad de la enfermedad, sino su grado de desarrollo: su dolencia se encuentra en una fase temprana. La esquizofrenia por sí sola no tiene nada que ver con la división de la mente ni con múltiples personalidades ni con otras extravagancias por el estilo. Estas figuraciones resultan útiles en el

cine, e imagino que en la vida real ha de ser muy ventajoso fingir que tú no robaste esa tienda ni abusaste de aquellos niños, ni tan siquiera en sueños. Hum... Tengo entendido que la gente moderna y refinada utiliza hoy en día el adjetivo *esquizofrénico* como sinónimo de *incongruente*. En fin... Dejaremos para más adelante las disquisiciones sobre la enfermedad, sobre qué es en realidad la esquizofrenia. Lo importante ahora es saber si su hijo responde al tratamiento, y para ello debería ingresarle.

Esto último lo dijo a toda velocidad. Yo no había tenido tiempo de considerar aquella idea.

—¿Es absolutamente necesario? —conseguí preguntar al tercer intento.

—Al menos deseable. Muy deseable. —Nash observó sus propias manos, grandes y algo estropeadas. A primera vista, no parecían pertenecer a un miembro de la clase alta—. Es justo que le explique cómo y por qué se le ha de ingresar. En resumidas cuentas: su hijo no se ha mostrado violento con nadie por el momento, pero se trata, digamos, de un individuo impredecible, y *necesita* un tratamiento que surta efecto con la suficiente rapidez. Lo que en la práctica se traduce en grandes dosis de tranquilizantes —dijo con una voz que adquirió por momentos tonos cantarines— que probablemente desencadenen efectos secundarios alarmantes e incluso un tanto peligrosos si no recibe supervisión médica. El paciente podría negarse a tomar las pastillas por esta misma razón, lo cual también puede resultar peligroso... Podría, por ejemplo...

Y en ese preciso instante le interrumpí. Había intentado seguir el hilo de sus palabras mientras combatía con los recuerdos de las visitas a mi madre en el hospital tres años atrás. El lugar no era para tanto en sí mismo, y ella pensaba que saldría de él en pocas semanas (todos lo pensamos hasta los dos últimos días), pero han quedado grabados a fuego en mi recuerdo el aspecto y los sonidos de los demás enfermos, y la sensación de mi madre de estar aislada y de haber perdido el control de la situación. Siempre tuvo muy claro lo que estaba pasando. En el salón de casa de su madre, Steve me había parecido confundido y asustado, y el lugar adonde le llevarían tenía toda la pinta de ser bastante peor que el hospital de mi madre. Entonces le dije a Nash:

—¿No será mejor que se quede aquí y vaya al hospital como paciente externo? Podríamos encargarnos mi mujer y yo de darle las pastillas, y asegurarnos de que las tome.

—¿De verdad lo ve factible? ¿Acaso no le oye decir que ya no es un niño, que dejen de tratarle como a un idiota, que no estén encima de él todo el rato, que no confían en él? Me temo que asegurarse de que se toma las pastillas equivaldría a vigilarle, y esa es una tarea indigna además de intrusiva. Más vale dejar el trabajo sucio en manos de enfermeras. Él estaría de acuerdo.

—Pero no puede hacerle ningún bien estar rodeado de...

—Todos esos tarados, sí... Solo puedo decirle que no le hará ningún mal. Tal vez esto le parezca un comentario tonto, pero lo cierto es que la locura no es contagiosa.

—Estará asustado.

—Estará medicado. Tranquilo, como le acabo de explicar. No debe preocuparse por eso.

—¿Qué ocurrirá después, doctor? ¿Recibirá alguna clase de terapia o continuarán tranquilizándole sin más? Solo pregunto...

—Recibirá tratamiento químico, es decir, medicación. La psicoterapia, que es a lo que usted se refiere, no deja de ser un proceso correctivo y no resulta aconsejable en estos casos. Pero déjeme explicarle algo más. Estos medicamentos no tienen nada que ver con los tranquilizantes paliativos como el Valium o el Librium, de los que quizá haya oído hablar y que son del todo inútiles en el tratamiento de la esquizofrenia. La medicación a la que me refiero ha ayudado a infinidad de pacientes en los últimos treinta años a recuperarse rápidamente y a alcanzar un estado aceptable de salud mental. Comprendo que haya podido llevarse la impresión, por mi culpa o por otras razones, de que tan solo podemos mantener a los pacientes tranquilos hasta que se recuperan, si es que eso ocurre. Pues no es cierto: podemos hacer mucho más. —Debió de interpretar mal (o bien) algún gesto mío, porque entonces añadió—: Es posible que usted no esté del todo de acuerdo conmigo.

—¿Pero cómo diablos no voy a estar de acuerdo con usted? Solo intento

asimilarlo. Es demasiado para digerirlo de una sola vez, y tal vez me equivoque y confunda algunas cosas en la primera ronda. Pero eso no quiere decir que no esté de acuerdo con usted. —También dije «Dios», pero casi en un susurro.

Nash sonrió por primera vez dejando ver una fila de dientes del color del marfil desgastado. Parecía un perro mal adiestrado.

—Le ruego que me perdone, señor Duke, pero hoy por hoy todo el mundo se cree con el derecho de opinar sobre la psiquiatría, e incluso creen saber más de ella que los propios psiquiatras. Sobre todo cuando leen en los periódicos esos artículos que arremeten contra todo el trabajo realizado hasta la fecha por la profesión. Comprenderá que es demoledor. *Todo* nuestro trabajo, ¿puede creérselo? Imagine que un astrónomo tuviera que oír algo parecido de su disciplina. De acuerdo, no es el mejor ejemplo. Tal vez un jurista... Pero volvamos a su hijo. Existe al menos otra buena razón para hospitalizarle, y es que debe someterse a varias pruebas médicas y neurológicas que conviene practicarle en el hospital.

—¿No pueden hacérselas como paciente externo?

—En teoría sí. Pero cuando vayan tendrán que encontrar el pabellón correcto, y la zona correcta del pabellón correcto, y esperar a que la administrativa de turno regrese a su puesto si no está en él. Y no se desesperen si la máquina no funciona ese día y tienen que pedir otra cita a la que ustedes también llegarán a tiempo, pero nadie les puede asegurar que todo vaya a salir bien esa segunda vez. También es posible que se vayan del hospital con cajas destempladas si son groseros con ustedes, y en ningún caso pueden perder el formulario que les entregaré porque nadie les atenderá sin él. Y recuerden reservar infinidad de... En fin...

—Podría llevarle yo mismo.

—Señor Duke, debo insistirle en que será infinitamente más simple y cómodo, y más rápido, lo cual no deja de ser importante, que se someta a las pruebas siguiendo el protocolo correcto, desde dentro del hospital.

—Sí, ya veo... —dijo. Lo que quise decir y de hecho dije para mis adentros fue que ya veía, aunque fuera a medias, que ingresarlo sería más cómodo para los médicos en primer lugar, para el personal del hospital, para el propio

Nash y para todos los demás. Todos ellos contra Steve y un servidor.

Nash también debió de ver algo.

—A la gente de su posición —dijo en un tono de voz demasiado bajo para él — no le resulta fácil ver desaparecer a un hijo en el umbrío mundo de los psiquiátricos durante un período indefinido de tiempo. No comprenden la diferencia con los demás hospitales, adonde uno va con un mal dentro y sale sin él. Como concepto, les cuesta menos entender la locura que la enfermedad mental, porque en el fondo no la ven como una enfermedad, ¿no es cierto? ¿Doctores y enfermeras para algo así? ¿Para algo que le sobreviene a uno de repente? De ahí que algunos sientan que están renunciando al debido... ¡Ah, ya estamos listos!

Steve llevaba puesta una de las camisas que le había comprado Susan. Bajo el cuello le asomaba parte del revestimiento de cartón del empaquetado. Me fijé en los pantalones, muy lustrosos además de deformados. Su aspecto y su comportamiento me parecieron tan corrientes y relajados, tan poco merecedores de preocupación, que pensé en decirle a Nash que, después de todo, no necesitábamos para nada sus servicios. Busqué a Steve con la mirada y él me reconoció al momento —parece lo normal, en cierto modo—, sin confundirme con nadie a quien conociera o creyera conocer. Al menos yo pensé que así era. Me miró con una expresión a la vez contenta, aliviada y afable, pero sin un ápice de esa suerte de vínculo que se forja y se da por descontado entre padre e hijo si estos se llevan bien, y que es distinto de cualquier otro vínculo en la tierra. Justo después, lanzó a Nash una mirada cortés, se dejó caer de súbito sobre el sofá de terciopelo y se retorció hasta encontrar acomodo en una de sus extrañas posturas.

—¿Qué tal el baño? —le preguntó Nash en voz alta, como quien se dirige a un extranjero en una parodia—. ¡Espléndido! Hum, ahora, si te parece... —Movié la mano con un gesto de aliento—. Eh... Ahora.

—Ya le he dicho antes que no puedo culparla —respondió Steve sin demasiado énfasis.

—Me lo has dicho, sí, pero volvamos a ello de nuevo. ¿Por qué no? ¿Por qué no puedes culparla?

—Porque no podía actuar de otra manera.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podía actuar de otra manera?

—No podía, por mi bien. Tenía que hacerme el vacío.

—No termino de verlo —replicó Nash con firmeza, tras agitar la cabeza e inspirar con calma.

—No ha querido reconocermme —insistió Steve, con mucha paciencia y mirando hacia mí—. ¿Verdad que no?

Parecía estar implorándome ayuda.

—No cuando hablé con ella —dije.

—¿Cuando qué? ¿Has... hablado con Fawzia? —Así sonó el nombre que pronunció.

—Pensaba que estabas hablando de Mandy —dije, colorado como un escolar.

—¿Mandy? ¿Esa zorra? —Su tono me pareció bastante bondadoso, pero adquirió un cariz de reproche o sospecha cuando añadió—: ¿Y qué se contaba?

—La he llamado por teléfono para ver si podía...

Nash me hizo callar alzando las manos.

—Este hacerte el vacío, como tú lo llamas, ¿a qué razones obedece? En mi opinión no tiene ningún sentido —dijo.

—Bueno, estaba protegiéndome, ¿no?

—Discúlpame, ¿pero quieres decirme que para protegerte te hace el vacío? Juraría que...

Steve asintió comprensivo, dispuesto a reconocer que algunas partes de su relato precisaban de más explicaciones.

—Esta chica, Fawzia, ¿de acuerdo? Tuvimos algo serio. No lo hicimos público, pero siempre supe que había algo entre nosotros, por las pequeñas cosas que me decía, que no habrían significado mucho para nadie más, e incluso por cómo me miraba a veces. Saltaba a la vista, yo lo sabía. Luego se vio involucrada en ciertas actividades secretas que la volvieron muy impopular en determinados círculos.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace un año.

La respuesta decepcionó a Nash, que se atusó el bigote y esperó.

—Después vienen a por mí, porque sé demasiado. Y ella empieza a ignorarme, para intentar despistarlos y ponerme sobre aviso. Sé demasiado, no solo sobre ella sino también sobre sus sistemas. Y sobre su organización, que es inmensamente poderosa, inmensamente despiadada e inmensamente... secreta. —Acto seguido, casi en el clímax de un despegue embarazoso y patético propio de cualquier película con ínfulas, remató—: Los caballeros involucrados se hacen llamar... los elegidos.

El pobre Steve pertenecía a una generación a la que nunca le habían enseñado nada sobre ninguna cosa en absoluto, y estaba convencido de que aquella alusión a «los elegidos» —tan sofisticada y sibilina— representaba el colmo de lo que puede decirse con palabras, una expresión que escapaba a las entendederas de un pobre imbécil pasado de moda como su padre, y no digamos al advenedizo de Nash. De pronto recordé que un año antes había traído a casa un par de veces a una chica que quizá fuera compañera de su breve paso por la escuela politécnica, una fémina muy poco solícita, con el labio superior estrecho, la tez cetrina y un nombre parecido al de Fawzia.

Dicho esto, de pronto algunas cosas empezaron a quedar más claras de lo que nunca iban a estarlo en el futuro. Los judíos, o cualquiera que pudiera hacerse pasar por judío o israelí, le perseguían porque una vez conoció (y nunca demasiado a fondo, de eso estaba seguro) a una chica que debía de tener algo de árabe. Por eso mismo, y aun a costa de todo el humor y el sentido común del mundo, la perseguían también a ella. Más o menos.

Atar estos cabos me sumió en un estado de desazón y aburrimiento. ¿De verdad había llegado Steve a semejante grado de locura por creer algo así? Al mismo tiempo, me sentí aliviado por lo moderado de su disparate: era falso, estúpido e improbable hasta el ridículo, pero no se trataba de una completa locura. Sin duda existían agentes secretos árabes, aunque el concepto de una mujer espía para ellos fuera dudoso, y era probable que los servicios de contraespionaje israelíes los rondaran, y no con buenas intenciones. También supuso todo un alivio comprobar que, por confundido que estuviera Steve, no parecía estarlo en ese instante, y tampoco parecía asustado.

Me miró con cierto desprecio alegre, una expresión que nunca antes había

visto en su rostro. Traté de recordar qué fue lo último que había dicho.

—No te crees nada de esto, ¿verdad? —preguntó.

—Vas un poco rápido para mí —le dije.

—De acuerdo. —Asintió como antes y se levantó con energía—. Podemos echar un vistazo fuera. Sí, vamos.

Nash y yo le seguimos hasta la ventana, que ofrecía una buena vista de la calle. En ese instante, encogido bajo la llovizna, divisé a un hombre al que reconocí de inmediato: trabajaba en uno de los bancos del centro. Había coincidido con él un par de veces en el Pheasant y tenía el mismo aspecto que cualquiera de los hombres que frecuentan esos lugares. No había nadie más a la vista.

—Ahí lo tenéis —dijo Steve.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté pasado un momento, porque lo había dicho como si yo estuviera al tanto. Me habría gustado que Nash me hubiera secundado.

—Josué —dijo Steve.

—¿Qué?

—¡Venga ya...! *Josué*. —Se impacientó por primera vez—. Está a solo... Lo has visto con tus propios ojos.

—He visto a un hombre. ¿A qué... de qué *Josué* estás hablando?

—Hay más de uno, ¿verdad? Yo me refiero al que tomó Jericó con ultrasonidos y expulsó a los cananeos.

Como había pronunciado mal este último nombre, me llevó más de un segundo desentrañarlo.

—¿Quién te ha hablado de Josué? —le pregunté. No era ni de lejos la pregunta más apremiante que tenía para él, pero ni siquiera ahora se me ocurre qué había podido llevarle al Antiguo Testamento.

—Existen diversos métodos para obtener la información relevante —dijo, adoptando de nuevo su papel de espía veterano. No tardó en recobrar la confianza y el ánimo—. En cualquier caso, acabáis de verle a, no sé..., ¿unos veinte metros de distancia? No hace ni un minuto.

—¿Me estás diciendo que el hombre al que acabamos de ver caminando por la calle es Josué, que ha salido de la Biblia? ¿Es eso?

—Bueno, más o menos. Era él, pero renacido. Todos lo son en la sección clave.

Ya no tenía excusas para lamentar que la nueva cosmovisión de Steve careciera de imaginación o ambición. Miré a Nash en busca de alguna señal que me indicara que estas cosas eran de esperar, que pasaría todo pronto y que tal vez no fuera para tanto, pero él se limitó a lanzarme una mirada prolongada y taciturna. Steve intervino antes de que yo pudiera hablar.

—Sigues sin creerme, ¿verdad?

—No me explico cómo has podido llegar a pensar que ese hombre es quien dices que es. No me lo explico. Reconóceme que parece un tipo normal y corriente.

—¿Y qué aspecto quieres que tenga, el de un vejestorio envuelto en una túnica blanca, con la barba larga y cana? Esto no tiene nada que ver con su aspecto, sino con quién es.

—Sí, pero ¿qué hay en él que te haga pensar que es él? No puedes tener...

—Mira, lo sé y punto, ¿lo entiendes? Lo sé.

—Pero... —Había comprendido al principio que intentar razonar con él era una pérdida de tiempo. Aun así, solo me callé porque no se me ocurrió nada más que decir.

—Lo siento, estas cosas no pueden explicarse.

Miró a Nash, suplicándole que refrendara la idea de que había cosas que no podían explicarse.

—Lo que me sugirió... Creo que será mejor que lo hagamos —le dije a Nash, que asintió en silencio. Aún parecía taciturno.

—¡No, no pienso ir ahí! —dijo Steve en cuanto comprendió la propuesta. No parecía enfadado ni temeroso, pero se negó en redondo—. No estaría seguro en un lugar así —añadió.

Nash explicó que, si fuera necesario, podría ordenar que lo encerraran a la fuerza. Steve repuso que se trataba de un farol y, poco después, yo mismo dejé de tener muy claro lo que pensaba. De hecho, dije cantidad de cosas que olvidé de inmediato. En un par de ocasiones, sentí tanta hambre que pensé que me iba a caer muerto, y de inmediato dejé de sentirla. El tiempo avanzaba como si nunca fuera a depararnos otra cosa que aquel techo.

Estaba sumiéndome en un sopor apático y desesperado cuando recordé algo y bajé a la carrera a hacer una llamada. Tampoco recuerdo lo que dije por teléfono, como si estuviera borracho, pero no tiene importancia.

—Tu madre quiere hablar contigo —le dije a Steve cuando regresé.

Bajó al instante. Le expliqué a Nash lo que ocurría y él se limitó a resoplar. Sin duda, juzgó que no era el mejor momento para hablar, y se volcó en sus notas, pasando las páginas de la libreta con un crujir estentóreo mientras siseaba entre dientes. Procuré morderme la lengua, pero enseguida le pregunté con firmeza:

—Está muy enfermo, ¿verdad?

—Bien, aún no tenemos claro en qué momento la enfermedad ha tomado estos derroteros —dijo poco a poco—, pero parece estar avanzando a una velocidad inaudita, como nunca he visto en un mal de esta clase. A juzgar por su relato, y por el de Wainwright, la progresión es más que considerable. Y ser exactos, comparativamente exactos, sobre sus delirios en una fase tan temprana..., es muy infrecuente, por no decir... —La voz de Nash se fue apagando y durante unos segundos tuve la sensación de que, por una vez en su vida, no estaba seguro de algo (o bien quería hacer ver que no lo estaba). Entonces volvió a la carga—: Pero no está tan enfermo como para oponer resistencia a los tratamientos de mejora. No hay síntomas de ello, por el momento. Y esto solo sucede al principio, como usted sabe.

—¿Y cuál es la causa, doctor? La de su enfermedad...

Nash agitó la cabeza, tal vez porque no lo sabía o tal vez porque no quería compartirlo conmigo.

—A menudo la desencadena un... alguna clase de choque emocional. En mi opinión es siempre así, aunque a veces el psiquiatra no sea capaz de identificarlo o se muestre vacilante al respecto. En este caso, el episodio de Fawzia parece lejano en el tiempo, y el de Mandy, en cambio, más bien liviano, pero uno nunca sabe. En todo caso, tampoco es tan importante identificar el desencadenante.

—Parece menos asustado que antes.

—Estas cosas van y vienen. Los cambios de humor drásticos sin causa aparente son muy típicos de esta enfermedad.

Pensé en ello cuando Steve reapareció, tan pronto que creí que había vencido mi fortuna y que Nowell había fracasado o ni siquiera había intentado hacer lo prometido. Pero no tardé en comprender que estaba equivocado. Ya no parecía animado, e incluso le noté distinto, como si se hubiera pasado toda la noche de pie. Estaba convencido de que también Nash se había dado cuenta.

—De acuerdo, iré a ese sitio. —Lo dijo sin ninguna expresividad, pero su voz sonó convincentemente hastiada cuando añadió—: He cambiado de opinión. ¿Importa por qué? —La pregunta iba dirigida a mí, aunque no era consciente de haber llegado a preguntarme nada parecido—. Te estás deshaciendo de mí, ¿verdad? Eso es lo que quieres. Padre.

Estas últimas palabras se me quedaron grabadas en la memoria. Me rondaron mientras le observaba dar cuenta, en la cocina y en silencio (salvo por los ruidos de masticación y deglución), de dos cuencos de sopa, jamón y algo de pan, y también mientras Nash, sentado en el salón, rellenaba los papeles para el ingreso, comía *brie* con galletitas y bebía un vaso de vino tinto, lo que me había pedido, aunque no había precisado que tuviera que ser el caro borgoña que decidí abrírle por pura cobardía. Se produjo un cierto alboroto cuando un joven vestido de barrendero (eso pensé), que resultó ser trabajador social del psiquiátrico municipal al que había llamado Nash para que se llevaran a Steve, llamó a la puerta. El hombre no perdió un segundo: hizo dos llamadas, me entregó una tarjeta que contenía una dirección y un número de teléfono escritos con perfecta legibilidad, dejó claro con la mano aún extendida que mi presencia no sería necesaria durante el traslado y avanzó resuelto hacia la puerta.

—Adiós, papá. —Steve se despidió sin hostilidad, y por eso mismo el tono se me antojó de reproche, más que si lo hubiera pretendido.

—Adiós, hijo. —Descartados los abrazos, murmuré algo sobre lo bien que cuidarían de él en la clínica, lo pronto que iría a verle y alguna otra cosa de idéntica hondura.

—Claro que en Saint Kevin's cuidarán bien de él —dijo Nash cuando ya se

habían ido.

Aquel comentario consiguió sorprenderme un poco, pues yo le había catalogado como el típico hombre que centra todas sus atenciones en el buen desempeño de su trabajo.

—En verdad existe —continuó— un san Kevin, ¿sabía usted? Irlandés, por supuesto. No me explico cómo pudieron ponerle ese nombre a un hospital que se encuentra tan cerca de Blackheath. Aunque es un lugar bastante alegre, lo menos parecido que conozco a mazmorra victoriana. Hay que reconocer que los victorianos tenían su gracia, pero en lo que se refiere al interior de los edificios públicos, su diligencia dejó mucho que desear. Conozco a alguien allí, al doctor Abercrombie, un hombre muy bueno. No he podido contactar con él aún, pero... Es un hombre muy bueno.

Dicho esto, Nash volvió la vista a sus apuntes, enrolló la libreta y la guardó en un bolsillo, casi a la vez. Me dio la sensación de que quería decir algo, tal vez un comentario esperanzador, certero y con algún sentido, pero no debió ocurrírsele ninguno.

—Necesitaremos mucha suerte para dar con él a estas alturas de la semana... —dije.

Nash no estaba de acuerdo:

—Las tardes de sábado las cobran como horas extras. Cuando los médicos no están es los lunes por la mañana. O más bien durante todo el lunes.

—¡Ah, claro! —dije. En realidad no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero me entristeció saberlo—. ¿Podría haber ingresado a mi hijo a la fuerza si hubiera seguido negándose?

—Sí, sí. Pero no resulta tan fácil si el paciente no está loco de remate, si no es un loco a primera vista, por así decirlo, si no es uno de esos que van por ahí blandiendo cuchillos enormes o tiene ese tipo de comportamientos extraños y violentos... No es fácil. En estos tiempos, ya se sabe lo que ocurre con los deplorables derechos individuales. Cada vez cuesta más sacar las cosas adelante. Hum...

La tarjeta que me entregó, grabada con el mayor de los esmeros, incluía dos direcciones, una en Eaton Square y la otra en New Harley Street.

—Señor Duke —prosiguió, mirándome fijamente—, quiero que comprenda

usted algo: siento un interés desmesurado por mi ámbito de estudio. Tanto es así que, después de todos estos años, sigo preguntándome cómo es posible que una persona supuestamente inteligente pueda enfrascarse en pasatiempos de segunda como las matemáticas o incluso la literatura. En la práctica esto implica que siempre estaré dispuesto, y hasta deseoso, a conversar con usted por teléfono sobre el caso de su hijo a cualquier hora, por intempestiva que esta sea, o en persona si acordamos una cita. Será difícil que en una discusión así no surjan temas de primer orden. Procure recordarlo. ¿Lo hará?

Al quedarme a solas pensé en lo que había dicho Steve cuando aceptó ser ingresado en el hospital, o más bien traté de recordarlo, pero no logré llegar a ninguna conclusión sobre el asunto. Permanecí de pie en la sala, después fui a la cocina e intenté pensar en prepararme algo de comer, pero tampoco dio resultado. Ya iba siendo hora de entregarme a las habituales tareas que me mantenían ocupado cuando quería relajarme, despreocuparme, desconectar de lo mundano, entretenerme durante un par de horas sin darle vueltas a la cabeza. Pero, por lo visto, ya no era capaz de nada parecido, como no fuera realizar tareas sin importancia, como beber una cerveza o echarle un ojo al periódico. ¿Cómo me las había ingeniado antes y después de que Nowell me dejara? No lo sé, pero entonces era distinto, quizá porque pasaba mucho tiempo fuera, por los cambios frecuentes de trabajo, la continua presencia de los albañiles en casa y otras menudencias que había logrado olvidar al cabo de ocho años.

Los sábados Susan solía llegar tarde, pero a veces se adelantaba y, si eso ocurría, llamaba para avisar, aunque no siempre. Tenía cada vez más ganas de llamarla yo, pero me disgustaba hacerle sentir que debía volver antes de que pudiera salir del trabajo. Así y todo, me acerqué al teléfono y, cuando este sonó, no pude evitar dar un respingo:

—¿Stanley? ¿Eres tú, Stanley?

Fue como un sueño, aunque no en el sentido habitual —maravilloso, demasiado bueno para ser cierto, onírico en sí mismo—, sino más bien algo parecido a una sensación nítida en vez de vaporosa, pero muy difícil de encajar, y más aún de asimilar, porque en cierto modo había algo errado en

ella, blanco y negro a la vez. En cualquier caso, creí por un momento que me estaba hablando Susan con la voz de Nowell. Enseguida comprendí que solo podía ser la segunda.

—Sí, Nowell. De hecho, estaba...

—Soy Nowell, querido. ¿Ha funcionado?

—¿El qué? ¡Ah, sí! A las mil maravillas. Muchas gracias...

—Podrías haberte molestado en hacérmelo saber.

—Iba a llamarte, de verdad, pero no he tenido ocasión... No hace ni un segundo que ha salido por la puerta. No conseguíamos dar con el tipo. —Una vez más, Nowell me había arrastrado a sus mundos sin la menor resistencia por mi parte; un lugar en el que, entre otras muchas cosas, la verdad o la falsedad de una afirmación importaban muy poco a la hora de expresarla. Pero nadie se molestaba en adentrarse en esos terrenos.

—¿Qué dices? ¿Con qué tipo?

—El... tipo del hospital —respondí, más o menos al azar—. Pero, en fin, ya está hecho, gracias a Dios. No sé qué estrategia habrás seguido, pero está claro que has sido de lo más convincente.

—Bueno... —dijo, y en parte deseé estar a su lado para ver cómo lo decía—. Ya sabes... Mira, Stanley, dime adónde se lo han llevado, cómo está y qué van a hacer con él. Ha sucedido todo tan rápido...

—Sé lo mismo que sabía hace una hora, cuando te he llamado, salvo que ya se lo han llevado a...

—Querido, tendremos que mantener una charla en condiciones. ¡Es tan ridículo! Al fin y al cabo, los dos somos responsables del bienestar del pobre muchacho.

—Sí, desde luego, pero por lo pronto no tenemos mucho de qué hablar. Está en el hospital, ya está hecho, como te he dicho. Si lo que quieres es hablar de su, en fin, de su enfermedad, Nash es el hombre. Te llamará él a ti. Él tiene todas las...

—No me refiero a eso. Debemos *hablar* del tema. Tú y yo. Es evidente que se trata de un asunto de extrema gravedad, y los dos sabemos de esto más que cualquier otra persona. No estoy hablando de doctores y, si quieres mi opinión, te diré que es nuestro *deber*. Y me parece muy razonable que yo

pregunte, siendo quien soy.

—Claro que sí, ¿pero no será más sensato esperar a hablar con Nash y ver cuáles cree que son los aspectos más relevantes del asunto?

En los mundos de Nowell, una discusión no consistía en exponer puntos de vista ni en defenderlos, y menos aún en encontrar el mejor remedio para solucionar un problema. Una discusión solo servía para quedar por encima de tu interlocutor y de lo que tuviera que decir, siquiera moralmente. Las disputas versaban sobre asuntos tan relevantes que podían prolongarse eternamente, y Nowell aprovechaba para recrearse en cualquier detalle de su elección, porque se trataba de llegar a la verdad, no de jactarse ni de acaparar la conversación. Y el detalle elegido podía ser de lo más rocambolesco, ya que en estos tiempos nadie sabe qué puede acabar arrojando luz sobre esto o aquello. La relevancia de la discusión admitía además expresiones que, por lo común, uno juzgaría impropias de una conversación, empezando por ciertas groserías que a cualquiera le causarían incluso vergüenza.

Por esta y otras razones pensé que podría apañármelas sin discutir con Nowell acerca de Steve. Lo que acababa de decirle no era más que un intento de contenerla. Había estado tentado de ir más allá, pero sus últimas palabras me hicieron recordar que era ella —y no Nash ni yo— la que había convencido a Steve, por segunda vez en veinticuatro horas, y aún quedaba mucha partida por delante.

Hasta aquella última frase sobre ser quien era, su voz, la apariencia y los gestos que la imaginé haciendo se me antojaron afables, casi íntimos, un fugaz recordatorio de los viejos tiempos. No era su estilo habitual conmigo.

—Al fin y al cabo, esto no es ninguna especie de experimento científico, querido —dijo, en su tono habitual—. Esto afecta a *nuestro* hijo. A *mi* hijo. No me importa reconocer que lo ignoro todo sobre estas cosas, pero sin embargo sé muchísimo sobre él.

—Sin duda —dije con admiración, y también pensativo—. Puedes leer su mente como un libro abierto. Siempre has podido. ¿Cómo se llama ese sitio de la Bretaña al que le llevaste un par de veces?

—¿Qué sitio? ¿Cuándo fue eso? —Su tono había cambiado por completo en un segundo, pero me costó darme cuenta.

—Fue hace tiempo, no tendría más de ocho años o...

—¿Qué es lo que te dijo?

—En fin, era evidente que le encantaba tenerte para él solo. Yo me quedé aquí, hasta arriba de...

—Quizá no te hayas dado cuenta, Stanley, pero el pobre se encontraba en un estado lamentable. Confundido... Aterrorizado...

—¿Cómo? —Me desconcertó por un instante—. Vamos a ver, Nowell, no digo ahora, estoy hablando del pasado, de cuando volvisteis a Maida Vale y le pregunté qué tal las vacaciones y no podía parar de hablar de lo bien que le...

—¡Por el amor de Dios! Cualquier hombre *razonable* estaría *encantado* de que le ayudaran a resolver un problema al que no puede enfrentarse solo. Debo decirte que lo hice convencida de estar haciéndote un gran favor.

—Lo estabas, y te estoy muy agradecido. Yo no...

—Comprendo que estés de malas, pero no tienes por qué pagarlo conmigo. No hay ninguna razón para que siga lidiando contigo en tu estado actual. Gracias por la información. Buenas tardes.

La mayoría de las cosas que decía y hacía Nowell en el fondo tenían su gracia. Lo difícil era reírse de ellas, sobre todo si te tocaba padecerlas. Ese toque de comedimiento circunspecto con el que remató la conversación lo ilustraba a la perfección. Desde la distancia no estaba seguro de cómo me había tomado estas cosas cuando estábamos casados: probablemente como una muestra de comedimiento y circunspección, aunque quizá también como una reacción arrebatada y turbada ante su actitud. Yo mismo pasé de un estado a otro y acabé queriendo ponerla en su sitio y hacer sangre de ella, sin esbozar siquiera una sonrisita tímida durante el proceso.

Si me hubiera reído entonces, habría sido por mi cuenta y riesgo y con la meritoria intención de alejarla de la temida discusión. Recordé demasiado tarde lo sensible que era Nowell cuando se tocaba la infancia de Steve. Le había permitido dormir en casa de sus amigos más de lo debido, había contratado a canguros poco recomendables, esas cosas. Solo una vez fui lo bastante tonto como para sacar el tema a relucir, justo antes de que me dejara, o puede que fuera justo después, pero siempre podría volver a hacerlo

sin que ella se lo esperara. También esta vez, tras el desconcertante final de nuestra conversación, hablé más rápido que antes, y más alto, con cierto énfasis. Fui consciente de ello, y la propia Nowell debió de pensar que empezaría a comportarme de forma mezquina con ella de un momento a otro, y no parecía dispuesta a correr semejante riesgo. Para Nowell, si una parcela era inestable, todo el terreno circundante debía serlo, aunque la otra persona estuviera de pie en la otra punta. Esta manía suya tendía a limitar nuestras conversaciones al aquí y el ahora.

Pero cuando colgó me quedé a solas de nuevo. Encendí la radio, una especie de cachivache danés —Stereoboy lo llamaban; un detalle que me habría gustado conocer antes de comprarlo— con un dial que avanzaba a trompicones. La mayoría de las emisoras retransmitía los mismos cánticos de guerra para gañanes, y sintonizar las demás cadenas era absurdo, porque los programas estaban demasiado avanzados para que uno pudiera engancharse. Acababa de iniciar un segundo viaje por el dial cuando oí la llave de Susan en la puerta.

Salí al pasillo y allí estaba, avanzando con su maletín, su paraguas pequeño y grueso y sacudiendo el gorro de lana. Sus ojos parecían extragrandes.

—Me alegro de verte, cariño —dije—. Creo que nunca me había alegrado tanto de ver a alguien.

Nos quedamos de pie y nos fundimos en un tierno abrazo.

—No habrá ocurrido nada espantoso... —dijo.

—No. Bueno... Se lo han llevado al hospital. Y, según el doctor, se ha vuelto definitivamente loco.

—Cuéntamelo todo.

Fuimos a la cocina, donde una mujer de acento nórdico hablaba muy en serio sobre la demencia senil. Susan desconectó el aparato, o más bien cambió de frecuencia, porque no sabía cómo apagarlo, pero a mí me bastó con eso.

—Has vuelto pronto —dije—. ¿Te importa que me tome algo?

—¡Claro que no! Siéntate. He intentado llamar, pero la centralita ha debido de reventar o algo así. ¿Whisky y agua?

—Sí, estupendo.

Cuando llegué a la parte sobre Nowell y su habilidad para convencer a Steve de que se lo llevaran al hospital, procuré no quitarle ojo de encima. Pero no fue premeditado, yo mismo me sorprendí mirando. En casi cuatro años, o más si nos remontamos a nuestra primera cita, Susan nunca había hecho ni le había oído decir nada que revelara su opinión verdadera acerca de Nowell. Sé que hacer una afirmación así acerca de la actitud de cualquier mujer hacia el resto de féminas, y no solo hacia la ex de su marido, resulta demasiado categórica, pero con *nada* quiero decir *nada de nada*. Naturalmente, había encontrado una tercera vía para transmitirme su inmenso odio por ella, su desprecio y su espanto. Sus palabras el viernes tras la velada, cuando recordó que Steve había vuelto alterado en un par de ocasiones después de visitar a su madre, me sentaron como un parte de tráfico. Ahora, de nuevo, se repetía la misma historia: nada que pudiera demostrarse con una grabación de vídeo o de sonido, y al mismo tiempo resentimiento a raudales. Me parecía justo. En todo caso, pensé que sería mejor callar y dejar de lado la llamada de Nowell (que no añadía nada), así que acabé hablándole de la docilidad de Steve.

—Me alegro. Menudo alivio... —dijo tras asegurarse de que había terminado de hablar. Se levantó y puso agua a hervir para hacer té. No me había interrumpido ni una sola vez y se había estado quieta, sin danzar de un lado a otro, como solía.

—Lo es, sí —dije—. Pero ha sido todo un tanto repentino, ¿no crees? Eso es todo.

—Ha sucumbido de buenas a primeras, digámoslo así. Todo ha sido muy repentino. ¿Pero comparado con qué? No con un apéndice perforado, o como se diga.

—No puede ser tan súbito como algo físico.

—Quizá no, no lo sé. Lo que trato de decirte es que en realidad no te preocupa que hayan ingresado a Steve tan de repente, sin esperarlo. Te preocupa que Nash lo haya decidido así, de buenas a primeras. Crees que debería haber meditado la decisión un poco más, haberle dado más vueltas a un paso tan trascendental. Y lo piensas porque sabes de psicología, sobre la mente, lo mismo que yo. Es un tema que todos dominamos, ¿verdad? Con la

literatura ocurre otro tanto, al menos le sucede a mucha gente. No veo por qué Nash debería tener hoy menos razón que el lunes. No recuerdo si te lo he contado alguna vez, pero tuve un primo chiflado, así que ya he pasado por esto antes. ¿Quieres té?

—No, gracias —dije—. Bueno, sí, tomaré uno. Gracias.

—¿Qué has comido?

—No demasiado.

Susan lavó la tetera en el fregadero y secó a conciencia el interior. Era un hábito suyo. Entonces dijo:

—Estarás de acuerdo en que, como ha dicho Nash, será mejor que se hagan cargo en el hospital de la medicación, las pruebas médicas y todo lo demás. Al menos, yo habría pensado que lo estarías.

—Sí, claro. ¿Tú no?

—Sí. Y habrás pensado que el episodio de Josué ha sido la gota que ha colmado el vaso. Así que no alcanzo a ver... —Susan, que estaba detrás de mí, puso una mano sobre mi hombro con delicadeza y siguió hablando en un tono suave—: ¿Qué es lo que te preocupa, cariño?

Puse mi mano sobre la suya.

—Lo que me ha soltado después de decirnos a Nash y a mí que estaba dispuesto a ir: que estoy encantado de quitármelo de encima y que eso es lo único que me importa, según él.

—¿Eso es todo? No creo que lo haya dicho en serio. ¿Tú sí? Y aunque lo hubiera...

—No solo es eso. Me repugna pensar que quizá tenga razón y que tal vez no esté buscando lo mejor para él, sino quitármelo de encima como sea.

—Sin darte cuenta... Date un respiro, Stanley. Te conoces demasiado bien para andarte ahora con esa sarta de gilipolleces. Y eres demasiado inteligente para no ver que lo mejor y lo más conveniente para alguien también puede serlo para otra persona: para ti, por ejemplo. Pero también eres demasiado sentimental y tontorrón para asimilarlo y creer en ti mismo. ¿Qué tendría de malo querer quitártelo de encima en su estado actual? También estoy yo, recuérdalo. —El tono no fue suave esta vez, pero volvió a serlo cuando dijo—: Ah, y también eres demasiado tontorrón para llamarme.

Se agachó y me besó. Estando sentado a la mesa como estaba, el abrazo que nos dimos fue un tanto extraño, pero no importó demasiado. Me habría gustado decirle muchas cosas, todas buenas y agradables, pero no supe ordenarlas o hacerlas sonar como es debido en mi cabeza, de modo que me limité a emitir unos cuantos sonidos agradables y amistosos y a acariciarle el cuello. Pasado un minuto, se levantó y fue a hacer el té.

Más tarde marqué el número del hospital que me había dado el tipo y, transcurrido un lapso de tiempo que se me antojó muy breve, una voz con acento asiático dijo: «Sí, el señor Duke ha sido ingresado esta tarde». Pero no pude averiguar nada más, tampoco si alguien informaría al señor Duke de que había llamado su padre.

[11]. La diferencia de acentos entre clases sociales en el Reino Unido es muy marcada. Además de delatar los orígenes del hablante, a menudo constituye una barrera en la comunicación cotidiana. Este será un tema recurrente a lo largo de la novela. (*Todas las notas son del traductor.*)

[12]. El verbo *to dally* tiene dos acepciones: holgazanear o lisonjear, y no siempre con intenciones nobles.

EVOLUCIÓN

Cuando llamé al hospital al día siguiente, me respondieron más o menos lo mismo. Otra voz asiática, o acaso la misma del día anterior, me explicó que el señor Duke se encontraba bien y que no recibiría visitas. No añadió «bajo ninguna circunstancia» ni «de momento es mejor que no vea a nadie». Se limitó a decir que no recibía visitas y punto. Después de que el lunes por la mañana se repitiera la misma situación, traté —con escaso entusiasmo— de localizar a algún doctor, pero preferí esperar a que pasaran las once. A esa hora no tendrían excusa para no estar trabajando.

El responsable de publicidad de un periódico empieza su jornada un poco antes. Al llegar a la oficina me encontré en sus puestos a mi auxiliar y a la secretaria que compartíamos. Bien hecho. Todo lo que me contaron y mostraron era insulso a rabiar, salvo la noticia, comunicada en una tira de papel finísimo, de que Productos Químicos Thurifer retiraba su media página.

—Entonces les quedan cinco libres —dijo mi auxiliar, un galés capaz pero abstemio llamado Morgan Wyndham que alardeaba de ser bastante realista—. Cinco de ocho.

—Lo sé —respondí—. No puede hacer eso.

—Todavía no habrá llegado —me advirtió Morgan cuando empecé a marcar el número de la agencia.

Le ignoré. Tras el último dígito escuché un par de clics seguidos de un silencio colosal, como si me hubieran pasado con la casa de los muertos.

Volví a intentarlo y el resultado fue el mismo.

Morgan me miró desde su sitio:

—¿Estaba?

—Probablemente no, pero ni siquiera he tenido ocasión de comprobarlo.

Utilicé su teléfono para volver a llamar —por si se trataba de un fallo técnico— y esta vez sí dio el tono.

—Alta Comisión de Penang, buenos días —dijo una voz de mujer.

—¿Está el agregado comercial, por favor? —Sé que no sonó muy inteligente, pero ocurría que, como todos sus paisanos, el tipo tenía una serie de nombres de una sola sílaba que en inglés se pronunciaban a cachitos. Sin embargo, cuando intenté hablar con él unas semanas antes, la misma mujer no consiguió entenderme, o eso juró y perjuró pese a ser más inglesa que un sombrero hongo. Finalmente, articuló varios sonidos milagrosos que, según dijo, se correspondían con lo que yo había querido decir. Y no le faltó razón, puesto que mi hombre se puso al instante. Desde entonces he dado por hecho que él es el dichoso agregado comercial de marras.

—Un segundo, caballero —replicó la operadora con exquisitos modales. Su voz me maravilló—. Eh... ¿Querría hablar con el señor Re Chong Cho o con el señor Chan Cho?[13]

Esto no es exactamente lo que dijo, claro está, pero no dista demasiado de cualquiera de las otras maneras en que podría haberlo transcrito.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté al fin.

—Bien... El señor Re Chong Cho es el antiguo agregado, y el señor Chan Cho llegó la semana pasada.

—¡Ah, sí, cierto! Páseme con el señor Re Chong Cho, si es tan amable. —Así sonaba el nombre de mi tipo, y probablemente fuera él, el mismo al que mandarían de vuelta a Penang de un momento a otro, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, salvo tenerlo presente.

Di mi nombre y el del periódico y, pasado un rato, una vocecilla atiplada que te hacía pensar en un cerdo agridulce me dijo:

—Hola, dígame.

—Soy Stanley Duke, señor agregado —le informé, para asegurarme—. Recordará que hablamos sobre la posibilidad de publicar un reportaje

especial en nuestro periódico. Me preguntaba si ha tenido ocasión de pensárselo.

—¡Ah, señor Dizque! ¡Oh, sí! —Parecía henchido de alborozo—. Estamos en ello. Lo he hablado con mi Gobierno y parecen muy interesados. Extremadamente interesados. El ministro de Comercio vendrá a Europa el mes que viene y pasará tres días en Londres. Es muy inteligente y muy culto, y hasta ha visitado Australia. Creo que con su provechosa ayuda comprenderá mejor las ventajas comerciales de mi propuesta.

El señor Re Chong Cho tendía a retratar a sus compatriotas como tipos respetables, aunque también algo cortitos, siempre necesitados de un empujón occidental para convencerse de sus propuestas. El último empujón del que tenía noticia era la compra de un espacio en el periódico para dar cuenta a los lectores, o al menos a dos docenas de ellos, de los logros de su país. En realidad la propuesta había partido de mí, pero me descubrí capaz de sobrellevar el crédito arrebatado.

—De cualquier modo, usted y yo —tintineó— negociaremos de antemano. No debemos importunar al ministro con detalles nimios. Si puede, sería perfecto que quedásemos a comer aquí mismo. Creo que le gusta nuestra comida.

—¡Oh, sí, es deliciosa! —Me gustaba el ginseng también, aunque «delicioso» no fuera la palabra que mejor lo describía—. Iré encantado. En fin, no le entretengo más, señor agregado. —Entonces me vino a la cabeza una última cosa—. Por cierto, veo que tiene un asistente.

—¿Un asistente? —repuso el señor Re Chong Cho en un tono de voz que semejaba un alud del Eiger. No había sido una buena idea preguntar—. ¿A qué asistente se refiere?

—No lo sé, me ha parecido que la recepcionista...

—¡Oh, no! No, no... No tengo un asistente, señor Dizque.

—Disculpe, pensaba...

—Es solo un *observador*, ya me entiende. Así es precisamente como le llamamos, observador, ¿sabe usted? En fin, le rogaría que contactase con mi secretaria lo antes posible para organizar la comida. Y, por favor, dele recuerdos a su encantadora esposa.

Aunque después de colgar me quedé con la duda de que el agregado fuese a ser sustituido en cualquier momento, el asunto del espacio publicitario parecía ir viento en popa. Una comida con el señor Re Chong Cho (si no se volatilizaba antes) no era lo que más me apetecía en el mundo, pero valdría la pena siquiera por la experiencia y por contárselo a Susan después. Mi mujer, Susan, había salido a colación porque cierta vez organizó una pequeña fiesta para el agregado cultural de Penang, que a su vez nos correspondió con un ágape en la Alta Comisión, entre cuyos invitados se contaba el señor Re Chong Cho. Yo comencé a acecharlo en cuanto supe quién era. Y ahora sabía que los penanganeses son esa clase de gente que siempre se toma la molestia de preguntar por la parienta de uno.

Al alzar la vista descubrí que un hombre bajito con barba me observaba desde el umbral de la puerta, o desde lo que habría sido el umbral si las paredes del despacho, que apenas le llegaban a la cabeza, hubieran tenido la altura suficiente para encajar una puerta en ellas. Muy pocas paredes alcanzaban el techo desde que reformaron el edificio entero allá por los años setenta. Quizá el hombre solo me estuviera mirando, sin albergar ninguna otra intención, pero aquel día me sentí un tanto vigilado.

—¿Tienes un minuto? —preguntó el barbudo cuando se dio cuenta de que había reparado en él.

—Claro —dije, y me levanté de mi mesa. Uno siempre tiene un minuto para el director, quienquiera que sea. Este se llamaba Harry Coote y no llevaba mucho tiempo en el cargo, menos que yo en el mío. Y eso era lo que contaba y lo que de vez en cuando me inquietaba un poco. Harry me parecía el típico jefe que antepone siempre sus ideas, sean estas cuales sean y sobre el tema que sean, a las de los demás. Por ejemplo, no le cabía duda de quién merecía el puesto de responsable de publicidad del diario que dirigía o, más aún, quién no. Por supuesto, a nadie más le importaba un pito la opinión del director al respecto, salvo que el periódico estuviera ganando lectores. Y, para mi sorpresa, los estábamos ganando mientras la competencia sorteaba vehículos entre sus suscriptores para intentar convencerlos de que siguieran siéndolo durante un tiempo más. A mí me gustaba mi trabajo, y creo que además se me daba algo mejor hacerlo que disfrutarlo. Pero ni por esas.

Antes de salir del despacho le lancé a Morgan la nota de Thurifer. Seguí a Harry hasta el suyo, un cuarto con paredes que sí que llegaban hasta el techo y más cachivaches de los que harían falta para poner en órbita un pequeño satélite espacial. También tenía allí una enorme pecera tropical sin peces ni ninguna otra criatura dentro, y sin vegetación alguna o siquiera agua; únicamente estaba rellena de arena, piedras y conchas vacías. Una lucecita, que tal vez nadie sabía apagar, iluminaba su interior. En los días de actividad la pecera revelaba que allí trabajaba un mandamás, como lo habrían hecho un decantador de jerez tallado en cristal de plomo o, en un tiempo más lejano, una caja de rapé hecha de pezuñas de antílope.

—¿Qué tal todo? —preguntó Harry. Eso significaba que no estaba preparado aún para ir al grano.

—Bien —dije, y fingí dudar antes de rechazar el puro polvoriento y rugoso que me ofreció—. Recordarás el asuntillo aquel de Penang del que hablamos. —Rememoré parte de la conversación telefónica. Cuando se lo mencioné la vez anterior, Harry me dio su visto bueno con cautela. Llevar a la rotativa cuatro páginas —o las que finalmente fueran— trufadas de menudencias sobre un país infecto, lejano e irrelevante no contribuiría de ninguna manera (de ninguna manera favorable) a la difusión del periódico, pero sin duda elevaría su empaque y su prestigio en el mercado. Más de una vez le había oído decir que ya iba siendo hora de mejorar su imagen, de darle un toque de calidad, esas cosas. Pero puede que en el fondo detestara estar ganando lectores. Así y todo, resultaría interesante ver su reacción al nuevo enfoque, más íntimo, que le estábamos dando al publrreportaje sobre Penang.

Y, de hecho, se reveló muy interesante, pero en modo alguno alentadora.

—Sí, bueno, es lo que hay —dijo con firmeza e indecisión. Quería dejar constancia de sus dudas o reprobación y no sabía cómo hacerlo—. Y, por supuesto, nada de esto es cosa mía. —Lo último era estrictamente cierto, pero le faltó convicción.

—En fin, veremos qué tal sale... —Tampoco era fácil discrepar de esto.

—¿Vas a..., te vas a reunir con el tipo este, con el ministro de Comercio?

—Creo que sí. Cuando venga.

—Si es que viene.

—Correcto. Si es que viene.

Los esfuerzos por coger aire entre la humareda que se había montado con el puro hicieron que la boca de Harry se torciera en un extraño rictus. Se veía a la legua que esos puros eran infumables. Por alguna razón me dio por pensar en lo que se contaba que hacía —quizá fuera un hábito invariable— si te invitaba a cenar a su piso de soltero de Tufnell Park: pedía algo no demasiado malo al chino y te obligaba a comerlo con palillos auténticos, comprados o robados en algún viaje a Pekín con todos los gastos pagados. A mí nunca me había invitado, pero estaba al tanto de los detalles gracias al testimonio de primera mano del responsable de contenidos del periódico, que a su vez le había oído decir a un tercero, y no a un habitual de Fleet Street, que en uno de estos ágapes les sirvió té alegando que los platos nacionales deben acompañarse con la bebida patria, y que ese era el vino del país, que en realidad jamás habría pasado por vino ni siquiera ante los ojos de un tonto. En ocasiones me costaba creer la parte del té, pero viendo a Harry entonces, cabreado porque el puro no acababa de tirar, empecé a darle tintes de verosimilitud.

—He estado pensando en ti, Stanley —dijo tras un breve silencio.

Se me ocurrieron un par de respuestas de lo más groseras a semejante afirmación, y ninguna cordial, de modo que procuré mostrarme expectante.

—*Disfrutas* realmente haciendo lo que haces, ¿verdad?

—Sí —respondí, segurísimo y relajado al mismo tiempo.

—¿Y crees que es tu misión en la vida dedicarte a ello?

—Sin ninguna duda. ¿Qué quieres decir?

—En fin, ya sabes, me preguntaba si sientes que este trabajo te permite desarrollar debidamente tu talento.

—¿Cómo? ¿Qué talento?

Soltó una carcajada.

—No me jodas, Stanley —dijo, o quiso decir, puesto que de su boca salieron otras palabras muy diferentes: «No me joribies», típicas del norte de Londres, de donde provenía. Si se hubiera cansado de dirigir el periódico podría haberse dedicado a presentar un programa de entrevistas en cualquier canal de televisión—. Sé más de ti de lo que tú te crees —prosiguió—. No soy

tan tonto, ¿sabes? —Parecía una buena idea seguir dejándole hablar—. Por ejemplo, eh... ¡Ah, sí! Cuéntame, ¿sigues viendo a Nowell?

Siempre había pensado que uno de los rasgos más cautivadores de Harry era su franqueza, aunque quizá no fuera el apelativo más acertado para quienes son incapaces de engañar con éxito. Así pues, estaba claro que no estaba al tanto de mis contactos recientes con Nowell (con quien se suponía que, muchos años antes y durante un período muy breve de tiempo, había compartido piso) y que tan solo estaba tratando de avasallarme y entrometerse en mi vida, como tenía por costumbre.

—No —le dije—. Prácticamente no la veo. ¿Por qué?

—Ah... Siempre me ha parecido una pena que no lograrais hacer funcionar lo vuestro.

¿Siempre? No creo que Harry tuviera noticias de mi existencia antes de empezar a trabajar en el periódico.

—Bueno..., es lo que hay. —Miré el reloj.

—A veces veo a..., ¿cómo se llama?, a Bert en el Ladbroke Arms.

—Ah, sí.

—Me imagino que no es santo de tu devoción.

—No mucho, no. Bueno...

—No es para tanto cuando le vas conociendo.

De repente, me pareció que algo en la pecera había cobrado vida. Y nos quedamos en silencio; un silencio suficientemente largo para que Harry se diera cuenta de que aún era pronto para que yo pudiera apreciar las virtudes de Bert (en las que nunca antes había reparado). Entonces se abrió la puerta y apareció ante nosotros la calva del redactor jefe de política. Harry le dijo que pasara con tono de alivio.

—En fin, si no te importa, Stan... —dijo, sonriendo—. Parece que me ha surgido una reunión.

—No, no me importa, Harry. De verdad que no me importa en absoluto.

—Muy bien, hasta otra. Ah, y, eh... —borró la sonrisa—, espero que todo vaya bien por casa.

Me dio a entender que, si descubría lo que más me convenía, mi segundo matrimonio no fracasaría, y lo hizo con tal vozarrón que debió de llegar a

oídos del redactor jefe de política, al que apenas conocía por su foto en el periódico y que miró a Harry primero, después a mí, y de nuevo a Harry cuando los dejé a solas. Fuera del despacho estuve a un tris de arrearle un cabezazo en la barbilla a una mujer de dos metros de altura enfundada en un cárdigan que le llegaba hasta las rodillas. Se dirigía a la reunión y, por fortuna, fallé de pleno. Pensé que Harry era capaz de creer que con su actitud había mostrado interés y comprensión, que se preocupaba y era amable con un tipo al que, para ser exactos, no le debía nada, pero por quien sentía algo indefinible. Eso es lo que habría dicho y repetido hasta la extenuación si alguien le hubiera reprochado su actitud. ¿Pero qué es lo que había hecho?

No encontré respuestas, ni sé muy bien por qué empecé a hacerme ciertas preguntas —por enésima vez— sobre su vida sexual. Al parecer no la tenía en absoluto: su nombre nunca se había relacionado, siquiera remotamente, con ningún hombre, mujer o niño sobre la tierra, aunque a menudo se le veía rodeado de gente de lo más variopinta. Jamás abordaba ese tema en las conversaciones, de suerte que, cuando salía a colación su presunta y pretérita amistad con Nowell —cosa que ocurría de tanto en tanto—, me ahorraba la insinuación de que habían tenido algo. Muy pocos hombres en su situación habrían sabido o podido contenerse. Su atuendo, sus gestos y su forma de hablar tampoco delataban ningún tipo de inclinación. En la redacción se decía que tenía los mismos impulsos que un niño. Un niño grande, por supuesto, a pesar de que Harry debía de rondar por aquel entonces los cincuenta y tantos. Pero uno nunca sabe, ¿verdad? No con esta clase de gente.

Me olvidé por completo de Harry en cuanto regresé a mi despacho. La secretaria no estaba en su mesa. Justo cuando vi la cara de no tener nada que ver que puso Morgan, descubrí a una mujer de pie junto a mi mesa. Estaba medio de espaldas y, por un instante, pensé que era Nowell. Caí entonces en la cuenta de que me habían llamado a engaño el pelo, también corto e hirsuto, aunque bastante más negro, y el traje color pizarra de tela vaquera, que se daba un aire al buzo de un fundidor. Aún tenía la imagen de Nowell fresca en la memoria. Pero pronto comprobé que esta mujer se le

parecía bien poco: era más joven, más larga de piernas, más delgada, de rostro más estrecho, y manifestaba un comportamiento nervioso e inquieto. Me figuré, por segunda vez en unos días, que algo iba mal, pero no alcanzaba a averiguar qué.

—¿Señor Duke? —Su voz era profunda y áspera, con algún acento regional que no supe identificar.

—Sí. ¿Qué quiere?

—No hay ninguna necesidad de ser borde.

—Usted misma. —Sentí que ya me había reído bastante para ser media mañana—. Y ahora, por favor, dígame quién es y qué es lo que quiere.

Morgan, que había estado escuchando, intervino:

—Me ha dicho que tenía una cita, Stan. No hay nada en tu agenda, pero no he podido, eh... —Lo dejó ahí. Era un diligente auxiliar del responsable de publicidad.

—De acuerdo —repuse, y asentí para que ella continuara.

Agachó la cabeza y dijo con un recato exagerado:

—Me llamo Trish Collings, y soy amiga de su hijo, y estaba...

—¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

—Bueno... Eso he venido a preguntarle, señor Duke. Pensaba que usted tendría noticias de él.

—¡Ah! —dije.

En ese momento sonó el teléfono de Morgan, y él cogió la llamada.

—Dígame —proseguí—, ¿cómo ha llegado hasta aquí, a este despacho?

—¿Eso importa?

—Ya lo creo que sí. En principio nadie puede subir sin un permiso especial. Es el procedimiento habitual.

—Lo he supuesto, por eso he subido directamente en el ascensor y he preguntado por usted. No me ha costado mucho. Pero ¿cómo está Steve?

—¿Desde cuándo se conocen?

No parecía estar prestándome toda su atención. Miraba las fotos y otros recortes —o quizá solo fingía hacerlo— fijados con chinchetas en el corcho de la pared, cerca de la mesa, y plagados en su mayoría de anotaciones manuscritas. La mayor parte de ellos debían de resultar ininteligibles o, en el

mejor de los casos, tediosos para quien no perteneciera a mi reducido círculo local. Yo mismo habría podido pasar sin alguno de los que allí figuraban. Pero de pronto apartó la vista de todo aquello y me miró de frente.

—No creo que eso importe demasiado —dijo. Su acento era, ahora sí que no tuve ninguna duda, del oeste de Inglaterra.

—¿Se puede saber para qué ha venido hasta aquí? ¿Por qué no me ha llamado antes por teléfono?

—Mire, señor Duke, lo único que quiero saber es cómo está Steve. No es información clasificada, ¿verdad?

—Claro que no. Está... bien. Un tanto fastidiado, pero no es nada grave —respondí sin pensar—. ¿Por qué? ¿Qué ha oído de él?

—¿Hay algo que oír?

Al otro lado de la sala, Morgan colgó el teléfono. Entonces fui hacia él y le dije:

—Tú, galés de mierda, ¿podrías perderte un par de minutos? —No sé muy bien por qué quería que se largara. No tenía ninguna teoría sobre la tal Trish Collings, si es que de verdad se llamaba así, salvo que no era quien decía ser, pero así y todo di por hecho que algo de lo que allí sucediera me abochornaría. Si llegado el caso sacaba una navaja y me la ponía sobre las costillas, siempre podría pedir ayuda a la decena de trabajadores que me oiría gritar, o salir corriendo. La secretaria, una empleada temporal que parecía empeñada en serlo durante menos tiempo del que habíamos convenido en un principio, seguía sin aparecer.

—Claro —dijo Morgan. Hizo un buen trabajo escondiendo su sorpresa ante mi petición—. Eh... Claro. —A juzgar por el parpadeo de sus ojos, también él empezaba a hacerse preguntas.

—¿Habéis hablado?

Lo pilló al instante. Era un lince para estas cosas.

—No le han localizado, pero estaba en el edificio, así que vamos acercándonos. Le he dejado un recado.

—Estupendo. Bueno...

El repentino silencio le hizo recordar que se había comprometido a marcharse.

—Eh... Hasta luego —dijo, y salió casi corriendo.

Volví a la carga con la chica.

—Venga, ¿quién es usted?

—Señor Duke, ¿a qué viene ese alboroto por una simple pregunta sobre el bienestar de una persona? ¿Cuál es el problema?

Habló, como había hecho desde el comienzo, en un tono de voz cabal; es más, exagerando un poco tanta cabalidad. Para entonces ya habíamos terminado de examinarnos el uno al otro de arriba abajo con la mirada. La mujer resultó no ser mucho más joven que Nowell. Sus atributos eran bastante agradables, a excepción de la boca, que resultaba demasiado fina y algo extraña, tal vez por su forma o quizá solo por los movimientos que hacía al hablar. Me pareció que, a ratos, su expresión irradiaba cierta sensualidad, acaso para mostrar que estaba interesada en mí y tratar de averiguar si yo también lo estaba en ella, pero era difícil estar seguro de ello, porque no dejaba de mover la boca ni cuando permanecía en silencio, y también los ojos, de un lado a otro. Era como si su rostro nunca se estuviera quieto. Y así no había quien juzgara si era o no atractiva. La fémina, a su vez, tenía delante, y contemplaba, a un hombre no demasiado corpulento con un bigote bastante corto, con una pinta de lo más sospechosa y hostil y, en la medida de sus posibilidades, bastante parecido a un eunuco congelado.

—Tiene diez segundos para revelarme y demostrar su identidad —dije, disfrutándolo enormemente—, o llamaré a seguridad y haré que la echen.

—¿De qué tiene tanto miedo?

—De muchas cosas, gracias por interesarse, y una de ellas es de que esté usted, quienquiera que sea, mal de la cabeza.

—¡Ah! —dijo, como si hubiera ganado una apuesta consigo misma.

—¿Ah? Dos segundos. —Me acerqué al teléfono—. Y perdone la escenita.

—De acuerdo, no se deje llevar por el pánico, ya tengo lo que quería —dijo, con un tono bastante más templado que el que yo había mostrado desde el principio—. Mi nombre es Trish Collings y cuido de Steve en el Saint Kevin's.

—¿Él está bien?

—No hay por qué alarmarse.

—¿Es usted enfermera? ¿Doctora? ¿O qué?

—Soy doctora, sí. De modo que...

—Creía que el doctor Abercrombie se hacía cargo del caso de mi hijo.

—El doctor Abercrombie sufrió un leve infarto hace algunos días. Estará de baja durante al menos cuatro meses.

—Entonces, ¿Steve está a su cargo?

—No me gusta esa expresión, me parece que tiene ciertas connotaciones inapropiadas. Pero, sí, soy psiquiatra titular.

—¿De verdad? ¿Podría identificarse?

—¡Por el amor de Dios! —Abrió entonces la cremallera de lo que parecía un neceser negro de hombre en imitación cuero y rebuscó en él.

—Tan solo quiero curarme en salud, si no le importa —dije. Quise parecer indignado y grandilocuente, pero mi voz sonó a disculpa. Mientras hablaba fui consciente de que me sentía arrepentido, aunque no veía razón alguna para estarlo, salvo que la tenía enfrente y era mujer.

Al poco me extendió una carta dirigida a la persona que decía ser. Coincidió incluso el nombre de Trish. La misiva traía remite del bibliotecario de la Asociación de Psiquiatría Británica, lo que empeoraba un tanto mi posición. Llegados a este punto, tuve que hacer grandes esfuerzos por no decir «lo lamento», y me pregunté si el desasosiego que sentía por tenerla frente a mí seguía estando justificado.

—No me ha dado alternativa, ¿no le parece? —dije, mientras le devolvía la carta—. ¿Qué quiere que piense si una mujer a la que no conozco de nada se cuela en...?

De repente dejó de hacerme caso. La carta —algo en ella o sobre ella— había capturado su atención. Mientras la escudriñaba con ojos miopes, recordé que hacía referencia a un libro titulado *La paternidad de la locura*, y sentí inquietud de nuevo. Entonces, tomándose su tiempo, la doctora dobló la hoja y la guardó en el neceser.

—¿Disculpe? —dijo.

—Nada, estaba...

—Lo sé. No debería haberlo hecho, pero a veces ayuda sorprender a la gente desprevenida.

—Ya veo, ya. ¿Ha ayudado en algo esta vez?

Sacudió la cabeza ante tanta sagacidad, y juraría que lo hizo con más preocupación que reproche. Pero, fuera como fuese, no se le movió un solo pelo y, al mismo tiempo, esbozó una especie de sonrisa inexistente en los extremos y no muy agradable de ver, pero con un asomo de incomodidad o timidez ante el que no tenía nada que objetar. Acto seguido, me miró durante unos breves instantes, pero sin pronunciar palabra.

—¿Cómo está Steve? —pregunté.

—Oh... —suspiró, y continuó de inmediato—: Bien, se encuentra bien, no está mal... Tiene algún que otro problemilla, y estamos empezando a desentrañarlo, pero necesitamos saber más sobre él y sobre el ambiente que le rodea, todo eso, y espero que usted pueda ayudarnos. —¿Dónde había escuchado antes la misma cantinela?—. Esto significa que tendré que robarle algo de tiempo. —Tiempo: ahí estaba. Lo pronunció con un deje del oeste de Inglaterra, igual que John Long Silver, un acento desfasado para una mujer joven o juvenil, y casi tan desagradable como el del sur de Irlanda—. He pensado que el ambiente aquí sería más relajado que en el hospital.

—¿De verdad? Pues nada más lejos de la realidad, diría yo.

Mientras hablaba, se oyó sonar un teléfono, y a continuación una segunda llamada. Un hombre joven y pequeño y otro más corpulento y viejo situados unos metros más atrás iban y venían con papeles en la mano, dando voces a diestro y siniestro. Una voz a lo lejos llamaba a alguien, juraba y bostezaba a voz en grito.

—¿Hay algún otro lugar en el que se sienta más relajado? —La doctora Collings acababa de entender a lo que me refería.

—Alguno hay... De hecho, hay unos cuantos. —Lugares como los pequeños reservados del último piso del bar del club de la prensa. Pero, en compañía de esta mujer, no parecía que fueran a ser demasiado cómodos—. Pero, eh, tengo mis dudas de que los encuentre usted apropiados.

Frunció el ceño.

—¿Eh? ¿A qué clase de sitios se refiere? —No tenía nada que ver con el gesto ceñudo, pero de pronto me percaté de que sus pechos eran una o dos tallas más grandes que el resto del conjunto. Por lo general, es más, me

atrevería a decir que siempre hasta entonces, una cosa así me habría llevado a prestar más atención a la fémina en cuestión automáticamente, esto es, de inmediato y sin pensarlo. Pero los senos de la doctora Collings no me causaban semejante efecto. Eran otro más de sus atributos discordantes. Con todo, no dejaban de ser dos pechos.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿En qué piensa?

—Pienso en que podemos ir a un bar —me descubrí diciendo—. Si no tiene usted inconveniente.

—Claro, ¿por qué iba a tenerlo?

—A estas horas aún están tranquilos.

—Perfecto, perfecto.

—Hay uno bastante agradable y, en fin, está al otro lado de Fleet Street. El Corona y el Cetro. Ya le digo, está a menos de cien metros, casi enfrente de aquí.

—¡Muy bien! Vayamos.

—Bueno... ¿Le importaría ir yendo usted por delante y esperarme un par de minutos? Me gustaría cerrar unos asuntos pendientes antes que nada, si no es molestia.

—¿No pueden esperar?

—Sí, poder pueden, en cierto modo, pero, eh, salvo que tenga muchísima prisa, preferiría... Al fin y al cabo, usted ha...

—Señor Duke —dijo, contenida—, ¿qué es más importante para usted, su hijo o esos asuntos que al parecer tanto le urgen? Sean cuales sean.

Un día no muy lejano una mujer me diría algo muy parecido, tan indigno de mención como esto, y yo me desvanecería y moriría sin recuperar el conocimiento. Extendí una mano con lentitud y me agarré a un extremo de la mesa.

—Mi hijo, por supuesto —dije—, pero cuando toque hablar de él. Si ya ha llegado ese momento, será mejor que me lo diga.

Me pareció un buen tanto, pero antes incluso de haber terminado la frase perdí su atención de nuevo. Salió de la oficina caminando con tranquilidad, sin mirarme. No se me ocurrió nada que hacer, aunque di por hecho que la

encontraría en el bar de marras llegado el momento. Morgan reapareció de inmediato; debía de haber estado acechando en la entrada.

—¿Quién era esa? —preguntó tras echar una ojeada a sus espaldas.

No hay duda de que su pregunta era justa, pero por alguna razón me fue imposible responderla de ningún modo satisfactorio.

—Es... una amiga de mi hijo.

Él esperó hasta asegurarse de que no tenía nada que añadir.

—¡Oh, ya veo! —replicó en un tono de voz preñado de incredulidad y sospecha. El deje galés le venía como anillo al dedo para situaciones así. Aquella mañana revoloteaban muchos acentos a mi alrededor, aunque, por otra parte, rara vez me había encontrado a alguien que no tuviera el suyo, excepto yo mismo, claro está.

—Sí —dije, y a continuación le encomendé hacer y mandar hacer más una docena de tareas a cual más tediosa. Cuando terminé de asignarle trabajo, llamé de nuevo a la agencia encargada de la publicidad de Thurifer y localicé al tipo que andaba buscando. Ese tipo me contó que alguien de Thurifer había perdido el juicio y que no tenía de qué preocuparme. Así pues, dejé de preocuparme y llamé a Cliff Wainwright, que respondió de inmediato, bastante cabreado. Se serenó un poco al ver que era yo, pero volvió a ponerse de mala leche en cuanto le pregunté por Trish Collings.

—Esto no viene a cuento, Stanley, de verdad te lo digo. Comprenderás que no puedo ir por ahí despotricando por todo y contra todo. Y que no llevo un registro con los nombres de cada uno de los miembros de la profesión médica ni de las adyacentes, a pesar de que te creas lo contrario. Sin embargo, has tenido suerte, porque da la casualidad de que sí que he oído hablar de esa bruja. Decían que estaba muy por encima de la media. Tan cercana y buena con los pacientes... Pero serlo puede resultar arriesgado, desde luego. Porque lo que más les gusta a los pacientes no resulta siempre lo más conveniente para ellos. A nadie le agrada que le abran en canal, por ejemplo. Aunque, en todo caso, ahí sigue.

* * *

—¿Tiene más hijos? —preguntó Collings.

—No —respondí—. Steve ha debido de contárselo ya, si es que han llegado a hablar, como usted dice.

—¿Ni con su segunda esposa?

—No, ni con ella. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Por qué no?

—¿Eh? Ah, pues... Nowell decía que no soportaría volver a pasar por todo eso.

—No es eso lo que ella me ha contado. Sí, he pasado cerca de una hora con ella antes de venir a verle. Me ha sido de gran ayuda.

—¿De verdad? Le digo por experiencia que nada de lo que cuenta Nowell lo es, ya sea a mí, a usted o al cartero. Con esto me refiero a que nada de lo que le haya relatado guardará la menor relación con lo ocurrido en realidad. Ninguna.

—¿Hace cuánto le dejó?

—Ocho años. Casi nueve. Y no crea que habla el resentimiento, es solo que la conozco bien. O puede que, hasta cierto punto, sí hable, no puedo evitarlo, pero de verdad que si me atrevo a decir lo que digo de ella es solo porque la conozco bien. Y lo que le digo es del todo cierto. No puede... Ya verá usted a lo que me refiero cuando la trate más, supongo.

—Pero ella ha vuelto a pasar por todo eso, y lo ha soportado.

—Cierto. No iba a dejar de hacerlo solo por haberme dicho que no podía o que no quería. Si alguien le recuerda que en su día dijo algo que ahora no le conviene, ella afirmará que nunca salió de su boca aquello que se supone que dijo, aunque le lleves a una multitud de gente que de hecho estaba presente y la escuchó cuando lo decía. Nowell es capaz de simplificar las cosas de la vida como nadie... Reconstruye el pasado sobre la marcha. Ya sabe, como los comunistas. ¿Qué hacemos hablando de esto, por cierto?

—Aún no me ha contado por qué no ha tenido hijos en su segundo matrimonio.

—No, ¿verdad que no? No se me ocurre qué relación puede guardar esto con el asunto que nos ocupa, pero, en fin, la doctora es usted. Veamos... Susan tenía casi treinta y seis años cuando nos casamos. Sigue siendo una

edad buena para tener hijos, creo yo, pero tampoco los tuvo con su anterior esposo y lo más seguro es que haya preferido no tenerlos. En un determinado momento ella me contó que, a su juicio, no estaba hecha para la maternidad, y yo lo acepté así.

—¿Eso es todo lo que han hablado sobre el asunto?

—Más o menos... Nunca he intentado sonsacarle más. Lo cierto es que me pareció bastante razonable. Al fin y al cabo, tampoco es que sea la reina.

—¿Y nunca ha intentado hacerle cambiar de opinión?

—Ni mucho menos.

—¿Por qué no?

—Porque tampoco yo siento el más mínimo deseo de tener más hijos. Creo que muchos hombres estarían de acuerdo conmigo, incluso diría que la mayoría. Steve es demasiado mayor para tener un hermano. Y nunca he creído que debiera convencerla de lo contrario. Creo que es la mujer la que debe decidir sobre estos asuntos, y Susan ha sido tajante al respecto.

—¿Deja usted normalmente que su compañera tome las decisiones importantes?

—No. He dicho que la respeté en lo tocante a ese tema en concreto; un tema que le concierne a ella más que a mí.

—Es decir, en su opinión, la función de la madre es más importante que la del padre en la crianza de los hijos.

—Bueno... No necesariamente, aunque quizá sí... Más bien estaba pensando en el embarazo, en el parto y en el resto del proceso. Es obvio que un bebé va a condicionar más la vida de la madre que la del padre.

—El parto. Eso me obliga a retrotraerme... En cualquier caso, ¿qué me dice sobre un niño más mayor? ¿Continúa siendo la madre mucho más importante que el padre en su crianza?

—No sé si *mucho* más, depende. Pero más importante, seguro. Al menos, esa es la opinión de los tribunales cuando hay una separación. Suele ser la mujer la que...

—Supongo que fue su primera esposa quien tomó la decisión de quedarse embarazada.

—La verdad es que no recuerdo bien cómo ocurrió. Me explicó que había

sido un accidente. Por entonces aún me creía la mayor parte de lo que me decía, por ridículo que fuera. Pero no fue decisión mía, si es a donde quiere llegar y, por lo que veo, ese parece ser el meollo de la cuestión.

—¿Habría tomado esa decisión si hubiera dependido solo de usted?

—Tampoco sé decirle... Probablemente no... No creo que muchos hombres de veinticinco años estén deseando tener un hijo... Mire...

—¿Y cómo reaccionó a la noticia?

—En parte, me alegré. Aunque no era el mejor momento, financieramente ni en lo demás. A esas edades siempre se encuentran buenas razones para no querer tener un bebé en los siguientes doce meses.

—De modo que habría preferido que su mujer no se hubiera quedado embarazada en ese preciso momento.

—Sí. Sí, eso creo. ¿Le importaría decirme adónde nos lleva todo esto?

—Creo que ya casi estamos, Stanley. Nos falta muy poco para determinar que su actitud respecto a la paternidad era negativa y que incluso llegó a aborrecer las dificultades que esta le ocasionó.

—¡Pero qué demonios...! Eso fue solo al comienzo, antes de tener ocasión de hacerme a la idea. Cuando Steve vino al mundo estaba tan eufórico y entusiasmado como... Iba a decir Nowell, pero no es el...

—Eso es de lo más habitual en progenitores jóvenes y muy activos, en padres primerizos. Y a menudo persiste y coexiste con una conducta inequívocamente positiva. Puede incluso arrojar resultados de lo más extraños.

Mientras pronunciaba la última frase, a Trish Collings le entró la risa, y siguió riéndose durante un buen rato. Le temblaban los hombros y le refulgían los dientes. Pude darme cuenta de que estaban levemente separados entre sí. La magnitud de la carcajada excedió la mera reacción de sorpresa ante lo que se considera un comentario ingenioso, en un país civilizado al menos. Cuando al fin consiguió contenerse, se levantó de la banqueta en la que estaba sentada y, sin decir palabra, pasó por delante de mí y se dirigió hacia los baños. Tenía la esperanza de que cuando regresara pusiera fin al interrogatorio y de que, con suerte (no iba a insistir más), me explicara su propósito y me permitiera preguntarle por Steve. En fin, me dije

para mis adentros, si lo que en realidad le interesaba era mi reacción al conocer que el muchacho había sido concebido, lo más probable es que Steve no se encontrara tan mal.

Como había supuesto, el bar estaba bastante tranquilo, pues a esas horas aún no había demasiada gente, aunque sí algo de ruido. A menudo olvidaba, después de tantos años, que los bares eran sitios ruidosos: no lo eran todo el rato ni tanto como podían llegar a serlo, pero no se podía negar que eran ruidosos, al fin y al cabo. Un gordo pelirrojo, embutido en una camiseta blanquecina y en un anorak color burdeos de plástico (entre otras muchas cosas) que hacían que pareciese que estaba medio desnudo, además de sucio, peligroso y desaliñado, jugaba a una tragaperras de esas donde salen frutas. Se trataba de un modelo mejorado que emitía a todo volumen una sonata para armonio cuando daba algún premio y entretanto parte de la banda sonora de la película *La batalla de Inglaterra*. Para los sordos y ensimismados, despedía unos destellos de luces de colores que cambiaban de combinación sin tregua. Aparte de eso no había mucho que destacar del local, a excepción de un par de lámparas de mesa con elegantes pergaminos de imitación en la barra y la escasa luz natural que penetraba desde la calle, debilitada por unas tiras entrecruzadas de plomo pintado pegadas a las ventanas.

Entre la semioscuridad y la preocupación no llegué a ver a Lindsey Lucas hasta que la tuve a un palmo de distancia. La áspera sonoridad de su acento del Ulster me hizo dar un respingo. Tanto su peinado como su atuendo conservaban su estilo habitual, arreglado y a la vez un poco desfasado.

—¿Cuándo piensas dedicarte a gestionar anuncios? Siempre que llego a algún antro de Fleet Street, estás tú ahí, empinando el codo. Es mi turno: ¿qué te pido? —A la vez que hablaba, daba sorbos de un *gin-tonic* medio lleno, justo enfrente de donde se había sentado Collings.

Intenté pensar en algo, pero me dio pereza. Ocurría que, aunque sabía muy bien que lo mejor sería quitármela de encima en ese mismo instante, me alegré tanto de verla que tardaron en salirme las palabras. No era mi día. Antes casi de que me diera tiempo a ponerme en pie y abrir la boca, el gesto de Lindsey cambió de tal manera que yo mismo me di cuenta de que se

había percatado de que Collings venía hacia mí. En efecto, la psiquiatra apareció antes de que yo terminara de girar la cabeza. Aún no era tarde para despachar a Lindsey entre alusiones a algún acuerdo, las tarifas, el espacio, la sección, etcétera, pero en lugar de eso me sorprendí presentándolas, o más bien recitando sus nombres uno detrás del otro y señalando a aquella cuyo nombre acababa de pronunciar, no fueran a hacerse un lío con quién era quién. Las cuerdas vocales se me paralizaron justo después, pero los ojos me funcionaban mejor que bien. Me mostraron a Lindsey reclamando de tapadillo su derecho parcial de propiedad sobre mí, y cuando miré a la otra fémina, me di de bruces con la misma reacción, si bien en un estilo diferente, más obvio y burdo frente a la sutileza de la primera, aunque quién sabe. Eso es lo que pensé.

Aquello me remató, al menos durante el medio minuto siguiente. Mientras seguía de pie, Lindsey me invitó a otro trago, y también a Collings. Para ella pidió ginebra con hielo, y a mí me preguntó si quería agua o algún refresco.

—¿Qué? —dije, pese a haberlo oído perfectamente—. Eh... Un refresco. Agua estará bien.

—¿Anda usted detrás de esa mujer? —preguntó Collings cuando nos quedamos a solas. Sus modos eran moralmente acusadores, sin rastro de sensualidad esta vez.

—Por supuesto que no. No. Pero si anduviera, ¿qué?

—Usted ha querido que se uniera a la conversación.

—No. ¿Por qué iba a haberlo querido? Todo lo contrario...

—En ese caso, ¿por qué no le ha dicho que estábamos manteniendo una charla privada?

—No lo sé, la verdad. Me figuro que no me he sentido capaz de explicarle que usted es la psiquiatra encargada del caso de mi hijo.

—Oh, el *caso*. ¿Y por qué no? No hay nada de lo que avergonzarse. ¿Le habría dado la misma vergüenza decirle que su hijo se ha roto una pierna?

—No, simplemente...

—Le tenía por un hombre instruido con ideas modernas.

—No se trata de mis ideas... Es simplemente que no me he sentido capaz de sacar el tema. Estoy seguro de que podrá comprenderlo. Y, ahora, ¿le

importaría decirme adónde quería llegar con tantas preguntas sobre mi actitud hacia Steve antes de que naciera?

—¿Acaso no es obvio? Aborrecía a su propio hijo, como si fuera un intruso. Le hizo creer que no era deseado. Al menos fue premeditado, si eso le hace sentirse más tranquilo.

—Eso no es verdad —dije, tratando (no lo conseguí) de llamar su atención—. No lo es y punto. En absoluto lo aborrecía cuando nació, lo recuerdo bien. Para entonces sí quería tenerlo. Así que de ningún modo pude hacerle sentir que no era deseado, porque sí lo era. De verdad.

—Yo no he dicho que fuera hosco con él de forma consciente...

—Ah, ya veo... «Yo creía pensar una cosa, pero en realidad pensaba la contraria.» Ya me conozco esos argumentos.

Sus labios se separaron con un leve chasquido.

—¿Ha hablado alguna vez con su hijo de esto?

—No. ¿Y usted?

—No me ha hecho falta. Me lo contó él mismo. Y no era poca cosa: «Papá siempre intentaba hacerme de menos. En el fondo, papá nunca llegó a aceptarme del todo. Papá y yo no teníamos nada en común». Comentarios de este tipo... Claro que a veces...

—¿Cuál es la dirección del hospital? Está en la desviación a Blackheath, ¿verdad?

—Lo siento, Stanley, no puedo permitir que vaya a visitarlo tan pronto. Aún no. No sería una buena idea.

—¿Y cómo va a impedírmelo?

—Diciéndoselo tan solo. Pero me parece más que suficiente, ¿no?

—Sí, joder.

—Ya le he explicado que esto es muy habitual. Y a menudo nos encontramos con ciertas dosis de exageración, con una magnificación de agravios que son objetiva y relativamente menores.

—Ah, menos mal...

—Aún nos quedan varios temas que abordar en esta sesión, así que ¿podríamos disolver la reunión pronto?

—No se va a quedar mucho rato.

No me había percatado hasta entonces de que los ojos de Lindsey eran, como poco, tan sagaces como los míos. A esas alturas, debía de pensar que no solo estaba con Collings, sino que habíamos quedado por anticipado, por así decir. Pero ¡cómo iba a pensar algo así! La simple idea se me antojaba insoportable. No sabía muy bien por qué me había obcecado de aquella manera, salvo que la razón tenía más que ver con Collings que con ella. En ese momento, se alejó de la barra con mucho cuidado, pues llevaba tres vasos en las manos. Tendría que haberme levantado para ayudarla y de paso contarle algún cuento verosímil y asexuado, pero ya era tarde y, aunque aún podría haber cruzado el bar para echarle un capote y relatarle una versión abreviada, aquello se me ocurrió demasiado tarde también. En un día normal me habría apresurado a ayudarla a traer las bebidas hasta la mesa, en aquel momento se me pasó.

—¿Algo va mal, Stanley? —preguntó Lindsey.

—No, acabo de recordar que tenía que haber hecho una cosa, y ya no me va a dar tiempo —dije, recobrando la compostura.

Esto la llevó a explicarnos que le quedaba un cuarto de hora libre, y acto seguido cambió el registro y, con buenos modos e interés (y sin mostrar curiosidad), le preguntó a Collings si también ella trabajaba en Fleet Street. Aquí llega, pensé.

—Sí y no... —dijo Collings, y de repente se sonrió—. Trabajo en el departamento de contabilidad del *Sunday Chronicle*.

—¿Ah, sí? Claro, eh..., ahí es donde trabaja Susan, en el *Chronicle*.

—Sí, en la redacción, aunque los de contabilidad no los vemos demasiado, por lo general.

—Me imagino que no.

Más tarde me dio por pensar que la charla entre la del Ulster y la de Dorset, o dondequiera que fuera Collings, parecía sacada de una radionovela con un *casting* muy logrado. Pero no entonces. En ese momento estaba demasiado aterrado para pensar en nada. Me quedé sentado, mirando a Lindsey y esperando que ella hiciera lo propio, para torcer el gesto y enviarle señales de que algo no marchaba, aunque bien podría haber dicho que tenía que cambiarle el agua a los garbanzos, como se hace en estos casos.

—Es más, la conozco —contaba Collings—, aunque solo de vista. Pero supongo que usted la ha tratado más, ¿verdad? Las dos son periodistas...

—Pues, mire, en realidad la conozco desde hace casi veinte años. ¿Por qué? —Esto último lo dijo a empellones.

—Curiosidad, nada más. Estoy segura de que usted podrá explicarme cómo es, Lindsey. Debe de ser una mujer muy inteligente, me imagino.

—¡Dios! No hace falta conocer a alguien desde hace veinte años para llegar a esa conclusión. Sí, es muy inteligente, su inteligencia es excepcional, y cualquiera que haya conversado con ella cinco minutos se daría cuenta. Incluido su marido.

A Collings se le escapó una de sus carcajadas, momento que aprovechó para apoyar su mano en mi hombro, con fuerza. Por alguna razón que aún no alcanzo a comprender, me las ingenié para no apartársela de mala gana ni mordérsela.

—Sí, él dice lo mismo, pero ya sabe cómo son los hombres. Podría ser tendencioso, ¿no cree? Lindsey, espero que no le importe que pregunte, es solo curiosidad, porque he oído decir a algunos compañeros que la conocen que es un poco, en fin, no distante, pero sí muy, muy reservada. ¿Qué puede decirme al respecto? A Stanley no le importa que hable de esto.

Lindsey me miró, pero ya no hacían falta señales. Se puso como un tomate, lo cual la favorecía sobremanera. Y, mirando a través de las gafas, dijo:

—Puede que a Stanley no le importe lo que ha dicho, pero le aseguro que a mí sí me importa. Y mire, sí que hay una cosa que decir al respecto: ¡que la follen!, sea quien sea. ¿Se puede saber qué coño le pasa? ¿Es que no escucha? Le he dicho que es una vieja amiga. ¿Quién se crees que soy? Seguimos en contacto, Stanley. Cuídate.

Me dio un beso rápido y un pellizquito en la mano que me hizo recordar a Susan, y se alejó deprisa sin volver la vista atrás. Collings, que consiguió mantener un aire de indiferencia mientras Lindsey le cantaba las cuarenta, me miró y torció la boca, como si no hubiera sido ella la que se había comportado de forma extraña e impresentable. Me senté y me limité a mirarla fijamente.

—¿A qué demonios está jugando?

—Lamento mucho haberle hecho enfadar.

—Que esté o no esté enfadado no es la cuestión. ¿Qué cree que está haciendo? Y no es una pregunta retórica. ¿Qué creía que estaba haciendo? ¡Por el amor de Dios!

—Recabar información —dijo con su voz paciente y razonable.

—Sí, y ha cosechado un éxito rotundo, eso se lo concedo. Le ha sonsacado el valiosísimo secreto de que Susan es inteligente, y sigue sin saber si es reservada o no. ¡Increíble! Y todo al precio de un par de mentiras. Y tiene una habilidad innata para causar problemas...

—Había información suficiente para quien sepa dónde buscarla.

—Vaya, ahora lo pilló... Es usted capaz de descifrar lo que ha querido decir Lindsey realmente, aunque haya dicho lo contrario o nada en absoluto. De verdad que es usted una joya, en serio que lo es.

—Se ha enfadado. Por favor, intente...

—¿Cómo no voy a enfadarme? —Paré un momento y procuré continuar con más delicadeza—. Mire, usted no es una mujer cualquiera a la que he invitado a tomar algo en un bar... Resulta que usted es la doctora que trata a mi hijo, o como quiera llamarlo, que por lo visto está muy enfermo. Así pues, ¿qué quiere que piense si la veo comportarse como una tarada y una irresponsable, sin *ningún propósito* concreto además? ¿Qué debo pensar?

Por primera vez me miró a los ojos sin apartar la vista. Los tenía entrecerrados y había levantado las cejas. Así me lo pareció al menos, aunque he de admitir que cuando traté de imitar ese gesto más tarde, frente al espejo, no conseguí hacer las dos cosas a la vez. También tenía las fosas nasales hundidas. No sabría decir qué pretendía expresar con semejante gesto, pero se me antojó descorazonador, eso seguro. Por un momento pensé que rompería a llorar y empezaría a disculparse por todo, pero ese instante pasó y su rostro recuperó su perenne actividad. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono completamente plano, sin apenas inflexiones.

—Escúchame, Stanley... Antes que nada, tendrás que creerme cuando digo que mi experimento tiene un claro propósito. En cuanto al resto, reconoce que nadie ha sufrido ningún percance. Esa mujercita irlandesa tuya se ha marchado encantada de la vida por haber hecho valer su dignidad, aunque

nadie ha dicho ni hecho nada que haya podido herir sus sentimientos. Yo, al menos, lo creo así. Creo que lo importante ahora es que recompongas tu visión de la psiquiatría y los psiquiatras, que has forjado a partir de tipos como Alfred Nash. Sin duda es un hombre brillante que contribuyó sobremanera a la materia... Su único problema es que sigue atrapado en el Sídney de los años cincuenta, y el mundo ha avanzado bastante desde entonces. Todo es más flexible ahora, ya no existen las rígidas categorías de antaño. Esa manera de ver la humanidad, de dividirla entre cuerdos y locos...

—Doctora Collings —dije—, si al menos pudiera...

—Llámame Trish. El título médico es tan reduccionista...

—Hum... Creo que seguiré llamándola doctora Collings, si no le importa, pero usted puede seguir llamándome Stanley y tratándome de tú, si le apetece. En fin... Hemos hablado de mí y de mi primera esposa, de mi actual esposa y de Lindsey Lucas, de mí otra vez y ahora del doctor Nash. ¿Podemos hablar de una maldita vez de Steve? Juraría que aún no ha terminado de examinarle, o como quiera usted llamar a lo que está haciendo, pero supongo que ya se habrá formado una primera impresión. Y me gustaría que la compartiera conmigo, si no tiene inconveniente.

—Por supuesto. —Se sonrió y tuve que controlarme para no mirar a otro lado—. ¿Pedimos otra? Invito yo a esta ronda. ¿Lo mismo?

Pensé que, al fin y al cabo, aquella mujer se desenvolvía bien en los bares. Cuando al principio le pregunté qué quería, apenas tardó en responder, y luego echó en su *gin-tonic* a medio beber el culín que había dejado Lindsey, como suele hacerse. Este pequeño acto no pegaba para nada con el resto del conjunto, fuera este el que fuera. Rezongué en voz baja. Justo cuando menos necesitaba seguir dándole vueltas a la cabeza, la tragaperras de las frutas quedó libre y en silencio —salvo por un tarareo amplificado— y el nivel general de ruido bajó. Nada conseguiría quitarme de encima la preocupación por Steve y mis menosprecios cuando era niño. ¿Por qué sería que la idea me resultaba familiar? No la acusación en sí, sino la clase de reproche que traía consigo. Me resultaba familiar desde hacía mucho tiempo, no por nada que tuviera que ver con el pasado reciente. ¡Claro! ¡Nowell! Era una de sus triquiñuelas preferidas, acusarte de ser quien no eras o de haber hecho algo

que ni siquiera se te había pasado por la cabeza, de suerte que a la hora de defenderte no tenías ninguna prueba que presentar: ningún registro de fechas ni de lugares que demostraran que habías estado haciendo lo contrario. Solo un aluvión de negaciones infundadas y ninguna coartada. Y la gente sin coartadas es a menudo culpable.

Había avanzado hasta ese punto cuando Collings regresó con las bebidas. Fue al grano sin rodeos, pero habló en un tono menos alterado e incómodo que el que había empleado poco antes.

—En resumen, Nash le ha diagnosticado esquizofrenia —dijo, al tiempo que encendía un Silk Cut—. Pero yo no puedo aceptar una conclusión tan prefabricada como esa. El tema que nos ocupa dista mucho de ser tan simple. Considerando la información disponible hasta la fecha, creo que nos enfrentamos a un problema relacionado con su modo de vida y que no solo le afecta a él, sino a todo su entorno, y en especial a sus padres. Recuerda que los chicos de su generación tienen que lidiar con un sinfín de cosas, vivirlas y encontrarles algún sentido: está el paro, por supuesto, pero también el holocausto nuclear, la tensión racial, la contaminación urbana, la alienación, llámalo como quieras. Son muy vulnerables y se sienten impotentes en un mundo tan grande y peligroso, un mundo sobre el que no tienen ningún control. Un tipo como su hijo siente que está en peligro... Y entonces le sobreviene una crisis en su vida sentimental, como la ruptura con su novia, y se siente indefenso. ¿Qué puede hacer? Levantar defensas. No tiene dónde ocultarse, así que crea su propio escondite, un lugar al que llamamos locura, enfermedad mental, delirio o alucinación.

Hizo una pausa para dar un trago, quizá también por efectismo. Pese a sentirme un poco borracho, o al menos algo confundido, le pregunté:

—¿Acaso quiere decir que se ha inventado toda esa retahíla sobre Josué y los demás personajes bíblicos?

—No conscientemente. Él se cree cada palabra de lo que cuenta, al menos hasta donde se me alcanza ahora.

—Pero eso es... Me temo que sigo sin ver de qué se está defendiendo, de qué se esconde.

—Bueno, podemos expresarlo de distintas formas. Escapar de la realidad, de

su fuero interno o de sus necesidades íntimas quizá sea una definición más precisa. Steve trata de mantener a los demás a cierta distancia emocional, y para ello ha levantado un muro, un muro al que la escuela de Nash llama delirio. En estos casos su reacción se debe con frecuencia a un miedo atroz a que le hagan daño. Aún es pronto para estar seguros, pero me inclino a pensar que Steve tiene miedo a herir a terceros. Es un muchacho muy agradable, de eso no cabe duda. —Lo dijo en un tono desafiante, como si supiera de antemano que pensaba pedirle cuentas. Por un momento me recordó a mi suegra—. Nuestro trabajo es convencerle de que baje esas defensas. No lo hará si no conseguimos que se comunique con sus propios sentimientos, y más en concreto con su propia ira.

—Comunicarse con su propia ira —repetí—. Comprendo. Dígame, ¿cuántas posibilidades hay de que lo haga?

—Es pronto para aventurarlo. Te sientes inquieto, Stanley, lo noto. Pero, créeme, lo más importante es no precipitarse ni adelantar conclusiones. Nos movemos por terrenos escabrosos y movedizos. Lidiamos con un muchacho asustado, confundido e inseguro al que debemos ayudar a descubrir quién es en realidad.

Súbitamente, la creciente sensación de terror que me había acompañado desde que llegamos al bar empeoró considerablemente. Empeoró de tal manera que no pude fingir que no estaba ahí ni que se trataba de otra cosa. Se debía al estilo general de Collings, más o menos, y a la hondura de sus pensamientos, muy oportuna para hacer de psiquiatra en algún telefilme norteamericano, pero superficial incluso para inspirar un artículo dominical. Y, con todo, quizá no fuera esta la descripción más oportuna. Estaba borracho, me sentía estúpido casi todo el rato, incapaz de asimilar ninguna idea de cierta enjundia. Sin embargo, había llegado perfectamente sobrio al bar y la idea de que Steve veía a Josué porque temía hacer daño a otras personas no parecía una idea enjundiosa precisamente. Ni siquiera era una idea.

Me dije a mí mismo que tenía que serlo, que aquello tenía que tener sentido de alguna manera, en algún lugar del mundo. La comparación con el telefilme había sido desacertada, una equivocación fruto de mi ignorancia, y

en cierto modo había provocado que yo dejara de captar toda clase de alusiones sutiles y de entender frases y expresiones que parecían, o acaso eran, pura basura, pero que a oídos expertos contenían un significado preciso y científico. Comunicarte con tu propia ira, descubrir quién eres en realidad, etcétera, eran términos técnicos que aludían a procesos definidos y observables. O puede que el método de Collings fuera tan reciente que nadie aún hubiera acuñado una terminología para definirlo. O que aquella mujer fuera una absoluta negada expresándose, pero un genio cuando entraba en acción. Lo que fuera, porque algo debía hacerlo acertado. Dijera lo que dijera y se comportara como se comportara, el caso es que esa tía era *doctora*.

En todo caso, no me quedaba más remedio que seguir escuchándola. Y lo hice durante unos cuarenta minutos, hasta que la conversación presuntamente técnica derivó en un nuevo interrogatorio sobre mi relación con Steve. No fue del todo mal por mi parte, puesto que en el interludio tuve tiempo de recordar y recuperar la confianza en mí mismo. Comprendí que, por alguna razón, acaso para encajarlo en una teoría, Collings pretendía demostrar que, en tanto padre e hijo, no nos llevábamos bien, o que nuestro trato era distante. Le expliqué que más bien era todo lo contrario y creo que ahí advirtió algo. Finalmente nos despedimos acordando que la visitaría en el hospital un par de días después, quizá acompañado por Nowell.

* * *

De regreso a la oficina fui derecho a un lugar que los que habían hecho la reforma habían subestimado inexplicablemente: el cubículo para hacer llamadas de teléfono privadas. Como era el día de libranza en el *Chronicle*, encontré a Susan en casa. Tenerla al otro lado de la línea, escuchándome, consiguió que las cosas en mi cabeza volvieran a su cauce. Me dijo que estaría atenta, por si en algún momento aparecía por allí alguna mujer con tics y un regusto a sidra en el acento.[14]

Dudé un momento antes de dar el siguiente paso, pero entonces recordé que Nash me había asegurado que podía llamarle con toda tranquilidad. Así

que lo hice, y le di la noticia del ataque del doctor Abercrombie.

—Bueno —repuso en voz baja—. Un infarto leve, dices.

—Eso me han contado. Una mujer que se hace llamar doctora Trish Collings, que al parecer se ha hecho cargo de sus casos. O del de mi hijo, al menos.

—Ah. —El ruido era distinto, y después se produjo un silencio.

—Parece que la conoce.

—He oído hablar de ella. —Sonó un gran suspiro en mi oreja—. Usted sabe, señor Duke, que el protocolo médico es inequívoco y severo al dictar que ningún profesional del gremio podrá referirse a otro en términos peyorativos o, para ser exactos, de ningún tipo, más allá de los hechos puros y duros, descarnados. Así que me abstendré. No diré nada. Al menos por el momento.

—Comprendo.

—Lo más probable es que le haga toda clase de preguntas sobre usted mismo. ¡Oh, sí! Hum... En fin, no le va a hacer ningún mal responder. Me imagino que no le habrá dicho nada sobre las pruebas que mandé que le hicieran al chico. No. Naturalmente, todo lleva su tiempo hoy en día. Esto..., ahora que lo pienso, conozco un poco a otro colega que trabaja en el hospital, o al menos trabajaba hace dos o tres años. Cinco, más bien. Su nombre es Stone. Es... en cierto modo diferente a... la señora Collings. Si doy con él le contaré lo que saque en claro. Anímese, señor Duke. Pero ha de saber que el chico está bastante seguro ahí dentro.

La tercera llamada venció la insólita ronda de fortuna. Lindsey estaba fuera, no había vuelto aún. ¿De dónde? Disculpe. Miré mi reloj y pensé. Conociéndola, si podía volvería a la oficina antes de comer. Yo mismo me apresuré a regresar a mi mesa, sin dejar de preguntarme en el trayecto a qué se debía aquella repentina urgencia por verla en carne y hueso, tanta que dejar un mensaje me pareció una necedad. ¡Ah, claro! No podía permitir que siguiera pensando o sospechando durante un solo segundo más que había algo entre Collings y yo, y convencerla de lo contrario era un asunto que debía tratarse cara a cara.

Me pregunté si Morgan Wyndham se mostraría inquisitivo, si se haría el distraído o si tan solo se empeñaría en retrasarme, pero ni siquiera estaba en

su sitio. Únicamente un desastre mayúsculo podría retenerme, así que salí pitando antes de que ocurriera alguno. En vez de esperar al ascensor, me abalancé escaleras abajo y después a lo largo de la calle. A punto estuve de embestir a Lindsey cuando salía por las puertas batientes de su periódico.

—¡Anda! —dije, en un arranque de alivio—. ¿Vas a comer fuera?

—Sí, pero tengo un minuto. Justo.

Lo que quiso decir es que aceptaba echar un trago rápido dos locales más allá, en el bar al que solía ir con sus compañeros. Como cualquiera de las tascas que acostumbraban a elegir los periodistas, no era la más agradable en un radio de un minuto a pie, sino tan solo la más cercana. La barahúnda del interior ahogaba el sonido de la música. No había sitio para sentarse y daba la impresión de que tampoco lo había para estar de pie, salvo en el recodo de una chimenea de gas sin encender. Pedí las bebidas y, para no derramarlas, recorrí hacia atrás tres cuartas partes del trecho de vuelta, sorteando el gentío que se arracimaba en tres o cuatro filas hombro con hombro en torno a la barra. Cada vez había más gente, pero era demasiado tarde para ir a otro sitio y El Corona y el Cetro estaría posiblemente igual de atestado a esas horas.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —gritó Lindsey, que fue juiciosa y se aguantó las ganas de preguntar hasta que encontramos un hueco. Después gritó otra cosa que no llegué a oír.

—Soy un genio. —Descubrí que al menos podía posar mi vaso en la repisa de la chimenea—. Quería contarte que...

—¿Quién era esa loca que estaba contigo hace un momento? ¿Qué diablos le pasaba para comportarse así? ¿Sabes que tus gustos son cada vez más raros?

—Eso es justo lo que he venido a contarte, querida. Escúchame: ¿me creerás si te juro que es la verdad?

—Puede. Inténtalo y ya veremos.

—No hay nada entre ella y yo. Repito: nada de nada.

—Ni... Ya lo tengo. Ah, ¿no? Pues se ha comportado como si lo hubiera.

Y con bastante menos sutileza que tú, querida.

—Ha sido cosa suya —dije, o más bien vociferé—. No sé a qué estaba

jugando. Pero no lo dirás por mí.

—Bueno, en mismas circunstancias, tú habrías llegado a la misma conclusión, ¿o no?

—Quizá. Pero no es así, te lo prometo. *No es así.*

—Stanley, ¿has venido hasta aquí solo para decirme esto?

—Sí. Pero no me preguntes por qué.

—¡Venga ya! Entre viejos amigos... ¿Por qué estás tan susceptible?

—No soporto la idea... La de que te lleves la impresión equivocada. Me subleva por completo. —La última parte la dije sin pensarla y, aunque se aproximaba a la realidad, tampoco era plenamente exacta—. Me crees, ¿verdad?

—Te creería, tal vez, si me dijeras quién es. Está claro que esa mujer no tiene ninguna relación con el *Chronicle*. Creo que me merezco una matrícula por haber mantenido a raya mi temperamento irlandés y no haber entrado al trapo ante tanto insulto a mi inteligencia. Vas a tener que contarme qué hacíais juntos, y más te vale que sea una buena historia.

—Recapitulemos. Te has abalanzado sobre ella como un carterista. Cosa que tampoco me parece mal, te lo concedo... Pero ¿y si hubiera estado intentando arrimarse a mí?

—Una bruja como esa jamás se arrimaría a una nenaza como tú. Confiesa, Stanley... ¿Quién es?

—¿Quién dirías que es? —pregunté, con la única intención de retrasar lo inevitable.

—¡Dios, pensaba que habías pillado cacho estando borracho y que querías quitártela de encima! Me has saludado como si te hubieras encontrado un billete de cien libras. Y luego ella ha empezado a cagarla.

—Nunca bebo hasta ese extremo. Y preferiría si no mezclamos, ¿me sigues? —Era cierto, una vez más—. Y, además, ya no soy capaz de ligar cuando estoy borracho.

—¡Te nos has amansado! ¡Pobre Stanley! Va, desembucha.

—Es la psiquiatra de Steve, mi hijo. Ha sufrido un brote. —En el trayecto hasta el bar ya me había resignado a contárselo, aunque no desgañitándome como tuve que hacer. Ahora ya estaba hecho.

—¿Cómo? —Frunció el ceño—. Lo siento.

—¡Mi hijo está en un manicomio! —bramé—. Y ella es su doctora.

Tras un segundo de conmoción, posó una mano en mi hombro izquierdo y la cabeza en el derecho. Yo le rodeé la cintura con una mano y le tomé la que le quedaba libre. Nos quedamos así durante unos instantes. Cuando se separó de mí me dirigió una mirada de afecto como nunca antes le había visto, una mirada que encerraba un mensaje: no había nada que añadir, no entonces ni en aquel lugar. Asentí.

—¿Quieres contármelo? ¿Otro día, quizá?

—Te llamaré —dije tras asentir de nuevo—. Gracias.

Poco después Lindsey se marchó a comer. Pedí una Carlsberg de maduración especial y un sándwich de queso, pero solo tenían *brie* y pan francés, aunque me sirvió igual. Me lo comí medio agazapado en una esquina, alternando mordiscos al *brie* y al pan con el plato bajo la barbilla, porque no encontraba un solo hueco libre donde ponerlo para untar lo uno en lo otro. Cuando terminé regresé a la oficina y eché una cabezada en la hemeroteca. Allí nunca te molestaba nadie.

Intenté localizar a Lindsey a la mañana siguiente en su oficina, pero había salido. Traté de dejarle un recado, pero nadie supo dar con la persona que tendría que habérselo dado. Volví a probar esa misma tarde con idéntico éxito, y al final desistí. En todo caso, y después de la larga y animosa charla que había mantenido con Susan la tarde anterior, no sentía tanta necesidad de hablar con ella. Mi mujer me dijo, a propósito de la palabrería de Collings, que las jerigonzas gremiales solo se han ideado con el fin de hacer pasar a los legos en la materia por burdos catetos.

—Yo que tú, trataría de olvidarlo, cariño —dijo—. Y, en cuanto a lo otro, a veces los mejores en lo suyo son un puñetero desastre a la hora de explicarse.

—Sí —respondí—, yo también lo había pensado.

—Ocurre con los escritores. Hay toda clase de ejemplos. Esto... Sí, Nabokov. Ya sabes, *Lolita*. Pese a todo el farrago de sus textos, es un

grandísimo novelista. Espera y verás, es lo que hay...

Sin embargo, cuando me referí a lo que había dado en llamar el método general de Collings, y no a su estilo, Susan fue menos alentadora.

—¿Qué clase de teoría te ha soltado? —preguntó.

—Algo así como que las experiencias de la niñez causan o en todo caso contribuyen al desarrollo de los problemas mentales de la madurez, cuando lo que los padres hacen o dejan de hacer reviste importancia. La semana pasada leí un artículo de un estadounidense que venía a decir lo mismo.

—Un estadounidense es capaz de decir cualquier cosa si le das tiempo. Así que Steve ha sufrido un brote porque cuando era pequeño le hiciste poco o ningún caso. Eso es una canallada y, además, una auténtica gilipollez. ¿Ha sido hostil la criatura? Por cierto, ¿cómo es que no te has puesto una copa?

—Creo que con lo que llevo bebido tengo ya para un buen rato.

—Sí, te he notado bastante achispado cuando has entrado. Pero después del día que has tenido, puedes permitirte un trago más. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí... ¿Ha sido hostil?

—Aséptica, más bien —dije camino a la bandeja de las bebidas—. No quiero acusarla de hostil solo porque no me haya gustado lo que ha dicho. No lo ha sido continuamente, pero creo que sí a ratos.

—Antes me has contado que es más bien sensual, pero que no saca partido de ello. ¿Ha...? Perdona, estarás harto de responder tantas preguntas, ¿pero ha...? ¿Se te ha insinuado de alguna manera? No me sorprendería, eres un hombre muy atractivo. —Me dedicó una radiante sonrisa.

—Sí, creo que sí. —Le devolví la sonrisa.

—Y doy por hecho que la has parado en seco. Cuando me has llamado por teléfono me ha parecido que estaba intentando bajarte las defensas por algún motivo. Me apuesto a que es eso. Me juego el cuello.

—Claro... Se ha propuesto tantear el terreno y, como yo me he desentendido, ha decidido subir la apuesta demostrando que desatendí a mi hijo. ¡Dios mío!

—Estoy convencida de que no ha decidido nada. No lo ha hecho conscientemente. Se habrá convencido de que estaba llevando a cabo un análisis objetivo corriente y moliente. Ya sabes cómo somos las mujeres. O

deberías, a estas alturas.

—Ahora que lo pienso, me ha recordado a Nowell. Y más de una vez. Pero, de verdad..., ¡Dios mío!

Después de advertirme que todo aquello no eran más que meras conjeturas, Susan se fue a preparar la cena. Yo reconsideré su valoración, pero la descarté al momento, pues sabía que a los doctores los instruyen para no caer en comportamientos de ese tipo. Y me mantuve en mis trece pese al sólido indicio que obraba en mi poder (y que oculté a Susan) a favor de la hipótesis de que ella quería algo conmigo. Demostraba una inmensa capacidad de alguna clase el haber llegado tan lejos, a la conclusión de que Collings estaba interesada en mí, sin ninguna ayuda y sin tener ni idea de la pequeña actuación de Lindsey. A Collings no le habría hecho ninguna gracia. Además, era probable que yo mismo hubiera empeorado las cosas baboseando con lujuria como lo hice, tal vez, o enviando alguna señal de que el interés era mutuo. Estaba dando por sentado que Collings era capaz de... ¡Mierda!

En realidad, sobre Lindsey no dije palabra, ni entonces ni el viernes anterior. El ocultamiento obedecía a la acostumbrada e indiscriminada prohibición de mencionar el nombre de una mujer en compañía de otra, salvo que en caso de una imperiosa necesidad. Y, más aún, también a que, en uno de esos accesos de sinceridad que embargan a los hombres cuando se enamoran, le había revelado a Susan mi aventura con Lindsey cuando comenzamos nuestra relación. Ya entonces dejé más claro que el agua que lo nuestro había terminado antes de conocerla a ella. Poco importó: mi confesión —pues en eso se convirtió el inocente relato en cuanto abrí la boca— resultó un completo desastre y precisé de un par de velas del Regency y de una cena en el Connaught para ser absuelto. Había olvidado, o quizá entonces aún la desconocía, la ley de evitación de las comparaciones. No importa si pregonas a los cuatro vientos que te acostaste con la ricachona que barre los suelos y vende condones en la barbería —o con un miembro de la realeza—, pero no que lo hiciste con una de sus coetáneas de Oxford, aunque apenas se hubieran vuelto a ver desde entonces. De hecho, si no era para anunciar su muerte, nunca más volvería a mentar a Lindsey en

presencia de Susan.

Sí mencioné, frente a un *kitchiri* y un vino peleón español, a Nash y su reacción al enterarse de que Collings se había hecho cargo del caso de mi hijo.

—El viejo Robbie —dijo Susan cuando terminé— me ha llamado hoy para una cosa y le he contado que coincidí con un psiquiatra llamado Nash, porque no conseguía quitarme de la cabeza que ya había oído antes ese nombre, y entonces él lo ha recordado de inmediato. Al parecer, además de ser una eminencia en su ámbito, estuvo en el candelero en los años cincuenta a cuenta de un libro sobre la locura en la literatura que escribí para el lector generalista. Cuentan que Cyril Connolly lo puso por las nubes, claro que ese tenía la costumbre... En fin, Robbie cree que podrá conseguirme un ejemplar. ¿No me digas que no se trata de un tema fascinante?

Nunca he sabido explicar, ni tan siquiera a mí mismo, por qué mi opinión sobre Nash, alta desde el principio y susceptible de elevarse aún más tras lo ocurrido aquella mañana, se resintió (no mucho, pero de forma inequívoca) ante semejante revelación. Me lo callé, faltaría más. Luego Susan puso a Bach y creo que después a Nielsen en el equipo de alta fidelidad. Y más tarde hizo un trabajo extraordinario convenciéndome de que, fuera lo que fuera que hubiera hecho, lo de Steve no era culpa mía. Cuando lo empezó estaba demasiado borracho para recordar los fragmentos individuales, pero su efecto general se prolongó hasta el día siguiente y contribuyó a atenuarme la resaca. En el fondo no ocurrió nada aquel día: dos hombres y una mujer me comunicaron por separado que Productos Químicos Thurifer mantenía su media página, y Trish Collings me llamó al trabajo para concertar una cita en el hospital a las nueve de la mañana del día siguiente. Dijo que Nowell le había prometido estar presente. Ni por asomo, pensé; o no a las nueve de la mañana de una persona corriente. ¿Y por qué a las nueve, por cierto? Para dejar claro quién manda, repuso Susan, y yo procuré no darle la razón, puesto que había decidido que lo mejor para todos era concederle a Collings el beneficio de la duda. De casi cualquier duda, mejor dicho.

* * *

A las siete me despertó el servicio de alarma de la compañía telefónica. Lo primero que hice tras colgar fue echar mano de la jarra de agua que tenía junto a la cama y beberme un buen trago. No vi hasta que ya era demasiado tarde al ser vivo que debía haberse caído o posado dentro no hacía mucho tiempo, durante la noche. Pero, a juzgar por mis sensaciones internas, seguía aleteando con todas sus ganas. Salí a trompicones de la habitación oscura y me enclaustré en el baño durante uno o dos minutos mientras trataba de convencerme a mí mismo de que no pasaba nada y me repetía una cantinela que aprendí de niño: en el estómago hay suficiente ácido como para abrir un boquete en la alfombra.

Después de una larga sucesión de retortijones auténticos, de cepillarme los dientes y de una ducha caliente con jabón, me rendí. No ocurrió nada digno de mención desde ese momento hasta que salí de casa, o al menos no para quien se despierte en Londres o en algún lugar parecido todos los días. Cuando le llevé a Susan su taza de té, ella se ofreció de nuevo a acompañarme, pero yo volví a darle las gracias y a decirle que no era necesario.

Distinguí que a lo lejos llovía a mares cuando emprendí el desapacible trayecto. Enfilé el carril del medio con el Apfelsine, cuesta abajo y en línea recta. Dejé atrás la oficina, crucé el puente de Blackfriars hasta la intersección de Elephant y me incorporé a Old Kent Road. Aunque tal vez habría sido más inteligente escoger otra ruta, aquella mañana me aterrorizaba —una carga insoportable— la sola idea de pecar de listo. El tráfico era tan escaso al principio que pensé que llegaría en diez minutos. En cierto modo, hasta me tranquilizó toparme con un camión contenedor belga casi parado y atrapado tratando de dar marcha atrás para coger un cruce. Era tan grande que parecía de chiste. Al sur del río todavía me encontraba en territorio conocido, o no demasiado lejos de un lugar que reconocía y, cuando llegué al distrito de New Cross, estaba a unos cinco minutos del lugar donde nací y crecí.

Según tengo entendido, esta zona y aquella eran distintas entonces, pues sus poblaciones habían sido construidas en épocas distintas y con ideas diferentes que no resultaban intercambiables. Ya no era el caso —si alguna vez lo había sido—, y todo se parecía bastante, salvo que uno tuviera buen ojo para apreciar las iglesias. Pero no me importaba, desde luego: dejé el sur de Londres para siempre en cuanto tuve oportunidad. Y, sin embargo, lo que llegué a ver desde el Apfelsine era lo mismo de siempre: un conjunto abigarrado, construido con materiales de saldo e inacabado, falto de una mano de pintura, medio vacío y sucísimo por doquier. Todo permanecía igual en mi barrio natal, como había podido comprobar al recorrer el mismo trayecto unas semanas antes, cuando regresé para asistir al funeral de un tío. La mitad de los barrios al sur del río nunca fueron lugares aconsejables, sino tan solo un batiburrillo de construcciones que ocupaban el lugar de solares rebautizados con el nombre de estaciones de tren y depósitos de autobuses. La mayoría de la gente a la que conocía era originaria de alguno de ellos (Cliff Wainwright y yo procedíamos del mismo). Seguramente esto nos evitó más de un problema.

En Shooters Hill seguí la señal hasta el Saint Kevin's y avancé entre unos jardines que, sorprendentemente, no me repugnaron. Llegué a un portón abierto y encajonado en medio de una tapia baja de ladrillo rematada con rejas. Tras continuar por el camino que me indicaban las señales, me encontré serpenteando por un espacio contiguo a otro jardín, este en pleno esplendor, con el césped segado, parterres, setos podados y filas ordenadas de arbustos, todos resplandecientes a pesar de estar empapados. De repente me encontré rodeado de gran cantidad de casas, también de ladrillo, probablemente de los años treinta, y suficientes en tamaño y número como para acoger a infinidad de personas —más aún, para albergar una pequeña ciudad llena de tarados y a sus cuidadores—. En un lugar así podría ambientarse la típica novela corta escrita por un extranjero difunto que reseñaban en el *Sunday Chronicle*, aunque Susan nunca firmaba esas críticas, por supuesto.

El aparcamiento estaba al fondo a la derecha, tras un edificio de una sola planta cuyas paredes estaban recorridas por unas fornidas enredaderas.

Aparqué como es debido y di un rodeo hasta la fachada delantera sin demasiada prisa, pues era pronto y, en ese momento, había parado de llover. Al cruzar la esquina vi una ambulancia recién llegada ante la puerta y a dos auxiliares que ayudaban a un loco entrado en años que, despeluchado, con los ojos como platos y envuelto en una manta gris, parecía sacado de una película de Bela Lugosi. Agitaba sus manos convulsas en todas las direcciones y caminaba arrastrando los pies hacia delante, gimiendo pero sin llegar a gritar. Los hombres le decían que todo iba bien y que lo estaba haciendo estupendamente. Procuré mimetizarme con la pared, pero, en cuanto me vio —no sé cómo—, comenzó a balancearse y a girar sobre sí mismo.

—¡Uuuhhh! —aullaba, blandiendo un dedo tembloroso—. ¡Uuuhhh!

Los hombres le calmaron de inmediato y el más joven de ellos le ayudó a cruzar la puerta de cristal. El mayor vino hacia mí. Tenía el cuello larguísimo, las orejas pequeñas y no paraba de pestañear ni de fruncir el ceño.

—No tenemos otra cosa que hacer, ¿eh? —dijo cortante—. Un acto reflejo, ¿verdad? Vemos a un loco y nos quedamos mirando, embobados como niños. —Me atravesó con la mirada, abrió la boca y descolgó la mandíbula inferior para ilustrar sus palabras.

—Lo siento. No estaba pensando en nada concreto. Solo estoy haciendo tiempo antes de entrar.

—No es un bicho raro, joder. Es un pobre hombre un poco confundido y asustado, y no necesita que ningún patán se le quede mirando con cara de bobo.

—Sí —dije—. Mi hijo también está ahí dentro, en algún sitio.

—¡Ah! Pues espero que aprenda la lección. ¿La aprenderá? —Me miró de arriba abajo un par de veces, se calló lo que tuviera pensado decirme y salió pitando hacia el edificio, aunque paró de repente a mitad de camino para encender un cigarrillo.

Algo me impidió seguirle entonces. Permanecí en el sitio balbuceando excusas y mirando vagamente alrededor, hasta que divisé a alguien con un abrigo blanco que acechaba en la entrada del pabellón de enfrente, seguramente una mujer, aunque el sombrero blanco con alas que llevaba

puesto (parecía una gorra de críquet) me hizo dudar. Nuestros ojos se cruzaron durante un par de segundos, y entonces la silueta alzó las dos manos, me saludó agitándolas y cruzó el umbral de la puerta en mi dirección, con las piernas muy separadas. Entré de inmediato. Dentro había una mesa, una mujer y un techo que juzgué más bajo de lo normal.

—Busco el pabellón Rorschach —dije.

—Es este —replicó, rascándose el cuello sin levantar la cabeza.

—¿En serio? —Estaba convencido de que me harían repetir la excursión hasta el portón.

—Está al otro lado de la puerta —dijo, suspirando—. ¿Busca a alguien?

La atravesamos y echamos a andar por un pasillo estrecho y en penumbra, con las paredes atestadas de puertas de madera barata y el suelo cubierto con tapetes mal extendidos de algodón blanco, de esos que suelen despreciar los diseñadores. No vi a nadie ni oí ningún ruido hasta que llamamos a una puerta de calidad similar, al final de un tramo del pasillo. Estaba numerada, como todas las demás, pero no tenía nombre.

Pasé cuando me lo indicaron, y a punto estuve de salir por donde había entrado al no reconocer a la mujer que permanecía sentada tras la mesa de metal, de espaldas a la ventana. Pero entonces me percaté de que aquellas gafas ahumadas con montura oscura, el pelo hacia atrás y el atuendo desfasado de oficinista solo podían pertenecer a Trish Collings. También era suya aquella boca de forma graciosa y excesivamente fina, lo primero en lo que debí haberme fijado. Ella extendió la mano, yo le di la mía, y acto seguido me pidió que tomara asiento y yo me senté en una de esas sillas que nunca se ven en un hogar particular.

No había gran cosa en la sala, nada personal o innecesario: ni fotos ni periódicos ni flores ni libros, excepto algún manual y unas cuantas obras de referencia. Tampoco había ni rastro de caos en su mesa. En realidad, no se trataba de una mesa de trabajo como tal, sino de un tablero desprovisto de cajones con un par de documentos encima, otro par de bandejas de alambres y papeles dispersos, un teléfono, un plato para servir salsas que hacía las veces de cenicero y una papelería del hospital, de plástico blanco. No vi ninguna máquina de escribir, aunque sí una pequeña grabadora sobre una

balda. Los tubos fluorescentes creaban un efecto de luz natural más logrado que el de cualquier bombilla y, al mismo tiempo, en cierto modo diferente.

Collings me dio tiempo de sobra para hacerme al sitio mientras terminaba —o continuaba— la carta o la nota que estaba escribiendo cuando entré, el segundo recordatorio cinematográfico desde que aparqué el coche. Cuando el reloj de la pared, descarnado, sin armazón ni manecillas, marcó las nueve y once, Collings me miró y dijo:

—La señora Hutchinson llega tarde.

—Lo sé, es increíble... —dije con incredulidad—. No sé qué ha podido pasarle.

—Suele ser puntual, ¿verdad? Supongo que con su...

—No, lo siento, no... No suele ser puntual. Siempre llega tarde, ya lo ve. Es porque es un... Eh, no creo que debamos esperarla. Cuénteme, ¿cómo está Steve?

—Está bien, tranquilo, no hay por qué alarmarse.

—¿Puedo verle?

—Más tarde —dudó—. Ahora me gustaría que respondieras a un par de preguntas básicas.

Las preguntas básicas empezaron por mi fecha de nacimiento, aunque Collings no inquirió la hora precisa y descarté que fuera a consultar mi horóscopo. Continuó indagando —sacaba sus preguntas de lo que parecía una especie de cuestionario— si había padecido alguna enfermedad grave. ¿Era necesario para apuntalar su teoría? Tal vez. O acaso solo fueran preguntas de calentamiento antes de lanzarme alguna más desabrida, de improviso, no sin antes, naturalmente, haberse interesado por mis abuelos. En todo caso, aún no habíamos llegado a ese punto cuando, justo a las nueve y veintidós, sonó la puerta y entró Nowell.

Sonrió con un gesto recatado de triunfo por haber llegado a tiempo. A fin de cuentas, veintidós minutos tarde era llegar a tiempo, salvo que fueras a ponerte mezquino con ella. De haber sido las diez y veintidós, habría entrado con la misma mueca y dispuesta, si alguien se lo reprochaba con mezquindad, a disculparse y a asegurar, demostrando su sorpresa, que la habían citado a las diez. Vestía una especie de traje de caqui, muy elegante,

que junto con su pelo corto me hacía recordar a las chicas del Servicio Auxiliar Territorial a las que había conocido durante la guerra. Collings se levantó, Nowell avanzó y yo habría jurado que iban a besarse. No llegaron tan lejos, pero quedó patente lo bien que se llevaban. Acto seguido, se giraron y me miraron. Conocía aquella mirada, la habría reconocido aun sin haberla visto nunca: era la de dos mujeres que se confabulan para reprender a un hombre. De camino al hospital me había dicho que, a pesar de todo, resultaría gracioso ver a esos dos egos batallar el uno contra el otro. Estaba claro que mi problema es que seguía confundiendo a las mujeres con hombres.

Nowell se me acercó con aire decidido y me besó en la mejilla. Luego se sentó en una silla como la mía, pero más cerca de Collings que yo, apuntalando el ya atado efecto de dos contra uno. ¿Intencionadamente? No estamos ante una palabra demasiado útil para referirse a Nowell.

—Bien —dijo Collins en un estilo presidencial—, empecemos, ¿os parece? Mi propósito es reconstruir, de manera informal y en profundidad, la biografía de Steve hasta la fecha. He logrado recabar bastante información gracias a mis conversaciones con él mismo. Sí, no es tan difícil si se sabe dónde buscar. Pero apenas he empezado contigo y con Stanley, Nowell. Retrocedamos a la época en que nació.

Podría haber sido yo el aludido, pero hablaba de Steve. Los primeros veinte minutos transcurrieron sospechosamente bien, sin intercambio de golpes físicos al menos. Collings tomó muchas notas, lo que me llevó a recordar que el lunes no había tomado ninguna. Nowell seguía mostrándose concienzuda, pero de otra manera. Los avatares vitales de Steve hasta su pubertad, por así decir, dieron paso a la relación parental. ¿Se llevaba, por lo general, razonablemente bien con su madre? Por lo general, sí, opinó Nowell. ¿Tenía algo que comentar yo al respecto? No, me pareció una respuesta justa. ¿Y él y yo, cómo nos llevábamos?

—Ahora que lo pienso —dije, y puse todos los sistemas en alerta máxima—, creo que razonablemente bien.

—¿Lo confirmas, Nowell?

—Yo... pienso —dijo, derrochando objetividad—, yo pienso... que eso es

decir... muy poco. Yo diría que Stanley y Steve se llevaban... bastante mejor que la mayoría de los padres e hijos. De hecho, iría más allá: en mi opinión, los dos teníais una relación... extraordinariamente íntima. Habida cuenta de que os veíais muy poco.

La miré con una suerte de sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo dices? Nos veíamos muy a menudo. ¿No recuerdas que todas las tardes solía...?

—Es perfectamente entendible, querido —dijo, y le sonrió a Collings, como diciendo: «Te lo dije»—. Nadie te está culpando. He dicho que fue un éxito: os llevabais de maravilla cuando coincidíais. Lo repetí muchas veces entonces.

—Esto es ridículo. No era así ni de lejos. ¿Qué me dices, por poner un ejemplo, de los fines de semana en que yo...?

—He aquí el patrón de conducta habitual en situaciones como esta. —Collings se inclinó sobre la mesa y, pestañeando con ímpetu, remarcó las palabras importantes al repique de la culata de un bolígrafo negro—. Repito, es lo habitual en progenitores jóvenes con intereses externos. Y no tiene por qué producir efectos negativos en los vástagos necesariamente.

Se oyó un zumbido agudo. Pensé que debía provenir de las luces fluorescentes. No se veía nada desde la ventana, tan solo una superficie amarronada y plana que rellenaba el espacio y que probablemente era el exterior del propio edificio; tampoco en las paredes había nada, ni siquiera un calendario, una lista o el horario de trabajo. Entre esto y la pintura gris, la consulta parecía alejada de todo, como una estación de seguimiento de satélites en pleno desierto del Mojave, por decir algo. Alcé la vista y me encontré a las dos féminas mirándome —no era de extrañar—, Nowell con una sonrisa dubitativa y su característico pestañeo de ojos alargados, y Collings con su mezcla de gestos y lo que tal vez no eran gestos. Mucho antes de lo esperado, alcanzamos los tres el punto exacto que auguré cuando Collings propuso el encuentro: lo había augurado solo a ratos y con imprecisión, pero con certeza a pesar de todo.

Empezando por la postura de los hombros, hice todo lo que estaba en mi mano para parecer y expresarme como el vivo retrato de la mansedumbre, la

bonhomía, la sinceridad, la tolerancia, el respeto y la disposición a admitir los errores, y mientras tanto empecé a barruntar lo que debía hacer a continuación.

—Creo que la razón por la que estamos todos aquí es que queremos ayudar a Steve en la medida de nuestras posibilidades.

—Claro que queremos, querido —dijo Nowell, tranquilizadora y haciendo gala de su mejor actitud, porque yo mismo vi al momento que mi apertura dejaba mucho que desear (cualquiera habría dicho que estaba a punto de abroncarla por albergar otras intenciones).

—Por lo pronto, me temo que no entiendo adónde, eh..., adónde nos llevan estas preguntas, aunque quizá lo comprenda más adelante, y en todo caso estoy seguro de que tienen su razón de ser y un propósito definido. — Mientras hablaba, deslicé las manos hasta los muslos y entrelacé los dedos.

—Puedes estar seguro —dijo Collings soltando dos carcajadas.

Hice un esfuerzo, tenía que hacerlo, por continuar y también por dirigirme directamente a ella.

—Naturalmente, si... Para obtener los mejores resultados, es necesario que nos acerquemos a la realidad de lo ocurrido tanto como nos sea posible. Han pasado algunos años y la gente olvida las cosas, ya lo creo que las olvida. Pero, por el bien de Steve, que es lo más importante, me gustaría decir que Nowell se equivoca al afirmar que apenas le veía de niño. Podría darle los nombres de sus amigos, que se encargarían de describirle la realidad tal y como fue. Vecinos, padres de compañeros del colegio... Por qué, antes de que aprendiera a andar, yo...

Mientras hablaba, Nowell nos miraba a Collings y a mí alternativamente, una y otra vez, soltando al tiempo pequeños resoplidos y risitas renegonas.

—Venga, Stanley, no seas pelma, querido... —dijo—. Sigues erre que erre, y no hay necesidad, hasta tú lo sabes. De acuerdo, ahora que sale el tema, te sientes mal por haber desatendido a Steve un poco. ¡Olvídalo! Nadie te culpa. Es normal, como te ha dicho Trish. Ya está. Agua pasada, hombretón. Y, ahora, ¿por qué no procuramos ser sensatos y volver al trabajo? ¿De acuerdo?

Me habían enseñado a no interrumpir, así que, en contra de lo que me

pedía el cuerpo, me mantuve callado hasta que terminó. Cuando empecé a hablar de nuevo, mi voz parecía salida de un transistor de radio antiquísimo, de un disco o de un cilindro de gramófono.

—Sobre esto, no hay razón por la que deba sentirme mal. Fuiste tú, no yo, quien desatendió a Steve. Y te voy a dar un ejemplo: la tarde aquella que yo...

—¡Stanley, por favor! —Cuando Collings se levantó no me quedó más remedio que admitir, a regañadientes una vez más, que el tono áspero que empleaba ejercía cierta autoridad sobre mí—. ¿Cómo puedo haceros ver que de ningún modo debéis airear vuestras rencillas personales en esta consulta?

—No era esa mi intención, doctora Collings, aunque a usted le haya dado esa impresión —dije despacio y en un tono sereno que, según supuse después, sonó de lo más siniestro—. Simplemente, estoy tratando de dejar las cosas claras, aunque, según parece, no de la forma más habilidosa, pero sin duda... Lo más probable es que tenga alguna teoría o como quiera llamarlo que relaciona el estado en el que se encuentran Steve y otros como él con el trato que recibieron de sus padres cuando eran niños... Y es justo. Pero una teoría solo puede arrojar respuestas adecuadas si las circunstancias que rodean cada caso concreto se establecen correctamente. Si, por la razón que sea, la información proporcionada es errónea, no encontrará respuestas, o estas estarán viciadas. Es decir, que si le cuentan que en el caso de Steve yo...

—¡Por el amor de Dios! —vociferó Nowell, mirando a Collings durante algo menos de un segundo con cara de déjame esto a mí—. Steve no es un *caso*, ¡es tu hijo! Es un ser humano, no un puto coche. Tú y tu «información proporcionada», y tus teorías, y tus respuestas... No sé cómo puedes... — Etcétera.

Nunca hubo esperanzas para mi bando (no importa cuánto ose uno remontarse), pero las tentativas desesperadas tienen más razón de ser en la paz que en la guerra. El embate al adversario había sido tal que Nowell no intentó un segundo contraataque preguntándome por qué era tan mezquino con ella, ni tampoco lo hizo Collings blandiendo la ciencia. Así y todo, continué oponiendo resistencia esporádicamente mientras la escena seguía

desarrollándose a marchas forzadas. Un ejemplo: ¿cómo le había ido a Steve en la escuela? ¿A qué se refería Collings? ¿A si era un buen estudiante? No, no lo era. En las pruebas de nivel medio solo aprobó Biología.

—¿Te decepcionó el resultado?

—No, no me decepcionó, querida Trish, francamente —replicó Nowell—. Pero, claro, yo no creo que los exámenes sean importantes. Pienso que lo principal es cómo es uno. Sé que Stanley no está de acuerdo conmigo.

—No —dije, sereno aún—. Creo que ambas cosas son importantes. Y lamento tener que llevarte la contraria, pero la realidad es que los buenos resultados en los exámenes consiguen empleos, esa es la cuestión.

—No creo que en los últimos dos años ninguna nota, por buena que fuera, le haya conseguido trabajo a ningún joven —dijo Nowell con un tono de voz preocupado y afectuoso.

Collings intervino antes de que yo pudiera responder, lo que probablemente también fue, en cierto modo, justo.

—De modo que te decepcionó el resultado, Stanley. ¿Y Steve fue consciente de tu decepción?

—¡Ya lo creo! Era la segunda vez que lo intentaba, y quise darle otra oportunidad, pero...

—Y, con anterioridad, ¿le presionaste para que estudiara? No solo para el examen en cuestión, sino para los anteriores.

—Sí, le presioné. Por supuesto que sí. Desde luego, sin llegar a torturarlo ni a amenazarle de muerte. Tan solo con alguna recompensa si aprobaba... A lo sumo.

—Siempre conseguías que el pobre crío muriera de preocupación —dijo Nowell.

—Y cuando no le iba muy bien en los estudios, le dejabas claro que te había decepcionado. Te sentías defraudado.

—Me decepcionaban los resultados. No creo que le haya hecho pasar tan malos ratos, la verdad. Nunca dije nada, pero tampoco fingía que no me daba cuenta de lo que ocurría. Quizá él también me decepcionó un poco, usted me entiende. Aunque, en muchas otras cosas, superaba con creces mis expectativas.

—Pero, sin duda, debiste darte cuenta de que los estudios no eran lo tuyo.

—Por supuesto, sabía que no era Einstein, pero a pesar de todo quería que lo intentara. Por ejemplo, con los exámenes de Inglés de nivel medio. A veces decía que quería ser escritor. Cualquiera habría pensado que al menos le pondría interés.

—A Stanley le apasiona escribir —dijo Nowell con semblante serio—. Su segunda esposa es escritora, ¿sabes? No escribe mucho, pero escribe. Y también él escribe a veces, artículos para revistas de coches.

Para mi sorpresa, a Collings pareció interesarle aquella información e hizo una extensa anotación al respecto. Cuando terminó, corrió la silla hacia atrás (tenía una única pata, al igual que la mesa) y encendió un cigarrillo.

—Naturalmente, en las actuales condiciones sociales, la función elitista de la educación está tocando a su fin.

—¡Oh, claro! —dije.

—Hoy por hoy se pone el foco en la función social, y se enseña a los niños a relacionarse los unos con los otros y a estar listos para ocupar el lugar que les corresponderá en la vida adulta.

—En mi escuela eso se daba por hecho. Se supone que se aprendía por el mismo hecho de asistir. No nos daban clase de eso.

—No, y a la vista están los resultados.

—¿Lo están? —Pensé sobre ello. Probablemente se refería al sexismo, la censura y cosas por el estilo.

—¿No crees que es de vital importancia ayudar a los críos a que aprendan a expresarse y a desarrollar su identidad?

—Desde luego que sí. O no, lo cierto es que no, y en todo caso no veo cómo algo así puede enseñarse. Uno no va a la escuela para eso. Del mismo modo que no se hace policía para aprender sobre relaciones vecinales. Tal vez se aprenda algo de pasada, pero la función de un policía es hacer cumplir la ley.

Nowell me había estado observando furtivamente y, por alguna razón, no se molestó en disimularlo ante mí ni ninguno de los presentes. En su expresión se entreveía una sutil estupefacción por el descubrimiento de que su exmarido era más estúpido, gañán o desfasado de lo que recordaba, o

quizá de lo que había sido capaz de advertir antes. A Nowell no le interesaba la política, pero había asistido a demasiadas fiestas en Islington y Camden Town y estaba al corriente de que la idea de que la policía debe velar por hacer cumplir la ley, o por cualquier cosa, era espeluznante. Así que silbó o siseó algo para sus adentros y miró a Collings con los ojos abiertos de par en par. También ella se aseguró de dejar ver su aturdimiento, justo antes de decir:

—¿No te parece revelador tratar de equiparar el proceso educativo con la policía británica de los años ochenta?

—No, no me lo parece. No veo por qué debería parecérmelo, aunque juraría que a usted sí se lo parece. Solo que yo no he equiparado nada, si la palabra significa lo que creo que significa. Tan solo he comparado dos extremos, no...

Prolongué la chachara un poco más, pero a sabiendas de que las había vuelto a perder. Nowell dejó escapar uno de sus artificiales bostezos, miró el reloj y se atusó el cabello con una mano. Collings acercó la silla a la mesa y apagó el cigarro en el plato para servir salsas, consciente de que el agradable y frívolo entreacto había terminado y de que había llegado la hora de retomar el trabajo. Deseé que Susan estuviera allí. Se habría encargado de que la historia ideada por Collings se acercara algún kilómetro más a la realidad. Si es que eso importaba.

Volvimos a Steve y el sexo. A Collings se le antojó un muchacho completamente normal, ordinario, al uso. Me sorprendió que no encontrara nada macabro en su ligera pero visible timidez con las chicas, que sin embargo no alcanzaba el grado de complejo de castración. Aun así, tomó apuntes con gusto. Nowell contó más hechos de su propia cosecha que sirvieron para rematar el retrato del niño Steve y la presencia sempiterna de su madre mientras papá, que nunca se acordaba de su cumpleaños, pasaba sus días en la oficina o fuera de casa.

En un momento dado que no supe ver, Collings dijo que ya habíamos tenido bastante, le puso la capucha al bolígrafo y recogió los papeles. Nowell me lanzó una mirada rápida. Me pareció que, por una vez en nuestras vidas, pensamos lo mismo: que recibiríamos de muy buena gana un compendio o

un informe provisional. Conocía lo suficiente a Collings para estar casi seguro de que ni siquiera se le pasaría por la cabeza que era eso lo que estábamos esperando. Así que hablé.

La idea la sumió en un estado de confusión del que se recuperó pronto.

—Bien —dijo—, habida cuenta de que aún estamos en una fase preliminar y que esto son solo elucubraciones... —Era la primera vez que se dirigía a Nowell y a mí más o menos por igual—. Lo que Steve necesita —dijo, despacio y en tono meditabundo— es aceptarse tal y como es, y no como otra gente quiere que sea. Es algo, el deseo de ser uno mismo, que toca lo más profundo de nuestro ser. Se impone a cualquier otro impulso. Así pues... Si este deseo se ve frustrado, los efectos pueden resultar devastadores. Steve sufre porque durante años lo han tratado y ha reaccionado, se ha comportado, como si fuera otro, una persona muy diferente, forjada por otra gente. Lo que vemos hoy es su rebelión contra ese trato.

Cuando estaba a punto de terminar, se dirigió exclusivamente a mí.

—No me lo diga —dije—. Soy yo, yo soy la otra gente a la que se refiere, el culpable de que se encuentre en este estado.

—Por favor, no pienses eso, Stanley —respondió Collings, y Nowell ladeó la cabeza y entornó los ojos de un modo que expresaba que también ella se oponía a que pensara tal cosa.

—¿Por qué no, si es cierto?

—Pensar en términos de culpa no te hará ningún bien ni contribuirá a que ayudes a Steve, y de eso se trata, al fin y al cabo.

—Debería haberlo visto venir, ¿verdad? Mandándole a un colegio privado, poniéndole un profesor particular y dándole la lata para que hiciera los deberes en realidad estaba condenándole a...

—Lo hiciste con la mejor intención, querido —dijo Nowell.

—¡Oh, fantástico!

—Puedo asegurarte, y hablo en serio, con plena profesionalidad y sin la menor reserva, que la culpa no es tuya —dijo Collings—. Tal vez hayas sido una pieza clave, que es muy distinto. Y he de añadir —continuó tras dudar un momento— que sería una lástima que tus preocupaciones morales se interpusieran entre otras cosas de mayor importancia.

—Estoy con usted en eso —repuse, y lo dije de verdad. El problema entonces era que no conseguía quitarme de encima la cantinela de la culpa, y poco importaba lo que nadie pudiera decirme—. No todo el mundo al que le presionan para que apruebe los exámenes —añadí sin pensarlo— acaba esquizofrénico.

—Naturalmente, existen otros factores determinantes. Y, por cierto, creo que ya he dejado bien claro que el diagnóstico del doctor Nash es erróneo. Lamento decirlo. Si hemos de utilizar términos tan reduccionistas, diremos que Steve padece algo a lo que llamamos trastorno esquizofreniforme, que tal vez suene parecido, pero os aseguro que se trata de algo muy distinto.

—¡Ah!

Nowell dibujó un pequeño semicírculo echando la cabeza hacia delante y preguntó en un semisusurro:

—¿Podría verle un momento? Por favor.

—Sí —respondió Collings, cortante—. Está en el pabellón Ebbinghaus. Lo encontraréis a vuestra derecha al salir por la entrada principal.

—¿Usted no viene, doctora Collings? —pregunté.

—No, es una norma mía. —Dudó nuevamente—. Os advierto que tal vez su comportamiento, o parte de él, os resulte inesperado. Ya sabéis, inusual.

—¿In... usual? —repitió Nowell, disparando el volumen de la banda sonora inaudible—. ¿Y eso qué significa exactamente?

Por primera vez se apreció una fisura minúscula en su idílica relación.

—En casos como este —afirmó Collings con despliegue de paciencia— observamos con frecuencia determinadas reacciones a las que la gente común no suele estar habituada. Eso es todo.

—¿Qué clase de reacciones? ¿Físicas? —preguntó Nowell, dando un paso hacia un lado para detener a Collings si intentaba huir de la consulta.

—Movimientos oculares, cambios de expresión, etcétera. Nada demasiado violento.

Nowell me pareció satisfecha con la respuesta. Collings sabía que le había proporcionado suficiente información para mantenerla contenta durante un tiempo. Y, en mitad del proceso, me desarmó por completo con una de sus eficaces miradas sensuales. Merecía la consideración de lasciva, o así la

juzgué, aunque en vista del magro control que ejercía sobre su rostro pudo tratarse de una demostración impersonal de simpatía o bien de reprobación moral. Pero eso tampoco importaba demasiado.

Un minuto más tarde Nowell y yo salimos del pabellón Rorschach, cuyo nombre figuraba sobre la puerta, al sol pálido del exterior. Me sorprendió de nuevo la pulcritud del lugar, una pulcritud exagerada y quizá hasta obsesiva. Era un auténtico jardín para chiflados, de los que a ellos les gustan, sin hierbas que crezcan hasta la altura de la cabeza ni agujeros en la tierra ni eternas fogatas. Los enfermos paseaban por el césped recortado o iban y venían por las sendas de grava libres de matojos. En fin, di por hecho que eran enfermos, aunque en estos tiempos de vestir negligente tal vez todos ellos fueran los asistentes a una convención de psiquiatras forenses que se encontraran allí tomando la fresca tras una ponencia. Una mujer de aspecto sencillo, alta, delgada y con un mechón canoso, un tic nervioso y el ceño y la boca en intenso movimiento, se dirigió hacia nosotros. Cuando se acercó lo suficiente, vi que llevaba un ejemplar del *Boletín de Psicología Conductual* bajo el brazo, y deduje que aquello debía de significar algo, pero no supe qué. Tenía hambre y estaba casi seguro de que me habría sentado bien un trago, a pesar de que aún no eran ni las once.

—¡Qué mujer tan extraordinaria! —dijo Nowell mientras caminábamos.

Supuse que se refería a Collings.

—¿Qué piensas de ella? ¿Te gusta? —continuó ella.

—¡No, por Dios! Y, aunque me gustara, no se me ocurriría tocar ni con un palo a esa bruja. No me parece de fiar.

—Te estás haciendo mayor, Stanley. No solías ser tan exquisito. Con la confianza, quiero decir.

Pude haber respondido muchas cosas al respecto, y a Nowell más que a nadie, pero en su lugar proferí un gruñido pacífico.

—Me ha parecido un poco estúpida esa insistencia suya por culparte de lo que le ha ocurrido al pobre Steve. Espero que no te lo hayas tomado muy a pecho.

—A decir verdad, ha insistido mucho en que no debo *culparme*, como dices tú, ¿no te parece?

—Sí, claro, pero eso ha sido después... Era evidente que en realidad intentaba culparte. Me ha parecido de lo más mezquino. Bastante tienes con que tu hijo haya perdido la cabeza, como para que encima te digan que es culpa tuya. Ha sido asqueroso.

La miré a la cara. En sus rasgos se apreciaba su aspecto contradictorio, la cal y la arena, amén de un toque generoso de indignación. Hubo un tiempo —lo recordaba a la perfección— en el que le habría preguntado ahí mismo por qué, opinando de ese modo, le había contado a Collings todas aquellas mentiras sobre Steve y mis desatenciones cuando era niño, y no me habría extrañado que ella, en lugar de responder, me hubiera echado en cara venirle de pronto con tamañas mezquindades, que me espetase que qué narices me pasaba y el resto del repertorio. Recordarlo me hizo sentir viejo.

—En fin, pienses lo que pienses de ella —dijo—, a esa bruja le gustas.

—Te aseguro que te equivocas.

—Sí, querido. Jamás me equivoco con estas cosas. Con razón te ha hecho pasar tan mal rato: ni el infierno tiene la furia de una mujer desdeñada, ¿no es así? Y ahora, Stanley, lo siento, pero me temo que acabo de caer en la cuenta, tras el interrogatorio en esa sala aterradora, de que sería demasiado para mí abrirme camino entre un rebaño de locos para ver a Steve haciendo gestos raros. Yo no soy como tú, duro como un par de botas viejas. No lo soportaría. ¿Te parece horrible por mi parte? No quiero que se enfade. ¿Me harías el favor angelical de transmitirle mi amor y decirle que vendré a verle en un par de días? Y cuéntame luego qué tal está, ¿vale?

Le dije que lo haría, y me sorprendí rematando:

—Creo que sería demasiado para él enfrentarse a más de una visita al mismo tiempo, por el momento.

Nowell me sonrió radiante, llena de afecto y gratitud, y me besó con ternura en la mejilla.

—Eres un buen hombre, Stanley —dijo, agarrándome mientras se alejaba sin quitarme ojo. Entonces se largó, feliz de la vida. A pesar de que podía haber sido —y con más facilidad, de hecho— mezquino, me comporté de un

modo encantador.

Recordé que Cliff Wainwright había dicho en cierta ocasión que las mujeres son como los rusos: si haces siempre lo que ellas dicen, estarás siendo realista, constructivo y promoviendo la paz en el mundo, pero basta que les plantes cara una sola vez para que te acusen de recurrir a tácticas de guerra fría, de perseguir designios imperialistas y de entrometerte en sus asuntos. Y, dicho sea de paso, por pacífica que sea la paz, si promueves su causa en exceso corres el riesgo de acabar como Finlandia, en el mejor de los casos. Recordarlo me hizo ver que la postura de Nowell sobre la infancia de Steve no era hostil, sino la demostración de un instinto de autoprotección, una forma de anticiparse a la probable y fundada acusación de que ella le había desatendido más que nadie. Había olvidado que su carácter se basaba por entero en una gigantesca sensación de inseguridad (y recordarlo nunca me ha hecho ningún bien).

El pabellón Ebbinghaus, al menos, tenía un aspecto más hogareño que el anterior, con dos plantas y ventanas en condiciones. También el interior estaba estructurado de otro modo. Entré en una pequeña antesala con el suelo de linóleo donde me topé con una portería situada detrás de un tabique que permitía ver que no había nadie dentro, pero sí enfrente. Se trataba de un joven negro, que permanecía de pie y con las manos entrelazadas a la altura de la entrepierna, según me pareció a primera vista, aunque una segunda ojeada —no demasiado inquisitiva— reveló que las tenía justo encima, en ese momento al menos. Miraba con los ojos en blanco, pero no hacia mí, y abría y cerraba los labios a cada segundo. Decidí enseguida no pedirle a él indicaciones. Tanto el tabique como un tablón colocado en un caballete estaban cubiertos de avisos, pero todos remitían a los cuartos de baño, a la librería o a actividades de ocio como el ajedrez y el boxeo. ¿Boxeo? ¿Aquí?

Cuando renuncié a entenderlos, por el pasillo de atrás, caminando afanosamente, apareció una mujer de mediana edad, con bata y aspecto agradable y capaz. Apenas me dio tiempo a coger aire para preguntarle,

puesto que antes de que pudiera acercarme a ella, me miró, negó con la cabeza y se tumbó bocarriba en el suelo de linóleo, con los brazos sobre el pecho, como un cruzado en su sepulcro. Así que pasé por encima de ella y los dejé —a ella y al negro— a lo suyo.

Una alfombra roja que se extendía hasta el fondo (el estampado habría entusiasmado a mi madre) adornaba esta parte del pasillo, del que surgían numerosas habitaciones a cada lado. Casi todas tenían la puerta abierta y mostraban el interior, decorado con gusto y alegría, al estilo de las pensiones respetables de Worthing o Hastings. En muchas vi a gente sentada en las camas y en las sillas, o de pie. Algunos charlaban, otros leían o bebían en vasos de papel, pero la mayoría en los que me fijé parecía estar matando el tiempo, como si las habitaciones fueran parte de una gran sala de espera. La mitad de ellos levantó la mirada y volvió a apartarla a mi paso. Ninguno parecía loco, para nada. Dejé atrás varias esquinas con forma de ángulo recto, seguí por una suerte de galería repleta de máquinas expendedoras de refrescos, bebidas calientes, cacahuets y chicles, y finalmente llegué hasta una puerta tras la cual había una mesa repleta de papeles y teléfonos con una mujer sentada ante ella que se inclinó un poco hacia mí.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó, con tono de qué demonios pintaba yo allí, y se me ocurrió pensar que tal vez hubiera venido corriendo desde detrás de la mesa del pabellón Rorschach.

—Mi hijo es un paciente —respondí, y dije su nombre.

—Quiere verle, ¿es eso?

—Si fuera posible... La doctora Collings ha dicho que lo es.

La fémina, de veintitantos años, pelo pajizo e infinidad de pecas en la cara, consultó un listado que tenía a un lado.

—Stephen Duke. ¿Es él?

—El mismo.

—Está en una de las habitaciones del piso de arriba. —También esto parecía esconder algún significado adicional o distinto del evidente.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí?

—Por las escaleras. —Antes de verme obligado a preguntar de nuevo, añadió—: Más adelante, a su izquierda.

Yo le di las gracias y ella retomó en silencio sus quehaceres previos. La conversación me hizo sentir mayor de nuevo, y también desfasado esta vez, abandonado a mi buena suerte, superviviente de una época pretérita.

Las escaleras, que consistían en un único tramo de peldaños pronunciados que terminaban frente a una puerta cerrada, se encontraban, en efecto, más adelante, a mi izquierda. Una nota manuscrita con preocupante torpeza me instó a llamar al timbre y esperar. Después de llamar, oí un par de pies huir desde dentro a algún lugar más alejado. Al cabo de casi un minuto, es decir, de un buen rato, la puerta se abrió un par de centímetros y se quedó así al tiempo que una vocecilla aguda, y a mi parecer iracunda, hablaba en una lengua extranjera. Cuando al fin se abrió, me encontré frente a un hombre asiático, indio o paquistaní, pequeño, de mediana edad y con un rostro del todo inexpresivo. Yo le di cuenta de mi misión y, me entendiera o no, me dejó pasar. Tuve el tiempo justo, antes de que me guiara hasta una habitación pequeña de cuatro camas, para advertir que el suelo era muy distinto al de abajo, más similar al del pabellón Rorschach. Tres de las camas estaban hechas y vacías, y en la cuarta se encontraba Steve.

Me pareció que dormía. Tenía un color bastante pálido, transparente casi. En cuanto dije su nombre, torció la cabeza y abrió los ojos, aunque no dio la menor muestra de haberme reconocido. Al incorporarse, la cabeza y el cuello se le convulsionaron hacia atrás y hacia un lado, con una brusquedad que debía de resultar muy incómoda, y quizá hasta dolorosa. Sus ojos volvieron a fijarse en mí durante unos segundos, pero enseguida comenzó a girarlos, hacia arriba y de soslayo, y después hizo lo propio con la cabeza y el hombro de ese mismo lado. Le llamé por su nombre otra vez, más alto, y respondió algo, o tal vez solo profiriera un quejido, un quejido agónico. Cuando sufrió un nuevo espasmo, más marcado, corrí de vuelta al pasillo y pedí un doctor.

La cabeza del asiático asomó por la puerta dos habitaciones más allá.

—¿Sí? —dijo, sin ninguna sensación de urgencia, amabilidad ni preocupación siquiera.

—¿Podría venir un momento, por favor? Algo no va bien.

Frunció el ceño, volvió a meter la cabeza un instante y apareció de nuevo, caminando hacia mí con un trozo de cartón para encuadernar y varios folios

en la mano, seguido de una mujer caucásica de unos treinta años que vestía de uniforme y llevaba sobre los hombros algo semejante a una placa policial. Nada más entrar nos encontramos a Steve con más de media lengua fuera. El asiático asintió con la cabeza, como si se sintiera satisfecho.

—¿Qué es lo que le pasa? —pregunté.

—Padece un trastorno esquizofreniforme.

—Sí, ¿pero eso explica..., cómo decirlo..., esas colosales sacudidas? ¿Forman parte del trastorno?

—Son normales.

—¿Normales?

—Normales para un paciente en esta fase.

—¿Y qué hace metido en la cama? ¿También es parte del trastorno?

—Está en la cama porque prefiere estarlo. Se pasa buena parte del tiempo dentro.

—Pero está mucho peor ahora que cuando lo ingresaron. Ha reaccionado al decir su nombre, pero no creo que me haya reconocido.

—En algunos aspectos, es posible que esté peor, sí. —El asiático habló con un toque de impaciencia—. Eso tampoco es infrecuente.

—¿Pero qué...? ¿Se pasa el día así? ¿Cómo hace para dormir?

—No, no, es intermitente... Puede que un cambio repentino en el entorno, alguna circunstancia inesperada, inoportuna, sea el desencadenante de este estado. —Me estaba mirando a mí.

—¿Como que su padre venga a verle?

El tipo se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—¡Dios mío! —dije.

—Voy a tratar de remediarlo. —El asiático dio un paso hacia Steve—. ¡Para! ¡Para de hacer lo que estás haciendo!

Steve, obediente, dejó de convulsionarse casi en el acto y escondió la lengua entre los dientes. Aunque pareció reparar en mí durante un breve instante, luego se abismó en sus mundos.

—No es para tanto —dijo el asiático, resollando con delicadeza—. Busca, sobre todo, llamar la atención, como acaba de comprobar.

A mi lado, la enfermera —probablemente la jefa de planta— hizo un

pequeño ruido o movimiento, acaso discrepante. Era una mujer morena y seria, nada guapa, aunque de aspecto saludable y compresivo.

—¿Llamar la atención? —pregunté.

—Sí. Eh... Mi colega la doctora Collings y yo estamos de acuerdo en que lo que busca el paciente es, en esencia, llamar la atención, aunque no necesariamente de forma planeada o deliberada. Como usted mismo ha podido comprobar, esta conducta responde a su propio control. Si lo desea, puede dejar de actuar así. A mi modo de ver, el *mío*, eso excluye la explicación alternativa más probable: que lo que estamos viendo sea un fenómeno catatónico. Cuando se encuentre un poco más relajado y seguro de sí mismo, y se percate de que está en buenas manos, seguro que cambia a mejor. Ya lo creo que sí.

El asiático, y no por serlo, tenía muy pocas pintas de médico y más de dedicarse a cargar mercancías en barcos o en trenes, probablemente en otro país. Y eso a pesar de la camisa caqui que llevaba por fuera del pantalón (a juego), los bolígrafos alineados en el bolsillo superior y, por supuesto, el cartón para encuadernar. Steve, arrellanado de nuevo entre las almohadas, parecía más apático que adormilado. La enfermera, como capté enseguida, discrepaba del doctor.

—No es propio de él tratar de ser el centro de atención —dije sin pensar demasiado—. Siempre ha preferido pasar desapercibido.

Se oyó un clic monumental en alguna parte, un runrún estruendoso y, acto seguido, habló una voz estentórea y enlatada: «Doctor Gandhi, acuda a la B1, por favor. Doctor Gandhi, a la B1. Gracias». Después hubo un silencio que me sentó como si me hubiesen propinado un tortazo sin demasiada fuerza.

Me figuré exactamente lo mismo que cualquier otro habría imaginado cuando el doctor, que estaba enfrente de mí, se dio por aludido y salió de la habitación resueltamente y sin despedirse siquiera. La enfermera se dirigió a mí de inmediato, en un tono afable y confidencial.

—En realidad no hay por qué alarmarse, señor Duke. —Su voz no tenía ningún matiz extraño, cosa que resultó un alivio—. No podía decirle esto delante del doctor Gandhi, y quizá tampoco debería decírselo ahora, pero he

visto a muchos otros pacientes con los mismos síntomas. Quizá tenga que ver con llamar la atención, no lo sé, pero ante todo son los efectos secundarios de la medicación. Ha tomado grandes dosis de un tranquilizante muy fuerte y, aunque es evidente que le ha calmado, también ha desatado los movimientos involuntarios que le ha visto hacer.

—Pero los demás, la doctora Collings y el doctor Gandhi, algo sabrán de efectos secundarios, ¿no? ¿No estarán usando algún tratamiento experimental o alguna otra cosa?

—No, no es eso, claro que conocen los efectos. Pero no creen que en este caso se trate de eso. Se lo mencioné al doctor Gandhi, ¿sabe usted? Le dije que eran lo que creo que son, y respondió: «¡Oh, no!», e insistió en lo de llamar la atención. Usted mismo lo ha oído. Es lo que cree la doctora Collings, y el doctor Gandhi suele estar siempre de acuerdo con ella. No es fácil para él. Ella... No puedo decir más, y quizá tampoco deba.

Le di las gracias y dije:

—Acabo de estar con la doctora Collings y, pese a haber mencionado estas reacciones, no ha querido darles demasiada importancia.

La enfermera volvió a mirarme sin responder. Tenía unas cejas negras perfectamente definidas.

—Pero esas sacudidas no pueden ser plato de buen gusto para nadie —añadí, y ella asintió.

—Desaparecerían en unos minutos si le cambiaran la medicación... No el tratamiento, solo la medicación.

—Aquí trabaja un tal doctor Stone, ¿no es cierto? ¿No podría...?

—Lo ha intentado antes —dijo de inmediato—, en el pasado, quiero decir. Pero hay límites que uno no puede sobrepasar. Cada doctor tiene sus propios pacientes.

—Me lo imagino. ¿Pero no cree que si...?

Desde que el doctor Gandhi le ordenó parar hasta que mencioné las sacudidas, Steve apenas se movió. Entonces, cuando ya casi se había incorporado, hizo un movimiento torpe para darse la vuelta, de tal suerte que las piernas le quedaron colgando sobre un extremo de la cama, y las sacudidas comenzaron de nuevo. Tenían peor pinta esta vez, más violentas,

quizá porque en una posición tan inestable los espasmos eran más intensos. La enfermera le rodeó los hombros con una mano y le ordenó parar con voz firme y estricta, pero en absoluto desagradable. Yo repetí que todo iba bien y cosas parecidas, en la línea de lo que le habían dicho al loco entrado en años los dos tipos de la ambulancia en la puerta del pabellón Rorschach unas catorce horas antes. No surtieron ningún efecto, aunque cuando estaba a punto de volver a poner los ojos en órbita —de ese modo tan desagradable—, las sacudidas cesaron y se recostó bajo las sábanas, en una posición más propicia para el descanso. Siempre había sido un chaval dócil, y aún lo era, incluso estando loco.

La enfermera se fue poco después, tras asegurarme que los ataques no tendrían efectos adversos perdurables y que pronto le cambiarían la medicación. Me habría gustado quedarme y hablarle, pero obviamente no era una buena idea, sobre todo si era cierto que yo mismo había desencadenado, con mi sola presencia, la ronda de espasmos (quizá mi voz lo había vuelto a hacer un minuto antes), así que me fui. Cuando pregunté por la doctora Collings, me dijeron que en ese momento no estaba en su consulta. ¿Que si quería que la localizaran? No, gracias, dije, y regresé al Apfelsine para volver al trabajo.

Pensé que sería mejor dejar a Steve en paz, durante un tiempo al menos. Por teléfono me decían que su estado era satisfactorio, nada más. Tras darle vueltas a la idea durante casi veinticuatro horas, llamé a Nash. Apenas escuchó un pequeño fragmento de mi relato antes de proponerme que fuera a verle el martes a mediodía. Cuando le pregunté si podría acompañarme mi mujer, replicó que no habría problema si iba a sernos de ayuda, y se encargó de que la mera posibilidad pareciera remota. Pero habría hecho falta mucho más que eso para dejarla atrás, y no esperaba nada remotamente semejante a lo ocurrido aquella mañana en el Saint Kevin's, aunque uno nunca sabe.

A la altura de Rosslyn Hill nos cayó un fuerte chaparrón. Susan, que consideraba a Nash toda una personalidad literaria, se había puesto de punta en blanco, con su traje a cuadros y una camisa blanca y negra, pero lo había

tenido en cuenta y sabía que se tomaría en serio a quienquiera que se le apareciera.

—¿Te he hablado alguna vez de Don Barley? —le pregunté en los semáforos de England's Lane.

—No me suena. ¿Quién es?

—Aunque parezca mentira, acaba de venirme a la cabeza. Don Barley y su madre vivieron durante la guerra a dos casas de la nuestra, en la zona sw16. No había ningún señor Barley, aunque he olvidado por qué. Me figuro que, de haberlo habido, todo habría sido distinto. Ni siquiera recuerdo su aspecto, el de Don. Yo tendría unos cinco años, y él, diecisiete. La cosa es que un día Don se cortó el pie con un trozo de hojalata o algo parecido y se le infectó. Su madre llamó al doctor de inmediato, y este vino e hizo lo que tenía que hacer. Dijo que volvería el viernes. Por alguna razón se convenció de que no haría falta verlo antes, quizá porque la señora Barley era un poco angustias. Pues bien, cuando regresó el viernes, le echó un vistazo a Don y salió pitando a pedir una ambulancia para que se lo llevaran al hospital cuanto antes. Murió allí mismo, a las nueve de la noche. Por entonces no tenían penicilina, ya sabes. Su madre se había dado cuenta de que estaba mal, pero el doctor le había dicho que no hiciera nada hasta el viernes, y los doctores (a) saben de lo que hablan y (b) deben de ser siempre obedecidos a rajatabla, le pese a quien le pese.

»A decir verdad, no recuerdo los hechos con detalle. ¡Cómo iba a hacerlo, si no tendría más de cinco años! Pero recuerdo muy bien a mi madre repitiéndome mil veces la historia, siempre horrorizada. Lo ocurrido era una canallada, de acuerdo, pero lo contaba como si hubiera algo más, pese a que apenas conocíamos a los Barley. Mi madre no culpaba a la señora Barley, ni mucho menos. Siempre repetía lo duro que debía de ser vivir con algo así el resto de tus días. Creo, aunque entonces no fui capaz de verlo, y en realidad no he llegado a verlo del todo hasta que he empezado a contártelo justo ahora, que mi madre sabía que, de habernos ocurrido a nosotros, habría actuado igual, o casi. Es probable, solo probable, que mi padre hubiera tenido mejor juicio, pero podría haber estado fuera, de viaje. Creo que sus viajes al centro de Inglaterra solían durar hasta una semana...

»Así pues, si piensas que le he dado demasiadas vueltas a la cabeza antes de decidirme a llamar al doctor Nash esta última vez (no digo que sea ni haya sido el caso, ni que lo vaya a ser, pero si alguna vez piensas eso o algo parecido), recuerda que me crié en la zona sw16 y que mis padres le tenían pavor al médico; tanto que habrían preferido dejarme morir de una sepsis antes que llevarle la contraria. Supongo que podría haberme rebelado, pero no creo que nadie lo haga en estos casos. O yo, al menos, no lo he hecho.

Susan apoyó con delicadeza una mano sobre la mía, agarrada al volante.

—¡Qué horror! —Estaba al borde del llanto—. ¡Pobre señora Barley! También entiendo a tu madre. Pero, en lo que a mí respecta, puedes olvidarte del resto, de lo último que has dicho. Recuerda que no soy como ellas, como Nowell ni como Trish Collings ni como ninguna de todas las demás. Yo jamás pensaría esa clase de cosas sobre ti. —Empezaba a venirse arriba—. Conmigo no necesitas excusas. Vaya, qué tremendamente judío suena esto que he dicho, ¿no te parece?

—A *mi lado* habría estado aún mejor —dije, apretándole la mano—. Tiene que haber pasado algo, un accidente o una manifestación. No avanzamos.

Pero finalmente conseguimos llegar al número 100 de New Harley Street tan solo dos minutos más tarde de la hora. Era un lugar amplio y viejo donde residían ocho doctores, si es que todos sus ocupantes lo eran, como di por hecho. El compartimento de Nash, con vistas a un jardín repleto de árboles calados bajo la lluvia, estaba al fondo. La estancia me recordó a los clubes de caballeros de Saint James's, esos a los que no dejan entrar a menores de diecisiete años. El propio Nash nos recibió con todo su atrezo profesional, que incluía una corbata que obviamente lo era a pesar de su aspecto y que sin duda agradó a Susan tanto como sus modos suaves, casi cordiales. Aunque no fue evidente (pero a punto estuvo de serlo), sí me percaté de que el doctor la encontró de muy buen ver, más de lo que había imaginado. Me pareció un descaro por su parte. Susan también debió de darse cuenta, pese a estar ocupada examinando el mobiliario, las cortinas, y todas esas cosas.

A instancias de Nash, empecé a relatar el principal suceso acaecido en el pabellón Rorschach. Me pareció que escuchaba con atención, sin interrumpirme, conteniendo el aliento a ratos y dejándolo escapar en una

suerte de gemido, tal vez a modo de comentario sobre lo que estaba contándole o tal vez solo porque tenía la costumbre de hacerlo cada vez que escuchaba. Susan no me quitaba ojo de encima.

Nash volvió en sí cuando llegué al pasaje sobre el trastorno esquizofreniforme, cerca del final de la primera parte.

—Gracias, señor Duke —dijo—. Creo que ya he oído todo lo que necesito saber sobre esa conversación. Pero ha mencionado un encuentro anterior con... la doctora Collings en... ¿Me equivoco o fue en un bar? —Negó un poco con la cabeza ante el cariz que empezaban a tomar los acontecimientos—. ¿Podría describírmelo? No minuciosamente, desde luego, tan solo su impresión general o algún detalle en particular que llamara su atención.

Intenté complacerle. Tras emplear un par de minutos en destacar lo más relevante del encuentro, Nash profirió un gemido ahogado con la boca cerrada, como si estuviera echando una siesta y soñando.

—¿Le importaría —dijo— repetir eso que ha dicho, señor Duke? Su hijo intenta... ¿Cómo era?

—Descubrir quién es.

—Por fuerza ha de ser una aproximación, una paráfrasis, un recuerdo parcial de lo que le dijo.

—Palabra por palabra, se lo prometo. Solo son tres, al fin y al cabo.

—Me resulta muy difícil de creer.

—Se me quedó grabado.

—Eso no significa que no me lo crea, pero tengo que hacer un gran esfuerzo para hacerlo. Es como si... Como si me dijera que un extranjero, pongamos que un francés, le ha dicho en serio, o eso cree usted, que «Vosotros los ingleses sois muy fríos»; o como si un escritor, un novelista, uno en activo, le asegurara solemnemente que su propósito es despedazar la capa superficial de las cosas y revelar la dura realidad subyacente. En fin, yo me mostraría escéptico, con toda seguridad, ¿no cree? Y, además, con razón. Con el tiempo podría llegar a convencerme de que alguien, una persona real, acabaría pronunciando esas mismas palabras tarde o temprano, y de que era cuestión de esperar lo suficiente, de estar en el lugar adecuado en el momento preciso. Estoy seguro de que me sigue.

Nash dirigió a Susan la referencia al novelista con un toque que excedía la simple imparcialidad. Sin duda sabía por Cliff Wainwright quién era ella y a qué se dedicaba, pese a lo cual manejó la situación con algo más que ese toque a conveniencia. Susan se rio con timidez e inmenso encanto, y movió un poco los ojos en círculo como solía, una mirada cortés de aprobación sexual. Nada de eso me molestó.

—A estas alturas podría hacer un par de comentarios más —continuó el doctor—. Trastorno esquizofreniforme. Esta mujer, la tal Collings, le ha dado a entender que es una condición sustancialmente distinta a la esquizofrenia propiamente dicha. No es el caso. La diferencia es solo legal. Aunque está claro que coincide con mi diagnóstico, no se ha atrevido a decírselo. Yo habría preferido ahorrarme el insulto que supone su designación; más aún, la señal de peligro, el..., el..., el *toque a rebato*. Hum.

»Y en cuanto a la necesidad que siente su hijo de ser él mismo y no lo que... otra... gente... quiere... que sea... Me sorprendería que esa fuera la causa de su enfermedad. Esa idea está más que superada en nuestros días. Hoy solo los medicastros y las trabajadoras sociales le dan pábulo a tal afirmación, pero los psiquiatras hemos dejado de hacerlo. Aunque hay que reconocer que tiene la ventaja de que permite endosarles a los progenitores, o a uno de ellos, al menos, la culpa del estado en el que se encuentran sus hijos. Cualquier padre decente, casi cualquier padre, a decir verdad, se siente ofendido, turbado, profundamente intimidado ante semejante acusación, y lo hace saber, discrepa, le da más importancia de la que tiene, jura que sus intenciones son buenas, etcétera. Y esto, a su vez, abre la puerta a una acusación más: que el padre antepone su autoestima al bienestar del muchacho. Jaque mate. O, mejor dicho, otra jugada a su favor.

—Pensaba que no había mencionado esa parte —dije.

—No, no recuerdo que la haya mencionado.

—Entonces, ¿cómo ha podido...?

Nash, en un alarde de teatralidad, aguantó la respiración, abrió los ojos de par en par, meneó la cabeza con calma de un lado a otro y puso las palmas de las manos hacia arriba sobre su regazo. Pero entonces miró a Susan y recobró la normalidad en un santiamén.

—Bueno, me he topado con esa clase de... —aquí balbuceó un poco— gente antes.

—¿Pero por qué andarse con esas? —preguntó Susan indignada.

—No lo sé, señora Duke —dijo, tras haber retomado durante medio segundo el espectáculo de mímica—. No tengo ni la más remota idea. ¿Por qué iba alguien a comportarse de esa forma?

—Ahí tienes. —Me dijo ella a mí, para indicarme que había acertado con Collings.

—Dice usted que, tras la entrevista, la doctora Collings le permitió ver a su hijo —añadió Nash tras aguardar cortésmente un momento—. Cuénteme más.

Le conté solo una versión selectiva, porque descubrí que estaba cansado de tanto hablar. Me escuchó como antes, asintiendo cada cierto tiempo con aires reflexivos. También Susan actuó de igual manera.

—Este otro doctor con el que ha estado —dijo con firmeza—, ¿el doctor Gandhi? Era..., eh..., el doctor..., eh..., asiático, supongo.

—Sí.

Nash permaneció sentado tras la mesa sin pronunciar palabra durante un buen rato. Quizá trataba de decidirse a contarnos algo que tenía en la punta de la lengua, o a lo mejor estaba preguntándose qué echarían en la tele por la noche. Si fue lo primero, no llegó a decidirse, puesto que de repente se levantó y dijo:

—No puedo afirmar que a su hijo no le haya importunado su visita al lugar donde lo tienen internado, pero le aseguro que su inquietante conducta no obedece a ninguna razón como la que el doctor Gandhi le sugiere. Y el doctor... *Gandhi* lo sabe.

—¿Cómo? —pregunté, del todo perplejo—. Entonces, ¿por qué ha dicho que sí?

—¿Que por qué? Porque le habrá incordiado con su visita y con tanta pregunta, y porque le habrá hecho perder un tiempo que podría haber dedicado a la lectura de su tratado sexual. Es un buen método para quitarse a alguien de encima.

—Pero que un doctor actúe así, aunque sea...

Nash me interrumpió con un suspiro de lo más teatral.

—Debe saber, antes de que sea demasiado tarde, que los médicos no son mejores curando, ni en nada que tenga que ver con las curaciones, que... que un mecánico haciendo lo que quiera que sea que hagan los mecánicos.

—No, no... No sabe lo que está diciendo.

—El asunto está claro. Ahora bien, tendría que verle para afirmarlo con certeza, pero estoy seguro, hum, de que el desasosiego que padece su hijo es consecuencia de la ingesta de grandes dosis de algún tranquilizante de la misma familia. No es agradable de ver, no lo es, pero... No sufrirá daños permanentes, a la enfermera no le falta razón en esto y, por supuesto, no recordará nada cuando se recupere. Pero no se preocupe, haré que le cambien la medicación. Sí, se lo diré a la doctora Collings. En cuanto vea al muchacho, naturalmente.

—Pero entonces sabrá que he venido a contárselo, y yo pensaba que usted no podía...

—Nada puede impedirme visitar a uno de mis pacientes en el hospital, y mi intención es seguir de cerca las pruebas que le prescribí y que todavía no se han llevado a cabo, no hace falta decirlo, a menos que nadie me haya informado de los resultados. Y, como ve, puedo proponerle cosas al doctor encargado del caso. En cuanto al protocolo médico, permítame decirle, señor Duke, que soy demasiado viejo, rico y poderoso como para que alguien me amedrente, y que además estoy hasta las narices, así que de ningún modo mantendré la boca cerrada ante un despropósito como este. Puedo ir derecho a la tal Collings y decirle que la considero una deshonra para la profesión, que ya es decir, sin ni siquiera inmutarme. Que no digo que lo vaya a hacer, ojo. —Se había puesto de pie mientras hablaba y permaneció al otro lado del escritorio, apoyando los nudillos encima, como si fueran a hacerle una foto —. ¿Les apetece un jerez? ¿Señora Duke?

—¡Ah, pues sí! Muchas gracias, doctor Nash —respondió Susan, ligeramente sorprendida y además encantada.

—¿Señor Duke?

Lo que le apetecía al señor Duke a esas alturas era un buen chupito de alcohol etílico puro, pero conservaba el juicio para olerse que no lo habría y

en su lugar aceptó la copa de jerez que Nash sirvió de un decantador de cristal tallado que guardaba en una vitrina bien cara de palisandro con detalles de marquetería en la parte superior. Sacó también un tarro plateado de galletas integrales, pero eso tuvo que ser sin duda una tomadura de pelo. La consulta se me antojó entonces bastante similar al despacho de un catedrático de alguna de las facultades más petulantes de Oxford o Cambridge. Estaba repleta de libros, la mayoría en la pared de enfrente, y aunque la iluminación no era para tirar cohetes, alcancé a distinguir que no todos versaban sobre psiquiatría, a juzgar por el aspecto de la sobrecubierta. Me di cuenta de que Susan los repasaba con la mirada mientras el doctor servía el jerez.

Cuando llegó mi turno, lo que pretendía ser una consulta o algo parecido había empezado a convertirse en otra cosa. Antes de que se completara la transformación, le pregunté al doctor:

—Si a mi hijo le retiran la medicación que le están dando ahora, ¿qué ocurrirá después?

—Sí, claro... Le prescribirán un nuevo tranquilizante que no desate los efectos que vio usted, pero que funcione igual, actuando sobre el llamado sistema neurotransmisor. En muchos casos, como ya he dicho, el paciente experimenta una notable mejoría, aunque no sabemos cómo ni por qué. Pero ocurre a menudo.

Intenté asimilarlo.

—Entonces, la doctora Collings está disparando en la dirección adecuada, por así decir, pero aún no ha acertado en la diana.

—Así es, a grandes rasgos —asintió Nash, dando un trago al jerez—. Pero no hay muchas alternativas. La terapia electroconvulsiva no serviría, salvo que el paciente se encontrara en tal estado de repliegue que corriera el riesgo de morir de inanición o de sed, porque fuera incapaz de hacer el esfuerzo de comer y beber siquiera. La neurocirugía está obsoleta. La psicoterapia, es decir, hablarle al paciente y hacerle hablar, es tremendamente difícil, y existe el peligro de que ahonde en sus fantasías y acabe por normalizarlas. Y además da muchos problemas. La terapia de grupo es inútil, en mi opinión, aunque es posible que Collings sea partidaria de ella. Pero eso no tiene

demasiada importancia, porque todo lo que tiene de inútil lo tiene de inocuo. En cualquier caso, la medicación es lo más fácil y lo más efectivo. En esas estamos.

—Pero la doctora tiene unas ideas espantosas al respecto —dije.

—¿Las tiene? Es decir, a mí también me lo parecen, y quizá hasta de forma más... apasionada que a usted, señor Duke. Pero me pregunto hasta qué punto podemos afirmar que de verdad las sostiene. Es evidente que le encanta mantenerlas, pero además de agradarle, han de sustentarse en alguna idea u opinión, o al menos parecerlo. Es casi imposible que una mujer, que una tipa como esa, le diga: «Su hijo tiene esquizofrenia, tal y como afirma ese viejo y como afirmaría cualquier observador cualificado. Le inflaré a pastillas para procurar que mejore. Y eso es todo». ¿No cree que sería...? Por eso le ha contado que su hijo está intentando descubrir quién es y otras muchas cosas del mismo pelaje. —Levantó las manos.

Susan me miró risueña, como diciendo que nunca se nos había ocurrido pensarlo. O eso me figuré.

—Otra cosa —dijo Nash—: si mantiene una postura similar cuando habla con su hijo, si le repite aquello de superar las dificultades que le impone la gente, etcétera, es muy probable que acabe ganándose su confianza y que la ansiedad tienda a aminorar. Por muy inoportuna que sea en otros aspectos, está de su parte. Un método empático, como, odiosamente, lo llama el gremio.

Susan dio nuevas muestras de alivio:

—Ya veo, ya. —Yo también lo vi, y procuré sentirme aliviado, pero tan solo me embargó una ligera sensación de estafa. Deseaba, y casi lo había estado esperando, que el doctor Nash, tras escuchar mi relato con creciente espanto, descolgara el teléfono y saliera por las bravas del edificio, decidido a liberar a Steve de las zarpas de la doctora Collings y a encomendarlo al doctor Stone o a algún otro ángel misericordioso. En fin, lo mismo exageraba, pero la idea de que Collings fuera una inepta bienintencionada con ideas de bombero y el desparpajo de un prestidigitador se me atragantó. Entretanto, me dio por pensar que, pese a los doce años de matrimonio con Nowell, seguía presuponiendo que todo aquel que no miente expresamente

dice siempre la verdad.

—¿Eso es todo? —pregunté a Nash.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Este apartado ya casi está, señor Duke. De momento, tengo una pregunta más que hacerle. ¿Alguna de estas palabras describe el temperamento de su hijo? Retraído, soñador, inseguro, distante, huraño, solitario, veleidoso, susceptible, reservado.

—Inseguro —respondí—. Y con cierta tendencia a la ensoñación.

—¿Ninguna de las otras?

—No.

—¿No es reservado?

—No.

Lo consultó después con Susan, y ella coincidió en que era justo. Nada hizo pensar que Nash, que volvió a la carga con el jerez, que ella rechazó y yo acepté, se diera por enterado. Cuando terminó de servirme, el doctor se medio sentó y medio reclinó sobre la mesa. Me pareció un hombre perspicaz, adusto y artero, todo un potentado.

—El problema a la hora de perorar sobre la esquizofrenia —comenzó: estaba claro que acababa de empezar—, tras más de setenta años de estudio por parte de hombres brillantísimos (y también de un hatajo de imbéciles de primera, huelga decirlo), es que apenas sabemos nada sobre ella. Hemos averiguado cosas que nos son de poca ayuda: por ejemplo, que existen más probabilidades de desarrollarla si uno ha nacido en los primeros meses del año. Y al norte del ecuador, me refiero. Y las que nos ayudan son elementales e invitan al pesimismo en su mayoría. La esquizofrenia es una enfermedad que trastoca el cerebro. No hemos podido establecer la causa, aunque existe una extensa lista de circunstancias que no la provocan, a saber: la senilidad celular (así lo llaman, me figuro), las alergias alimentarias o cualquier clase de virus, y nada que tenga que ver con lo social. Durante algún tiempo se relacionó con la infelicidad familiar, hasta que alguien reparó en que hay cantidad de familias infelices sin ningún esquizofrénico en ellas. Nos queda la herencia genética, aunque no sabemos dónde ni cómo se produce.

»Ya le he dicho, señor Duke, que este asunto me fascina, no por ningún

motivo oculto, sino en sí mismo. La esquizofrenia no conduce a ninguna parte. Todos los que la padecen están locos, y ninguno está cuerdo. Su conducta resulta incomprensible. No revela lo más mínimo sobre el resto de sus vidas ni arroja luz sobre la condición humana. La única lección que ofrece a los cuerdos es la de su propia cordura. No entraña ninguna profundidad. Los esquizofrénicos no son inteligentes ni sabios ni ingeniosos: hacen comentarios muy extraños, y los hacen porque están locos, y nada se puede hacer para sacarlos de donde están. Cuando se ríen de aquello que el resto de los mortales no encontramos gracioso, como la muerte de un padre, no demuestran ningún discernimiento; otras veces no les divierte, siquiera irónicamente, la simplicidad y la estupidez de su psiquiatra, por justificado que esté a menudo. Se ríen porque están locos, demasiado locos para diferenciar lo que es gracioso de lo que no lo es. Es posible que la cordura no ofrezca grandes recompensas, pero saber lo que es gracioso es una de ellas. Y no hay más.

»Considero que debe estar al tanto de todo esto. Piense en la enfermedad de su hijo como si padeciera un mal físico corriente y moliente del que quizá se recupere sin merma alguna, sanado, sano; o quizá incapacitado, en mayor o menor grado, pero el proceso puede ser largo. Mientras tanto, veré lo que puedo y debo hacer.

—Gracias, doctor —dije, y me levanté. En ese mismo momento miró su reloj y después a Susan.

—Estaba pensando que si no tienen ningún plan especial para comer —dijo, y esta vez me miraba a mí— quizá les apetezca acompañarme al restaurante de la esquina, a mi restaurante local. No es el mejor, pero al menos tiene pretensiones y el mérito añadido de que a estas horas del día se puede encontrar sitio sin haber reservado. Y desde aquí se llega caminando en dos minutos. Además, ha parado de llover.

No me hizo ninguna gracia. Tenía pensado echar un par de tragos rápidos y comer un sándwich en Fleet Street antes de volver a la oficina. Aguanté la respiración para explicárselo, pero entonces miré a Susan y dije:

—Es usted muy amable. Nos encantará.

Nash estaba entusiasmado. Se levantó y ayudó a Susan a ponerse su

chubasquero, como si nadie más supiera manejar una cosa así. Ella le dio caba en su justa medida:

—Veo que es usted fan de Anthony Burgess, doctor Nash.

—Sí. Me parece un escritor de lo más interesante.

Eso fue todo. Susan dijo:

—No me había fijado en el ejemplar de *Don Juan y los lunáticos*.

—¡Ah, sí! —dijo Nash, fingiendo sin mucho ímpetu haberse olvidado de la que supuse su gran obra sobre la locura en la literatura (por fin había averiguado el título)—. Descatalogado desde hace muchos años.

—Me avergüenza reconocer que no lo he leído. Es más, creo que nunca antes lo había visto. Sospecho que no tendrá ningún ejemplar que pueda prestarme.

—Quizá tenga algún otro por ahí... Echaré un vistazo. Pero, esto... No espere demasiado, ya sabe. Temo que algunas observaciones literarias le resulten desacertadas. Cuando no exasperantes, de puro obvias.

—Lo dudo. —A Susan debió de parecerle un tremendo provocador por afirmar algo así, aunque recobró la seriedad de inmediato—. Pero, después de lo que ha contado sobre la imposibilidad de comprender a los locos ni de extraer nada en claro sobre la condición humana (que me ha parecido fascinante, por cierto), me pregunto, en fin, qué más queda, qué más pudo contar en su libro.

—Internamente, en sí misma, la locura es un desierto artístico. No puede decirse nada de interés general sobre ella. Ocurre como con el sexo. Pero, por los efectos que ejerce en el mundo exterior, puede llegar a ser muy interesante. Ese es su único uso literario válido. Y es tangencial. En el libro trato sobre el acierto, o el desacierto, la mayoría de las veces, con que los escritores han descrito la locura. Como podrían hacer un jardinero o un cocinero con sus respectivas profesiones. O un doctor en Medicina.

—¿El desacierto? ¿La mayoría de las veces? —preguntó Susan en tono amistoso.

—Sí. Los escritores quieren incluir ciertas dosis de locura en sus novelas, porque resulta extraña, aterradora y muy popular. Pero si se tomaran la molestia de hurgar en la realidad, descubrirían que es escasamente

apropiada, una materia inconveniente para sus propósitos. Así que acaban recurriendo a algún folletín escrito por un charlatán o por cualquier excéntrico que la presenta como una fantasía colorida y conveniente, y hacen que un personaje mate a su mujer porque tiene el complejo de Edipo, o que estrangule a una prostituta porque se cree un asesino en serie de la época victoriana. No niego que sea divertido, pero así es muy difícil tomarse nada en serio. Dicho de otro modo: Graham Greene no le inspiraría demasiada confianza si le contara que Haití está en el Mediterráneo. Buenos días.

Esto último se lo dijo a un camarero cuando llegamos al restaurante, que a primera vista se me antojó más bien modesto, pero probablemente a Nash se le diera mejor que a mí entrever su pretenciosidad. Tuve que reconocer su habilidad para no disimular el regocijo de ser llevado hasta su asiento habitual —en la mejor mesa del local— poco menos que de la mano del *maître* y del gerente. El doctor había logrado tranquilizarme y convencerme de su método, por lo que no me habría importado pasar más tiempo con él si hubiera insistido en visitar a un paciente angustiado en lugar de llevarnos a comer un menú formal y flirtear recatadamente con la madrastra del enfermo. Con todo, quizá mi descontento solo fuera a causa de los celos (moderados). Y ya veía un gran vaso de whisky de camino.

—¿Alguien ha sabido hacerlo? —preguntó Susan cuando ya habíamos pedido—. Describir la locura.

—Shakespeare supo. Lear, por supuesto. Arterioesclerosis cerebral, una enfermedad orgánica y senil. Es habitual en la vejez. Períodos maníacos seguidos de amnesia. Episodios racionales de puro terror por lo que el paciente haya podido hacer en plena manía, y de pavor ante la posibilidad de que vuelva a desatarse un renovado brote maníaco. «Por ahí se va la locura. He de evitarla. Ya basta.»[15] Y, quizá más sorprendente: Ofelia. Una forma peculiar de esquizofrenia aguda, plenamente arraigada: una muchacha joven de carácter tímido y sumiso, carente de madre y de hermana; el hermano del que depende está ausente, su amante parece haberse vuelto loco, tanto como para matar a su padre. Es típico de la enfermedad que, ante esas circunstancias, una muchacha se pase el día revoloteando por ahí,

profiriendo entre risitas obscenidades inofensivas cuando enloquece. De hecho, la descripción es tan buena que esta... subdivisión de la esquizofrenia es conocida como el síndrome de Ofelia, incluso entre los muchos psiquiatras que nunca han visto ni leído la obra. A Shakespeare le bastó con describirlo, ya ven. Ninguna teoría ni interpretación. Ofelia dice y hace infinidad de cosas cargadas de significado para los demás personajes y para la audiencia, pero ella no sabe lo que está diciendo o haciendo, ni quién es quién, porque está loca.

Justo en ese momento llegaron los entrantes y yo pensé que acabábamos de oír lo último sobre el asunto. Ni por asomo. No tenía grandes objeciones contra Shakespeare como autor, pero me parecía un tipo excesivamente remoto para hablar de él en medio de una comida. Además, consideré que ya había aprendido más de la cuenta sobre la esquizofrenia en un solo día. Pero en menos de un minuto y sin esperar a que nadie se lo pidiera, Nash arrancó de nuevo:

—La obra está llena de observaciones interesantes sobre la locura, entre otras cosas, sí. Polonio. Un personaje subestimado, en mi opinión. «Definir qué cosa en verdad es locura, ¿qué otra cosa sería, sino solo estar loco?» No está mal. No está nada mal. No es una definición completa, pero sí una parte esencial, si excluimos a los que solo están locos «al nor-noroeste». Más tarde, en la misma escena, quizá lo recuerde, Polonio conversa con Hamlet, la parte del pescadero, y acaba siendo el hazmerreír: la conversación prototípica entre un interrogador necio y un loco astuto, como supo ver ese... ese... tipo tan peculiar, R. D. Laing. Ya sabe, el de *El ser dividido*, etcétera.

»Pero en realidad Hamlet solo *finge* estar loco, ¿no es así? ¿Qué problema hay en aventajar a alguien si puedes hacerlo? Y Polonio se entera a medias. «Qué llenas de sentido son (a veces) sus respuestas —dice—. Un feliz hallazgo con el que la locura tropieza a menudo, que la razón y la cordura no podrían dar a la luz con tan buena fortuna.»[16] Sorprende esa manera de verlo, más propia del siglo xx. Si se hubiera parado a pensar, tal vez habría empezado a sospechar. Pero Hamlet, por lo general, se comporta con gran astucia, tal y como un lego que nunca ha visto a un loco esperaría que se

comporte un trastornado. En cambio Ofelia no enloquece hasta el cuarto acto.

Se lo estaban pasando en grande —el uno y la otra— y fueron abriéndose paso hasta las novelas góticas y después hasta Dickens, que o decidió excluir a los locos de sus narraciones conscientemente o puede que no se le diera bien describirlos, pese a su genialidad con la neurosis. Me pareció oír algo sobre la cabeza del rey Carlos.

—Alta Comisión de Penang, buenas tardes.

—Buenas tardes —dije, y acto seguido me presenté—: ¿Podría hablar con el agregado comercial?

Pasado un rato oí apagarse el timbre de un teléfono y, tras otro rato más largo, escuché una voz cavernosa.

—Sí, hola. ¿Sí?

Me presenté de nuevo, pero solo me respondió un rumor sordo que podía ser o no ser humano, seguido de más silencio.

—¿Hola?

El hombre —supuse que era un hombre— exhaló dos veces con fuerza al otro lado del teléfono.

—¿Qué... quiere usted? —No pude evitar sorprenderme ante el cariz aterrador y amenazante, además de un toque extra de desesperación, que logró infundir a estas cuatro palabras tan simples.

También a mí me embargó cierta desesperación al vérmelas y deseármelas para, entre menciones al publireportaje, el suplemento, el especial o el anuncio, explicar el propósito de mi llamada, con la esperanza de acabar tocando la tecla. Pero se me agotaron los sinónimos.

Otro rumor sordo. Y entonces:

—¿Cuándo ha hablado usted de esto antes? —Volvió a la carga en cuanto le di la fecha exacta—: No, no, se acabó, fin, cancelado, cancelado.

—¿Eso significa que su ministro de Comercio ha...?

Tono de marcado. Llamé de nuevo a la centralita de la Alta Comisión y comprobé sin mucha dificultad que, como sospechaba, no había hablado con

mi viejo amigo el señor Re Chong Cho, sino con el señor Chan Cho, su rival o sustituto. El señor Re Chong Cho ha vuelto a Penang. Aún no, dijo alguien desde alguna extensión. Está reunido con el señor Chan, pero no se encuentra disponible.

Un millón de gracias, pensé. Unas veces se gana, otras se pierde. En fin, a veces se pierde, qué duda cabe. No tenía demasiada importancia en realidad, pero no habría estado mal que me saliera algo bien, para variar. Esperaba que el señor Chan Cho me hubiera colgado el teléfono en un arrebato de miedo y no de furia.

Era muy tarde y estaba rendido. A primera hora de la mañana había vuelto al Saint Kevin's, donde encontré a Steve más estable, tal como Nash había predicho el día anterior, convencido de que metería al hospital en vereda. Bien. Pero, al mismo tiempo, Steve me pareció menos receptivo que el último jueves. No mucho menos. Estaba echado en la cama, pero no dentro, y de cuando en cuando se sentaba en un extremo mientras le hablaba. Eso era todo. Ese mismo día, apenas nueve horas más tarde, me costó recordar de qué le había estado hablando durante tanto tiempo: rememoré o divagué sobre nuestras vacaciones, los lugares en los que habíamos vivido o visitado, un poco sobre la escuela... Le hablé de muchas cosas de ese tipo, entreveradas con comentarios más intrascendentes si cabe sobre lo agradable que parecía el hospital y los grandes avances de la medicina desde la guerra. Creo que hubo tres momentos en los que me miró con normalidad y hasta puede que me reconociera, pero solo fueron tres. Cuando llegué a la habitación, y también cuando me fui, estaba en ella un hombre de canas precoces —rondaría los cuarenta— que miraba por la ventana y gruñía, gimoteaba y se estremecía como lo habría hecho el espectador de una pelea a puñetazo limpio si su amigo se estuviera llevando la peor parte.

No traté de ver a Trish Collings durante mi visita; es más, de vuelta al aparcamiento, apreté el paso y agaché la cabeza cuando pasé a la altura del pabellón Rorschach. No era necesario ningún ejercicio de introspección para descubrir que tenía miedo a encontrármela y a que me amonestara por haberme quejado de ella ante Nash, o quizá por haberme quejado tan solo. El viejo Don Barley volvía a las andadas.

Abandoné el edificio tras contemplar durante varios minutos las paredes de mi despacho. Casi todos los trabajadores sin relación directa con la publicación del periódico habían hecho ya lo propio. Muchos estaban, como era habitual a esas horas, en El Corona y el Cetro. Aparte de a mi propio equipo, no conocía, ni tan siquiera de vista, más que a un puñado de ellos, y cuando llegué no vi a ninguno que me sonara. Cargué con un whisky doble hasta un taburete colocado de tal manera que no me quedaba otra que encarar la pared o darme media vuelta cada vez que posaba y volvía a coger el vaso. Finalmente, resolví la incómoda situación apoyándomelo en el regazo.

El barullo era colosal, y no solo porque la multitud hablara rápido y a voz en grito, sino porque lo hacía con una suerte de ferocidad añadida que a menudo dudaba que pudiera darse fuera de Fleet Street. Lo aguantaría hasta apurar la copa que tenía entre manos y otra más; después me iría a casa y me sentaría frente a la tele con una botella. Susan había salido a pasar la tarde con su madre, aunque cuando llamó para darme el parte me dijo que llegaría pronto. Así las cosas, la situación se prestaba a que Lindsey hiciera una de sus apariciones imprevistas (prestarse es decir poco). La había tenido muy presente en los últimos días, pues me había conmovido sobremanera el interés —tan afectuoso— que había demostrado cuando le conté lo de Steve. Y no solo por eso... En cualquier caso, no fue ella quien hizo acto de presencia cuando pensé en marcharme, sino el director del periódico, el pequeño Harry Coote con su barba. Me miró durante un rato a su manera, sin sonreír ni levantar la mano ni nada parecido, como si hubiera descubierto en alguna parte que resulta muy gracioso suprimir los saludos de cortesía en las ocasiones en las que son habituales. Acto seguido, vino hacia mí.

—¿Tienes tiempo para un trago?

—Claro —dije—. Un whisky escocés largo con agua. Sin hielo. —En otras circunstancias precisar la cantidad habría supuesto una flagrante violación del protocolo, pero ese mismo protocolo establece una salvedad que autoriza a hacerlo si existe la duda razonable de que vayan a traerte un doble por iniciativa propia. Y en este caso la duda existía. Pero, por alguna razón, y con

mucha pompa, me trajo un whisky doble y se acomodó junto a mi taburete. Era tan bajo que su cabeza no distaba del suelo mucho más que la mía.

—¿Qué tal va todo? —preguntó. Le oí sin problema, pues la barahúnda parecía haber decaído un poco.

—Bien. —Podría haberle hablado de Chan Cho, es cierto, pero me callé.

—Me imagino que no habrás visto a Nowell últimamente.

Esto era rutinario, o lo había sido en el pasado: Harry jugando a ser él mismo. Si acababa siendo otro esta vez, si empezaba a comportarse cabalmente, a mostrarse discreto y comprensivo o cualquier otra cosa a propósito de Steve, me largaría.

—Sí —dije—, da la casualidad de que nos cruzamos la semana pasada. Tuvimos una charla agradable.

—¿Sí? ¿La semana pasada? ¡Anda! —No, no había oído nada—. Cuéntame qué tal está... ¿Cómo se conserva?

—¡Pues fenomenal! No ha cambiado nada, ya te puedes imaginar. Es una mujer increíble.

—¡Qué cosas! —dijo Harry, meneando la cabeza con los ojos vítreos de pura admiración—. Le da que pensar a uno, ¿verdad? Es toda una mujer, no sé si me explico.

—Creo que sí... —repliqué. Pensé que, si me entretenía más de la cuenta, terminaría repitiéndome que siempre le había parecido una pena que Nowell y yo no hubiéramos logrado hacer funcionar lo nuestro. Y me lo dijo, efectivamente con esas mismas palabras, y en ese mismo momento.

Después se afanó en encender uno de sus puros rugosos mientras me miraba de tapadillo a cada segundo, comportándose como si tuviera en mente algún proyecto de tremenda importancia, o una solicitud o revelación que aún no consideraba suficientemente maduras. Esto podía seguir siendo rutinario, pero era imposible pasarlo por alto. Preguntó por Susan con verdadero interés, y pareció aliviado cuando le dije que estaba muy bien, aunque dudé de que ese fuera su objetivo final. Ocurrió otro tanto cuando quiso saber —y supo— mi opinión sobre la política financiera del Gobierno. Él me dio la suya y al terminar le invité a otro trago, un previsible vodka con tónica. Pensé que corresponder a Harry con otra ronda era una experiencia

un tanto extraña.

Cuando regresé de la barra él había intensificado su mirada circunspecta, pero después la apagó y preguntó por preguntar:

—¿Vas a ir a donde los Box?

—¿Cómo? ¿A qué *boxes*?

—Julian y Paula Box. —Me pareció asombrado cuando negué con la cabeza en una demostración de ignorancia—. Habría jurado que irías. Están en una gabarra. En el río.

—¡Ah, sí!

—¿Por qué no te vienes? Es una fiesta con barra libre. Informal. Son una pareja abierta y natural. A Paula le traerá sin cuidado. —El sonido se intensificó y me perdí la siguiente parte, así que aproveché para dar otro trago—. He pensado que podríamos... He pensado que podríamos charlar un rato de camino, si te parece.

—De acuerdo —respondí, tras considerarlo—. ¿Adónde tenemos que ir?

—A por el coche. ¿Tienes? Está... —dudó—, está por Chelsea.

—¿Por Chelsea? No serán artistas esos colegas tuyos, ¿verdad? ¿Escritores, quizá?

—No, no —dijo para tranquilizarme—, se dedican a la contabilidad, a los seguros, a cosas así. No darán problemas. Te lo pasarás bien, Stanley. Ya verás.

Fuera soplaba un viento medio huracanado, pero apenas llovía y aún era de día. Todo fue bien durante un tiempo, apenas un atasco bajando hacia el terraplén del río, y ningún problema después. Avanzamos por la orilla a un ritmo tal que, de haber sido constante, habríamos llegado a Chelsea en cinco minutos, así que bajé la marcha para brindarle a Harry la oportunidad de terminar de hablar sobre la Copa del Mundo y de empezar a reclutarme para el MI6 o lo que quiera que me tuviera preparado. Concluí que tendría que darse prisa cuando alcanzamos la esquina de Tite Street sin haber zanjado la disputa arbitral.

—¿Por dónde sigo?

—Me temo que no soy el mejor guía del mundo, Stanley. Eso me pasa por no conducir. Lo mejor es que continúes hasta el puente de Putney, y ya

pensaremos qué hacer cuando lleguemos allí.

«¡Mamarracho!», pensé con hartazgo. ¿Qué había sido de la famosa falta de sutileza de Harry? Tampoco es que hicieran falta grandes artes para estafar al imbécil de siempre y ahorrarse el taxi de ida y vuelta hasta Walton-on-Thames, Reading, Oxford o dondequiera que estuviera la maldita gabarra, sin olvidar el tiempo y la dificultad necesarios para encontrar transporte en esa punta de la ciudad a la usanza habitual, y todo al precio de un whisky largo y un pedazo de la hospitalidad ajena. Pero, aun sin negar la evidencia, a mí también me apetecía ir. Hacía años que no asistía a una fiesta con la intención de pillar cacho, y también en este caso era improbable que un guateque organizado por alguien de la quinta de Harry congregara a muchas —o a alguna— chicas. Como mucho, habría mujeres mayores, y yo era el marido de una de ellas. Pero nunca se sabe.

Llegamos al puente de Putney y pensamos qué hacer, o más bien lo pensó Harry. Luego lo cruzamos, avanzamos por la A205 hasta que se convirtió en la A305 y no mucho después me hizo detenerme para pensar otra vez. Tras otro par de vueltas y un giro equivocado llegamos a una explanada en la que había varios coches y aparcamos allí.

La lluvia cesó al fin, el viento arreció un poco y el sol empezó a resplandecer cada vez más tras la inmensa mancha de nubes negras, con el desagradable efecto propio de esa hora. Echamos a andar sin ver el río, que apareció ante nuestros ojos en cuanto doblamos el primer recodo de un callejón que llevaba cuesta abajo. Lo más probable es que nadie hubiera tocado los edificios del lugar desde principios de siglo; ninguna mano humana, al menos, aunque en este tiempo se habían vuelto más sucios, limosos y húmedos, más destartalados y sin duda pestilentes. De la misma época debían de datar varios montones enormes de basura —desde papeles cuarteados del tamaño de una postal hasta lo que tal vez fueran pedazos de calderas de barco— tiznados de petróleo, alquitrán y hollín. Pensé que nos aguardaría una caminata embarrada de algo menos de un kilómetro, pero al llegar a la orilla encontramos grava y después una franja asfaltada y, al otro lado, una estructura alargada con pinta de instituto cuyo aspecto mejoraba bastante bajo la luz del sol, que le daba de lleno.

Teníamos delante cuatro gabarras en fila que parecían balancearse un poco más (y más rápido) de lo que había imaginado y deseado. La nuestra era sin duda la segunda. Harry se me adelantó por una pasarela de tablones de madera amarrados con cuerdas, que resultó no ser para tanto, pero tampoco la clase de cosa que uno no debe perderse en la vida. Cuando alcancé con éxito la cubierta llegaron hasta mí dos enormes ruidos, una mezcla de crujidos y chirridos que provenía de la estructura y, más a lo lejos, la algarabía de la fiesta (hacía dos horas que había comenzado), lo bastante estentórea para cualquiera, pero sin la ferocidad de las de Fleet Street. Seguí a Harry a través de una abertura, crucé otra plataforma estrecha y, con idéntica incomodidad, bajé por una escalera corta y muy pronunciada que iba a parar a lo que, salvo por la ausencia de ventanas, se asemejaba en gran medida a la sala de estar de una vivienda acomodada del norte de Londres. Sin duda los Box habían elegido vivir allí, y habían tenido el acierto de arrancar o enyesar todo rastro anterior a que ellos se instalaran.

Harry me presentó al matrimonio, que resultó ser como la noche y el día. Él parecía un tipo perfectamente cabal, la clase de hombre que tras la marcha del último invitado tardaría un minuto de reloj en acomodarse en el sillón, frente a la gran pantalla de televisión que tenían en una esquina; es más, a juzgar por su aspecto, pensé que era precisamente allí donde habría querido estar en aquel preciso instante. Ella, en cambio, no perdía ocasión de recordarte que era responsable de que se hubiera organizado aquella fiesta —quién lo dudaba— y de muchas más cosas, como de haber elegido vivir en la gabarra, para empezar. Sobre este asunto y sus implicaciones me dio completa y satisfactoria cuenta.

—¿Es habitual que las aguas estén tan encrespadas? —pregunté pasado un tiempo. El balanceo no había cesado desde que embarqué y, mientras hablaba, un hombre entrado en años que estaba bebiéndose una copa se tambaleó y fue a apoyarse en la mujer que tenía al lado y aterrizó en su cigarro, que le quemó una mano.

—No, no, no, no —dijo la señora Box, frunciendo el ceño y negando con la cabeza—. Son los cambios de las mareas. Este bamboleo solo se produce en estas ocasiones, o si el viento sopla en contra. Sucede muy a menudo.

—¡Ah, bueno! Si es así, tampoco es para tanto.

Ella me respondió con un grito, o más bien dejando escapar ese sonido propio de las mujeres cuando irrumpe alguien más interesante, y se alejó sin decir palabra ni mirarme. Me pregunté si sería su manera de demostrarme que le importaba un pito. También si la limpia de artistas y escritores que me había garantizado Harry la excluía a ella. Tenía cara de la típica persona que siempre se preocupa por discernir si está de acuerdo con las cosas que le cuentan, y que no escucha nunca opiniones contrarias. Este mismo rasgo lo había advertido en varias compañeras de Susan.

Mientras seguía cavilando, le cogí dos vasos —uno de whisky y otro de agua— a un camarero vestido de blanco y los mezclé para preparar una bebida muy similar a la que me habría tomado en casa. Me duró lo que tardé en recorrer la gabarra de cabo a rabo, sin sacar más provecho que el de escaquearme meando en un baño pequeño y muy agradable que encontré hacia lo que pudo haber sido el abrupto final. La mayor pega no era que las mujeres fueran mujeres, sino que parecían esposas o hijas, a excepción de alguna tía o similar. Y comprobar la ausencia de nada digno o merecedor de atención certificaba el fracaso del encuentro, ¿no es cierto? No lo es: podría tratar de inmiscuirme en alguna conversación en marcha. Sí, sobre coches, golf, publicidad, whisky o el precio de las cebollas. Ah, o sobre mujeres... ¡Dios bendito! A veces me preguntaba cómo hacía Susan para aguantarme.

Este último pensamiento me hizo salir pitando a por otro trago. Todo sería más fácil si me cruzaba con algún conocido, incluso con Harry. ¿Se había largado? No. Ahí andaba, de charla con un hombre alto y gordo que estaba de espaldas pero que me sonaba de algo. Di un rodeo hasta tenerlo de frente y descubrí que el tipo en cuestión era Bert Hutchinson. ¡Sí, Harry y él compartían bar!

—Hola, Stanley —dijo, y añadió un «¡coño!» cuando el suelo, más escorado que de costumbre, le lanzó hacia una esquina de un bandazo. Puede que contribuyera también el alcohol, pero parecía sobrio en comparación, más que la última vez que nos vimos—. La gente no va a aguantar mucho más. Si sigue así, acabaremos vomitando por todas partes. En fin, ¿cómo te va?

—No demasiado mal. —Procuraría zafarme de su compañía lo antes posible

y de la manera más airosa... En cuanto pudiera, de hecho—. No he visto a Nowell por ninguna parte.

—No está aquí —respondió de carrerilla.

—Stanley ha sido muy amable y me ha traído en su coche —dijo Harry.

Bert me miró a través de sus gafas azuladas.

—¿Qué coche tienes?

—Un Apfelsine. FK3.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? Me han dicho que son muy rápidos. Un buga rápido, como solíamos decir en mi época. Oh, Dios.

—Oye —respondí al recordarlo—, ¿tú no tenías uno de los primeros Jaguar? Creo que lo vi aparcado fuera de casa aquella vez.

—Sí. Lo tengo, es mío, lo poseo, y obtengo por ello tanta satisfacción como puedo permitirme. Y no digo más.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? ¿Que qué...? Discúlpame, Harry. Esto te va a aburrir. Tú, que no conduces... Suerte que tienes. No sabes lo que te pierdes. No como quienes en un tiempo pasado... Lo siento, será mejor que no siga.

—De verdad que no, Bert —dijo Harry. Me pareció que tenía el pelo algo alborotado—. Sigue. Le interesará a Stanley.

Bert gruñó con fuerza y luego se quedó callado durante tanto tiempo — mirándose los pies— que empecé a pensar que había olvidado lo que fuera que iba a contarnos. De aquella guisa, con la cabeza echada hacia delante, me brindó una oportunidad de oro para escudriñarle el cuero cabelludo y el estado de la franja de masa de pelo que lo recubría. Me dio la impresión de que se había vuelto —me refiero a la franja— más estrecha y rala, o menos exuberante, conforme menguaba la madeja que le crecía encima de la oreja izquierda, pero no recordaba cuándo le había visto tan de cerca por última vez. Habló al fin.

—Supongo que no debería quejarme —dijo sabiamente, como quien se mantiene al margen de refriegas—. Mi generación recibió un obsequio maravilloso. Las generaciones anteriores también lo tuvieron, pero a otro nivel, menos desarrollado. El nombre del obsequio es el automovilismo. Durante algunos años después de la Segunda Guerra, antes del

advenimiento de las autopistas y de todas... las villanías que trajeron consigo —continuó, aun a riesgo de perder la calma—, aún podías sacar a las carreteras británicas un coche en condiciones y... conducirlo. Por las carreteras que quisieras y como quisieras. Podías hacer lo que te diera la gana. Pero ya no. Ya no. ¡Tengo un Jaguar, joder, un Jaguar, y no lo conduzco! No, señores... ¡Ni muerto! ¡Se acabó! Pertenece al pasado. A la Antigüedad. Y ahora dime, Stanley, ¿soy yo, ha... o he dicho una gilipollez? ¿O qué? Juzga tú mismo.

—No, no, Bert, tienes toda la razón —dije. De verdad creía que la tenía, al menos en algunas cosas—. Es triste pero cierto. —Reconozco que podría habérmelas ingeniado para no tratarle como a un rey desterrado—. Jamás de los jamases será como antes. —Pero discrepar habría sido descortés y quizá peligroso—. Toda la razón.

Me lanzó una mirada más piadosa que regia, como si después de mi bendición estuviera listo para que lo lanzaran a los leones con la conciencia tranquila. A continuación desvió la mirada y asintió con la cabeza enfáticamente:

—¡Lo sabía! Ahí va uno ahora. Os lo he dicho, ¿o no os lo he dicho?

Me di la vuelta a tiempo para ver a un anciano con pintas de embajador tambaleándose a la carrera hacia el pasillo del cuarto de baño, con una mano en la boca. En el trayecto chocó de costado con uno o dos invitados. Esto abrió un nuevo tema de conversación.

—Supongo que ha podido ser el alcohol —dijo Harry, que llevaba dos minutos mirándonos alternativamente a Bert y a mí, sobrepasado ante tanta emoción de la que ni siquiera sospechaba. Tenía cara de creer que se había perdido algo grande en la vida.

—No. —Bert negó con la cabeza e idéntico énfasis—. Un señor de esa edad no sucumbe al alcohol así como así, de repente, como un muchacho. No. Debe de haberse mareado con tanto meneo, creedme. Mirad —dijo con cierto entusiasmo mientras otro varón similar, desvaído y con los ojos como platos, daba un traspié en el primer peldaño de la escalera—, ahí va otro. No hay lugar a dudas. No es que me crea un lince, ojo... ¡Ah, de puta madre!

Esto último se lo soltó al camarero, que acababa de acercarse.

Probablemente se tratara de un acto reflejo ante la bandeja de bebidas que este traía consigo. Aunque llevaba en ella unos cuantos vasos de whisky, no me habría atrevido a repetir mi técnica en semejantes condiciones si Bert no hubiera hecho la mezcla en la misma bandeja. Yo hice lo propio. Harry se sirvió un vino blanco con mucho cuidado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté a Bert.

—En taxi. —Apuntó a mi bebida con la cabeza—. ¿Y no te da miedo que te pillen?

—Acabarán cazándome tarde o temprano, me temo. Pero no creo que lo hagan a media tarde, a las ocho, que es cuando tengo pensado volver. Si a ti te parece bien, Harry.

—¡Genial! —dijo Harry sin ningún entusiasmo. Se había echado el vino al colete sin saborearlo y le habían empezado a sudar la frente y las ojeras—. Creo que... voy a ir a mear.

—Ve —dijo Bert, y siguió hablando antes de que fuera prudente hacerlo—. ¡Venga, vámonos!

—No puedo dejarle, Bert. Le he traído yo.

—Ya veo. ¿Y qué? Puede que estemos en el quinto coño, pero tampoco es que le vayas a dejar en mitad del Sáhara precisamente. Que camine tres minutos y pida un taxi. Hazle ese favor al pobre bastardo. Que por una vez se rasque el bolsillo...

—Pensaba que erais compañeros de bar.

—¡Coño! —protestó esta vez, pero solo porque el suelo había vuelto a hacer de las suyas—. Esto va a peor: ni que estuviéramos en el maldito golfo de Vizcaya. No voy a ser capaz de resistirlo mucho más tiempo. ¿Qué acabas de decir?

—Que me contó que a veces coincidíais en un bar de Notting Hill.

—Sí, por desgracia... Sonrío y me aguanto. No voy a permitir que ese enano cabrón me eche de mi bar. ¿O tengo que permitirlo?

—Estabais hablando cuando he llegado.

—Me estaba hablando él. Se cree mi colega. Y creo que no conozco a nadie más aquí, salvo a ti.

—¿Quién te ha invitado?

—No lo recuerdo. Harry no ha sido. ¿Qué coño es esto, un puto interrogatorio? Pareces una mujercita, de verdad que lo pareces. Verás, la cosa tiene su miga... Resulta que me encontré un mapa muy bien dibujado y con todos los detalles anotados, y supuse que me lo habían enviado ellos, los Box o como demonios se llamen, y que no recordaba quiénes eran. Después, cuando he llegado, no solo no los he reconocido, sino que ellos a mí tampoco me conocían. Me ha llevado mi tiempo salir del paso. La señora se ha puesto muy borde conmigo. He tenido que decirle que trabajo en la tele para calmarla. ¡Menuda es! ¿Qué, te basta con esto?

—De sobra... Gracias —dije—. Voy a salir a cubierta. O me da un poco el aire o me muero.

—Voy contigo. Pero antes me serviré otra.

Subí a cubierta siguiendo los pasos de una anciana que balanceaba su inmenso culo bajo una prenda gris de canalé. No estaba demasiado oscuro, puesto que cientos de luces, tanto en ambas orillas como a mi alrededor y en las demás gabarras, iluminaban la noche. Ahí fuera, sobre el agua, todo parecía en silencio, o lo habría parecido de no ser por los alaridos y las arcadas de alguien, que me llegaban desde la otra punta. Pude distinguir media docena de siluetas, reclinadas y recostadas en varios lugares. Al final logré encontrar un recodo apartado y cogí todo el aire que pude, pero solo conseguí sentirme un poco peor. De repente, noté un hormigueo en la nuca y la saliva que me llenaba la boca. Tenía tres opciones: marcharme, tumbarme o vomitar. Acabé decantándome por la primera, pero antes tendría que intentar encontrar a Harry.

Fuera de la abertura que daba a la escalera me tropecé con un hombre de unos cincuenta años. Estaba pateando los escalones de cuerda que tenía debajo y golpeando los extremos con la base de ambas manos.

—Creo que va a llover otra vez —dije al acercarme.

Miró alrededor y asintió de muy buena gana, pero seguía afanado en lo suyo y, sin querer, me impedía el paso.

—No me sorprende que no estés bien, tío —dijo con un acento del norte de Inglaterra que no trataba de disimular en absoluto. Tenía la cara ancha y rosada, las cejas rubicundas y vestía una chaqueta de felpa con bolsillos

militares y pantalones de dril—. Aquí estoy, liberando emociones —continuó. Al poco decidió que merecía alguna explicación más, porque dejó de hacer lo que estuviera haciendo y me miró, resollando un poco. Estaba más borracho de lo que había pensado en un primer momento.

»La parienta está inaguantable —dijo casi en un susurro, sonriendo y arrugando la nariz—. Ya sabes, mujeres... Cuando eso ocurre, no digo ni palabra, salgo a donde puedo y hago esto durante dos minutos, y después me vuelvo adentro más feliz que unas pascuas. Cuando me casé me di cuenta de que tenía que decidir entre ser feliz o salirme con la mía, y llevo veintidós años de felicidad. Eh, perdona, tío, no paro de hablar y te estoy cortando el paso. —Se apartó y miró el reloj—. Otros... cuarenta segundos y habré terminado.

Me había ausentado durante diez minutos, tal vez menos, pero el ambiente ahí abajo había cambiado radicalmente en este tiempo. Primero pensé que estarían todos vomitando, y entonces vi que apenas unos pocos habían devuelto o estaban en ello, aunque por supuesto estos se habían convertido en el centro de atención. Un tipo acababa... Miré hacia otro lado. Una mujer estaba... No. Nadie avanzaba hacia la escalera. Los muy imbéciles se habían quedado en el sitio esperando a que escampara, y después ya era tarde para dar un paso. Si Julian Box estaba enfadado —yo lo habría estado en su lugar—, no tuvo ocasión de demostrarlo, porque su mujer se dedicó a darle un repaso por no haberlos detenido o por no haber amarrado el barco debidamente o por algo similar.

A Harry no le vi por ninguna parte, tampoco en la sala principal. Recorrí las nauseabundas estancias de alrededor apretando los dientes y tratando de pensar en jardines de rosas. Grité su nombre frente a cada puerta, pero no obtuve respuesta. En la primera habitación vi a un hombre tumbado con la cabeza entrecana colgando de una esquina. La segunda estaba vacía. No: un par de piernas asomaban por la otra punta de la cama. Eran las de Harry. Había apretujado con tino la cabeza bajo las sábanas para vomitar en el interior. De alguna manera conseguí que se pusiera en pie y echara a andar. Procuré no mirarle la barba. Cuando estábamos cerca de la escalera, apareció Bert.

—¿Te importa llevarme en coche, Stan?

—De acuerdo. Pero échame una mano con esto.

Había un atasco en la pasarela y ni siquiera poner el pie en tierra firme hizo que se espabilara, como es habitual tras desembarcar. Lo dejamos apoyado contra el Apfelsine mientras Bert y yo meábamos en una zona apartada y luego los tres nos subimos al coche. Bert insistió en sentarse atrás (lo que requería escalar el asiento reclinado del copiloto: no era pan comido para un tipo de su envergadura, aun estando sobrio), Harry se acomodó a mi lado sin ayuda (pero a tuestas) y nos marchamos.

Bert protestaba de vez en cuando. Harry dijo un par de veces que empezaba a sentirse mejor. Yo me mantuve en silencio hasta que divisé un taxi libre parado en un semáforo a nuestra izquierda.

—Llámalo —le dije a Harry mientras detenía el coche y lo señalaba—. Bert quiere un taxi. ¡Corre!

Lo alcanzó por los pelos, pero lo alcanzó, y regresó con una sonrisa bobalicona.

—Sin problema.

—Me temo que aquí sí los hay, Harry —dije—. Se ha desmayado. No puedo cargar con él. Ni por asomo. Venga, coge tú el taxi, ve. Yo atenderé a Bert, no te preocupes.

—Pero no te costará...

—No, así está bien. Yo me ocupo de él. Vete ya, que de esto me encargo yo.

No pudo hacer nada, menos aún después de que subiera la ventanilla. Las ruedas empezaron a moverse.

—Se ha subido —dijo la voz de Bert tras de mí—. No le quedaba otra. Tendrá que apoquinar cinco libras desde aquí. Brillante, Stan. Un golpe de clase.

—Ha sido idea tuya.

—Me refiero a la ejecución. ¡Ha sido fantástica! ¡Has estado majestuoso, coño! Cualquier cosa por un amigo. —Después de acomodarse en el asiento del copiloto señaló el cuadro de mandos y dijo—: Ahora no. Las carreras las dejamos para otra ocasión, ¿de acuerdo? Oye, ¿no te habrás creído que el cabrón estaba mareado por el bamboleo? En realidad es posible, pero

también es cierto que ha bebido como un cosaco.

—¿Que ha hecho qué? ¿En un minuto? No hemos estado allí más de...

—Esa es la clave. Si bebes a ese ritmo, se te sube enseguida a la cabeza. Cuando he empezado a hablar con él, no mucho antes de que llegaras, estaba venga a coger copas de una bandeja llena de *gin-tonics*. Se estaba bebiendo el último justo cuando has aparecido tú. Y a ese ritmo estoy seguro de que ha habido más bandejas antes. Era gratis, y en su caso eso es como enseñarle una prenda roja a un toro. Algo así. En el bar solemos preguntarle cuándo le toca a él pagar la ronda. Es una broma, pero a nosotros ya no nos hace gracia, y a él tampoco. ¿Cómo le aguantas?

—La verdad es que no hay mucho que aguantar —dije—. Y es un buen director. Sabe ganarse a los lectores.

—¡Mierda! —dijo Bert con desagrado, luego cerró el pico un rato y a continuación soltó—: ¡Las ocho y cinco! ¿Tienes planes para cenar?

—No.

—A veces voy a un local en el Soho. Un italiano sin pretensiones. ¿Cómo lo ves?

—Bien. ¿Pero no estás mamado, Bert?

—No para lo que acostumbro, buen hombre. Y, además, allí ya me conocen.

A juzgar por la recepción que le ofrecieron, semejante a la del Nash en su restaurante, si bien este otro estaba uno o dos peldaños por debajo en la escala social, me había dicho la verdad. También fue similar el regocijo de Bert. Borracho o no, supo que me había dado cuenta.

—Son muy majos, ¿eh? Vengo aquí a menudo. Es más, soy bastante famoso en este sitio. No lo soy en ningún otro lugar, pero sí en este. —Vacío la copa de vino de un trago y se sirvió otra—. Gracias a la gente con la que suelo andar. Hago muchos anuncios de televisión. Es un trabajo más interesante de lo que crees. Y además lo pagan razonablemente bien.

—Ya veo —dije. Esto explicaba unas cuantas cosas, incluida la vitola general de prosperidad y triunfo. Me percaté de que, en realidad, apenas sabía nada de él, salvo que solía emborracharse y que tenía un Jaguar de coleccionista.

—Puede que incluso hayas llegado a ver el más raro de todos. Esto... El de

cervezas Prosit.

—¿Cuál, el de los dos tíos que van en helicóptero? ¡Maravilloso! ¿Es cosa tuya?

Miró con modestia su *minestrone*, con la que estaba lidiando mejor de lo que me había imaginado.

—Sí, fui yo. Es uno de mis anuncios. Los hago yo. Soy bastante conocido en los mentideros, en el negocio, pero el gran público nunca llega a saber de ti. A mí no me importa. Como he dicho, se gana uno bien la vida, pero... Y claro... Si... —Metió la cuchara en la sopa—. Stanley, tengo que hablarte de ella. Dime que puedo. Dime que no te importa. Por favor...

—Llevo viéndolas venir desde hace horas, compañero. Adelante, disfruta.

—Tú eres el único hombre sobre la faz de la tierra que puede comprenderme.

—Yo no estaría tan seguro, pero sé lo que quieres decir. Y no es poco.

—Desde luego, no es poco. ¿Dónde me había quedado?

—Espera un minuto. ¡Ah, sí...! Que te da igual no ser famoso en todas partes. Me supongo que a ella sí le importa.

—Sí, por supuesto que le importa. Ella tampoco querría que fuera *demasiado* famoso, pero sí al menos para sacar alguna ventaja de ello, la que ella cree que sacaría si la gente me conociera... Yo no puedo demostrarle que no sería así, como no lo sería nada de todo lo que ella afirma. Piensa que si fuera un director de cine famoso conocería a muchos otros directores que le darían algún papel en sus películas, y que eso le compensaría estar casada con un mindundi como yo. Una vez le dije que a lo mejor se los darían si no la conocieran en persona.

—¿Le dijiste eso? ¿En alto? ¿A ella?

—Se lo dije a ella. Estaría enfadado por algo. Después no tuve ocasión de decirle nada más durante dos semanas, pero acabó volviendo. En parte porque es bastante manirrota y cuando se le acabó el dinero no le quedó otra. ¡Pero, coño, tú ya lo sabes! No tuvo buen ojo para su carrera, ¿verdad? Pero ella creyó que ganaría una fortuna.

—¿Acaso me estás diciendo que se casó contigo para conseguir papeles?

—¡Exacto! Del mismo modo que se casó contigo porque ganabas mucho

dinero para la edad que tenías. Perdona, Stanley... Qué crudo suena, ¿verdad? Me imagino que lo sería si no creyera que en el fondo no lo tiene todo planeado, ni siquiera sabe lo que se hace. Podrías echarle la droga de la verdad, sí, hombre, la puta escopolamina de marras, podrías atiborrarla a escopolamina y seguiría negándolo todo. Lo que sí sabe, aunque no sea consciente de ello, es que no es muy buena actriz ni demasiado guapa, y que cumplirá cuarenta y seis años a finales de año. ¿Adónde va a ir? Es demasiado neurótica para largarse a vivir por su cuenta. No, me va a tocar aguantarla. ¡Por Dios, de menuda te has librado, Stanley!

—¿Y por qué no te largas tú?

—¿Es una broma? ¿Largarme? No lo soportaría. No otra vez ni llegados a este punto. Ya lo hice antes. Quizá no te lo haya contado nadie, pero pasé por un divorcio y aquello casi me mata. Además, pronto cumpliré cincuenta y tres. Y hay un inconveniente adicional a lo que podríamos llamar la opción cero, que ahora que lo pienso es un nombre magnífico. —Se rio y después suspiró—. ¿Qué? Un inconveniente, hay un inconveniente... Y no me importa decirte cuál es. No es muy divertido... vivir con alguien... que no te cae bien.

Frente a unos *scaloppine* de ternera bastante buenos e interrumpiéndose a sí mismo para dar tragos al Valpolicella, Bert me explicó por qué su mujer no le caía demasiado bien. Todas sus razones, o casi todas, me resultaron familiares. Y no por ello menos interesantes: al contrario, fue maravilloso reconocer en sus palabras aquellas ofensas, de todos los tamaños y ya casi olvidadas, contra el sentido común, las buenas formas, el juego limpio, la verdad, etcétera. Solo cambiaban el nombre y las circunstancias.

Pero había aparecido un nuevo y breve apartado. Bert describió, con toda credibilidad, el odio de Nowell cuando estabas junto a ella mientras se dedicaba a alguna tarea menor como unir dos cosas con alfileres o recortar un sello de la lámina para pegarlo en el sobre. Ella cree que la miras —me contaba—, esperando, al acecho de un error o de que descubrieras lo lenta que era. No hace falta que te diga que jamás nadie ha hecho nada parecido. Puede que no hubieras llegado a fijarte en lo que estaba haciendo, pero según ella la estás mirando y esperando, y no tienes manera de demostrar lo

contrario. Sentí una punzada de ridículo al pensar que nunca había reparado en este rasgo suyo, ni como un rasgo más —absurdo y espantoso— ni como un rasgo siquiera. Yo que creía que la conocía mejor de lo que jamás la conocería nadie...

Cuando Bert pidió el café, el aguardiente y los puros, me quedó claro (hasta donde podía quedármelo entonces) que era uno de esos tipos capaces de continuar cuando casi todos los demás se han quedado en el camino; en otras palabras, era perfectamente capaz de estar borracho y seguir bebiendo aún más, tal vez mucho más, sin venirse abajo de buenas a primeras. Y todo eso sin perder el hilo de la conversación. En el curso de la conversación, a lo máximo a lo que llegó fue a repetir (aunque fuera parcialmente) un par de anécdotas, y aun así relataba mejor que mucha gente sobria. Antes de aquello pensé que su discurso fúnebre sobre el automovilismo solo lo habría podido pronunciar alguien a quien no le quedaba más de media hora para caerse redondo. No era el caso, obviamente. Cuando llegó el aguardiente, Bert recuperó a medias y durante un instante su estilo previo, sosteniendo el vaso y observándolo como un actor:

—El gran refugio —dijo, como si acabara de ocurrírsele a él solo—. El gran consuelo. El gran protector.

—Me apunto al brindis.

Me miró con mala cara.

—Esto te protege como seguramente nunca te hayas parado a pensar, campeón, sin contar la protección más evidente. Verás... Nowell se piensa que siempre estoy mamado. Es posible que tú también lo pienses, ¿por qué no ibas a pensarlo? Pero no lo estoy. ¡Claro que no! Ningún borracho podría hacer mi trabajo. A veces lo estoy, faltaría más, como ahora, como esta noche, en parte (aunque no solo) por una pequeña discusión sobre un sillón tallado en madera de nogal, de comienzos de la época georgiana, creo. De ahí mi presencia en la puta gabarra. Pero lo más común, lo más habitual, lo más normal es que no lo esté.

—Llevabas un buen pedal la tarde que fui a tu casa, ¿te acuerdas?

—¡Coño, qué buena! —repuso, riéndose—. Me lo tomaré como un homenaje. Por cierto, siento haberte insultado por teléfono y todo lo demás.

Ante Nowell no me queda otra que mantener que eres un mierda, ya lo viste. No hay nada seguro con ella, eso también lo sabrás, pero pensé que sería la postura menos peligrosa.

—¿Me estás diciendo que no estabas borracho aquel día?

—¿Cómo? Ah, no, no... Un par de cervezas a la hora de comer. Estaba sobreactuando.

—Estabas metido de lleno en el papel cuando llegué, y ella ni siquiera estaba a la vista.

—Claro, esa es la regla. La regla es (tengo que tener una regla) que siempre estoy borracho en casa, y si no es verdad, finjo estarlo. De lo contrario es todo muy confuso, y demasiado peligroso. Trabajo en una oficina aquí enfrente, aunque ella piensa que me paso el día de bar en bar, poniéndome ciego. No sé de dónde cree que saco el dinero. Pero eso le da igual. Mientras siga llevándolo a casa...

—¿Qué sentido tiene?

—¿Fingir que estoy bebido? Te lo explicaré —dijo con voz mucho más queda—: cuando eres joven, estás dispuesto a follarte cualquier cosa con dos piernas. Eso es suficiente casi por sí solo. Pero conforme pasa el tiempo, te vuelves más pejugero. Ya sabes: si te hablan de Harold Pinter en plena faena, si desperdician la comida e insultan a los camareros, o si descubres que trabajaron para la Gestapo, el KGB o una de esas, se te quitan un poco las ganas. Y cuando has cumplido cincuenta años, Stan, te vuelves más exigente aún. Esperas de ellas que al menos a ratos sean agradables, ¿verdad? Que te escuchen de vez en cuando, ¿no? Que sean buena compañía, ¿eh? Cosas así, nada razonables.

La última parte no la dijo en voz tan baja, y además empezó a arrastrar las palabras. Luego bajó el tono, pero siguió hablando entre dientes:

—Porque si te caen mal, pasas de tirártelas. ¿Y a quién le va a caer bien Nowell después de conocerla, después de verla en acción? El lechero la idolatra, pero es nuevo y todavía no ha tenido que entregarle la maldita leche merengada. El contable... En fin, no es nuevo, me figuro, solo imbécil. Nowell es... Está loca de atar, como una puta regadera; eso es todo. Deberían encerrarla. Por su propia seguridad.

»Y en esas estamos. Si no quieres follarte a tu mujer, te queda la opción de decirle que es una criatura infecta, aunque yo no me atrevería a hacerlo por miedo a encontrarme con un cuchillo en las tripas. En serio. Es capaz de justificar cualquier cosa que haga. Una provocación insostenible. ¿Que cómo lo sé? Abre los ojos, no podría soportarlo. ¿O sí?

Le observé mientras trataba de expresar lo siguiente que tenía que decir — el remate final y decisivo—, dispuesto a ayudarlo si lo necesitaba, pero pudo hacerlo solo.

—También... —dijo triunfante—. También te queda la opción de pasarte el día borracho y evitar el tema, ja, ja, ja. Una convención inveterada. Y muy cierta, supongo. La variación de Hutchinson: emborráchate de vez en cuando y finge que lo estás el resto del tiempo. A estas alturas, no se me debe de dar demasiado mal, porque ella nunca ha sabido ver la diferencia. Que yo recuerde, claro.

—Me imagino que, al menos al principio, cuando empezasteis, las cosas no os irían tan mal —dije.

—Durante un par de años después de casarnos. Hasta que se dio por enterada de que no me gustan las fiestas del mundillo de la televisión y el cine. Al principio no se lo creía.

—¿Fue entonces cuando dejaste de ponerte camisas de ante?

—¿Cómo? Lo siento, Stanley, no te entiendo.

—Déjalo.

—He oído algo sobre lo de tu hijo. Te ofrecería ayuda, pero... Pero no. — Suspiró de nuevo, un suspiro que se transmutó en hipo, un único e inmenso espasmo—. Si vas a llevarme en coche a casa, Stan, y francamente creo que no te queda otra, más vale que lo hagas antes de que acabe perdiendo el conocimiento.

Lo intenté, pero ocurrió muy rápido. Y además pesaba demasiado. Me lo tenía merecido —y quizá Bert también— por el ardid que habíamos tramado contra Harry. Tiré de su brazo un rato, luego claudiqué y fui a llamar al timbre de la puerta delantera, que sonó tan hueco como la vez anterior. Nowell salió enseguida. Llevaba un vestido que parecía hecho a base de galletas dietéticas de una conocida marca. Caí en la cuenta de que también

yo estaba borracho perdido y bastante incapacitado para conducir un vehículo bajo ninguna circunstancia, salvo en caso de necesidad.

—¡Stanley! —dijo entre sonrisas de bienvenida—. Me alegro de verte. Pasa y tómate algo. Bert se ha ido a...

—Le tengo en el coche —dije.

Antes de que pudiera pensar en la forma más benévola de describir la situación, se dio media vuelta y regresó al pasillo. Lo había entendido a la primera y no dejó traslucir ningún signo de sorpresa o simple curiosidad por cómo había ido a parar su marido ahí fuera, y además en compañía de un mierda. Al cabo de medio minuto más o menos, reapareció con un puñado de cojines en un brazo y un rollo de material grueso bajo el otro. Me pareció —sin asomo de duda— más baja que otras veces, y cuando la tuve enfrente, en el escalón de la puerta, vi que llevaba zapatillas de andar por casa, unas verdes con el empeine doblado. Su comportamiento tenía un toque de firmeza profesional. La seguí hasta la calle, a pesar de que la cabeza no me regía muy bien. El viento aún soplaba sin fundamento a lo lejos.

—¿Dónde tienes el coche?

—Ahí.

Había aparcado a unos diez metros, cerca de la acera. Nowell abrió la puerta de par en par, miró a Bert un segundo, le quitó las gafas y me las entregó, lanzó los cojines al suelo (estaba húmedo pero no mojado), desplegó el rollo (un retal de moqueta, por lo que vi) y lo extendió junto al resto. Acto seguido, dio un rodeo al coche, apoyó el hombro en el marco de la otra puerta y empujó a Bert con su pie calzado hasta que este se cayó del asiento y del vehículo. Entonces lo llevó rodando hasta la moqueta y lo arrastró por la acera hacia la cancela delantera (facilitó el desempeño una suerte de asa de maleta recortada en un extremo del retal). Cerré el Apfelsine con llave y recogí los cojines. Me quitó uno en el recibidor, se lo puso a Bert bajo la cabeza y le dio media vuelta. Luego extendió una mano para reclamarme las gafas y las dejó sobre un arcón de nogal, junto a un par de prendas de exterior (guantes, un chubasquero). Finalmente cogió una manta de la última balda del armario ropero y se la tiró encima. La operación no duró, en conjunto, más de dos minutos.

—Debes de quererle mucho —dije.

—¡Vete a la mierda! —Nowell me miró—. ¿Sabes? No creo que te convenga tomarte nada, después de todo. —Miró al suelo hacia Bert y después me miró a mí—. Dicen que, por muchas veces que te cases, siempre acabas juntándote con el mismo tipo. Ten cuidado, Stan.

Conduje hasta casa como lo habría hecho un conductor excelente que hubiera bebido dos copitas de vino para cenar, evitando riesgos de más pero sin bajar en exceso la marcha. Era un tipo con suerte. En fin, aún no eran las diez y media. Tendría que reflexionar sobre más de un asunto, pero ya lo haría por la mañana. Uno de ellos, quizá el más acuciante, era descubrir si Bert recibía también ese trato de cojín y moqueta cuando fingía estar borracho. El otro tenía que ver con lo que me había dicho Nowell. ¿Se referiría únicamente al alcohol?

[13]. Re Chong Cho y Chan Cho son *Mr. One Three Five* y *Mr. Two Four Six* en la versión original. Se ha buscado en los hipocorísticos una sonoridad aproximada que también se preste a la guasa y el absurdo.

[14]. Es célebre, y no siempre por su calidad, la sidra del suroeste de Inglaterra, de donde Stanley piensa que proviene Trish Collings.

[15]. Cita de *El rey Lear*, de William Shakespeare. *Tragedias* (versión de Vicente Molina Foix), Barcelona, Penguin, 2016.

[16]. Citas de *Hamlet*, de William Shakespeare. *Tragedias* (versión de Tomás Segovia), Barcelona, Penguin, 2016.

RECAÍDA

Steve había empeorado la siguiente vez que le vi. Hablaba, pero no conmigo ni con nadie que estuviera presente. Fui incapaz de entender la mitad de lo que dijo, y el resto era un sinsentido. Tenía la boca sequísima, por la medicación seguramente, y un emplasto de mugre o de cualquier otra cosa que parecía saliva medio reseca entre los dientes. Por descartado, no sabía dónde estaba ni qué ocurría, y a juzgar por cómo movía los ojos —las pupilas dilatadas—, pensé que veía cosas que no estaban allí. Aun así, parecía tranquilo.

Las alucinaciones, si es que lo fueron, habían desaparecido las otras dos veces que fui a verle, pero seguía sin enterarse de nada (o de casi nada). Eso pensé, en todo caso, y Susan estuvo de acuerdo conmigo cuando me acompañó. Por eso nos sorprendió que Trish Collings llamara esa misma noche para decir que había ordenado trasladar a Steve al hospital de día de Saint Kevin's, lo que significaba que pasaría las noches en casa, y preguntar si por favor podría pasar a recogerlo a las cinco y media de la tarde del día siguiente. Su estado había mejorado significativamente, dijo.

Reprimí cualquier deseo de celebrarlo, puesto que ya no sabía qué pensar de Collings.

—¿En una mañana? —pregunté.

—La mejora se ha hecho patente esta misma mañana, pero llevaba un tiempo ya tomando cuerpo. —Como antes, su voz sonó por teléfono con un acento extra de algún lugar al oeste de Winchester, un deje rebosante de

críquet y té con leche—. No obstante, muy pronto podrás juzgarlo por ti mismo.

En cuanto entré en aquel espanto de consulta, Collings me explicó que yo mismo tendría que encargarme de los traslados de Steve al hospital y de vuelta a casa. La interrumpí.

—¿No vamos a esperar a la señora Hutchinson?

—No le he pedido que venga. Esto es entre tú y yo, Stanley.

—Vaya, pues parece que para sacar las cosas adelante, no soy tan desastre.

—¿Quieres hacer el favor de contener esa agresividad contra tu exmujer, al menos mientras estés aquí?

Se expresó con furia. Me disculpé, y acto seguido me advirtió que no debía dar por hecho que Steve se hubiera curado del todo y para siempre. Dejó muy claro que ella no hacía magia. Después me habló sobre lo pernicioso que sería que yo o cualquier otra persona, pero fundamentalmente yo, le guardara rencor por las molestias o los inconvenientes que pudiera haber ocasionado sin querer. También me avisó de que tal vez mostraría con cierta frecuencia comportamientos que, por decirlo de un modo sutil, fueran inusuales, como hacer trizas la vajilla o quedarse pensando en las musarañas durante horas, y me recomendó no considerarlos violentos e inusitados, ni un síntoma de ensimismamiento. Si alguien —yo, por ejemplo— le hacía creer que lo eran, podría alienarse aún más.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctora?

Esto la hizo estallar en una carcajada de alegría.

—¡Caramba, qué formales estamos hoy! —dijo cuando fue capaz de hablar.

—Eso parece. De todos modos, no sé, si ha evolucionado tan bien en el hospital y es posible que se den situaciones difíciles en casa, ¿no sería más lógico que siguiera ingresado?

Ella torció la boca hacia un lado.

—Es una mala pregunta si significa que estás pensando en los trastornos que pueda ocasionar en tu rutina y en la de tu mujer.

—Claro que estoy pensando en eso —dije, agradecido, en vista de cómo me sentía entonces, sentado allí dentro—. Es natural. Pero, a la vez, también pienso en mi hijo. Así piensan los padres en sus hijos, a menudo.

—Te lo reconozco —dijo, con un talante de lo más sospechoso—. Quizá ahora tengas una opinión equilibrada sobre la situación. Sí, en determinadas circunstancias, la hospitalización prolongada puede ser la respuesta, pero en este caso hemos de pensar en el largo plazo. Nuestro propósito, el de todos, estarás de acuerdo, es que Steve sea capaz de cuidarse por sí solo, y el primer paso para conseguirlo es permitir que deje atrás el ambiente artificial del hospital y que se integre en su comunidad, hasta donde sea posible por ahora, y que pase las tardes y las noches con su familia. Creo que ya está listo para eso.

—Comprendo. ¿Irá mejorando progresivamente?

—Espero que sí. Pero, en estos casos, siempre cabe la posibilidad de una recaída. Por eso insisto tanto en la importancia de manejar la situación con responsabilidad.

—Comprendo —dije de nuevo—. Otra cosa más, si me lo permite... Tengo a mi mujer en casa y, para serle sincero, no soy ningún experto en el combate cuerpo a cuerpo. ¿Cuántas posibilidades hay de que se ponga violento?

—Lo repetiré de nuevo: no podemos descartar esa clase de reacciones, aunque la violencia deliberada, la que persigue un fin concreto, es más habitual en los trastornos psicopáticos. Pero sí podría resultaros amenazante o incluso alarmaros sin llegar a obrar con violencia.

—Bueno, algo es algo, supongo.

Me contó un poco más sobre lo que cabría esperar —nada marcadamente reconfortante—, y al terminar dijo en el tono delicado al que nos tenía acostumbrados:

—Espero que estés deseando recibirlo en casa.

«¡Dios mío!», pensé para mis adentros, si alguien tenía toda la pinta de estar como una regadera era ella, dijeran lo que dijeran Nash y su camarilla. Estaba sentada y encorvada sobre la mesa, agarrando un cigarrillo con la mano derecha y abriendo y cerrando la otra mientras me sonreía vacilante por la comisura izquierda de la boca, y pestañeando con el ojo de ese mismo lado. Le tembló la cabeza un par de veces. Parecía sacada de alguna película mexicana con premio, rodada a propósito en blanco y negro y titulada *Las...* algo. Si se molestó en fijarse, seguramente leyó en mi rostro una expresión

de vergüenza paternal. Pero pasado un minuto se levantó, asintió sin dejar de mirarme y salió de la consulta montando un montón de jaleo. Cuando volvió trajo a Steve con ella.

—¡Hola, papá! —dijo él al tiempo que me estrechaba la mano. Me miraba a los ojos, sonriente—. ¿Cómo estás?

—Hola, hijo, estoy bien.

—¿Todo va bien?

—Sí, claro que sí.

Estaba casi seguro de que más pronto que tarde volvería a ser el que había visto la vez anterior y no el de toda la vida. Él, el Steve normal, jamás me habría dado un apretón de manos como aquel sin una señal privada de que era broma, una actuación, y no lo que habría pensado cualquier idiota que estuviera presente. Aunque me miraba a los ojos, si no hubiera sido porque me había llamado papá, habría jurado que me miraba sin reconocerme, sin ninguna traza de ese humor que me prodigaba siempre que nos reencontrábamos o cuando reparábamos el uno en el otro durante un segundo. Me pregunté si habría sido capaz de reconocerle en otro contexto, y pensé que, de algún modo, le habían variado las proporciones faciales, tal vez solo un poco pero de forma inequívoca.

—¿No es maravilloso verle tan bien, Stanley? —preguntó Collings.

—Sí, sin duda lo es. En fin, Trish, si no hay nada más, quizá deberíamos ir yéndonos.

—No, no, podéis marcharos —dijo, reprimiendo otra risotada de alegría, según me pareció a mí—. Os acompañaré hasta la entrada.

Se me hizo larga la caminata hasta el vestíbulo del pabellón Rorschach. Los tapetes del suelo —en mi última visita pensé que serían provisionales— seguían ahí, solo que más arrugados y manchados que antes. Ardía en deseos de quitarme de encima a Collings y a la vez tenía pavor a quedarme a solas con Steve. Su despedida cuando llegó la hora excedió lo bochornoso, con una pizca tremebunda de picardía por lo que tenía de hasta luego más que de adiós.

El coche estaba aparcado bajo la tenue luz del sol.

—¿Qué tal te han tratado? —pregunté, y como no me respondió—: ¿Han

sido buenos contigo?

—Sí.

—¿Qué tal estaba la comida? ¿Bien? ¿Estaba bien?

—Sí.

Habló con tanta desgana que de pronto me asaltó una sospecha pavorosa: no me había reconocido, seguía sin tener la menor idea de lo que ocurría y le habían metido en la cabeza la cantinela de que debía llamar papá al hombre que vendría a buscarlo e irse con él a dondequiera que se lo llevara. No, no podía ser, era absurdo... Tan solo estaba nervioso, confundido, asustado, temeroso de confiarse y de hablar más de la cuenta. Volvería a charlar con normalidad en cuanto se serenara y se sintiera seguro.

Durante los dos primeros días no dio ninguna muestra de que eso fuera a suceder. Cuando llegamos le dijo «hola» a Susan con simpatía y le estrechó la mano —escena rara donde las haya—, pero después solo habló sin que nosotros le habláramos antes para pedir el bote del café, otra manta, una cerilla para los cigarros o para preguntar la hora. Comía poco, no leía nada, veía la televisión, se daba unas duchas larguísimas, se dejaba la tele encendida, la ducha encendida, las luces encendidas. No vi nada anómalo en ello, nada fuera de lo común, y así y todo era diferente. Lo más peculiar tenía lugar a primera hora de la mañana, y es que no me costaba despertarlo, al contrario: lo encontraba vestido de pies a cabeza sentado en una esquina de la cama o en el ancho alféizar del ventanal del descansillo, con aspecto aturdido. Pero siempre parecía tranquilo.

—Voy a salir a comprar Marlboros —me dijo con plena normalidad hacia la tercera tarde, poco después de llegar. Susan también estaba.

Era la primera trivialidad que decía en mucho tiempo. Y yo, en parte porque estaba hasta las narices (no demasiado) de darle fuego cada diez minutos y en parte para azuzar alguna reacción, le dije sin llegar a cabrearme:

—Aprovecha el viaje y compra una cajetilla de cerillas.

Acerté con la reacción, y también advertí que Steve empezaba a comprender el estado de las cosas. Me miró fijamente, con una hostilidad asombrosa, enseñó los dientes como nunca antes le había visto hacer y me

respondió con la voz ahogada o entrecortada:

—¡Ni se te ocurra volver a hablarme así, malnacido! ¿Quién coño te crees que eres para darme órdenes?

Aunque supe desde el principio que caería en saco roto, repuse:

—No te he dado ninguna orden. Era solo una sugerencia...

—¡Los cojones! Has intentado que caiga en tu pequeño estado policial de mierda, ¿no? Eres un dictadorzuelo de tercera. No piensas en nadie más que en ti mismo, y a los demás que nos den por ahí.

—Eso no es verdad. —Susan parecía muy enfadada—. Tu padre se desvive por ti. Mira cómo...

Arremetió contra ella con tanta furia que me levanté:

—¡No te metas en esto, puta zorra! —le espetó con una sinceridad sobrecogedora—. Bastante has hecho apartando a mi madre, y ahora no me dejas acercarme a ella, pedazo de...

—No está en casa —vociferé—. No he podido localizarla. Está fuera. —La había llamado varias veces, aunque solo en una ocasión obtuve respuesta: una voz amable y extranjera me dijo que la señora Hutchinson se había ido a Londres. Era la primera vez que Steve la mencionaba desde la tarde en que fui a recogerlo. Pero de nada serviría adentrarse en esos derroteros.

Con un bramido de odio y desprecio dio un paso hacia mí y blandió un puño en el aire, pero a continuación volvió atrás y salió corriendo. Susan y yo nos quedamos de pie, inmóviles hasta que la puerta delantera se cerró de un portazo. Acto seguido, nos abrazamos.

—Él no es así —reaccioné, tratando de recordar aquello que dijo Collings sobre ayudarlo a relacionarse con su propia ira. ¿Era eso lo que había conseguido?

—No, claro que no es él... Parece hecho un lío. ¡Pobrecito! Seguramente esté para el arrastre con tanta medicación y tanta cosa, y cuando uno se siente así, arremete contra el primero que pasa. Venga, cariño, vamos a tomar algo.

Al cabo de diez minutos oímos un nuevo portazo y, un rato después, atronó una música proletaria en el televisor. Cuando fui a echar un ojo, antes de acostarme, encontré un semicírculo de cerillas usadas alrededor de la silla

de Steve. Un fósforo había quemado un poco la moqueta. El detalle no me pareció excesivamente alentador.

Mi suegra vino a comer al día siguiente acompañada de Alethea, la hermana mayor de Susan (le sacaba unos cinco años). Alethea había estado casada con un doctor, un neumólogo de un hospital universitario de Londres que se había fugado con una de las señoras de la limpieza. A mí seguía haciéndome raro, aunque no tanto como antes de conocerla. Peinaba canas prematuras, llevaba melena y, con su figura más bien alta y encorvada, tenía un aire de cura de pueblo, como los que salían en los ejemplares viejos de *Punch*, aunque ataviada de otra manera. Cuando aparecí, un poco más tarde de lo habitual (adrede), me saludó efusivamente e insistió mucho en darme dos besos, al modo continental.

—¡Stanley, querido, qué maravilla verte! Hacía siglos...

—¡Qué alegría, Alethea! —dije, consiguiendo con grandes esfuerzos no mondarme de risa en sus narices. Aunque nos habíamos visto al menos una docena de veces a lo largo de los años, nunca había terminado de acostumbrarme a esa manera suya de hablar, a aquel acento exagerado hasta el ridículo que se me antojaba propio de quien se empeña en que odies y menosprecies a las clases altas. Creo que a mi suegra le sobresaltó la presteza con que fui a abrazarla. Susan estaba fuera de la sala en aquel instante.

—¿Y cómo van las cosas por Fleet Street? —preguntó Alethea—. ¿Has conseguido alguna gran primicia últimamente?

—No, yo trabajo en eso —dije—, pero en estos tiempos nadie consigue grandes primicias, porque...

—Van a derribar los fabulosos adosados de Guillermo IV, justo a la vuelta de mi esquina —me contó Alethea—. ¿Recuerdas? En la parte norte de la plaza.

Yo no tuve nada que objetar al respecto.

—No, querida, ¡cómo van a hacer eso! —dijo mi suegra, mirándome de reojo para cerciorarse de que yo no estaba sonriendo de satisfacción ante la

noticia—. ¿No será donde vivían los Sickert?

—Me temo que sí van a hacerlo, querida. Tengo varios amigos que viven por la zona, como bien sabes, y sé por personas bien informadas que van a tirarlo todo para levantar un bloque de pisos y un supermercado. No hay ninguna posibilidad de pararlo.

—Esa gente está dispuesta a lo que sea —dijo mi suegra.

—Es terrible —dije—. ¡Terrible!

—Claro que vosotros vivís divinamente aquí, ¿verdad, Stanley? —dijo mi cuñada—. A todos estos socialistas ricos

y a sus mansiones georgianas nadie se atreverá a meterles mano... ¡Oh, no, querido, no me hagas reír!

Buen consejo —esto último—, pensé cuando me acordé de su risa.

—Sí, han sido bastante razonables, a decir verdad —repuse—. En Flask Walk hay un lugar llamado...

—Van a paralizar el acuerdo sobre los pases de temporada para los conciertos de los Amigos del Barroco —nos dijo Alethea a la vieja y a mí, más o menos a la vez—. Creo que existe alguna razón que yo no alcanzo a comprender sobre las leyes que regulan la beneficencia. Al parecer hay, o había, alguna laguna legal y algún pequeño burócrata ha estado muy hábil a la hora de encontrarla.

—Un logro magnífico. Sin duda se trataba de un hombre destinado a las altas esferas....

Lady D me lo pasó por alto, pero fui a servirme un whisky de todos modos. Estaba en ello cuando entró Susan e intercambiamos cuatro palabras rápidas: todo bien, sin noticias, comemos en diez minutos. Serví una ronda de jerez. Mantuvimos la conversación de rigor acerca del vino y otra sobre la Royal Shakespeare Company. Luego alguien dijo algo del maletero del Saab y de una reparación pendiente. Agucé el oído, pero antes de que pudiéramos escuchar nada sobre el último choque con el coche al ralentí, intervino la buena de Alethea. Se cercioró de que estábamos los cuatro solos en la sala y dijo entre pausas mínimas:

—Tengo entendido... que el pobre Steve... ha estado un poco... *pachucho* últimamente.

—Está mejor que antes —respondió Susan—. Ya os he contado que le permiten...

—¿Ha sido un... brote de nervios?

—Ellos no lo llaman así, evidentemente —dije—, pero sí, parece que se reduce a eso.

—¡Ay, pobres, qué aterrador e inquietante ha tenido que ser para los dos!

—¿Ha vuelto a ponerse violento? —preguntó Lady D.

—¿A ponerse violento? —Alethea se giró para mirarla—. ¿Qué quieres decir, querida? ¿Cómo de violento? —Con gusto habría vuelto al tema de los adosados y los pases de temporada, pero ya era tarde para oír nada de eso.

—Bueno, cuando estuve aquí hace tres semanas, le dio un arrebató por nada en concreto que yo pudiera ver, cogió un libro de los estantes de Susan y lo despedazó, después salió corriendo de casa, se fue a la de su madre y allí hizo añicos la tele.

—Una psiquiatra muy distinguida... —intervine.

—Pero nada de eso es demasiado terrible ni insólito —dijo Alethea realmente decepcionada.

—Estoy muy de acuerdo, querida... Exactamente así es como lo veo yo —dijo Lady D, lo que me hizo pestañear ligeramente—. Aunque, claro, en estos tiempos es todo tan... Stanley —continuó, y alzó la cabeza de un modo confidencial, como para hacer ver al mundo que estábamos todos en el mismo barco—, ¿el muchacho está verdaderamente enfermo? ¿Tú qué dirías?

—No está físicamente enfermo, señora —respondí—. En cuanto a si lo está de la cabeza, esa consideración corresponde a...

—¿Una enfermedad mental? —preguntó Alethea—. ¿De qué clase?

—No creo que a Stanley le apetezca ahondar en eso ahora —cortó Susan.

—Queda en familia, querida.

—No, querida.

—¿Y qué es lo que hace Steve aquí? —Mi suegra apartó su copa del recorrido de la botella de jerez—. ¿Cómo pasa el día?

—Se pasa el día en el hospital. Y por las tardes, ya en casa, se sienta frente al televisor. No nos ha dado ningún problema.

—Ni se hace ningún bien a sí mismo, según parece. Me imagino que preferirá morir antes que salir a dar un paseo. ¿Nunca le echa una mano a Susan con la casa?

—Bueno, en realidad no hay nada que pueda hacer, querida —dijo Susan—. Ya vienen dos personas a ayudarme y no voy a ponerle a empapelar la mejor habitación solo porque sí.

—Vaya, que es incapaz de fregar una taza de té... —dijo la vieja, lanzando a su hija mayor una mirada de horror magníficamente disimulada que Alethea correspondió con otra parecida.

—De eso se encarga un electrodoméstico, ya lo sabes. —Susan empezaba a inquietarse.

—Pero alguien tendrá que meter dentro los platos sucios...

—Querida, Steve se encuentra en un estado muy extraño. No es un adolescente que holgazanee porque está de bajón. Necesita sentirse comprendido y no que le pongan verde.

—¿Intentar que asuma una pequeña parte de las tareas domésticas que le corresponden es ponerle verde? Comprendo.

—Digo yo que habrá montones de cosas sencillas que pueda hacer en el jardín —intervino Alethea.

—¡Por favor, parad las dos! —dijo Susan mientras se levantaba. Para entonces se encontraba ya bastante alterada—. Estamos atravesando una situación muy desagradable en casa y no necesitamos que nadie nos dé lecciones sobre cómo manejarla. De verdad que no. ¿Podemos, pues, dejar el tema, por favor?

—Lo siento —respondió Lady D de una de las mil maneras en que puede decirse tal cosa sin llegar a disculparse—. Estaba pensando en Steve y en que sería una lástima que estuvierais azuzando su... —Le llevó un tiempo proseguir—. Su flojera —dijo al fin—. Pero, naturalmente, me doy cuenta de que es demasiado tarde para preocuparse por cosas así —continuó mientras su voz empezaba a quebrarse— y de que lo más seguro es que esos raptos suyos tan desdichados se remonten a la educación que recibió de niño y a la desafortunada influencia de su madre. —Pronunció la última palabra con tanta fuerza y dirigiéndome tal mirada que no albergué la menor duda de

que la madre que tenía en la mente se estaba quedando calva, llevaba un bigote corto y conducía un Apfelsine.

—¿Por qué no bajamos a comer? —preguntó Susan. Cuando las otras dos por fin se dispersaron, me dijo—: No sé qué ha pasado, cariño, de verdad. Jamás la he visto portarse de esta manera. Que Alethea esté presente tiene algo que ver, ya me había dado cuenta antes de que su comportamiento empeora cuando está ella delante. Pero... también tiene que ver, en parte, con que se preocupa por Steve. Me gustaría que me creyeras.

Sí, me dije para mis adentros. Y otra parte aún mayor tenía que ver con dar a entender que el mal de Steve obedecía únicamente a una grave inferioridad de clase. Pero no todo él, no.

Se veía a la legua que Susan tenía noticias para mí cuando regresé del hospital la tarde siguiente. Esperé a que Steve se acomodara frente a la tele con su habitual café y una rebanada de pan con miel, y la seguí hasta nuestra habitación. Más que contarme, tenía algo que enseñarme: una pieza de metal o plástico reforzado de unos diez centímetros de largo por dos de ancho y uno de profundidad, con los bordes cuadrados y la superficie áspera. Parecía un mango, y lo era. De hecho, cuando presioné una tachuela en un extremo salió disparada una hoja robusta y rematada en punta por el otro.

—La he encontrado en su cómoda —dijo Susan—. Ni siquiera se había molestado en cubrirla con algo. Ayer no estaba. Miro todas las mañanas.

—Haces bien. ¿Pero cuándo la ha conseguido? Salvo que la tuviera guardada en alguna otra parte. Y aunque así fuera... Ha tenido que ser cerca del hospital. Yo solo le llevo, no le acompaño hasta su planta. Y la zona comercial está a un buen trecho, aunque me figuro que no es imposible que se haya acercado hasta allí. En todo caso, aquí la tenemos.

—Si es nueva, ha tenido que costarle un ojo de la cara.

—Le di cincuenta el otro día. No puede estar pidiéndome dinero cada vez que quiere un paquete de tabaco, ¿no crees?

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. —Pulsé de nuevo la tachuela y la hoja se replegó en la

empuñadura—. De verdad que no lo sé. En fin, podemos enseñársela y pedirle explicaciones.

—No hace falta. Podemos preguntarle para qué la quiere. ¿O no?

—Eso es pedir explicaciones. Podríamos tirarla, pero me temo que eso equivaldría a posponer el asunto de pedirle explicaciones porque en cuanto descubriera que ya no está no nos quedaría otra...

—¿Y por qué no se las pedimos ya?

—Sí —dije mientras trataba de descifrar si la posesión de una navaja automática pasaría por normal o anormal a ojos de Collings—. Tratemos de anticipar su reacción a partir de lo que ocurrió el otro día... Rabia, maldiciones, acusaciones de espionaje, etcétera.

—Ya lidiaremos con eso.

—Desde luego. Pero... Es una pena la parte del espionaje. Yo te apoyo... Lo que quiero decir es que si me hubieras preguntado si debías fisgar entre sus cosas, te habría dicho que adelante. Pero, bien mirado, es exactamente la clase de respuesta que... En fin, que según la doctora Collings lo alienaría.

—Entonces estás a favor de volverla a poner en su sitio.

—No veo qué ganaríamos no haciéndolo. Ahora mismo sabemos que está ahí, pero él no sabe que lo sabemos. Y no es la única navaja que tenemos en casa. Con esos utensilios tuyos de cocina, los cuchillos franceses de acero inoxidable, podrías enfrentarte a un elefante. Quizá debamos guardarlos bajo llave. En el fondo no estás conmigo en esto, ¿verdad, Sue?

—Creo que si le dijeras, sin perder la calma y como quien no quiere la cosa, que me la encontré de casualidad mientras...

—En ese caso montaría en cólera y nos acusaría a los dos de estar espiándole. No olvides que también es hijo de Nowell. ¿Te imaginas cómo reaccionaría si le dijeras, sin perder la calma y como quien no quiere la cosa, que te has encontrado algo en su bolso? Claro que ella es una... En fin, todos sabemos lo que es. Lo hablaré con Collings mañana por la mañana. Collings dijo que poner la navaja en su sitio estaba bien. Lo más probable es que Stephen se hubiera hecho con ella para sentirse seguro. Ni que tuviera la costumbre de perseguirle con un martillo, me dije a mí mismo (no a ella). «Mantenedme al tanto.» La reacción de Steve a la propuesta de que se

duchase en lugar de bañarse —se bañaba con tanto ahínco que gastaba toda el agua caliente y me hacía llegar tarde al trabajo— también había tenido sus inconvenientes, pero no los juzgué dignos de ser contados.

A comienzos de la segunda semana empezó a encerrarse en su habitación antes que de costumbre, a las diez en punto, incluso a las nueve, nada más llegar a casa. Esta última vez, sintiéndome un perfecto imbécil, me acerqué sigilosamente a escudriñar el terreno a eso de las ocho. La luz de la habitación estaba encendida. Escuché un par de leves sonidos de los que únicamente alcancé a concluir que no estaba en la cama. ¿Estaría leyendo? Tal vez, pero solo eso. ¿Mirando fotos guarras? Es posible. ¿Mirando a las musarañas? Probablemente. Volví con Susan y nos olvidamos de él durante el resto de la tarde, hasta que le oímos bajar para dar cuenta de su aperitivo de media noche. Nuestra conversación, que había avanzado a salto de mata hasta entonces, cesó de pronto.

Cinco días después del incidente de la navaja Susan me tenía guardado algo nuevo cuando llegué a casa. Me llevó a la habitación y me entregó unas hojas de papel reglado cubiertas con la letra destartada y reconocible de Steve.

—Estaban en la mesita redonda de su cuarto —dijo. Me pareció que tenía aspecto cansado, o bastante pálido en todo caso—. Habrá querido que las encontremos ahí.

—¿Qué es? ¿Una carta?

—Más vale que lo leas tú mismo.

Me senté en una esquina de la cama y ella se acomodó a mi lado y a la vez un poco detrás, arrodillada o en cuclillas en una de esas posturas típicamente femeninas, con un brazo alrededor de mis hombros. La letra, aun siendo espantosa (trufada de remates innecesarios y torceduras; una letra que se despeñaba y volvía a enderezarse), era más o menos legible, y pese a los abundantes errores ortográficos, pudimos rescatar la mayor parte de las palabras. Hasta donde fui capaz de leer, la nota de Steve rezaba:

Hágase saber a todos los pueblos del planeta Tierra:

Hace años luz, en el corazón secreto de la galaxia, un Elemento se creó a sí mismo. Durante siglos no tuvo nombre, hasta que los antiguos físicos atlantes lo descubrieron con escáneres y lo llamaron potencio. Pero cuando Atlántida sucumbió bajo las olas, el secreto del potencio pereció con ella.

Volaron los siglos sobre las alas del tiempo, hasta que los místicos lemurianos supieron de él por los sueños y las visiones que les enviaba mitra, pero cuando fueron a contárselo a su rey, este se disgustó y mandó matarlos. Y así, ay, se perdió el secreto una vez más.

Entonces, tal y como predijo Nostradamus, los alquimistas devolvieron el potencio a la vida, pero ningún hombre sabía lo que haría.

Entonces, un día, el gran Averroes hizo experimentos y bombardeó el potencio con partículas de fotones, y así mutó en un isótopo capaz de anidar en el cerebro humano.

¡REGOCIJAOS! EN LO SUCESIVO EL HOMBRE
VIVIÓ ARMADO CONTRA EL MAL.

EL POTENCIO ES LA FUENTE DEL ESPÍRITU
QUE LUCHA POR EL BIEN.

El elemento sin nombre
Llegó a través de los siglos,
A través del humo y las llamas,
Potencio, el regalo de Dios al hombre,
Sirviéndose de su gran plan,
La guerra contra el mal comenzó, / mal
Contra quienes viven por la codicia, / vive
Para machacar su vil credo, / vil
Y hacerlos a todos sangrar, / leví
Potencio otorga el poder
De golpear a la hora idónea,
Y devorar el mal por completo.
Número atómico 108
Símbolo Pt

Peso atómico 303
Número de valencia 99
Metal del arcoíris

ESTE ES UN DOCUMENTO DEMOCRÁTICO DE GRAN
IMPORTANCIA CREADO PARA LA PRESERVACIÓN DE
LA PAZ Y LA DESTRUCCIÓN DE LOS MALVADOS.

¡ACLAMADO SEAS, POTENCIO, PODER DEL SEÑOR!

Bajo el texto había garabateado el dibujo de una persona con barba que extendía un brazo hacia varios edificios que parecían estar desplomándose entre pequeñas figuras, probablemente seres humanos. Estaba hecho —el dibujo— a bolígrafo y, en mi opinión, demostraba escaso talento artístico.

Apenas me había dado tiempo a asimilarlo cuando Susan ahogó un alarido en mi oreja. Yo levanté la vista deprisa y vi a Steve quieto junto a la puerta (habría jurado que estaba cerrada), mirándonos furioso. Tal vez llevaba allí más de un minuto. Al darse cuenta de que le habíamos visto vino hacia nosotros con determinación. Me incorporé de un salto.

—¿Qué hacéis con eso? —dijo, o más bien bramó.

—Leerlo. Es lo que querías que hiciéramos, ¿verdad?

—Puto cotilla...

—Lo has dejado a la vista —respondí, e intenté (no lo conseguí) reunir fuerzas y recordarle que alguien tenía que entrar en su habitación para hacerle la cama, y esas cosas.

De pronto, y seguramente por casualidad, su actitud sufrió un cambio evidente. Desapareció toda amenaza. Parecía alerta y preocupado al mismo tiempo, como quien trata de recordar algo o de oír un sonido distante. Se quedó quieto mirándome con la boca abierta, concentrado. Poco a poco fue cerrándola, apretando un labio contra el otro; el gesto se transformó en una expresión de diversión contenida, y también de timidez y cierto orgullo modesto. Me recordó a cómo me miró cuando le vi andar por primera vez. Y entonces rompió a reír, contentísimo y afable: no tenía nada de turbador. El problema era que yo no supe encontrarle la gracia por ninguna parte a lo

que ocurría ni a lo que teníamos delante. Quise creer que estaba riéndose de mí y de Susan, de nuestra seriedad, de nuestra estupidez, de nuestra preocupación o de nuestro pavor, o de él mismo por su enfado... Pero no podía ser bueno. Nash había dicho que los esquizofrénicos están demasiado locos para saber qué es gracioso y qué no. Me quedé quieto, con ganas de un trago, hasta que a Steve se le convulsionó la cabeza hacia atrás y se escabulló correteando.

Susan se levantó, me agarró una mano, después me rodeó con los brazos y me estrujó.

—Stanley, estoy asustada —susurró.

—No es nada del otro mundo.

—No. Lo que quiero decir es que sigo asustada... Todas esas... locuras sobre la Atlántida y los alquimistas y machacar a los malvados. Es como... No lo sé.

—Es ridículo de narices.

—No es solo ridículo, cariño. ¡Este muchacho está realmente perturbado!

—Eso ya lo sabíamos —dije—. Trataré el tema con una copa entre las manos, no antes. —Cuando la tuve y estábamos los dos en la sala con la puerta cerrada a cal y canto, le dije—: Sue, mi amor, escúchame bien. Todo esto no es más que un viejo cuento de ciencia ficción, ni más ni menos. Paparruchas. Creía que era agua pasada. Como las excentricidades que envía por correo la brigada de los conspiranoicos. Ya sabes: que si las pirámides ahora, que si los láseres después. No merece la pena tomárselo en serio, de verdad.

—Pero él se lo cree —replicó Susan—. Cree que es real.

—No me fastidies. ¿Que se lo cree? Es como un niño garabateando. Pintarrajeando.

—¡Aquí hay violencia! Machacar su vil credo y hacerlos a todos sangrar. Supongo que eso también te parece pintarrajear.

—Yo diría que ha querido hacer un ripio, pero no sé muy bien qué alegar a sobre eso.

—Lo de la destrucción de los malvados a mí no me hace maldita la gracia.

—Bueno, no iba a amenazarlos con soltarles al perro ni con tirarles una

pinta de cerveza en el bar. ¿No te parece?

Habría sido un buen momento para mirarme, sonreír y decir que sentía haberse puesto así. Yo habría respondido que la entendía y tantas otras cosas por el estilo sin dejar de repetirme para mis adentros que, aunque quizá no merecía la pena hacerse mala sangre por la nota de Steve, distaba mucho de ser tranquilizadora en sí misma. Pero, en lugar de eso, siguió erre que erre, sentada en el sofá gris de terciopelo, enfundada en una de sus rebecas grises y en una falda oscura, manteniendo los labios apretados y la cabeza gacha, lo que realzaba la negrura y el brillo de su cabello. Me sentía muy lejos de saber lo que Susan pensaba, claro que nunca se me habría ocurrido afirmar que por regla general lo supiera.

—Será mejor que le dé un toque a Nowell —dije, en parte para romper la tensión.

Ni que decir tiene que entonces sí me miró:

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Quiero ponerla ya mismo al tanto de lo ocurrido y, en fin, de la situación en general. Tendría que haberla llamado antes.

—¿Para qué? ¿Qué puede hacer ella?

—Nada, cariño... No quiero que haga nada, solo pretendo mantenerla informada. Seguramente no sepa ni que está aquí.

—Yo diría que no lo sabe —dijo Susan bruscamente—. Nunca se ha preocupado lo más mínimo por él.

—Mira, no voy a llamarla porque la crea una especialista en el tema... Lo que quiero es ponerla sobre aviso y que, si Steve hace alguna de las suyas y se aparece de la nada en su casa, y le creo muy capaz de eso, no se queje ni me acuse de habérselo ocultado. ¿De acuerdo?

—Sí. —Susan suspiró y pestañeó a modo de disculpa—. Comprende que resulta difícil mantener el temple todo el rato en este estado de nervios.

—Por supuesto. Escucha, Sue, siento mucho lo que está pasando. De ninguna manera es culpa tuya.

—Tuya tampoco. Olvídalo, cariño.

—No, ya sabes lo que quiero decir. Creo que de momento no debo dejarle solo en casa más de la cuenta, pero tú puedes salir. Tienes que salir sola un

poco más.

—No me gusta salir sin ti.

—En ese caso tendrán que venir a vernos.

—No te preocupes, siempre hay algo que hacer aquí. Y además estás tú, ¿o no?

—Pero esto no es vida para ti.

—Sí que lo es. Nos aseguraremos de que no vuelva a entrar en la habitación, cariño.

Marqué el número de los Hutchinson y me respondieron de inmediato. Recordé haberme sentido un poco perplejo —solo un poco— las veces anteriores, cuando nadie había contestado al teléfono. ¿Y si hubieran llamado para ofrecerle un trabajo a Nowell? Pero qué sentido tenía hacerse esas preguntas con Bert al otro lado de la línea...

—Soy Stan. Espera un momento... ¿Cómo conseguiste salir impune el otro día, después de aquella bacanal en compañía de tu mierda preferido?

—¡Sin ningún problema! —dijo Bert con la boca pegada al teléfono—. Primero le dije que tenía que ser una broma, y luego, que era incapaz de recordar nada... Bueno, algún problema sí que hubo... Al fin y al cabo, la cosa no olía bien. Pero por la mañana estaba en el séptimo cielo, porque Chris Rabinowitz quería hablarle de una idea que se le había ocurrido. Nowell puede llegar a ser muy agradable cuando el resto del mundo se conjura para hacer lo que ella quiere. ¿No te acuerdas? No importa. ¿Me porté bien? Cuando echo la vista atrás, empiezo a ver borroso a partir de la ternera.

—Te portaste de maravilla. Aunque yo tampoco me encontraba en el mejor estado para juzgar.

—¿No estuve faltón? Eso es bueno. Espera, voy a decirle que se ponga. Eh, tú... ¡Eres un mierda! —dijo, su voz cada vez más alta y distante, a la vez que difusa—. Cabronazo. Ja... Cariño —continuó con una acústica impresionante, como si estuviera hablándole a un micrófono alejado—. Cariño, es ese, eh...

Nowell se puso al teléfono rebotando de simple extrañeza y placer al oír el

sonido de mi voz, pero los transmutó en auténtica perplejidad cuando se me ocurrió decirle que tal vez querría saber qué había sido de Steve, dónde estaba, esas cosas. Cuando por fin empecé a contárselo, le cambió de nuevo el humor y dejó de escucharme. No me explico cómo consiguió hacérmelo ver en aquel circuito no visual, sin decir nada ni emitir ninguna otra clase de sonido. Comprendí que en el pasado había subestimado en buena medida sus dotes para la interpretación. Entonces dije algo sobre el asunto de la navaja y a Nowell le embargó un repentino instinto maternal, y curiosamente por mí, no por Steve.

—Me alegro mucho de que me lo cuentes, Stanley. Has hecho bien. Claro que me parece inquietante y sobrecogedor. Encontrarse de repente con una navaja escondida...

—En realidad estaba...

—Habría que ser muy estúpido para no inquietarse, e incluso para no asustarse un poco, en semejantes circunstancias. Es justo decirlo. Ahora bien, querido, y no me lo tengas en cuenta, pero no me parece muy razonable que sigas asustado por eso.

—No estoy...

—El caso es que a muchos chicos jóvenes les encantan esas cosas, ya sabes, tener una navaja y demás. Les hace sentirse unos machotes. Pero en realidad no tienen ninguna intención de usarla. Y, en cuanto a Steve, me deja helada que puedas pensar que va a rajarte, a ti o a Susan. Por favor...

—No lo...

—Es un pedacito de pan, siempre lo ha sido. No creo que pudiera llegar a ponerse violento con nadie, por muy desesperado o cabreado que estuviera. Sería impropio de él.

Aunque yo pensaba más o menos lo mismo, oírsele decir a Nowell casi me hizo querer cambiar rotundamente de parecer.

—Hum —mascullé.

—Pero quiero que tengas muy clara una cosa, Stanley —dijo, y su voz empezó a temblar ligera y contradictoriamente, la cal y la arena, tanto que fui capaz de recrear su rictus al milímetro—. Si alguna vez me necesitas, si hubiera algo que yo pudiera hacer, solo tienes que decírmelo y estaré a tu

lado. Cuenta con ello.

—Es bueno saberlo.

—Debe quedarte claro que no va a venir aquí, Stanley —dijo, hablando tres veces más rápido de lo normal y segura como una roca—. No pienso acogerlo. Tengo que pensar en Joanne. —Su hija, supuse—. No sería justo para ella. Estoy segura de que lo entiendes. Lo siento mucho, pero no tengo otra alternativa. Adiós.

Lo pillé casi al vuelo. Aunque estaba convencido de que mi último comentario no había sonado mal y de que carecía del menor asomo de malicia o sarcasmo, pude haberme equivocado y, en todo caso, Nowell tal vez pensó que abrigaba malas o sarcásticas intenciones, y que estaba a punto de ser mezquino con ella por no haberse acercado a su hijo en aquellos momentos no demasiado benignos para él. En fin, estas reacciones me ayudaban a no caer en el error de lamentar, siquiera un par de segundos al mes, que mi primera esposa se hubiera largado con Bert.

A la mañana siguiente le conté a Collings el episodio del potencio y ella me explicó que era normal. Por la tarde Steve empezó a bisbisear mientras veía la televisión, o más bien mientras permanecía sentado con ella encendida. Por las pausas que hacía y lo atento que estaba a la pantalla, me figuré que estaría conversando con alguna voz interior. Al tiempo que un reportero explicaba y trataba de ilustrar el declive de Liverpool, Steve escuchaba la otra voz, discrepando enfáticamente de lo que decía, pero a pesar de todo siguió escuchando, admitió un par de cosas a regañadientes y por fin sucumbió. No ocurrió nada más durante cinco minutos, pero de pronto volvió a protestar otra vez y yo subí al primer piso a por un trago de whisky.

La mañana siguiente le llevé en coche hasta el Saint Kevin's, como de costumbre. Al principio estuvo callado —también como de costumbre—, pero a medio camino dijo, o murmuró más bien: «Déjame en paz». No me lo dijo a mí. Durante el resto del trayecto repitió lo mismo o variantes de lo mismo a cada minuto, amén de ciertas excusas como que no había nada que él pudiera hacer. Si hubiera estado hablando por teléfono, tratando de quitarse

de encima a algún pelmazo, su conversación me habría sonado perfectamente normal, pero no era el caso. Por fin llegamos.

—Te veo esta noche, hijo —me despedí cuando se bajó. Ya le había dicho esas palabras otros dos días, y en ambas ocasiones me echó un rapapolvo tremendo por tratarle como a un niño, pero descubrí que era incapaz de dejarle marchar en silencio.

Ese día fue distinto. Se agachó para verme mejor y dijo:

—Adiós, papá. —Cerró la puerta y echó a andar.

Le vi cruzar el parque —la cabeza inclinada un poco hacia delante como siempre— y desaparecer de mi vista. ¿Debería haberle acompañado hasta dentro y mandar al carajo de una vez por todas sus objeciones? ¿Debería haber salido en busca de Collings o del tal Gandhi y darles cuenta del bisbiseo? En fin, también era probable que ya lo supieran o que se enteraran en breve, a menos que Steve estuviera actuando en exclusiva para mí, cosa que dudaba. Y, en cualquier caso, seguro que era normal.

En las horas siguientes me asaltó varias veces la imagen de Steve despidiéndose de mí de aquella manera, sobre todo cuando volví a la oficina tras un alto prolongado para almorzar y Morgan Wyndham me entregó un papelito y me dijo que llamara urgentemente al número que aparecía en él: el del Saint Kevin's, con la extensión de Collings. Entonces se retiró, como si la idea fuera suya, algo que en cualquier otra ocasión le habría hecho ganar multitud de puntos.

Di con Collings diez segundos de reloj después.

—Hola, Stanley —dijo como si fuera un viejo camarada—. ¿Qué le has hecho al muchacho?

—Menos bromas, si no le importa. ¿Qué ocurre?

—Bueno, eso mismo me pregunto yo. ¿Dónde está?

—¿No querrá decirme que no...? Le he llevado al hospital esta misma mañana, como siempre.

—Aquí no le hemos visto llegar. ¿Alguna idea de adónde ha podido ir?

Intenté pensar:

—A casa de su madre. Ya fue una vez allí, antes. Se lo conté.

—Nadie responde. Y en su casa tampoco. Pero puede que esté allí y no coja

el teléfono. ¿Algún otro lugar...? De acuerdo, te informaré si sucede algo.

—Oiga, espere, es solo un minuto.

—Dime.

Tras procurar a la desesperada que no colgara, encontré muy poco que decir:

—Eh... Lo encontrarán sano y salvo, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo...?

—Si esta noche sigue sin aparecer, por la mañana daremos la voz de alarma. No te preocupes, Stanley, muy rara vez les pasa nada malo.

—Ha estado hablando solo.

—Sí, padece alucinaciones auditivas. Muy frecuentes en trastornos de esta clase. Comunes, de hecho. —Al menos no dijo normales.

—Hasta ayer no las tuvo ni había hecho nada parecido, que yo sepa. ¿No se suponía que empezaría a mejorar?

—Y está mejorando. Tendrías que haberle visto los dos primeros días que pasó aquí. —Era un buen momento para una de sus risotadas de caballo, pero esta no terminó de prorrumpir—. No obstante, ya te advertí que no esperaras una mejora exenta de complicaciones.

—Usted me comentó en su momento que podría sufrir una recaída. ¿Considera que esto lo es?

—Me temo que no puedo aventurarlo aún en esta fase, Stanley. Dependerá de lo que esté haciendo. Si solo está sentado en un parque vete tú a saber dónde, y probablemente sea el caso, no hay mucho de lo que preocuparse.

Salvo porque estaría mojado y aterido bajo la llovizna que alcanzaba a ver a través de la ventana. Después de hablar con Collings llamé a casa. Tampoco obtuve respuesta, pero eso no significaba gran cosa. Antes que nada tuve que atender a un cliente a propósito de un cuarto de página. Le atendí, aunque sin resultados, y llegué a casa justo a las cinco y media. El teléfono estaba sonando cuando entré. Lo cogí en la cocina.

—¿Señor Stanley Duke? —preguntó en tono agradable una voz masculina.

—Soy yo.

—¡Oh, bien! Le habla el comisario Fairchild, de la Policía Metropolitana, caballero. Tengo conmigo a un muchacho que afirma ser su hijo. De nombre Stephen. ¿Es correcto?

—Sí. ¿Se ha metido en algún lío?

—Mucho me temo que sí, caballero. En estos momentos se encuentra retenido en la Embajada de Jabal, desde donde le hablo ahora. Debo pedirle que se acerque hasta aquí para hacerle algunas preguntas.

—¿Jabal? Esos son árabes, ¿verdad?

—Sí, caballero. —Me proporcionó una dirección cerca de Regent's Park—. Siga calle abajo desde su casa. ¿Tiene usted en qué venir, caballero?

—Sí. ¿No podría explicarme someramente lo ocurrido?

Hubo un breve silencio. Cuando el comisario volvió a hablar, lo hizo con una voz levemente distinta, como de soberano aburrimiento ante lo que estaba contando.

—Debo decirle que este asunto reviste aspectos diplomáticos que no conviene tratar por teléfono.

—Oh, entiendo... ¿Mi hijo está bien?

—Sí, caballero —dijo el comisario apresuradamente y de manera muy poco tranquilizadora.

Tomé un trago rápido. Ya lo creo que lo tomé. No fui tan imbécil como para considerar la posibilidad de coger el Apfelsine, así que pedí un taxi por teléfono, una apuesta más segura que esperar a que apareciera alguno por allí, bajo la lluvia. Sí lo fui para no acordarme de la navaja automática hasta que el conductor llamó al timbre. Pero no había ninguna navaja, al menos donde me dio tiempo a mirar en aquella búsqueda acelerada. Durante el trayecto cuesta abajo me repetí para mis adentros que Fairchild habría adoptado un tono distinto en caso de apuñalamiento, pero no me sirvió de mucho.

La embajada estaba ubicada en un edificio situado en una hilera de casas de entreguerras, un hogar a la altura del director de una sucursal bancaria, pequeño en comparación con el Saint Kevin's, aunque de estilo similar. Al fondo del vestíbulo, en una esquina, un agente uniformado custodiaba una puerta cerrada. Me hizo pasar a una especie de sala de espera recientemente decorada y amueblada al modo occidental con enseres de baratillo. En ella estaban Steve, Fairchild —presumiblemente, de uniforme— y un árabe que vestía un traje de trescientas libras.

La apariencia de Steve me impresionó y sosegó al mismo tiempo, después de lo que me había imaginado. Tenía un ojo morado, la nariz hinchada y el labio cortado, y lo más probable es que hubiera estado llorando; me pareció que aún gimoteaba.

—Hola, papá —saludó, no con demasiado alborozo.

El comisario tendría mi edad y me pareció alto cuando se levantó; era pelirrojo y de rostro sombrío, afeitado al ras, un tipo bien parecido. Se presentó, le asintió al árabe y dijo:

—Este es el señor Fuad.

—Comandante Fuad. —El hombre habló con insolencia. Fuera o no fuera árabe, visto de cerca me pareció asombrosamente judío, pero ¿quién era yo para juzgar?

—De acuerdo, comandante Fuad. Eh... El comandante Fuad quisiera informarle de ciertas circunstancias relacionadas con el presente asunto, señor Duke. —Sin llegar a mover las manos, el comisario me hizo alguna señal que dejaba ver que el asunto era insoslayable.

—Comprendo —dije, al tiempo que me sentaba en la silla indicada (una silla dura) y aguardaba respetuosamente.

En un inglés bastante bueno, pero con un punto irreverente que ningún compatriota se habría atrevido a desplegar frente a otro (ni siquiera frente a un extranjero), el comandante Fuad dijo:

—Debe saber que según el derecho internacional esta embajada forma parte del territorio soberano de la República de Jabal y que allanarla merecerá la misma consideración que violar las fronteras de la propia República —dijo, y más cosas por el estilo. Su pequeño bigote me dio que pensar sobre el mío. Además me recordó a alguien, aunque no por el bigote. El comisario Fairchild le observaba con una expresión que trascendía el mero desprecio o el desagrado, y que era más bien de callado y continuo asombro. Seguí asintiendo con la cabeza a lo que me decía Fuad, o más bien mientras lo decía.

—Ocúpese de que su hijo —continuó— comprenda lo que esto implicará en un futuro, se lo ruego, porque al parecer ninguno de los aquí presentes hemos sido capaces de hacérselo entender. ¿Se compromete usted a llevarlo

a efecto?

—Sí, comandante Fuad, haré cuanto pueda.

—Le aconsejo encarecidamente que lo haga. Dígale a su hijo que la próxima vez no se irá de rositas.

—Se lo diré. ¿Puedo ahora preguntar qué ha ocurrido?

—¿Comisario? —Fuad le pasó a Fairchild la pelota, pero se quedó para escuchar atentamente la siguiente parte.

—Bien, caballero. En resumidas cuentas: según parece, el muchacho ha llamado a la embajada a primera hora de la tarde y ha pedido que le pasaran con alguien de Inteligencia. Le han llevado a ver al asistente de... del comandante Fuad, a quien le ha dicho que posee información sobre las actividades de los agentes secretos israelíes en este país, en Londres. Al ser interrogado sobre el origen de esa información, ha empezado a hablar sin control, ha reaccionado con violencia y han tenido que reducirlo entre el funcionario y uno de los guardias que trabajan aquí. En ese momento han llamado al agente de policía de la legación, y él me ha hecho venir. —Fairchild endureció las formas—. Me temo que eso no es todo, señor Duke. Su hijo llevaba esto encima.

La navaja automática, sin lugar a dudas. La miré y guardé silencio.

—¿Sabía usted que su hijo acostumbra a pasearse por ahí con un arma como esta?

—No —respondí, dándole las gracias a Dios por el tono de la pregunta.

—Comprendo, caballero. Ahora que está al corriente, lo más sensato será que le convenza de que no siga haciéndolo en el futuro. Entre otras cosas porque estas armas, como sin duda sabe, son ilegales. No está permitida su venta, adquisición ni posesión. Tampoco llevarlas encima. Nada. Deben los dos agradecerle al comandante Fuad que haya permitido que pasemos por alto la infracción. Seguramente querrá desprenderse de esto. —Me entregó el utensilio y se levantó—. Tengo más preguntas para usted, pero se las haré en otro lugar. Gracias, comandante Fuad. Le estamos todos muy agradecidos por su comedimiento y por no permitir que las cosas vayan a más. No le entretendremos más...

Hice lo que buenamente pude —no muy bien— por imitar a un hombre

agradecido, y en respuesta recibí una mirada hostil sin el menor asomo de disimulo. Abandoné la sala con los demás.

—¿Te encuentras bien, chaval? ¿Quieres que te vea un médico? —le preguntó a Steve el comisario ya en el vestíbulo.

—No, estoy bien.

—¿Estás seguro, también ahora? ¿No se les habrá ido la mano con alguna patada? ¿Qué dice usted, señor Duke? ¿No cree que a su hijo debería verlo un médico?

—Creo que podemos dejarlo estar por ahora.

—De acuerdo, está bien. En realidad no tengo más preguntas, caballero, pero hay una cosa que le quiero decir; luego, cuando les haya acercado a casa. Deme un minuto para hablar con el agente.

Le apretujé a Steve el brazo y le susurré que debía de haberlas pasado canutas, y él asintió y miró al suelo con la boca abierta. Me pregunté de pronto qué les habría contado a esos árabes. ¿Lo del garbeo de Josué y sus colegas por Hampstead? No me extrañó que le hubieran pedido que revelara los nombres de sus confidentes. ¿En qué estaría pensando ahora? ¿En qué embajada asaltar la próxima vez, tal vez, o en algo más lejano, en el borde de la galaxia, donde le aguardarían los judíos a bordo de sus naves espaciales, con filacterias y camisetas con la estrella de David, capaces de interceptar mediante receptores hiperespaciales sus ondas cerebrales? Lo más inteligente que se me ocurrió decirle fue que no se preocupara y que cuidaríamos de él.

Cuando llegamos a casa, el comisario Fairchild mandó a su chófer al bar e hizo una llamada desde la cocina. Susan se aterrorizó al ver el uniforme policial, pero enseguida la tranquilicé y le expliqué lo ocurrido. Llamé al hospital y hablé con el doctor Gandhi. ¿Conviene que le lleve y pase la noche en el hospital? Si se ha serenado, no será necesario, pero tráigalo por la mañana y acompañelo hasta la consulta. Estuve de acuerdo. Steve se escabulló cuando intenté reconfortarlo, pidió, y le dimos, aspirinas, y subió con la cabeza gacha a su habitación, sin decir palabra.

—Le debo una disculpa por el soniquete aquel de «siga usted calle abajo» —dijo Fairchild cuando los tres nos habíamos acomodado en la sala con

sendas bebidas—. Pero no tenía alternativa. Me imagino que querrán saber lo que ha ocurrido realmente, ¿verdad? De acuerdo.

»Todo iba bien —me miraba a mí directamente— hasta que el muchacho comenzó a responder a sus preguntas con gracietas. Debe de ser un bromista o un desequilibrado o un aspirante a topo sumamente inútil, pero en todo caso no es quien dice ser. Así que empiezan a molerlo a palos por pura costumbre, hasta que uno de los presentes cae en la cuenta de que no son modos, por mucho que estén en la Embajada de... Jabal. Entonces llaman al agente de policía y le dicen que él ha empezado todo, y en esas estamos. ¿Que cómo lo sé? No había ni una sola marca en ninguno de los dos tipos a los que he visto: el capitán Abdullah o comoquiera que se llame, y un cernícalo cualquiera. Y en cuanto a la navaja, la tenía cerrada en un bolsillo cuando el agente le ha cacheado. Ni eso habían hecho, ¿se lo pueden creer? Cualquiera habría pensado que al menos... No sé. —El comisario sacudió la cabeza y suspiró con enojo profesional—. Bueno, no, conozco a esa gente desde hace mucho tiempo.

»Porque yo no soy un madero cualquiera, yo pertenezco a un cuerpo especial encargado de la seguridad de las embajadas. Verá, señor Duke, tengo la orden permanente de promover, siempre que sea posible, las más cordiales relaciones entre ambos países. Relaciones cordiales... En este caso eso significa que un tal Fuad sabe muy bien que la suya ha cometido un error, una estupidez, y lo que estos tipos no pueden soportar es quedar en evidencia, ¿comprende? Así pues, todos fingimos que es él el ofendido y a usted le hacemos venir para echarle una reprimenda en nombre de su hijo, porque a un muchacho tan joven y desamparado no merece la pena reprenderle si se quiere obtener alguna satisfacción de ello. Y usted ve que me muestro agradecido, con Fuad, digo, por no presentar cargos, aunque él sabe que sé lo que sé. En resumen, ha ganado la partida y mantendremos relaciones cordiales durante un tiempo. Eso quiere decir que, en vez de ser insufrible a sabiendas, lo será sin querer.

»Oh, es un trabajo divertido, a veces. Les costará creerlo, pero tengo que enfundarme este trapo cada vez que meto las narices en algún sitio; de lo contrario, nadie me muestra el debido respeto. No me molesta que Fuad vaya

por ahí con sus trajes a la moda, faltaría más. Ellos sí pueden hacerlo, ya ve.

—¡Pero cómo va a creerse que ha ganado! —dije.

—No se lo cree ni de lejos, señor Duke, ni de lejos. Ya le digo que se las sabe todas. Pero *parece* que ha ganado, todo el mundo hace como que ha ganado, y eso es cuanto le preocupa. Estos tipos son como... —lanzó una mirada a Susan y la apartó—, como niños. ¿No creen? Son todo apariencia. — Se encontró un poco.

Susan estaba sentada sobre sus piernas en el sofá gris. De pronto enderezó la espalda y dijo bastante furibunda:

—No veo por qué debemos permitir que ese par de malnacidos se salgan con la suya después de darle una paliza al pobre Steve.

Al comisario le desagradó el insulto, aunque no fui capaz de precisar si reaccionó físicamente. Se revolvió en su asiento con exquisita educación, miró a Susan y le dedicó toda su atención por primera vez desde que llegó.

—No saldrán impunes, señora Duke, nada más lejos de la realidad —dijo con decisión—. Nuestro amigo Fuad se encargará de ello. He de decir que tengo ganas de saber qué les tiene preparado, por simple curiosidad. Comprendo su preocupación por su hijo, pero...

—Hijastro.

—Disculpe, he supuesto que era su hijo. Y, sí, esos dos también recibirán su merecido. Gracias, solo un culín si puede ser. Tengo que irme enseguida, de verdad.

Susan dijo algo de meter la carne en la nevera y se esfumó (esperábamos a un par de vecinos aquella noche). Fairchild escrutó la sala sin el menor disimulo, asintiendo para sí un par de veces.

—¿Es usted escritor, señor Duke?

—En realidad no, comisario. Mi esposa es la que escribe. Yo trabajo en publicidad.

—Hum. —Su rostro pareció volverse un poco más sombrío. Entonces, dejando más claro que el agua la que se avecinaba antes de pronunciar palabra, dijo—: El muchacho... Supongo que está, eh...

—Sí, está trastornado. Pasa el día en el psiquiátrico, pero dicen que está mejorando.

—Lo he pensado nada más verle. Primero, que había esnifado pegamento o alguna otra cosa similar, pero luego me he dicho: «No, no». Uno aprende a reconocer estas cosas. Si esos tipos tuvieran un mínimo de cabeza, se habrían encargado de echarle de allí antes de que se pusiera pesado. Me temo que nunca aprenden. —Hizo una pausa y se le escapó otra seña—. ¿Y la navaja? La había visto usted antes, ¿verdad?

—Sí, pero no sabía que la llevara encima cuando salía de casa. Yo..., mejor dicho..., mi mujer la encontró en su cómoda.

—¿Y la dejaron ahí? Aunque no supieran ustedes que esas armas son ilegales, me parece bastante irresponsable que no se la quitaran. Se lo digo como lo siento: en mi fuero interno me alegro de que el arma no haya salido de su bolsillo esta tarde, pero nadie con dos dedos de frente daría por sentada esa posibilidad, por el amor de Dios...

—Ahora me doy cuenta, pero en el hospital se han empeñado en que no le haga sentir...

—Subestima el sentido común por tu cuenta y riesgo. Ese es mi lema. En fin, no me corresponde a mí insistir, y menos aún mientras saboreo su excelente whisky. Del que, muy a mi pesar, he de alejarme inmediatamente. —Se levantó, vació el vaso de un trago y me lanzó una mirada—. Y entierre esa lima de uñas bien hondo, ¿eh?

Le acompañé hasta la puerta principal. Una vez allí, él se caló la gorra del uniforme (le daba un aire de funcionario gris) y yo tuve la impresión de que estaba pensando algo en voz alta. Finalmente dijo:

—¿Sabe una cosa, señor Duke? A mi modo de ver, y hablo solo por mí, usted me entiende, hay una cosa que podemos afirmar sobre los comandantes Fuad de este mundo, y no digo a su favor. Parece que han sabido solucionar a las mil maravillas la cuestión femenina. Nos guste o no... En fin, me voy ya. Muchas gracias por su hospitalidad. Dele las buenas noches a la señora Duke de mi parte. Y buenas noches a usted también, caballero.

Dudó un momento y después se marchó. Regresé arriba para seguir con el trago y en el trayecto me vino a la cabeza a quién me recordaba el comandante Fuad, gracias a esta última mención. Me estremecí y renegué

para mis adentros sintiendo un ligero malestar, todo en vano. Me recordaba a Nowell, no me cabía duda, y no solo porque el retintín fuera en él más importante que las palabras, ni por la necedad aquella de mostrarse comprensivo con una víctima inocente, sino por esa suerte de efecto sustitutorio, ese decir *a* y querer decir *x*, o mejor: hablar sobre *a* pero en realidad estar hablando sobre *x* sin importar que nadie se entere de que lo hace. Era eso, más que otra cosa. Entonces caí en la cuenta de que había empezado a preguntarme si debía llamar a mi ex y darle parte de la refriega en la embajada. Aún no, estaba claro: quizá por la mañana, desde la oficina.

—¡Qué pedazo de gilipollas! Me refiero al policía —dijo Susan cuando me reencontré con ella en la cocina.

—¿Tú crees? ¿Qué ha hecho?

—Esa maldita complacencia y el creerse capaz de calar a todo el mundo y de saber exactamente lo que pasa gracias a su vasta experiencia.

Se mostró muy rotunda al respecto, pero yo lo alargué un pelín más.

—Mujer, me imagino que para un tipo como él la experiencia ha de ser muy buena consejera.

—Y ese hacerme de menos por ser tu segunda esposa. Puto insolente. ¿A quién demonios le importa lo que él piense?

Yo, que había estado mirando al comisario con bastante atención en ese punto de la conversación, apenas había apreciado un sofoco pasajero. Aun así, es probable que el asunto no revistiera tanta importancia como para merecer una mención, y en su lugar hice un sonido de estar medio de acuerdo con ella.

—Por cierto —dijo, pero el gesto falló estrepitosamente a la hora de convencerme de que lo que iba a decir fuera fortuito—, al final no ha sido tan buena idea dejar la navaja donde estaba, ¿verdad?

—No, no lo ha sido. Tu amigo el comisario me ha dicho lo mismo. No se me había pasado por la cabeza que fuera a hacer algo así. Menos mal que en realidad no ha hecho nada.

—Según ese policía.

—Sí, claro.

Se acercó y apoyó su mejilla contra la mía.

—¿No es un poco aterrador?

—Sí. Y espantoso. ¿Nos tomamos otra?

* * *

A la mañana siguiente Steve no aparecía por ninguna parte. Había dormido en su cama; es más, yo mismo le había visto dormido y metido en ella cuando eché un ojo antes de acostarme. Por lo visto se había preparado una taza de café. Quisimos creer que había salido a comprar tabaco, o más bien lo deseamos, aunque el lapso entre las cinco y las ocho de la mañana parecía un poco temprano para eso, y además llovía y no había cogido el chubasquero que le presté, pero nada de eso contaba demasiado. Si solo había salido a comprar tabaco, estaría de vuelta a las ocho y veinte como muy tarde. Llegaron las ocho y veinte, y pasaron. No se me ocurrió otra cosa que afeitarme y vestirme.

En el pedacito de jardín del lateral de la casa se alzaban en fila media docena de árboles de tamaño considerable; olmos que, por alguna razón, se habían librado de enfermar. Mientras me afeitaba, el espejo de enfrente reflejó desde el otro lado de la ventana la parte superior de dos olmos. Estaba apurando las inmediaciones del bigote cuando alcancé a ver un movimiento en uno de los árboles. En cuanto me asomé a mirar vi a Steve subido a una rama cercana al tronco, a unos diez metros del suelo. Estaba agarrado a ella y reclinado sobre otra, en una postura probablemente cómoda si es que era solo para un rato. Di un golpecito en la ventana y, tras un intervalo inquietante, Steve giró la cabeza y reparó en mí. La luz era escasa, aunque suficiente para mostrarme su extrema palidez. Avisé a Susan, salimos de prisa y dimos media vuelta a la casa.

No llovía con fuerza en ese instante, pero estaba claro que en cualquier momento caería un buen chaparrón, y soplaban ráfagas de viento. Steve solo llevaba una camisa, una chaqueta y los pantalones, por lo que no tardaría en calarse hasta los huesos y en congelarse, si es que no lo estaba ya —dependía del tiempo que llevara ahí arriba—. Una bandada de grajos, o puede que

fueran cuervos, atraídos quizá por su presencia, sobrevolaba las copas de los árboles entre graznidos. Nos vio acercarnos como si no le importara lo más mínimo. Cuando le pregunté qué hacía subido al árbol, no me prestó ninguna atención; es más, apartó la vista y miró ensimismado hacia el jardín de al lado o el siguiente, a lo mejor porque estaba ocurriendo algo interesante allí. El pelo, empapado, le cubría la frente.

Llegué a la conclusión de que sería imposible trepar por el árbol hasta una altura desde la que poder hablarle cara a cara, y no tenía sentido escalar hasta un nivel más bajo. Así que me quedé donde estaba y repetí lo que cualquiera habría dicho en una situación semejante, o en realidad dije lo que se me ocurrió, y repetí alguna cosa más de una vez. Susan entró en casa y trajo el chubasquero que Steve había dejado dentro, y entonces trepé por el árbol y conseguí lanzar la prenda por encima de su rama. La ignoró. Poco después dio un paso adelante y pensé que iba a bajar, pero en su lugar subió hasta el siguiente escalón, por así decir. Retrocedí para verle mejor y recordé —me costó— que de niño le había tomado el gusto a este deporte y que una vez, de vacaciones en Gales, había trepado hasta una altura pavorosa de unos veinte metros con la única intención de alcanzar el nido de un pájaro, y no porque quisiera coger los huevos, sino solo porque deseaba verlos. A todo esto, halló una horqueta y otra rama que formaban una especie de asiento desde el que no le hacía falta agarrarse a nada.

—Este es perfectamente capaz de pasarse el día entero ahí arriba —dije—. ¿Qué vamos a hacer?

—No creo que podamos hacer nada. —Susan se había recogido el pelo bajo un sombrero impermeable de color rojo y alas protuberantes. Le daba un aire francés o italiano; no inglés, en todo caso, y seguía sin parecerse a su madre—. No se me ocurre con qué excusa vamos a lograr hacerle bajar mientras él quiera seguir allí subido.

—No podemos dejarle ahí, calado hasta los huesos.

—Me temo que tendremos que hacerlo, cariño. No le vamos a ayudar quedándonos aquí quietos y mojándonos también nosotros. No quiero pecar de insensible, pero bajará cuando le apetezca bajar. Cuando se haya cansado.

—Desde luego, pero ¿cuándo será eso? Está loco, amor mío. Lo más seguro

es que esté oyendo voces que le digan que siga ahí cuarenta días y cuarenta noches.

—Tal vez, o tal vez no. ¿No dijo uno de los médicos algo sobre llamar la atención? Sea como sea, les toca a ellos descubrirlo.

—Pero por el amor de Dios...

—Creo que deberíamos probar a dejarle solo. No prestarle atención.

—¡Eh, papá! —gritó Steve, tan de improviso que pegué un salto—. No me ha quedado otra. No quería subirme al árbol, pero he tenido que hacerlo, porque aquí nadie puede observarme. En casa no dejaba de revelar información, aun dormido. —Temblaba y siseaba entre palabra y palabra. Aunque extraña, su voz sonaba inquebrantable en mitad de la humedad del ambiente—. No quería hacerlo, pero no he podido evitarlo. No hace falta que esté despierto para que intercepten mis pensamientos, porque sus circuitos de almacenamiento permanecen siempre activos, pero también es necesario un conducto de metal o de piedra, y eso implica estar a ras del suelo. Si lo hay, pueden observarme sin que yo lo sepa. Y en la calle la situación no es mucho mejor, pese a los ruidos de fondo. Pero aquí arriba estoy aislado entre tanta vegetación, y la distancia con el suelo es demasiada para que puedan alcanzarme a una potencia normal. Solo espero que no descubran qué se lo está impidiendo. Si intensifican la potencia, ni siquiera aquí estaré seguro.

La lluvia, y quizá las lágrimas, hacían que le brillasen las mejillas, y tenía las comisuras de los labios replegadas hacia abajo. No habría sido capaz de imaginar una imagen más palmaria de una persona dominada por el miedo y el sufrimiento. Le llamé a gritos:

—¡Por favor, hijo, baja, te lo suplico! ¡Hazlo por tu padre! ¡Por favor!

Negó con la cabeza y apartó la mirada arrugando el rostro.

—Voy a llamar a Nowell —le dije a Susan.

Me miró durante un par de segundos y después dijo en un tono que se me antojó afable:

—Espero que estés bromeando, Stanley.

—No, no estoy bromeando. Ya te conté cómo le tranquilizó cuando se volvió violento en su casa aquella vez, y por teléfono le convenció de ir al hospital. En fin, veamos si puede repetir el truco de nuevo.

—Sabes de sobra lo que pienso de ella. —No, en esto no había ya ni rastro de afabilidad.

—Creo que es una idea razonable, aunque nunca me lo reconozcas. Yo te entiendo, y en circunstancias normales no se me ocurriría permitirle que se acerque a menos de un kilómetro de ti, pero esta no es una situación normal. Tus sentimientos son muy importantes para mí, cariño... No lo dudes. Pero en este preciso instante los de Steve lo son aún más. Y su estado. Tienes que entenderlo.

—Sí, lo entiendo —dijo, y dándose media vuelta regresó a casa.

Sentí momentáneamente una punzada de temor por algo en lo que ni siquiera había pensado en casi diez años. Pero luego esta desapareció tal y como había llegado. Le dije a Steve de un grito que volvía adentro, y él se quedó donde estaba.

Llamé a Nowell en el acto. Cuando ya estaba marcando su número me percaté de que medio deseaba (en una cuarta parte al menos) que estuviera ilocalizable. En cuanto comprendió para qué la quería, se entregó a sus contradicciones —la cal y la arena— como si no hubiera un mañana, y cuando ya me había agotado, o se había agotado a sí misma, dijo que vendría de inmediato.

—¡Estupendo! Tampoco... —dije, y me contuve.

—¿Tampoco qué, querido?

—Iba a decirte que no te partas la crisma, pero he recordado que no conduces.

Parecía un poco desconcertada cuando colgó, y no le faltaban razones. Tenía intención de pedirle que no diera demasiado la nota delante de Susan, pero luego vi que era el peor momento para ponerse mezquino.

Nada más colgar el teléfono sonó el timbre, como si Nowell hubiera encontrado un modo de venir al instante, pero solo era la señora Shillibeer, que llegaba para hacer el turno de la mañana. Llevaba un chubasquero de plástico azul pálido con capucha que le hacía parecer un niño enorme.

—Hola —dijo con su voz de empleada de geriátrico—. ¡Menudo día de perros! —Lo pronunció abriendo la boca con gran empeño, para brindarme la oportunidad de leerle los labios si estaba demasiado sordo para haberlo oído.

—Pues sí, así es —dije con un pequeño temblor.

—¿Está la señora Duke arriba? —continuó, y señaló con un dedo.

—No me sorprendería lo más mínimo.

Ni yo mismo pude percibir la pulla implícita en esto último, pero fue cuanto se me ocurrió en ese momento, y probablemente fuera mejor así. Salí entonces para avisar a Steve de que su madre llegaría pronto. Asintió. Entonces fui al baño y terminé de afeitarme, y después me vestí en el dormitorio. Susan estaba ahí. De algún lugar bajo nuestros pies me llegaba el aullido de la aspiradora.

—¿Ya ha llegado?

—No —dije—. Subiré y te avisaré cuando esté aquí.

—No quiero ni verla.

—Lo entiendo. No tengo intención de traerla aquí arriba.

—¿Cuánto tiempo crees que va a estar?

—Yo diría que no mucho. Si no ocurre nada en los primeros minutos, lo más seguro es que la historia se quede ahí. Además, no creo que ella misma quiera entretenerse demasiado.

—Tengo cosas que hacer aquí, vaciar los armarios, por ejemplo, así que no voy a estar perdiendo el tiempo.

Fue muy considerado por su parte decir una cosa así. Con todo, habría preferido una sonrisa. No es que ni ella ni yo nos mostráramos fríos. En realidad, conservábamos la serenidad, pero sin ninguna complicidad, como dos compañeros que trabajan en la misma oficina desde hace años y nunca han quedado fuera de ella.

Estaba intentando terminar un yogur cuando irrumpió en la cocina la señora Shillibeer. Su frente tenía un tamaño asombroso en comparación con su barbilla.

—Hay un hombre subido a uno de los árboles ahí fuera —farfulló, esta vez sin la voz geriátrica.

—Sí —dije—, lo sé. —Mi mente estaba en blanco. No me había quitado de la cabeza a Steve ni su paradero durante más de cinco minutos, pero por alguna razón nunca pensé que acabaría dándole explicaciones sobre el asunto a aquella mujer.

—¿Qué hace? ¿Quién es?

—Es mi hijo. —Se me escapó un segundo antes de que me sobrevinieran otras ideas, a saber: la poda de árboles, el alguacil del ayuntamiento, etcétera.

—¿El que está subido ahí arriba? ¿El mismo al que...? ¿Y qué hace subido a un árbol?

—Me imagino que le ha dado por ahí —me sorprendí diciendo. A lo mejor había empezado a chochear de verdad.

—¿Que le ha dado por ahí? —preguntó indignada—. ¿Con este tiempo? ¿Qué le pasa? ¿Está drogado?

He ahí mi escapatoria, pero estaba demasiado espeso para identificarla.

—Nada que ver —respondí convencido, y mientras lo decía caí en la cuenta de que ni siquiera era estrictamente cierto.

—¿Entonces qué es? La gente no suele sentarse en la rama de un árbol bajo una lluvia torrencial. La gente... normal, al menos. ¿Se puede saber qué demonios le pasa?

Tosí.

—Está... alterado. Confundido. Se siente infeliz. —Nadie que hubiera oído aquellas palabras habría creído que fueron pronunciadas con franqueza.

—Ese hospital no es solo para tratar la ansiedad y la depresión —dijo la señora Shillibeer, serena de pronto y con los ojos abiertos como platos. Susan y yo habíamos acordado contarle ese cuento para salir al paso de cualquier imprevisto desconcertante o alarmante que pudiera surgir. Pero no me sirvió de nada aquella mañana. La señora Shillibeer había descubierto la verdad, o se la había olido—. Está chalado y punto. Lo otro es mentira.

Se encaminó hacia la puerta de la cocina, pero de pronto se quedó congelada y, mientras yo la observaba fascinado, deshizo sus pasos hasta la mesa donde yo estaba sentado. Se movía con una prudencia ridícula, como imitando a un ladrón. Primero miró por encima de cada hombro, luego se inclinó hacia mí y me guiñó un ojo.

—Le voy a contar una cosa —dijo en voz baja y gutural, más alejada que nunca de su tono habitual—. Es un alivio, eso es lo que es. Llevo suspirando por largarme de aquí casi desde que empecé, hace ya dos años, no mucho después de que usted se mudara a la casa. A decir verdad, el sueldo es bueno

y mi marido jamás me permitiría irme solo porque me disgusta venir... Pero ahora tengo una razón. Él sabe que los locos me dan repelús, así que por fin puedo largarme de aquí. ¡Aleluya!

—¿Y por qué no le gusta trabajar aquí? Espero que no sea por mí.

—Oh, no, no es por usted, Stanley... Usted es un cielo, de verdad que lo es. Es la pija esa con la que se casó. ¿Por qué la eligió, un hombre bueno como usted? ¿Nunca se ha fijado en cómo me habla? —Me había fijado, pero me lo guardé para mí—. No, no tiene por qué haberse fijado... «Oh, señora Shillibeer, ¿sería tan amable, si no le importa, de picar unas chalotas, no muy finitas, ya sabe cómo me gustan, y avisarme cuando estén?» —Era, no hace falta decirlo, una imitación desalmada, pero no me resultó irreconocible—. Nunca se dirige a mí como a un ser humano. Y no creo que eso sea mucho pedir. Y esa madre que tiene... Y esa hermana... No le quite ojo de encima a la madre. Así acabará Susan. Bueno, creo que ya casi ha llegado a ese punto.

La señora Shillibeer parecía lista para marcharse.

—¿Irá usted arriba a repetirle parte de lo que me ha dicho? —le pregunté.

—¡No, por Dios! ¿Por quién me toma? Le tengo demasiado miedo. Preferiría buscarle las cosquillas a mi marido antes que a ella... ¡Y eso es mucho decir! Suerte, querido Stanley. Me temo que la va a necesitar. Ah, y espero que su hijo se mejore pronto. Hoy en día hacen milagros, ya sabe.

Se fue con el mismo estilo con el que había entrado, preparándose para pasar a la acción. El timbre sonó al poco. Era Nowell. ¿Quién si no?

—Stanley, querido. —Me abordó con un abrazo afectuoso al que le faltó un tris (solo eso) para ser sensual, acompañado de su buen olor habitual—. ¿Nadie me va a invitar a pasar?

—Por supuesto. Yo...

—¿Está bien? ¿Va a estarlo durante los próximos dos minutos?

—Sí. —La llevé a la cocina. No parecía querer otra cosa y, en contra de mis expectativas, no mostró ningún interés en cuanto la rodeaba—. ¿Quieres café?

—No, gracias —repuso, sin sentarse—. Stanley, quiero decirte una cosa... Sé que crees que me he portado rematadamente mal con respecto a Steve y sus problemas, que no he cumplido con la parte que me corresponde y esas

cosas. Es evidente que lo piensas. Y en cierto modo tienes razón. El caso es que yo también tengo mis propios problemas. O, mejor dicho, Joanne los tiene. Ya la conoces, luego quizá puedas hacerte cargo de lo difícil que resulta a veces. Difícil no es la palabra... La verdad es que solo vigilarla equivale a un trabajo a tiempo completo. Hace no mucho tuve que llevarla a pasar una semana en Portugal porque quería ver el sol. Quizá, de entrada, sea culpa mía, pero no tiene sentido discutirlo ahora. Como puedes suponer, Bert no me echa ninguna mano. —Acompañó la mención de su nombre con una mirada de complicidad—. Así son las cosas. Ella me tiene a mí y Steve te tiene a ti. Es sencillo. Te ayudaré cuando pueda, pero la mayor parte del tiempo no podré. Eso es lo que hay.

Tampoco era el momento de poner nada de esto en duda ni de quedarse pasmado ante la idea de que hubiera un solo ser humano en el mundo capaz de conseguir que Nowell hiciera algo, así que me mostré encantador con ella. Antes de que hubiera terminado del todo, alguien bajó las escaleras al trote y se perdió por la puerta principal. Nowell lo ignoró. Le dije que esperara un momento y subí a la habitación.

Susan estaba sentada en la cama junto a los casi quinientos cinturones que descansaban sobre la colcha. Me sentía un poco apabullado y no sabía cómo empezar la conversación, pero ella tomó la iniciativa al momento.

—La señora Shillibeer se ha ido. Se ha largado.

El tono con el que pronunció estas nueve palabras guardaba un parecido asombroso y aterrador con el que había oído cinco minutos antes en la cocina. Era un recordatorio más incómodo que de costumbre sobre lo mucho que me agradaba, fuera o no una pija, estar casado con una mujer que hablaba así.

—Sí —dijo—, la he oído.

—Dice que le has contado que Steve está loco y que los locos la asustan, que un hermano suyo se volvió loco. ¿Qué maldito demonio te ha poseído para decirle eso?

—No era mi intención... Más o menos... Se lo ha oído ella solita. Y me ha pillado desprevenido.

—Sabías que estaba aquí. Le has abierto tú. Un hombre inteligente como

tú...

—Lo siento, me he puesto nervioso. ¿Podemos discutirlo más tarde? Nowell ya ha llegado.

—No entiendo por qué no has llamado al hospital. Tendrán a alguien que esté acostumbrado a lidiar con estas cosas.

—A lo mejor tendría que haber llamado, no lo sé. Lo haré si esto no da resultado. Está abajo.

—En fin... Buena suerte —dijo Susan, esbozando una sonrisa que desapareció al momento.

Fuera un golpe de suerte o no, dio resultado. Nowell adoptó su estrategia de otras veces sobre lo mal que debía de haberlo pasado, y Steve bajó en menos de cinco minutos, empapado hasta los huesos, pálido, tembloroso, exhausto, pero al menos estaba en tierra firme. Nowell lo abrazó, pero él se mostró indiferente y ni siquiera se puso a farfullar solo. Tras haber puesto fin a la función, se impacientó por entrar en casa y obedeció sin montar ningún circo la orden de subir a cambiarse la ropa mojada.

Acompañé a Nowell hasta la puerta. Su comportamiento me sorprendió de veras. Además de reprimir su curiosidad sobre la casa y sus elementos, no mentó el nombre de Susan ni una sola vez, ni trajo a colación el asunto sin llegar a mencionarlo, pese a lo bien que se le daba hacerlo, y en ningún momento se mostró triunfante o complaciente por haber logrado que Steve se bajara de la rama, tan solo satisfecha y aliviada. Sí, es cierto que se las ingenió para culparme de que Steve estuviera calado hasta los huesos, del frío que tenía y de la falta de abrigo, pero eso era un mal menor.

—Gracias por haber venido tan rápido —le dije, ya en el umbral de la puerta—. Has estado de cine.

—No digas nada... Es una habilidad innata. —Entonces me lanzó una mirada que revelaba el advenimiento de algo osado—. Eres un buen tío, Stanley —dijo de corazón—. No me extraña que Steve te tenga en un altar.

—Oh...

Y después me soltó:

—Te echo de menos, ¿sabes? ¿No me crees?

—¿Por qué no iba a creerte? Yo también te echo de menos. Todos los días.

La cogió por sorpresa la cordialidad de mi tono, y también a mí un poco. Durante unos instantes de delirio llegó a preguntarse por qué había dicho aquello, si lo había dicho en serio y qué podría depararle en el futuro. Pero luego se le pasó y la Mujer Eterna volvió a mirar por los ojos de Nowell. Echó la cabeza atrás, me besó suavemente en una mejilla y se encaminó hacia un taxi cuyo conductor la aguardaba hurgándose la nariz con tenacidad.

Me alegré de haber dicho lo que dije. Lo hice de corazón, pese a no ser una afirmación integral ni quizá precisa, tal y como la pronuncié. Pero si es posible echar de menos a alguien —sentir su ausencia— sin que eso signifique que uno quiera retomar una relación, entonces sí, extrañaba a Nowell todos los días. Más aún, sabía que había derrochado todo mi encanto con ella, lo cual no serviría de mucho cuando Steve se decidiera a trepar hasta el tejado del Palacio de Buckingham o a secuestrar un avión.

Finalmente, conseguí que mi hijo se diera un baño de agua caliente y fui a nuestro dormitorio.

—Ya está —dije—. Ha logrado que baje y se ha marchado.

—Lo sé. —Susan había pasado a ocuparse de unas tiras largas y delgadas hechas de un material de varios colores y cuya utilidad me resultaba muy difícil de adivinar—. Mejor dicho: he supuesto que había bajado. ¿Se encuentra bien?

—Bueno, al menos está mejor donde está ahora que donde estaba antes. No sé qué otra cosa se puede decir.

Seguía hablándome en un tono de cordialidad contenida, lo más cerca que había estado nunca de hacerme el vacío de ese modo típicamente femenino. Pero cuando llegó la hora de acercar a Steve al hospital, nos agarramos de la mano el uno al otro durante un buen rato. Tengo la impresión de que no quería soltarme, como si estuviera a punto de partir a los Estados Unidos o a alguna otra parte. Por fin me sonrió, una sonrisa real esta vez. Todo iba bien, pues.

Después de escoltar a Steve hasta el feudo del doctor Gan-dhi, salí en busca de Collings y la encontré en su consulta. Tenía un aspecto desastrado aquella mañana, y llevaba el pelo recogido de un modo que recordaba a un

pedazo de papel doblado con esmero. Le conté el episodio de Steve y el árbol, y me explicó que formaba parte del patrón de comportamiento esperable.

—Mire, quizá forme parte de su patrón, doctora Collings —repuse con toda la serenidad de la que fui capaz—, pero no del mío ni del de mi mujer. No estamos acostumbrados a manejar situaciones así.

—Lo entiendo.

—Estupendo, ¿pero podría hacer algo al respecto? Estamos a punto de agotar nuestros recursos.

—Evidentemente, este es un período de grandes tensiones y angustia para los dos. No sería extraño que el matrimonio se resintiera ante una situación así —dijo, pertrechada de más datos técnicos por si se veía obligada a hacer uso de ellos.

—No, no lo sería. Pero no estaba pensando en eso. A lo que quiero llegar es a que mi mujer y yo no sabemos cómo lidiar con alguien como Steve. Nos las hemos arreglado hasta ahora, pero cualquier día hará algo a lo que no sepamos enfrentarnos. ¿No podrían, por favor, reingresarlo a tiempo completo para que esté rodeado de gente cualificada que sepa cuidar de él? Creo que es lo que más le conviene.

—Lo que le conviene es seguir como hasta ahora, créeme, Stanley. ¿Acaso quieres que sea carne de hospital para el resto de su vida?

Collings pasó a describir con detalle otros casos de lo que dio en llamar «ser carne de hospital», pero si quería hacerme comulgar con la idea de que la mayoría de ellos habrían estado igual o mejor muertos, le habría bastado con preguntar. Había algo más que un toque de exageración en todo esto, y me pregunté qué vendría después.

Cuando terminó de desgranar los casos, añadió:

—Espero que estés de acuerdo conmigo en que reducir las probabilidades de que eso mismo le acabe ocurriendo a Steve merece sus buenos sacrificios.

—Por supuesto —respondí, y me cuidé de preguntarle de cuántos sacrificios y probabilidades estábamos hablando, y de si, en primer lugar, existía semejante posibilidad.

—Debemos ayudarle a vivir en este mundo, conseguir que se reincorpore con éxito a la familia y a la comunidad.

Y siguió pontificando al respecto al tiempo que yo me desazonaba más y más. Mientras hablaba me miraba más fijamente que nunca. Esta parte fue tan aburrida que a punto estuve de perderme el mandoble cuando llegó.

—Estos inconvenientes son parte del proceso de ajuste a la retirada del tratamiento químico. Progresivamente... —estaba diciendo cuando la interrumpí.

—¿Tratamiento químico? ¿A qué se refiere, a la medicación? ¿Me está diciendo que le han retirado la medicación?

—La medicación es una muleta, un respaldo artificial. Tendrá que aprender a valerse sin ella si algún día quiere llevar una vida normal.

—¿Pero Steve está loco! Tendría que haberlo visto subido a ese árbol... No son solo las chaladuras que ha dicho, sino las pintas que tenía y todo lo demás. No estaba en ningún apuro ni ajustándose a nada, el pobre está como un cencerro. Estaba en pleno trance. Cualquiera se habría dado cuenta.

—Esta situación es muy difícil y dolorosa para él, y por eso mismo necesita todos los ánimos y la comprensión que podáis brindarle.

—Por favor, vuelva a ingresarlo. Unos días, al menos. Aún no está preparado.

—Debes dejar que eso lo juzgue yo.

Continuamos un rato más por esa misma senda y después me marché, procurando no temer lo que pudiera acecharnos. En cuanto emprendí el camino de regreso me acordé de la navaja automática, que aún llevaba en el bolsillo. No me había olvidado de ella, pero seguía sin encontrar un buen lugar donde arrojarla. Y entonces, de pronto, di con el sitio: el río bajo el puente de Blackfriars. Sentí un raptó de alivio —no muy lógico— cuando la navaja desapareció. Al menos algo merecía la pena en un día así.

Por la tarde, cuando regresaba de una agencia de publicidad situada en una travesía de Oxford Street, un accidente me mantuvo retenido en un atasco durante cuarenta minutos. Sobre mi mesa de la oficina encontré una nota de Morgan que decía que llamara a casa. Era urgente.

—¿Hace cuánto ha sido esto? —pregunté mientras estaba marcando.

—Hace cosa de una hora. Era tu mujer. —Dudó, y entonces dijo—: Parecía un poco alterada.

Al cabo de media docena de llamadas, respondió una voz de hombre al otro lado de la línea.

—Soy Stanley Duke —le dije.

—Stan, soy Cliff. Me temo que ha ocurrido una pequeña trifulca por aquí, amigo. Todo está bajo control, pero más vale que vengas lo antes posible. Me quedaré hasta que llegues.

—¿Algún herido?

—Nada que no se pueda remediar.

Cuando llegué a casa en taxi y entré, me encontré un reguero de sangre — las gotas eran del tamaño de una moneda de diez peniques— que se extendía hasta la cocina.

—Aquí arriba, Stanley —me alertó la voz de Cliff.

Susan estaba sentada en su sillón habitual de la sala, pálida y con un vendaje considerable en el antebrazo izquierdo. Había más sangre en la moqueta y en los muebles, no en grandes cantidades pero más que suficiente para resultar alarmante. Corrí a su lado y nos abrazamos. Me dijo que estaba bien. Cuando al fin pregunté qué había ocurrido, Cliff me respondió:

—Steve la ha agredido con un cuchillo —dijo.

—¡Dios! ¿Dónde está? ¿Dónde está ahora?

—En su habitación. Con una inyección que le quitará las ganas de ir a ninguna parte durante un buen rato.

—¿Cómo está el brazo?

—En fin, es aparatoso, pero no ha sido para tanto. En la parte carnosa no hay ningún vaso sanguíneo perforado, así que le he dado tres puntos con anestesia local, faltaría más. —Hablaban en un tono inerte, casi como si estos detalles le aburrieran—. Le dolerá un poco cuando se le caigan y durante un par de días más. Le dejaré unas pastillas para aliviar el dolor. Y vendré a verla mañana.

Creí que se marcharía tras decirlo, pero permaneció donde estaba, de pie junto a la chimenea. Acerqué un taburete hasta el sillón de Susan.

—Cuéntame qué ha pasado, amor —dije—. Si puedes soportarlo.

—Sí, sí puedo. Creo que la peor parte ha sido el susto del principio —dijo con la voz un poco baja para su costumbre, pero con pleno control—. ¿No le has llevado al hospital, cariño?

—Sí. Hasta su planta.

—No sabía que estuviera en casa. La puerta se ha abierto de golpe y ha venido corriendo hacia mí con ese cuchillo, gritando a voz en cuello que soy una zorra, que he separado a sus padres y que no le permito ver a su madre. Como aquel primer amago de hostilidad la semana pasada, ¿te acuerdas? Solo que esta vez lo ha llevado a la práctica. Justo me ha dado tiempo a levantarme antes de que me... asestara el golpe. —Empezó a levantar el brazo izquierdo para mostrarnos cómo, pero hizo una mueca de dolor y utilizó el otro—. He intentado sujetarle por la muñeca, no se la he agarrado bien y me ha hecho un corte. —Le estreché la mano—. Creía que estaba sentenciada, pero de repente ha parado, no sé muy bien por qué, quizá al ver la sangre, y entonces ha soltado el cuchillo, ha lanzado una especie de quejido o gemido espantoso, un sonido desgarrador, se ha largado a todo correr y he oído cerrarse de un portazo la puerta de su habitación. Y todo ha terminado.

Susan no rompió a llorar, pero poco le faltaba. Pensé que su comportamiento era intachable.

—Gracias a Dios que ha parado —dije—. ¿Qué cuchillo era?

—Ahí —replicó, y ahí estaba, sobre una de las mesas bajas que tenía enfrente, aunque no me había fijado antes. Se trataba de un cuchillo de cocina, lo conocía, con la punta y el filo cortantes recubiertos de sangre seca o a punto de secarse, parte de la cual se había filtrado a la hoja de periódico que había debajo—. En fin... He bajado a la cocina y he intentado llamarte, pero no he logrado dar contigo, así que he avisado a Cliff, que con mucha amabilidad ha dicho que vendría de inmediato, y he estado esperando en la puerta hasta que ha llegado, lista para echar a correr en caso de necesidad... Y aquí estamos ahora.

—Sé que es un poco pronto, pero voy a servirme un trago —dije pasado un momento. Miré a Susan, que negó con la cabeza—. ¿Cliff?

—No, gracias, tengo que volver. —Pero siguió sin moverse.

—Así que has venido a toda prisa —dije desde la bandeja de las bebidas.

—Sí, he venido... —repuso Cliff. En cuanto empezó a hablar supe que no estaba aburrido, sino escogiendo las palabras con sumo cuidado, y también que había algo que no había mencionado, algo que le incumbía a él mismo. A decir verdad, lo supe casi al entrar.

—Le he puesto la anestesia local —prosiguió— y, como iba a tardar unos minutos en surtir efecto, he subido a echar un vistazo a Steve. Estaba en su habitación, tumbado en la cama, no dormido, pero diría que bastante relajado, casi amodorrado, aunque, después de lo que me ha contado Susan, no he querido arriesgarme. Le he administrado Valium por vía intravenosa. Actúa muy rápido. Y no ha opuesto resistencia.

—¿No ha dicho nada? —pregunté—. ¿Por qué lo ha hecho o alguna otra cosa?

—Algo ha dicho. Le he preguntado por qué, por qué ha atacado a su madrastra, y me ha respondido que no sabía de qué le estaba hablando. Que ha entrado en casa y ha subido directamente a su habitación porque creía que estaba solo. Eso me ha dicho. —Cliff cerró con un chasquido su maletín. Me dio la impresión de que le temblaban las manos—. Y que él no lo ha hecho.

Se hizo un silencio de lo más desagradable. En dos o tres segundos me recorrieron la cabeza cientos de pensamientos, fragmentos de comentarios sobre Steve hechos por Nash, por Collings, por Nowell; recuerdos nebulosos del mismo Steve cuando era más joven, o de Susan —estos más nítidos— el día anterior y aquella misma mañana; y, tras todo aquello, algo a lo que no podía hacer frente ni definir. Finalmente, demasiado tarde, dije:

—Amnesia, seguramente.

—Eso parece, ¿verdad? Sí, es bastante común en estos casos. —Suspiró, rascándose la cabeza con tanto empeño que acabó enviando una fina lluvia de caspa a las hombreras del traje, de un asombroso verde oscuro—. Eso es todo. No le contaré nada de esto a nadie, que supongo que será lo que querréis... Excepto a los trabajadores del hospital, Stan, cuando llesves a Steve por la mañana. Es muy probable que quieran reingresarlo a tiempo completo, me figuro. Sí, y más vale que les expliques en qué estado se encuentra.

—¿Qué has dicho? ¿Crees que querrán reingresarlo a tiempo completo? —preguntó Susan—. Pues claro, después de una cosa así, tendrán que hacerlo, digo yo. ¿O es que tiene que matar a alguien antes?

—Si te refieres a un internamiento forzoso, te aseguro que no es tan fácil. Es más, ni siquiera merece la pena intentarlo.

Cliff aún no había recobrado su tono habitual, y Susan hablaba con la voz apagada, tanto que apenas podía escucharla, y en un tono del todo inexpresivo. Habría jurado que esa voz era nueva en ella. Debía de ser efecto de la impresión. O de la fatiga. Me sentía aturdido, como con una resaca de órdago, y quería tratar de asimilar lo que me habían relatado y lo que parecía haber sucedido, pero fui incapaz de empezar.

Cliff me entregó las pastillas, me dio instrucciones sobre su uso y otras zarandajas, y traté de prestarle atención. Cuando decidió irse, le acompañé.

Caminó muy por delante de mí hasta bajar las escaleras y casi hasta la puerta.

—¡Qué desagradable! —dijo mientras se la abría—. Mira. Eh... Convendría que Susan pasara un par de días en otro lugar mientras arreglamos el asunto del hospital y el resto. Solo para asegurarnos. No hay de qué preocuparse esta noche, pero le vendrá bien quitarse de en medio mañana. ¡Hasta la vista, Stan! Seguimos en contacto.

Llamé al hospital, pero no di con nadie que hubiera oído hablar de Steve, por lo que, sin grandes expectativas de éxito, dejé un recado a la recepcionista. Subí al salón a pesar de una resistencia colosal, pero una vez allí fui a parar a la bandeja de bebidas sin ningún esfuerzo. Susan seguía sentada en la misma posición, con el brazo herido sobre el reposabrazos del sillón.

—¿Qué te ha dicho Cliff? —preguntó en el mismo tono que antes.

—Me ha dicho que deberías pasar unos días fuera. Que busquemos un sitio donde alojarte.

—¿De verdad te ha dicho eso?

—¿Quieres que te traiga algo, amor? ¿Qué tal una buena taza de té? ¿Un sándwich de tomate? Te hará bien comer algo.

Me miró con los ojos entornados y la boca lánguida, y dijo con un tono de

voz que no le había oído antes, bajo y plano:

—Malnacido. Canalla. Basura.

Derribé una botella de agua tónica con el codo por la sorpresa. Sin embargo, había estado esperándolo.

—¿Qué he hecho? —pregunté.

—Crees que me he cortado yo misma, ¿no es así? Tengo aquí tres puntos. Me gustaría que los vieras.

—No, no creo que te hayas cortado tú misma. —No sabía lo que pensar ya.

—Te estaba mirando cuando Cliff te ha contado que Steve dice que no tiene ni idea de esto, y te has quedado ahí pasmado, sopesándolo. Sopesándolo.

—No he sopesado nada. Es solo que hay cosas que no se pueden evitar...

—Te crees lo que te cuenta cualquiera que ha dicho tu hijo, que es un desequilibrado, un alucinado, un puto maniaco que está de atar, y no lo que tu mujer dice que ha ocurrido. ¿No ves en qué lugar me deja eso?

—No creo que...

—Ni lo que revela sobre la opinión que tienes de mí. Crees que soy una neurótica ensimismada, sin..., sin ningún principio, capaz de condenar al chico, a ese pobre loco, a que lo encierren y a Dios sabe qué, a ti a pasar por ello y a mí a sufrir en carnes propias para... ¿Para qué? ¿Para llamar la atención? ¿Es eso lo que busco? —Seguía hablando con el mismo tono.

Tuve al menos el buen juicio de comprender que era una pregunta para la cual no había una respuesta acertada.

—Me crees capaz de eso... Y de contar semejante mentira. Me parece el peor insulto que una persona puede dirigirle a otra. Y no pienso tolerarlo. — Se levantó—. Me voy. No voy a esperar a mañana, como sugiere tu amigo. Me marcho ahora mismo. No creas que voy a quedarme aquí con alguien que piensa eso de mí.

También yo me levanté.

—No estás en condiciones de viajar... Necesitas descansar —dije, y la seguí hasta la puerta.

—Correré el riesgo. —Se detuvo en el umbral y se giró—. Si preguntan por mí, pueden encontrarme en casa de mi madre. Pero estarás perdiendo el

tiempo si intentas hacer que regrese. Me imagino que te hace gracia. Sí, de puta madre, la parienta se ha largado a casa de la suegra —dijo, imitando con muy poco tino el deje de Hackney o tal vez de Bow—. Esto te viene como anillo al dedo, mojón, muerto de hambre. No me explico cómo he podido aguantarte tanto tiempo, con esos modos de patán en la mesa y la afición a la bebida, el cochecito de las narices, tus *colegas*, que dan miedo, y esos mundos tuyos del sur del río. No tienes clase, no respetas a las mujeres. Están ahí para prepararte el desayuno, para que les echés un polvo y se acabó. Eres, faltaría más, incapaz de tomártelas en serio, y si alguna dice algo importante y cabal y un hombre la contradice, siempre le crees a él, aunque no esté en su sano juicio. ¡Dios, por qué no te habré calado antes!

No le quité ojo mientras hablaba, ya con su aspecto perspicaz y nervioso de siempre, pero sin ese toque de buen humor ni el menor asomo de vulnerabilidad. Tenía los ojos abiertos como platos, aunque pestañeaba muy rápido. Se los había visto así más de mil veces, pero nunca le había sobresalido el labio inferior como entonces, o tal vez yo me lo había perdido. Regresó a la sala desde el umbral de la puerta y se quedó allí quieta, con una rebeca marrón de rayas echada sobre los hombros y agarrándose con la mano derecha el codo izquierdo, justo por encima del extremo superior del vendaje. Esto me llevó a preguntarme si ya tenía el brazo metido en la manga cuando... Pero me obligué a recular con cierto sentimiento de culpa. Seguía aturdido, y no se me ocurrió nada que decir. Por fin hablé:

—Adiós, mi amor.

—*Mi amor* —repitió ella entre dientes, y se dirigió a la puerta de nuevo.

—¿Vas a volver?

—No puedo llevarme todo conmigo de una sola vez, si es a lo que te refieres, así que sí, volveré. Pero solo para eso.

Lo dijo desde fuera del salón. No había nadie a quien quisiera ver ni nada que me apeteciera hacer. Salvo echar otro trago, por supuesto. Cuando terminé de servírmelo llevaba ya dos minutos sin esposa.

¿Se había apuñalado a sí misma de verdad? ¡Qué pregunta más absurda! ¿A quién podía ocurrírsele que la asistente del redactor jefe literario del *Sunday Chronicle* se apuñalara a sí misma solo un poco para echarle la culpa

a su hijastro chiflado y escarmentar a su esposo por haber llegado a considerar al loco más importante que a ella? Pero tal vez lo hubiera hecho... Y, por supuesto, tal vez lo había hecho para que el hijastro pareciera más chiflado de lo que ya estaba, y más violento, tanto que tendrían que internarlo y la vida de ella volvería a la normalidad. Pero eso habría equivalido a una maquinación en pos de algún tipo de consuelo: demasiado perverso para una mujer como Susan, capaz de enredar y hacer daño a un inocente sin querer en la búsqueda de sus propios objetivos, pero nunca de infligírselo intencionadamente. Si había sido ella, lo había hecho por amor propio, siguiendo su propio guion, no para conseguir paz ni tranquilidad. «¡Vaya! —me dije—. ¡Qué lejos has llegado, y qué rápido!» ¿Podía haberlo hecho Susan? No la mujer que había puesto tanto empeño en reconfortarme cuando lo necesitaba, la que hacía apenas unos días había echado a su propia madre y a su hermana por mí. Pero tal vez había sido ella... ¿Habría sido Nowell capaz? Quizá. Probablemente. Sí. ¿Pero eso qué más daba?

Necesitaba aclarar un hecho al menos. Cuando Cliff me contó que Steve le había dicho que no sabía nada del ataque, ¿de verdad llegué a —cómo era— sopesar la posibilidad de que fuera cierto? No lo creo. Fue más bien una forma lenta y torpe de decirme que era curiosa la disparidad entre la versión de los hechos de Steve y la versión de los hechos de Susan. Entonces quise sopesarlo de nuevo y fui incapaz de empezar siquiera. ¡Qué importaba! En el momento en cuestión, ¿acaso di esa impresión? La respuesta no dependía únicamente de mí, sino de quién había estado observándome. Pero lo certero e ineludible era que quizá sí llegué a sopesar la posibilidad, lo que equivalía a decir que a buen seguro lo hice, y que había sido mezquino con ella. ¡Dios bendito! Seguro que no.

Llevaba dándole vueltas al asunto unos quince minutos, cuando sonó el timbre. A medio camino, estando en la sala aún, recordé que el teléfono acababa de hacer ese clic de fin de llamada unos minutos antes. Concluí que un taxi la estaba esperando abajo y regresé a mi silla en cuanto terminé de rellenar el vaso. Casi de inmediato oí a Susan bajar las escaleras y enseguida apareció en la puerta. Tiraba de la maleta roja grande que siempre llevaba de vacaciones, y se había puesto el sombrero redondo de lana y los guantes. Me

levanté para mostrarme solícito, pero Susan no se movió de donde estaba y me miró muy seria. Si hubiera tenido más tiempo, me habría acercado dispuesto a confesar o admitir cualquier cosa que me hubiera pedido. Y, por esa razón, yo también me quedé donde estaba. No tenía manera de saber, ni la tuve después, lo que pasaba por su cabeza, si un profundo pesar o si estaría considerando la conveniencia de que apoquinara yo la carrera del taxi. En todo caso, el timbre sonó de nuevo y sin decir palabra ni cambiar el gesto salió de casa, y a continuación cerró la puerta de un portazo.

Más tarde subí a echar un ojo a Steve, pero estaba —era de esperar— fuera de combate, así que bajé de nuevo y me serví otro trago. A eso de las cuatro de la madrugada me desperté en la silla, fui a beber un par de litros de agua y me acosté.

PRONÓSTICO

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue coger un taxi hasta Fleet Street y conducir el Apfelsine de vuelta a Hampstead, despacio y con cuidado. Me habría gustado tener una jaqueca o alguna cosa así, tangible, por decirlo de algún modo, en lugar de sentirme como me sentía. Steve seguía a medio gas por el sedante de Cliff y me costó conseguir que se levantara. Cuando por fin bajó no comió nada, lo que no difería demasiado de las mañanas anteriores, pero esta vez tuve que encargarme del desayuno y me fijé. Logré dar cuenta de un vaso de zumo de manzana y de casi medio tazón de cereales continentales para pijos con nueces y uvas pasas reconvertidas con maña en una pasta polvorienta igual de blanca que los propios cereales. Cualquiera otro día habría dicho que prefería un desayuno así a unos huevos con tocino, salchichas o arenques, pero entonces recordé nuevamente que ninguna de mis mujeres había disfrutado sirviéndole el desayuno al marido, por más que la segunda de ellas hubiera dicho lo que dijo la noche anterior sobre el particular. Bebí mucho té Lapsang Suchong, que me gustaba de verdad y me ayudó a retener lo otro.

Cuando llegó la hora avisé a Steve, fui a mear y cogí mis bártulos. No apareció, así que regresé a la cocina y lo encontré en la misma posición exacta en que lo había dejado, sentado cerca de la mesa más que a la mesa, con los hombros encogidos, las manos entrelazadas y la cabeza gacha. Me habría gustado asestarle un puñetazo y tumbarlo en el suelo cuan largo era por no haberme hecho caso, pero también por ser un maldito incordio, por

estar embotado y fuera de sus cabales, vagando continuamente por la casa, incapaz de decir una sola palabra a voluntad o de dedicarme una mirada siquiera, y por haberme arrebatado y arruinado la vida. Pero en lugar de arrearle grité su nombre. Levantó la vista al momento y durante un segundo me apareció el que siempre había sido hasta que vino a casa aquella primera noche, pero casi de inmediato se le demudó el rostro de un modo que no tuve esperanzas de desentrañar y volvió a ser alguien diferente, más distinto que nunca antes —pensé—, con una especie de pliegue gracioso asomándole en el extremo del labio inferior. Le dije que era hora de irse, en voz baja esta vez, y se levantó en el acto.

Como siempre, fue un alivio estar en el coche, porque tampoco resultaba raro que no habláramos una vez dentro, y en todo caso yo tenía que estar pendiente de la conducción. Pasados unos minutos, sin embargo, le pregunté a Steve qué había pasado el día anterior y respondió a su manera. Se escapó. Se montó en un autobús. Llegó a casa. ¿A qué hora? Ni idea. Subió a su habitación. Susan estaba en el salón, ¿verdad? Ni idea. ¿Te dijo algo? A partir de aquí dejé de recibir respuestas. Tenía la impresión de que jamás sabría nada sobre lo ocurrido aquella tarde.

Quemé el último cartucho:

—Algo habrá que recuerdes —dije—. No importa que sea una nimiedad.

Pareció reflexionar durante medio minuto más o menos, y después asintió despacio.

—Sí, es verdad que hay algo.

—Venga, sácalo de dentro.

—No te va a gustar —murmuró.

—No te preocupes, podré con ello.

—Prométeme que no te enfadarás.

—Por supuesto. Te lo prometo.

—Bien —dijo, mirando al frente—. Me acuerdo de cuando nací. —Aquí conseguí ingeniármelas para no chocar contra el lateral de un autobús.

—¿Cómo? —pregunté.

—Que me acuerdo de cuando nací. Todos habéis intentado que me olvidase contándome otra historia. Mamá dice que me trajo al mundo y tú dices que

eres mi padre, y en realidad no os culpo a ninguno de los dos: probablemente vosotros mismos os lo creáis a estas alturas. Todos los demás también lo creen, y tampoco me extraña. Pero me han repetido el mensaje tantas veces en la tele y en los anuncios y en los nombres de las calles y de las tiendas, incluso en las etiquetas de los botes de salsa y de otras cosas, que me acuerdo de cuando nací. Bueno, digo nacer, pero sería mejor hablar de adquirir conciencia, por ser más preciso. Fue como si se encendiera una gran luz.

»Sí, me engendraron unos alquimistas utilizando la piedra filosofal. — Sonreía alborozado—. Me mantuvieron oculto en una cripta en Barcelona mientras fue necesario, y después me accionaron con un haz de radio. ¡Y aquí estoy, listo para iniciar mi cometido! —Dijo esto último con cierta culpa y nerviosismo, como si creyera que se le había escapado algo importante—. Eh... Quiero darte las gracias por toda tu amabilidad, señor Duke. Ah, y creo que debemos seguir llamándonos padre e hijo en público. Por razones de seguridad. Supongo que lo entiendes.

Me desvié hacia el arcén y paré tras una furgoneta que estaba repartiendo una cantidad ingente de huevos. Pasé unos cinco minutos intentando obligarme a pensar que todo formaba parte de su locura y que nada tenía que ver con un rechazo hacia mí o hacia su madre, y sin embargo pensé — bajo ninguna presión— que, ocurriera lo que ocurriera o dijeran lo que dijeran en el futuro, siempre me sentiría parcialmente responsable de haber desencadenado su estado. Nadie podía demostrar lo contrario. Quizá nadie pueda probar nunca nada importante. Una vez llegué a esta conclusión, reanudé la marcha, puesto que en algún momento iba a tener que hacerlo.

Cuando Steve y yo por fin llegamos a la consulta de Gandhi, Gandhi no estaba. Pero me encontré a Collings, lo que me ahorró una caminata. Además, estaban presentes Wheatley, la enfermera a la que había visto en mi primera visita y en cada una de ellas desde entonces, el loco quejumbroso de pelo cano con el que también me había encontrado otras veces y un desdentado. Este era nuevo para mí.

—Parece ser que ha apuñalado a mi mujer —le dije a Collings sin esperar casi—. Le ha clavado un cuchillo, pero al menos no ha sido grave.

Collings inquirió en el acto:

—¿Parece ser? —repitió—. ¿Se lo ha clavado o no?

—Se lo ha clavado —respondí sin pensar. Pararse a considerar cualquier otra posibilidad era absurdo, una vez más—. Yo no estaba allí cuando ocurrió. Pero lo hizo.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. —Esta vez hablé antes de tener tiempo para pensar—. Ahí anda, con un tajo en el brazo. ¿De qué está hablando?

Apenas me escuchaba. Miraba a Steve a la cara, a los ojos, tratando de sondear su estado de ánimo.

—A este muchacho le han sedado —dijo.

—Ya lo creo que le han sedado. Fue decisión del doctor Wainwright, nuestro médico de familia, cuando vino a casa a darle los puntos a mi mujer. Juraría que es de sentido común.

Seguía sin escuchar. Se sentó en una esquina de la cama de Steve, junto a él, apoyó una mano en su hombro y, sin dejar de mirarlo de cerca, le fue lanzando un listado de preguntas afables sobre qué quería hacer y dónde quería estar, y enseguida se mostró de acuerdo con que siguiera así durante un tiempo y después se acostara, si le apetecía. Había empezado a pensar que tal vez hasta fuera bondadosa, pero entonces se dio media vuelta y preguntó:

—¿Qué le has hecho a tu hijo?

Dejé de respirar. La enfermera me lanzó una mirada compasiva con un toque de desesperación. El loco canoso no hizo nada, pero el desdentado, quizá al captar el sentir del momento o movido por una repentina alucinación extraordinaria, se retiró a una esquina, se acuclilló y se parapetó tras sus manos como un luchador. Cuando la enfermera se le acercó y le habló con dulzura, dejó caer las manos a los lados y empezó a pestañear y a agitar la cabeza con mucha rapidez.

Pasado un rato desistí de seguir mirando y le dije a Collings:

—¿Podemos charlar en otra parte?

—Aquí estamos bien, sea lo que sea que quieras contarme, Stanley. —El tono, que fluctuaba en una horquilla de enfado-resentimiento, casaba

inusitadamente bien con la expresión de su rostro. Pero fue relajándolo poco a poco, sin dejar de prestarle atención a Steve ni de murmurarle de vez en cuando algo en voz demasiado baja para que yo pudiera oírlo.

—Y bien —dije—, ¿qué quiere decirme con eso? ¿Qué le he hecho?

—Yo diría que no puede estar más claro. Steve atraviesa una fase aguda, empieza a responder al tratamiento, a salir poco a poco adelante, a reconciliarse consigo mismo y a conectar con sus emociones... Le va tan bien que le envió de vuelta con su familia, lo que en la práctica significa contigo, pero de repente cambian las tornas y vuelve a parapetarse tras sus defensas.

—Vaya, eso es lo que ha ocurrido... Y yo que pensaba que en cuanto usted le retiró la medicación trató inmediatamente de alistarse en el servicio secreto árabe, trepó a lo alto de un árbol para aislarse de unos tipos que le leen la mente con ondas de radio y la emprendió contra su madrastra con un cuchillo.

Mientras le hablaba, Collings mandó a la enfermera Wheatley a recoger o a hacer algo fuera de la habitación, y me prestó alguna atención:

—Si es que lo hizo... Esa es la clase de historia que urdiría quien quisiera quitárselo de encima y que lo ingresaran de nuevo en un hospital.

—¿Cree que yo...? —dije, y me detuve, cuidándome mucho de no mover la cabeza violentamente, no fuera a caérseme de golpe—. ¿Pero y si él no...? —Me detuve de nuevo. Creo que no alcanzó a ver el trasfondo de esto.

—Es evidente que ha sufrido una gran recaída que requiere rehospitización. Tantas semanas de trabajo tiradas a la basura... —dijo Collings, mirándome indignada.

—Es usted un caso, Collings. No le quepa duda. —Caí en la cuenta de que debió de notárseme el enfado—. Usted misma decidió que Steve estaba preparado para pasar buena parte de su tiempo en casa. Se equivocó. Usted decidió que estaba preparado para retirarle la medicación. Se equivocó otra vez. Dos errores de juicio clamorosos que podrían haberle costado la vida a alguien. Da la casualidad de que hasta hace un momento me creía usted perfectamente capaz de cuidar de él. ¿No es cierto? Otra cagada más.

—¿Qué leches te pasa, Stanley? ¿Acaso has vuelto a tener problemas con

Nowell?

—¡Oh, por el amor de Dios! —dije.

El loco canoso ahogó un grito y se estremeció, y el desdentado levantó los brazos como había hecho antes.

—No puede seguir comportándose como una niña de diez años toda su vida. —Añadí. No se me ocurrió nada mejor en frío.

—No vuelvas a hablarme así, machote. —Me miró con los ojos entornados y las cejas elevadas con el mismo gesto misterioso que le había visto en El Corona y el Cetro aquella vez, solo que ya no escondía ningún misterio. Encerraba pura rabia, y también una amenaza, una voluntad manifiesta de igualar el marcador—. Una sola broma más y le doy el alta para que sepas lo que es bueno de una puta vez. ¿Ha quedado claro?

Mi ira se desvaneció por completo. De repente, sentí un horror tedioso ante la idea de que una doctora, una mujer o quien fuera, pudiera dejar suelto a un loco solo para vengar un desaire pasajero. También sentía incredulidad: no cumpliría su amenaza, claro que no, tan solo estaba furiosa. Pero esto no me procuró ningún consuelo.

La enfermera regresó a la sala con un informe o con parte de uno, probablemente el de Steve. Collings comenzó a examinarlo. Le dije adiós con la esperanza de que al menos levantara la cabeza, pero no dio señal de haberme oído, y entonces me fui.

A la altura del ala residencial de la planta baja oí que me llamaban por mi nombre. Era —me lo había medio esperado— la enfermera Wheatley. Me di la vuelta.

—Solo quería decirle, señor Duke, que vigilaré a Steve por usted. ¿Me da su número de teléfono? —Lo anotó con diligencia en un pequeño bloc de notas que sacó del bolsillo de su pechera—. Si sucede, en fin, cualquier imprevisto desagradable, se lo haré saber. No ocurrirá nada, nada espantoso, porque ella no puede permitírselo, pero he pensado que quizá le agrada saber que puede contar con mi ayuda. En el fondo la doctora no es mala persona, tan solo es un poco extraña, a veces.

—Es muy amable de su parte, enfermera. Gracias —dije, y... pensé que en todas partes cuecen habas. Ocurre como con los alemanes, ya se sabe.

Fuera el sol brillaba más que de costumbre para la época del año, con la misma claridad que en una tarde de verano. De pronto desaparecieron todas las personas y todas las cosas en las que había estado pensando hasta el momento, y me quedé a solas conmigo mismo y con la circunstancia de no tener ya esposa. Este pensamiento me acompañó durante el viaje en coche hasta la oficina, en el ascensor y en el breve trayecto hasta el teléfono privado, y apenas empezó a difuminarse cuando Lindsey Lucas respondió desde su extensión. Se difuminó aún más cuando aceptó verme en El Corona y el Cetro después del trabajo. Al colgar pasé un minuto mirando de cerca la pared, que estaba cubierta de números de teléfono de desconocidos, anotados con bolígrafo y otra utilería. Entonces llamé a Nash a su consulta de New Harley Street y, pasado un tiempo, se puso al teléfono otro varón que me dijo que le llamara a casa bien entrada la tarde. Respondí que lo haría, de acuerdo, pero el tipo remoloneó un rato más.

—¿Es, eh, muy urgente?

—No diría que lo es, no. Pero me gustaría verle lo antes posible.

—Ah. ¿Le ha llamado alguna otra vez a ese número? ¿Recientemente?

—No, nunca. ¿Por qué?

—Yo, yo aguardaría a que den las siete, si fuera usted. Para cerciorarme de que esté, ya me entiende.

—¡Ah, comprendo! —dije. Me pregunté si había ido a dar con el abuelo de Nash, o con alguien de esa franja de edad. Después pensé que, fuera quien fuese, daba la impresión de querer avisarme de algo sin saber cómo hacerlo. Luego dejé de lado las elucubraciones. Me senté un momento en mi despacho, tratando de acumular fuerzas para lidiar con el inmenso asunto de la media página de Stentor PA Systems. Apenas me había dado tiempo a empezar a pensar cuando sonó el teléfono y me abalancé sobre él.

—¿Stanley Duke? Buenos días. Le llamo de la Alta Comisión de Penang. Le paso con el agregado comercial.

Tras una pausa y un clic, habló una voz conocida:

—¿Estoy hablando con el señor Dizque?

—Sí, al aparato. Buenos días, señor Re Chong Cho, quiero decir, señor agregado. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Señor Dizque, me gustaría llegar a un acuerdo con usted para un publlirreportaje de cuatro páginas en su periódico. Ha de ser pronto, porque nuestro ministro de Comercio vendrá a Londres tres días el mes que viene. Por favor, llame a mi secretaria lo antes posible para concertar una comida.

—¿Es definitivo, señor agregado? La última vez que tratamos sobre el proyecto aún estaba en fase provisional o de planificación. —Recordé que el señor Re Chong Cho solía hacerse un lío con frases sencillas. Entre dificultades se desenvolvía como pez en el agua.

—¡Oh, sí, definitivo! Mi Gobierno ha completado sus exploraciones.

—Eso está bien... Es de lo más satisfactorio. Dígame, señor, ¿trabajaré con usted directamente o con el observador con el que departí hace poco? — Bastante sagaz, pensé.

—¿Observador? ¿Qué observador?

—El de la Alta Comisión. Usted me lo... Es su designación oficial.

—Observador —dijo el señor Re Chong Cho, recreándose en cada sílaba. Y al fin—: Hum. —Prolongó el sonido, poseído por lo asombroso de su propia gesta memorística. Como Mandy—. Ha sido destituido.

Por fin lo sabía. El banquete estaba servido y quedaría la diversión de contar... Vaya, llevaba un minuto de retraso.

Cuando colgué el teléfono, Morgan ya estaba ahí.

—Stanley, ¿conoces a la chica nueva, la de las celdas?

—¿La de qué? ¿La que lleva esa trenza?

—La misma. Me ha estado dando una matraca infernal con que la acosan sexualmente.

—¿De verdad? Suerte que tiene, con esa peineta. El portero cojo otra vez, digo yo.

—No, ha sido la señora que sirve el té, la jodida. Le ha preguntado si tuvo un buen ya sabes qué anoche, y luego le ha dicho que está convencida de que su novio calza un buen número. Con un retintín asqueroso, cuenta la chica.

—Hum —rezongué—. Es sexual en cierto modo, por supuesto que lo es, y comprendo que se sienta acosada, pero no veo que la frase lleve a eso, ¿no te parece? Ahora bien, no tiene ningún sentido que le haya dicho una cosa así,

eso sí lo veo. ¿Cuándo has hablado con ella?

—Ahora mismo, mientras estabas al teléfono.

—Ah, sí, era el rey de Penang, que quiere cuatro páginas. Está cerrado.

—¡Genial! Ve y habla con ella, ¿te importa, Stanley? Está hecha un manojo de nervios.

Miré alrededor en busca de una escapatoria y tuve la suerte de encontrar a Harry Coote, de pie en medio de la entrada. No había vuelto a verlo desde la ocasión que a buen seguro recordaba como «la noche del taxi».

—¿Tienes un minuto? —me preguntó.

En fin, llegados a ese punto habría preferido pasar un minuto o más en compañía de Yasser Arafat antes que hablarle a una mujer hecha un manojo de nervios, una condición previsible más de tantas. Le dije a Morgan que charlaría con ella más tarde y este disimuló su decepción como un hombre, es decir, no la mostró.

Tras mi última visita alguien había reemplazado la pecera de Harry por una escultura labrada en algún material azul oscuro y con vetas. El objeto representado era posiblemente un caballo, o quizá una vaca, pero resultaba imposible confirmarlo, porque al parecer el artista había fallecido antes de terminarlo, o tal vez se hubiera hartado y lo había dejado a medias. Había también una planta con hojas vellosas en una maceta nueva.

Harry se sentó a la mesa, que estaba vacía salvo por un cenicero de vidrio del tamaño de la tapa de un cubo de la basura, y sacó sus puros. Me fijé en que el diseño del paquete tenía un aire tercermundista de lo más deprimente.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

—Bueno, los de Penang se han hecho con esas cuatro páginas.

—¿Ah, sí...? —Demostró al escucharlo el mismo entusiasmo que Morgan, cuando menos—. ¿Cuánto tiempo llevas en el puesto?

—Unos dieciocho meses más que tú en el tuyo. Eso son...

—¿Nunca has pensado en cambiar?

—Nunca lo he pensado en serio, ahora que lo dices.

—El joven este, sí, cómo se llama, tu número dos, este joven tan majo,

Morgan no sé qué, Morgan, Morgan, Morgan Wyndham, Wyndham. Dime, Stan, en tu opinión, ¿es, o sería..., si estuviera interesado..., por supuesto, pero crees que sería capaz de dirigir el cotarro durante un tiempo?

—Bueno, vuelvo a decírtelo... Para serte sincero, no he pensado mucho en ello, Harry. A bote pronto calculo que no sería más que eso, capaz. Porque muy ambicioso no es. ¿Por qué?

—En fin, como te he dicho antes, tengo mis dudas de que el puesto de responsable publicitario sea el medio ideal para dar salida a tu talento.

—¿Y tienes esas dudas ahora? —le pregunté cuando parecía que acababa de decir la última palabra. En mi opinión, la conversación pedía a gritos algo de diversión—. ¿No estarás intentando decirme algo, Harry?

—Sí —dijo con bastante brusquedad—. Sí, sí lo estoy. Te comunico de forma oficiosa que desde finales de mes no precisaremos de tus servicios en tu puesto actual.

—Ah, ya... —dije, preguntándome si la casa de Hampstead no estaría ardiendo mientras estaba ahí sentado, y entonces me di cuenta de que Harry me miraba con una pavorosa sonrisa de almirante sacada de alguna película sobre la Segunda Guerra Mundial.

—Pero precisaremos de tus servicios como corresponsal de automovilismo del periódico, mi querido Stanley. Oficiosamente, el consejo lleva algún tiempo insatisfecho con el rumbo actual. Entonces, bueno, dio la casualidad de que me encontré al marido de tu ex, a nuestro Bert Hutchinson, creo que te conté que solemos vernos de tanto en tanto en el Ladbroke Arms, y dijo, en fin, dijo que habíais hablado largo y tendido hacía poco y que no conocía a nadie que supiera tanto de coches. —¿Lo dijo de verdad? ¿Qué le había contado? ¿Cuándo?—. Ni al que el automovilismo le importe tanto; insistió mucho. Y eso es... esencial —dijo Harry con mucha sinceridad—. Y sé que siempre has querido ser escritor. —¿Cómo podía saberlo? ¿A santo de qué podía habérselo contado yo mismo? ¿Dónde?—. Así que... Me fui, le di alguna vuelta y lo dejé caer. Tendrás noticias... pronto. Espero que estés contento, Stan.

—Sí. —Lo estaba, o más bien lo estaría algún día—. ¡Muchísimas gracias! —Continué, procurando hacerle ver que me creía que lo hubiera conseguido él

solo.

—Olvídate, macho. Me limité a compartir una idea, eso es todo. Sí, ha estado bien hacer esta menudencia ahora que me marchó. También yo, eh..., cambiaré de trabajo. Me voy a Sudáfrica, a dirigir un nuevo periódico en inglés. Puedes figurarte que es, cómo decirlo, un desafío notable.

—Ya lo creo.

—Pensaba que ya iba siendo hora de un cambio de aires. Que si no lo hacía ahora, no lo haría nunca.

—Ese es el espíritu.

En cuanto terminé de decirlo, se hizo un silencio horrible. No podía levantarme y desaparecer después de recibir dos noticias de tamaña envergadura, eso pensé al menos, y al mismo tiempo no se me ocurría nada que decir. Tampoco a Harry o, peor aún, vi que sí se le ocurrió algo, pero no estaba seguro de poder, deber o querer decirlo. Había llegado la hora de que me pidiera en matrimonio. Abrió la boca. Yo deslicé el pie derecho hasta la pata delantera de mi silla, manteniendo el tacón elevado para salir disparado hacia la puerta en caso de que fuera necesario.

—Te diré algo que nunca le he contado a nadie —comenzó. Tenía las manos entrelazadas frente a él, sobre la mesa—. Te habrás dado cuenta de que, además de no tener esposa, tampoco tengo ninguna amiga, y pensarás que no la he tenido nunca. Así es. Alguna gente ha llegado a la conclusión, naturalmente, de que eso significa que soy, ya sabes, marica. —Fue directamente al grano para ahorrarme el fingimiento de que yo jamás me había contado entre esa gente—. En fin, me figuro que podría serlo, muy en el fondo. Y a eso solo puedo responder que, de serlo, lo seré en el puto fondo, tío. No, en lo que respecta a la orientación de mis apetitos sexuales, puedes considerarlos tediosamente normales. Pero su intensidad es otro cantar.

Apagó el puro a cámara lenta mientras los dos —de distinta manera— pensábamos en la canción.

—Escasa —dijo abruptamente—. Definitivamente escasa. Una vez al mes o cada seis semanas, más o menos. Me he dado cuenta de que se intensifica un poco en invierno, por extraño que resulte. A pesar de todo, no tengo ningún problema, descuelgo el teléfono y cuando he llegado la chica ya está lista y

esperando, y en una hora me vuelvo a casa. Nunca dejo que vengan ellas. La última vez que lo permití la susodicha quiso pasar la noche allí y me costó Dios y ayuda echarla. Me veo con la misma desde hace ya diez años. No tiene ningún sentido andar cambiando. En realidad, están todas cortadas por el mismo patrón.

Harry me hablaba con la vista apartada la mayor parte del tiempo, aunque no dejó de lanzarme miradas de reojo a la cara. Una vez superada —en apariencia— la parte más dura, se relajó un poco, encendió otro puro y me miró a los ojos. Aunque se tomó su tiempo para reanudar la conversación.

—No creo, Stanley, que te hayas parado a echar cuentas sobre el coste del matrimonio, aunque la mujer trabaje. No, juraría que nunca lo has hecho... Un tipo como tú... Yo, sin embargo, sí me paré a echarlas, y lo hice al comienzo de la partida. Es evidente que tú le sacas bastante más provecho, al matrimonio, digo, del que podría sacarle yo. Simplemente, creo que no está hecho para alguien como yo.

Habló con unos modos impresionantes, de estadista, golpeando la mesa con el puño.

—Como transacción comercial, el matrimonio no es de recibo. El dinero —dijo, y logró que sonara grandilocuente, al nivel de «tu país» y de «tu señora madre»— se va consumiendo las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana en bienes y servicios innecesarios e... insustanciales. Como estar en Navidades todo el año. En 1969 los hombres británicos perdieron de media el control del sesenta y dos por ciento de su renta disponible al contraer matrimonio, según mis cálculos. Y el porcentaje no habrá disminuido desde entonces, ¿no te parece? No con todo eso de la liberación. Es de risa, eso es lo que es. —Se rio—. ¿Liberarse de qué, si se puede saber? Pero más vale que no vayamos por ahí. Recuerda que, en la práctica, las esposas suelen cobrar en los países desarrollados bastante más que ningún otro grupo por su aportación, y sin duda más que ningún otro trabajador sin cualificar. Y todo esto suponiendo una vida sexual media. Mientras que en mi caso...

—¿Y qué me dices de la compañía? —pregunté, puesto que sentí que alguien debía hacerlo.

—¿Tener a otra persona rondando por casa? ¿A eso te refieres? —Parecía anonadado.

—Hombre, a algo más que eso. Otra persona con la que hablar, compartir cosas con cierto estilo.

—Hum... Supongo que un apetito sexual normal lleva a lo otro. Es más, lo doy por hecho. No pretendo proclamar una ley universal. Está claro que ese apañío conviene a la mayoría de la gente. Yo hablo por la mayoría de los hombres. Huelga decir que las más beneficiadas son ellas. En fin...

Miró su reloj y nos levantamos los dos. Pero aún no había terminado del todo.

—En parte, ¿sabes?, no me importa que aquí o allí se piensen que soy marica. No es para tanto en estos tiempos. Y, a mi modo de ver, es bastante menos censurable que regalar mi dinero a nadie para ver cómo se lo gasta durante el resto de mis días. Pero el resultado de esa sospecha es que así resulta más difícil hacer amigos, amigos varones, naturalmente. Por ejemplo, me habría gustado conocerte mejor, Stan, pero no pudo ser. Y, luego, cuando un hombre soltero ha dejado atrás su primera juventud, apenas le invitan a nada. ¡Ay, el mundo está hecho para los casados! En mi caso, me ha llevado una eternidad caerme del guindo. Tengo la intención de hacer algo al respecto cuando llegue a Ciudad del Cabo. No puedo remediar mi soledad, ni pienso hacerlo, pero podré decir que tuve una esposa en Inglaterra que lleva mucho tiempo muerta. Algo de lo que nunca se hable. Espero verte antes de irme.

Logré, de regreso a mi despacho, no desmoronarme de pena ante el pensamiento de la amistad que nunca fue. Durante el discurso de Harry llegué a preguntarme un par de veces si su política sexual no obedecería a un odio o un horror profundo, y acaso inconsciente, hacia las mujeres, pero acabé concluyendo que no era más que odio y horror a sacar la cartera. A ojos de la mayoría de los hombres, este era un escollo mayor para intimar con él que cualquier indicio de homosexualidad. Y, por cierto, no había explicado qué tenía en contra de esa práctica habitual entre otros no-casados, la de pillar cacho en las fiestas y desprenderse de la chica al día siguiente: más barato, habría jurado, que la solución de Harry. Ay, pero solo

en teoría... Uno nunca sabe a qué puede abocarse cuando ofrece a alguien un baño caliente o un desayuno copioso, o si paga la carrera del taxi sin pedir por escrito su reintegro. Así y todo, tuve que agradecerle que no repitiera aquello de la pena que le daba que Nowell y yo no hubiéramos conseguido hacer funcionar lo nuestro, y que tampoco hubiera preguntado con malicia si las cosas iban bien en casa. Aunque quizá nunca hubiera llegado a sentir un excesivo compromiso personal con ninguno de los dos asuntos.

Lindsey se presentó muy arreglada en el bar justo después de las seis, con un aspecto bastante más saludable que de costumbre y, en cierto modo, mejor «definida», como si la estuviera contemplando más de cerca. Su chaqueta de cuello alto con botones de metal y las botas de color canela le conferían un cierto efecto rebelde. Desde el principio prestó mucha atención a todo cuanto dije, y poco después a mi relato sobre lo ocurrido hasta la marcha de Susan. Puso —ella, Lindsey— caras raras e hizo algún que otro sonido en los momentos cumbre y en los más bajos, pero no recurrió a ninguna de esas salidas prescindibles a las que sé que acostumbran las mujeres para seguir siendo el centro de atención cuando otro está hablando. Me explayé diez minutos más, aunque podría haberlo hecho durante semanas sin la menor dificultad. Cuando terminé, Lindsey fue a la barra a por más bebidas, y las trajo justo a tiempo, antes de que el local se llenara en un abrir y cerrar de ojos, como el ascensor del metro.

—Bueno, yo nunca lo he hecho... —dijo—. ¿De verdad piensas que se clavó el cuchillo ella misma?

—No, yo... No. ¿Una mujer inteligente y culta como Susan, con un trabajo responsable y que siempre ha demostrado un maravilloso autocontrol? Por supuesto que no. Al fin y al cabo, llevo viviendo con ella cuatro años. Es todo tan confuso, y precipitado. Ridículo. Estúpido. No. Aunque me imagino que he debido...

—De hacerlo, lo habrá hecho en el calor del momento, sin duda. Y cuando alguien así pierde el control, lo pierde con todas las de la ley. Ah, y es capaz

de eso y de mucho más, créeme.

—Si tú lo dices...

—Te lo diría más gente si tuvieras ocasión de preguntar. Escucha, ¿has conocido a uno solo de sus amigos de antes en estos cuatro años?

—Bueno, está su jefe, el viejo Robbie no sé qué más Jamieson, y su mujer, y un tipo que se llama... No, no a muchos, la verdad...

—Ella hace eso, corta por lo sano y sigue con su vida. ¿Sabías que nunca ha frecuentado a los conocidos que hicimos en Somerville en los sesenta? Lo que has de entender, Stanley, lo que tienes que meterte en la cabeza, es que está loca. No está en sus cabales, por culta que sea. Lo de su educación es interesante..., aunque supongo que de eso tampoco tienes ni idea.

Encendieron la máquina de frutas. Alguien, al parecer sin quererlo ni percatarse, me propinó tal golpe en la parte baja de la espalda que a punto estuvo de tirarme del taburete. Otro tipo, con una pinta de cerveza, se nos arrimó tanto que su codo flexionado acabó tapando el rostro de Lindsey, que se cambió de sitio y me miró a través de las gafas que llevaba aquel día, muy limpias y con una montura carmesí.

—¿Te gustaría venir a casa, Stan?

—¡Oh, me encantaría!

Llevábamos un rato en su casa —un majestuoso bajo con jardín por Fulham Road— cuando dijo:

—No eres judío en realidad..., ¿verdad que no, querido?

—No. Mi abuelo era de Anglia Oriental. Bueno, me figuro que podría haber nacido en Tel Aviv, pero no era el caso. Tengo un aire judío, lo sé.

—De acuerdo, pero, entonces, ¿a qué viene eso otro?

—Lindsey, ¿qué me estás contando? Ah, claro, no me acordaba... Déjame decirte que aquí se le ha hecho a todo el mundo desde hace mucho tiempo. Incluso a los muertos de hambre. Dicen que ayuda a mear mejor o a algo así.

—Mira, sé que es un asunto espinoso, ¿pero eres de clase baja, verdad, querido? Entre tú y yo, por supuesto.

—Lo fui antes de aterrizar en este mundo, es cierto, pero de clase media-baja, no trabajadora. Es una distinción crucial. Mi padre se ponía como un basilisco si le decías que era de clase trabajadora. Para él era peor que

llamarle judío.

—No paras de hablar de ello, ¿no es así?

—Dejaría el tema en un santiamén si me lo permitiera la gente. Pero tú me has preguntado. ¿De qué sector de la clase trabajadora irlandesucha proviene usted, Lucas?

—Eso es peor que llamarle a tu padre judío. Los irlandesuchos en los que piensas son católicos de baja estofa, y yo no puedo estar más en el medio de la clase media. Te diré una cosa: mi padre es uno de los gerifaltes de la Comisión de Servicios de Mano de Obra, y todo el mundo allí habla con acento paleta salvo los encopetados que estudiaron en Inglaterra. Y la casa de mi familia está en Lisburn, la Godalming de los Seis Condados. Un lugar fabuloso, Irlanda del Norte. Encantador y tranquilo. Ah, y si eres tonto de remate y sabes buscarlas, encontrarás allí zonas donde perder la cabeza, pero el resto es tranquilo. Sin problemas raciales. Pacífico.

Dejó de hablar tras pronunciar la última palabra. Pensé en insinuar que resultaba bastante pintoresca la afirmación de que un lugar lleno de irlandeses carecía de problemas raciales, pero decidí no hacerlo. Tardé un par de minutos en abismarme en uno de los silencios más gratos que recordaba en mucho tiempo. No era un silencio absoluto, pues aunque no circulaba demasiado tráfico por la zona, oí un par de taxis amortiguados por las viejas y gruesas ventanas y por los cortinones, pasos esporádicos que iban y venían, y de tanto en tanto la respiración de Lindsey, tan lenta que pensé que estaba dormida. El resto de mi vida seguía ahí, pero en aquel instante nadie podía hacerme nada. Penetraba muy poca luz en la sala, la justa para permitirme distinguir el color negro de su cabeza y el blanco de la espalda. Por fin suspiré y cambié de postura. Estaba despierta, a pesar de todo, y me malinterpretó, aunque no de un modo preocupante.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó sin moverse.

—Aún no. Gracias, querida.

Más tarde sí bebí algo, un whisky escocés con agua, y llamé al número que me habían dado para contactar con Nash. Respondieron tan rápido que pensé que alguien debía de estar quitándole el polvo al teléfono o sentado a la espera de que sonara.

—¿Sí? —Una voz áspera y escasamente informativa.

—¿Podría hablar con el doctor Nash, por favor?

—¿Quién eres? —Una mujer, no muy joven, pija, tanto como Alethea.

—Me llamo Duke. Esperaba...

—¿Quién eres tú? —Borracha.

—Mi hijo es paciente del...

—¡Cuelga el teléfono y no llames más! —Parecía la parodia amenazante de un actorucho sobreactuado. Y desquiciado también—. No va a ir... ¿Entendido? Se queda aquí mismo, ¿vale? Dicho por el propio interesado, hermano. Puedes decirles a tus pilinguis que el doctor Nash siente mucho no poder asistir a la... ffffunción.

Me quedé de pie en el sitio, junto al paragüero de loza de estilo oriental que tenía Lindsey en el recibidor, escuchando con la sensación de ser un poco imbécil, e incapaz además de decir nada. Entonces, después de que la chiflada y borracha de alcurnia pronunciara una o dos palabras más, se hizo un silencio repentino y completo en el otro extremo de la línea, la clase de silencio que uno oye cuando alguien tapa el auricular con la mano. Al cabo se puso Nash.

—Hola, Alfred Nash al aparato, ¿quién llama?

Guardó una compostura de hierro, tanta que durante algo más de un instante pensé que había soñado lo acontecido en el medio minuto anterior. Claro que, siendo mucho mayor que yo, debía de estar más acostumbrado a ellas, naturalmente, aunque quizá... Me adelanté y, para que no preguntara de nuevo, le dije quién era y después le puse al tanto de las novedades de Steve. Le conté que había agredido a su madrastra.

—Me gustaría que fuera a verle, doctor —dije al fin—. Me tiene muy preocupado. Esa mujer es una psicópata peligrosa... Lo siento, lo que quiero decir, ya sabe, es que es una histérica y una neurótica.

—¿Quién, qué mujer es esa? —dijo.

—Eh, doctor...

—Sí, sí, la doctora Collings, hum. Hum. Creo que podré ver a su hijo mañana por la mañana.

—Yo mismo tenía previsto ir entonces. ¿Nos veremos?

—¿Me disculpa un momento? —Otro silencio, pero esta vez duró algo más. Cuando Nash reapareció, se oyó como el eco de un grito en el fondo—. No, creo que debo aconsejarle que se mantenga al margen, señor Duke —dijo con consideración—. Le veré a las doce en New Harley Street, si le viene bien.

—Ahí estaré. Es muy amable por su parte.

—Bueno. La alternativa era un taller de psiquiatría social.

Colgó tan precipitadamente que se comió la mitad de la última sílaba. Me serví otro trago y rellené el de Lindsey, que estaba sentada en la cama, aunque no demasiado lejos. Sin las gafas, aparentaba unos dos añitos.

—¡Enhorabuena! —dijo—. Que tengas mucho éxito.

—Gracias. ¿Con qué?

—Tu nuevo trabajo. Crítico automovilístico.

—¡Ah, eso! —Era cierto que no había vuelto a pensar en ello desde que se lo conté, camino de su casa—. Espero asumir el cargo a tiempo para el Salón del Automóvil. Tenía pensado ir de todos modos, pero en calidad de civil, digámoslo así.

Lindsey podría habérselas arreglado sin esa información, me figuro, y lo mismo cabe decir de alguna otra cosa que le conté, pero estaba decidido a mantener el control de la conversación por la creencia supersticiosa de que sería de buen agüero no mencionar a Susan hasta que estuviéramos fuera del piso, en un restaurante griego bastante bueno situado a un par de calles, según habíamos acordado antes. Finalmente gané una bonificación por contenerme un poco más hasta que terminamos de pedir.

—Antes has dicho algo sobre su educación. Sobre la de Susan.

—La misma. Sí, solo fue a la escuela durante un cuatrimestre, después sus padres la tuvieron que sacar y le pusieron un profesor particular en casa. Le costaba mucho separarse de su familia y fue víctima de un acoso terrible. —Lindsey imitó el acento de Susan con mejor tino del que había imaginado, pero no lo bordó como la señora Shillibeer—. Doy por hecho que no sabías nada.

—No. ¿Tú cómo lo has sabido? ¿No es gracioso? Que nunca me haya contado nada sobre esa parte de su vida, y que a mí jamás se me haya

ocurrido preguntarle.

—Me lo contó ella misma, por eso lo sé. En fin, cuando apareciste en su vida debió de darse cuenta de que no era precisamente algo de lo que pudiera presumir.

—¿De qué estás hablando? Ella no podía hacer nada.

—Solo si consideras los hechos al pie de la letra. Piensa en lo que ocurre en la escuela, en cualquier escuela. Hay dos cosas que todos reciben a espaldas, para dar y regalar, sobre todo al principio: oposición y competitividad. Susan odia ambas cosas. No las quiere ver ni en pintura. Quién se ha creído que es este o aquella, esa era su monserga en Oxford. Y el aludido solía ser el decano de la facultad o el profesor de Lengua y Literatura Inglesas, ya ves, subalternos de ese jaez, sin ningún derecho a obligar a Susan Daly a hacer lo que no quería hacer, ni a impedir que lo hiciera. Susan, faltaría más, era brillante como ella sola y tenía un profesor particular cojonudo, pero, cada vez que llegaban los exámenes finales, sufría un ataque de nervios. No podía ni sentarse. En fin, una nunca las tiene todas consigo sobre algo así, pero mi impresión es que sabía que no iba a sacar matrícula, y Kate Oliver, que era amiga de las dos, sí la sacaba. Ya entonces no se hablaban, porque Kate le había contado al novio de Susan un montón de mentiras sobre ella, y acabó quitándoselo. O eso decían. Lo que siempre me ha olido es que el chico conoció a Kate a través de Susan y le gustó más ella. Yo tampoco le habría dado las gracias por presentármelo. Estudiaba Ingeniería.

—Ah, ya... Eh, ¿llegaste a conocer a su primer marido? Un ilustrador de libros, ¿verdad?

—Sí. No llegué a conocerle, pero algo he oído de él. Lo que más le gustaba hacer era ilustrar libros, bueno, tú ya me entiendes. Lo siguiente que más le gustaba hacer era ojear libros ilustrados por terceros y leer libros sobre ellos. Eso le gustaba mucho más que asistir a fiestas de escritores, artistas y gente así.

—Bueno, debo decir que puedo llegar a... ¡Dios mío!

—¿Qué pasa?

—Nada, acabo de recordar algo que me contó alguien sobre Nowell. ¿Algo

más sobre este tío?

—Al parecer, aunque he olvidado quién me lo contó, no se manejaba con mucha inteligencia en el negocio de la ilustración. Quería hacer buenas ilustraciones en libros serios, libros como Dios manda. Nada de ilustraciones modernas en libros vanguardistas, que en realidad son las que mejor se pagan.

—No me lo creo —respondí, y no dije más que la verdad.

—Tú mismo, Stanley... Solo te estoy contando lo que ha llegado a mis oídos.

El camarero trajo entonces, en el peor momento, el *hummus*, la *tramosalata* y el resto, aunque tampoco es que interrumpiera un momento íntimo o estropeará el final de un chiste. Alargué la mano hacia el vaso y lo volví a dejar en su sitio. Quería moderarme con el *ouzo* aquella noche, y no solo con eso.

Lindsey captó el movimiento.

—No estás bebiendo. No para lo que acostumbras.

—No, que le den. No me atrevo. Tengo que acostumbrarme. ¿Un corresponsal de automovilismo sin carné? Me va a cambiar la puta vida. Conducir será como tantas otras cosas que hago, como jugar al *squash* o escribir cartas a la prensa especializada. No sé cómo voy a adaptarme.

—¿Quieres hablar de tu hijo? —dijo, en bajo, tras una pausa.

—No —respondí—. No, no quiero hablar sobre él.

—Peor que lo de Susan, ¿verdad?

Asentí.

—Lo sé, casi pierdo a la pequeña hace seis años. La atropellaron y se dieron a la fuga. Tenía... Lo siento.

—Volvamos a los malditos años de estudiante de Susan —dije—. ¿Cuáles son exactamente esos hechos desfavorecedores?

—Tuvieron que sacarla de la escuela —¿tuvieron que?— porque, primero, echaba de menos su casa. Traducido: estaba deseando volver a algún lugar en el que pudiera hacer lo que le daba la gana cuando le daba la gana. Segundo, el acoso. Traducido: las otras niñas estaban hasta la coronilla de su empeñamiento en hacer lo que le daba la gana cuando le daba la gana,

cosa que incluía mangonearlas a todas ellas, y le mostraron cierto rechazo. Siempre me he preguntado hasta qué punto. Tratarían de obligarla a que mantuviera la boca cerrada, estoy segura. Quizá se juntaban para reírse de ella e incluso le tiraran del pelo. Maldades así.

»Sus padres fueron a Oxford una vez, o yo solo los vi una vez. La madre me miraba sin ningún disimulo, como si le hablara en swahili cada vez que abría la boca, aunque no la abrí demasiado después del primer minuto, como te puedes suponer. Y también miraba a los demás en busca de ayuda, como suplicando: «¡Por el amor de Dios, no me dejéis a solas con esta salvaje!».

—Sí, sí que lo sé.

—Pero el que de veras se las traía era el padre. ¿Te puedes creer lo que me dijo, no te lo vas a creer, cuando ella se fue a hacer pis? «¿Qué te parece mi niñita? ¿Verdad que es espléndida?» Eso me dijo, te lo prometo. Ya sabía que no te lo creerías.

—Y no me lo creo. Querría hacer una gracia.

—No quería hacer una gracia, Stanley. Era, cómo decirlo, era el arquetipo del padre indulgente hasta el absurdo que venera el suelo que pisa su niñita y al que, ya me entiendes, su hija le atrae un poco. Que sí... ¡De verdad! No digo que pasara nada, ni mucho menos, pero estaba ahí, algo había ahí. Claro que eso fue hace muchos años.

—Mira, querida, todo esto es fascinante, y me creo hasta la última palabra, pero has empezado diciendo que la creías muy capaz de, eh, de montar un espectáculo como el del cuchillo, y quiero saber más al respecto. ¿Algo más que decir? Lo que me has contado hasta ahora...

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Lindsey cuando no conseguí seguir hablando.

—Iba a decirte que todo este asunto no tiene mejor pinta que el expediente sobre cualquier otra enajenada atrapada por completo en sí misma, pero luego he recordado que siempre pensé que Susan no era así. Creía que era, ya sabes, razonable, que escuchaba lo que le contabas y que hasta podías llevarle la contraria.

—Y podías llevársela, hasta que le empezó a importar. Le haces pasar un mal rato, no tan malo al lado de los que me dabas a mí, y de repente

descubre que está en segundo lugar. Y esa mujer, sencillamente, no está hecha para ser la segunda.

»Ahora bien, querido Stanley, espero que me creas cuando te digo que jamás habría abierto la boca si las cosas hubieran seguido como antes. Pero ahora están patas arriba... No iba a contártelo, cariño, pero una amiga de Kate dio una vez una fiesta en su apartamento, nada del otro mundo... Yo estuve allí... Tan solo consistía en tomarse unas copas antes de cenar, y Susan decidió que tenían que haberla invitado, creo. En todo caso, después de una hora se presentó en la fiesta con una botella de champán y un aspecto, en fin, he leído sobre esa gente que parece que va enmascarada, y el caso es que su rostro producía esa impresión. Todo el mundo le dijo «hola», fue un poco violento, y ella no respondió, pero lanzó la botella de champán por la ventana de la sala, que estaba en la primera planta, y esta explotó en la calle como una puta bomba... ¡Menos mal que no le dio a nadie! Entonces se puso hecha una furia y rompió todos y cada uno de los vasos y lo que encontró a su paso hasta que consiguieron reducirla, esa es la palabra... ¡Hicieron falta cuatro jugadores de rugby! Luego rompió a llorar y empezó a pedir perdón, y se pasó así un buen rato. Ah, no hay duda de quién fue la primera aquella noche, no en popularidad, quizá, pero llamando la atención desde luego se llevó la palma.

»Después dijo que no sabía qué le había pasado. Le di bastantes vueltas. Una botella de champán es un misil la hostia de caro si solo lo quieres para eso. Le habría bastado con lanzar medio ladrillo. Me imagino que lo que hizo fue comprarlo con la intención de personarse en la fiesta y entregárselo como regalo a la anfitriona, un regalo con trampa, porque la habría obligado a acabar con la tontería aquella de no haber sido invitada. Un numerito que habría causado un breve revuelo, pero nada que ver con lo que acabó haciendo. Debió de cambiar de parecer en el último minuto, quizá al entrar en la sala y ver a todos esos cabronazos riéndose, charlando y bebiendo, felices sin ella. Actuó en pleno arrebato. Y estoy segura de que hizo exactamente lo mismo con el cuchillo la otra noche. —Lindsey se volvió taciturna, y me miró a través de sus grandes gafas—. Respecto al asunto de si está loca..., deberías haberle visto la cara aquella vez. Estaba irreconocible,

bueno, yo la reconocía, claro, pero no lo habría hecho si la hubiera visto, no sé, paseando por la calle. Estaba fuera de sí. Fue algo transitorio. O al menos solo lo dejó ver transitoriamente.

De llevar camino de convencerme de que Susan me había dicho la verdad sobre el lance del cuchillo pasé a no saber qué creer ni qué sentir al respecto. Ni sobre nada que pudiera venirme a la cabeza. Intentar pensar era como lanzarse a rebuscar en un vertedero sin ningún propósito.

—Si esto no hubiera ocurrido, tal vez no habría descubierto nunca cómo es Susan realmente —dije al fin, solo porque no se me había ocurrido otra manera de acabar la frase.

—Lo habrías acabado descubriendo de alguna otra manera... Tenía que pasar. Parece gente... Es como si tarde o temprano tuvieran que armarla. Su naturaleza se lo exige. Les pasa igual que a los borrachos que andan siempre en busca de pelea. Están más preocupados por meterse en una que por saber con quién se están zurrando.

—¿Y por qué se casaría conmigo?

Por una vez Lindsey no supo responderme al vuelo, o quizá descartó la primera respuesta que le vino a la cabeza.

—Bueno —dijo—, eres un hombre exitoso, pero de otra manera, así que no competías con ella, le dejabas muchísimo espacio y, qué coño quieres que te diga, querido Stanley... Eres un buen tipo, bastante atractivo, y me imagino que te tenía todo el cariño que podía tenerle a alguien. Me atrevería a decir que aún te lo tiene, o que podría volver a tenértelo.

El camarero se presentó entonces con la *musaka* y el *stifado* y las demás porquerías, que no eran demasiadas. En vista de las circunstancias, no había podido elegir peor momento. Después de aquello, desterramos a Susan de la conversación, pero siguió rondándome por la cabeza, no tanto su imagen como una sensación o presencia, tal y como me sucedía cuando volvía a casa y sabía que estaba ahí aunque no pudiera ver ni oír nada. En fin, todo volvería a su ser cuando regresáramos al piso, pensé para mis adentros, y me pareció que Lindsey compartía mi opinión, puesto que declinó el postre y el café y miró el reloj. Pero de regreso en su casa, mientras nos bebíamos el café que acababa de preparar, ella misma se encargó de sacarme del error. Es

más, su manera de tomarme las medidas con los ojos me dio buena cuenta del equívoco antes de que abriera la boca.

—Lo siento, Stanley, pero...

—Barry está al caer, ¿verdad? —Había observado señales de ocupación masculina, de una estancia más prolongada que temporal: trajes en lugar de camisas; botas, pantuflas y playeras, pero solo un par de zapatos—. O alguien.

—No, nadie. He cerrado varias entrevistas en Glasgow mañana, el coche-cama sale esta noche y antes tengo que preparar el equipaje. Así que, si no...

—Coge un vuelo mañana temprano —dije, sabedor de que era inútil—. Yo mismo te llevaré el aeropuerto.

—No, cariño, no puedo... Me encantaría, pero ya lo tengo todo cerrado.

—Pero mientras te... Claro, no, entiendo.

Rehusó mi ofrecimiento de acercarla en coche hasta la estación en media hora. Fuera o no fuera porque debía preparar el equipaje, era evidente que deseaba pasar algún tiempo a solas antes de partir. Comprensible. Mientras caminaba hacia la puerta caí en la cuenta de que había llegado a dudar sobre qué nombre poner a nuestro segundo hijo si era una niña. Ja, ja, muy gracioso.

—Lo siento, querido —dijo—. Lo cerré todo hace un par de semanas y tú no me has llamado hasta esta mañana.

—Lo sé. No pasa nada. Nos veremos cuando vuelvas.

—No me hace ninguna gracia imaginarte de vuelta en esa casa vacía.

—Yo tampoco me muero por volver, la verdad.

En el supermercado *paki* de Hampstead compré una tarrina de mantequilla de cacahuete crujiente, un bote de pasta picante para untar, un tarro de cebolletas en vinagre, otro de pepinillos dulces, una barra pequeña de pan de molde, un paquete de queso *cheddar*, otro de nueces de Brasil, una caja de bombones de licor y otra de trufas de chocolate. En casa tenía mantequilla y whisky, todo lo que necesitaba. Coloqué la compra en la mesa de la cocina, bebí algo de whisky y pensé en la lavandería, en la comida china para llevar y en otros asuntos de la misma índole durante algunos minutos. Al cabo llamé a Cliff, pese a que era algo tarde, y le puse al tanto del estado de la

cuestión. Conseguí resumirlo en unas cinco frases.

Parecía más azorado de lo que le había creído capaz.

—Así que estás ahí solo —dijo tras un silencio.

—Sí.

—¿Tú crees que se ha ido para siempre?

—No lo sé.

—Bueno, ahora no puedo hablar —dijo, bastante malhumorado, e hizo otra breve pausa—: Ven a comer mañana, o sea, a cenar. Los tres solos.

Cuando hube aceptado, añadió:

—Te veo en el Admiral Byron a eso de las siete. Entonces solo estaremos tú y yo. Stan, lo siento.

Habló Nash:

—Creo que es razonable pensar que ahora estará mejor vigilado y que recibirá un tratamiento más apropiado, al menos durante un tiempo. El efecto de la agresión... que usted me ha relatado... —Volvía a expresarse con sus habituales silencios—. Un efecto... ha sido infundir un temor divino a la doctora Collings. Ahora le espanta la idea de que uno de sus pacientes, sin medicar y... presuntamente violento, ande suelto por ahí. Puede usted desechar la amenaza aquella de dar de alta a su hijo. Pura ira. Lo dijo presa de la ira a causa de su... aparente fracaso profesional. Como usted mismo ha conjeturado.

—Así y todo, sigue sin hacerme ninguna gracia que mi hijo se quede a su cargo —dije.

—A nadie le haría gracia siquiera pensar en depender de una persona en semejante posición con las ideas que esta afirma profesar. Pero siempre que, entre pijotada y pijotada a la moda o pasada de moda, le administre un tratamiento químico razonablemente apropiado... El muchacho se encontraría lo mismo en cualquier otro lugar. O, como mucho, pijotadas de otra clase, tal vez.

—Comprendo. Doctor Nash, debo decirle que existe la posibilidad de que la herida de mi esposa sea autoinfligida.

Me miró como si acabara de anunciarle que había muerto alguien. Bajó después la vista, suspiró hondo y se quedó callado en su silla un buen rato. Al fin dijo:

—¿Con el propósito de provocar el resultado que acabo de describir? ¿Para quitarse de encima al muchacho, ese era el plan?

—Puede ser. Pero creo que es más probable que lo hiciera para reclamar la atención que yo le presto a Steve. —Había empezado a asentir rápidamente cuando aún no había terminado de contarle la mitad.

—Si llega a alguna conclusión sobre este asunto, por incierta que esta sea, hágamela saber. Cuéntesela al doctor Wainwright.

—Lo haré. Cuando Susan pensó que dudaba acerca de su versión de los hechos, se largó de casa. Me dejó. —Se me escapó sin demasiada intención.

Se tomó la noticia con filosofía, como si fuera casi de esperar, pero añadió con seriedad:

—Cuenta usted con mi más honda solidaridad en todos los sentidos de la palabra.

—Doctor, si damos por hecho que mi hijo agredió a mi mujer —si existe una frase absurda, hela aquí—, ¿eso empeora notablemente el pronóstico de mejora? Me temo que no he sabido explicarme muy bien.

—Le sigo perfectamente. No. No por sí solo. Es decir, hay casos de enfermos muy violentos que pueden recuperarse, y otros que, aun siendo inofensivos y pacíficos, terminan aislándose. Pero, como he dicho, me gustaría que me mantuviera al tanto.

Aguardé un poco antes de decir nada, porque creía que me ofrecería un jerez, pero él no perdió la calma.

—¿Podemos volver a la doctora Collings un momento? —pregunté dubitativo—. Cuando hablamos de ella la otra vez, creí entender... (naturalmente fue difícil con mi mujer delante), pero creí entender que lo que usted decía es que la emprendió conmigo, la doctora Collings, digo, por pura malicia, y pensé que en realidad quería decirme que solo trataba de...

—De joderle porque es usted un hombre —dijo Nash, y logró desconcertarme hasta cierto punto—. Sí, señor Duke, eso es lo que quise decirle. Como bien dice, me sentí un tanto inhibido por la presencia de su

esposa.

—Pero no cabe duda, doctor Nash, de que esa no es razón suficiente por sí sola para hacer que nadie, ya sabe, en un asunto profesional como este, con tantas cosas de importancia en juego...

—¿Que no es razón suficiente? —Elevó la voz—. ¿Joder a un hombre? ¿Que no es razón suficiente? ¿De qué me está hablando? ¡Dios santo!, usted ha estado casado, ¿cierto? Y habrá mantenido relaciones con otras mujeres, ¿no es así? No es posible que nunca antes haya sentido el filo del arma más poderosa de su arsenal. Usted ha debido padecer antes las consecuencias de que las mujeres, al menos las más brillantes, hayan advertido que los hombres son diferentes, que a menudo se preguntan si lo están haciendo bien, y se preocupan por que así sea. Los hombres se fustigan por sus faltas y no solo sienten haber errado, sino que en ocasiones lo admiten, y se disculpan, y ruegan que los disculpen, prometen no volver a hacerlo, y lo prometen de corazón. ¡Piénselo! De corazón. Todo esto trasciende la capacidad de comprensión de las mujeres. Por eso mismo no son buenas novelistas y nunca deben ser curas. ¿Que no es razón suficiente? Ellas no tienen razones tal y como nosotros las entendemos. Cuentan con los medios y la oportunidad, y eso es suficiente.

Me miraba con un miedo cerval. Lo mismo se preguntaba si no sería un androide o me habría poseído algún ser alienígena. Después se serenó, aunque no del todo, y de hecho volvía a parecer aterrorizado cuando dijo:

—¡Por el amor de Dios, dígame que sabe de qué hablo!

—¡Ah, claro que lo sé! Pero, a mi modo de ver, sí tienen razones de alguna clase. Y es la clase de esas razones lo que da miedo. Creo que Collings sacó a Steve del hospital y le retiró la medicación para castigarme por haberla reprendido...

—Ha habido un desencadenante, sin duda —dijo, haciendo un gesto de rebanarse el cuello—. Entre enfermos de rabia basta un toque en el brazo o apuntarlos con una luz muy brillante para provocarles un paroxismo violento y asfixiante. No me cabe duda de que usted importunó o disgustó a esa mujer de alguna manera. ¿Y qué?

—Bueno, creo que eso la inhabilita para supervisar...

—Olvídese, mi caro amigo. ¿Se imagina, si las cosas llegaran tan lejos, explicando ante un tribunal que en su opinión cierta doctora y psiquiatra cualificada no es apta para hacerse cargo de un caso determinado porque, en su opinión, se ha dejado llevar por razones personales? ¿Un tribunal integrado por al menos una mujer? Tómese su tiempo.

—No necesito tiempo. No.

—Que así sea. Olvidémonos de la doctora Collings, señor Duke. Yo me encargaré de ella, la mantendré a raya. Ahora me toca a mí retroceder. En nuestro primer encuentro, en su casa, ¿recuerda que le pregunté si pensaba que todas las mujeres están locas?

—Perfectamente —repuse—. Y yo le dije que pensaba que muchas lo están. En fin, lo que ha ocurrido entre tanto no me ha obligado a cambiar de opinión exactamente.

—Lo encuentro muy natural. ¿Diría usted..., llegaría tan lejos como para afirmar que los locos de verdad no están recluidos en psiquiátricos, como su hijo, sino que esos locos son... las mujeres, o al menos ciertas mujeres?

—Es tentador. O más bien...

—Es tentador. En buena parte, al menos. —Sí, estaba calmado, pero no relajado, sino contenido o constreñido mientras maduraba en su mente el momento propicio para lanzarse—. Tengo la impresión de que sigue aferrándose a la opinión de que existen algunas mujeres elegidas. Hum... El joven Wainwright comparte ese parecer, faltaría más, o lleva camino de hacerlo. Cree que todas están locas, o afirma creerlo. Naturalmente, uno ha de tener presente que, por norma, los médicos de cabecera apenas se relacionan con dementes. Los neuróticos, por otra parte...

—Por el amor de Dios, doctor Nash, ¿es necesario que echen espumarajos por la boca, que te persigan con un hacha o que parloteen sobre profetas reencarnados del Antiguo Testamento para darlos por locos? ¿No pueden serlo a tiempo parcial, locos que solo lo están en ciertos momentos? Del mismo modo que un apéndice doloroso no tiene por qué...

Nash no escuchaba. Poco a poco su pecho se hinchó de aire. Aquí venía lo gordo:

—Y... si... estuvieran... todas... loocas —espetó en cinco aullidos altos y

espaciados, mostrando el blanco desgastado de sus dientes y con toda la pinta de estar también él fuera de sus cabales—. Si tan solo... estuvieran... mal de la cabeza. Entonces podríamos tratarlas, encerrarlas, embutirlas en una camisa de fuerza, aislarlas de la sociedad. Pero no lo están... ¡No lo están!

Se levantó de un salto, rodeó la mesa y avanzó hacia mí. Durante un instante me pregunté si no me habría confundido con un travesti, con un imitador de hombres, pero solo era el primero de una serie de paseos erráticos.

—Los locos —continuó en un tono no menos exaltado que el de antes— no pueden gobernar sus vidas, son incapaces de lidiar con la realidad. ¿Cuántas mujeres son así? Los locos se enredan sin remedio en sus propios pensamientos, en sus sentimientos, en su conducta y en su habla incongruente, entre ellos mismos y en cualquier lugar. ¿Se parece esto a la descripción de una mujer? Los locos están confundidos, a la deriva, turbados, incluso asustados. ¿Qué mujer lo está? En verdad, quiero decir.

»No —prosiguió, en un nuevo *crescendo*—. No. No están locas. Están todas ellas cuerdas... Aunque su cordura es monstruosa, nauseabunda y aterradora. Ese es el problema. ¡Ese es el problema! —repitió con su voz habitual, pestañeando y moviendo la cabeza como quien acaba de volver en sí tras desmayarse—. En fin, señor Duke, espero que sus dificultades maritales se solucionen por sí solas. Porque, después de todo, estar casado es lo natural. Es donde nos... Sé que es un hombre ocupado y yo también tengo cosas que hacer. Seguimos en contacto.

Ya en la puerta, me dijo:

—Su hijo tiene muchas posibilidades de salir adelante.

Procuré mantenerme lo más ocupado que pude durante el resto del día. Seguí intentando quitarme a Steve de la cabeza, pero si pensaba en Susan me venía abajo. Pasé entonces a tratar de averiguar por qué arrastraba la impresión de que Steve no volvería a ser el de siempre. Quizá se debía a algo que había dicho Nash aquella mañana. Pero apenas dijo nada, o al menos

nada nuevo. Tal vez en sus modos hubo algo más descorazonador que en las palabras. Lo más probable es que la sensación se remontara a la mañana anterior, al pequeño destello que me mostró a Steve tal y como era antes, un recordatorio fugaz y completo de la persona a la que ya había empezado a olvidar. En teoría, es indudable que lo ocurrido durante un segundo puede suceder de nuevo y durante más tiempo, e hice cuanto pude por creerlo sin excederme. Al fin y al cabo, no tenía ni idea de por qué creía haber perdido a ese Steve para siempre, mientras que el otro, el bobalicón al que veía todos los días, el Steve abatido, tembloroso y arisco que también era mi hijo, parecía destinado a ser eterno. Habría sido mejor que ese Steve estuviera muerto, si tal cosa fuera posible sin tener que morir.

Parte de estos pensamientos me rondaban por la cabeza mientras esperaba a Cliff, sentado y bebiéndome un whisky. En nuestros anteriores encuentros ya había advertido que el Admiral Byron era frecuentado por peones escoceses, trabajadores de la construcción lo más seguro, muy dados a hablar a voz en cuello los unos con los otros, lo que no inspiraba demasiada tranquilidad. Sin embargo, parece ser que Cliff no había presenciado nunca una reyerta en aquel lugar, acaso por la razón que uno de los escoceses se molestó en explicarnos: a cualquiera con aspecto de buscar gresca le daban una buena paliza preventiva y lo echaban. Cambiaban de personal con frecuencia y solo el arrendador sabía lo que servían y dónde lo guardaban, aparte de lo que hubiera en los barriles. Pero, aun así, nadie habría dicho que era un local precisamente acogedor. Era enorme, como un hangar, y parecía el resultado de haber derribado los tabiques de más de una sala o, a juzgar por las diferencias de estructura y estilo de las diferentes zonas, de la fusión de bares distintos. Pero no tenía *juke box* ni máquina de frutas y, por lo pronto, como aún no habían llegado los escoceses, estaba relativamente tranquilo.

Cliff, siempre atareado, se presentó un poco más tarde de la hora acordada, quejándose como de costumbre y muy animado —también tenía esa costumbre—, esta vez a cuenta de los carriles de un solo sentido y del sindicato de los trabajadores del hospital, y añadió algo sobre un urólogo. Entonces, poco después, me miró, asintió con la cabeza varias veces y

suspiró.

—He descubierto a un genio llamado Sydney Smith —dijo—. Y no me refiero, ya te lo imaginarás, al puto viejo aquel, al mentecato.

—¿Qué puto viejo? ¿Qué mentecato?

Rezongó con disgusto.

—Claro, sigo olvidando que no has abierto un libro desde que dejaste la escuela, y bien pocos antes. Había en tiempos de Jane Austen un clérigo afectado y afeminado entrado en años... ¡Dios, en realidad eso da igual! El caso es que le llamaban Sydney Smith y mucha gente, gente como..., en fin, iba a decir Susan, eh..., creía que era la monda. Pero, como te acabo de decir, no me refiero a él. ¡Jesús! En todo caso, mi Sydney Smith escribió el tratado canónico sobre medicina forense, y supongo que tendré que...

—No, puedo hacerlo yo —dije—. Medicina legal. La medicina en relación con la ley.

—El tío es un genio. Y, naturalmente, en el tratado recoge un capítulo sobre las lesiones autoinfligidas.

—¡Oh!

—Sí, ¡oh! Explica que las lesiones reales, las provocadas con un cuchillo a alguien que intenta protegerse de su agresor, suelen localizarse en la mano, a veces en la muñeca, en el interior de la muñeca. Eso para empezar. Lo más característico de las autolesiones es que se infligen en una zona segura del cuerpo, salvo que estemos hablando de cortarse la garganta o algo así, y no en el interior de la muñeca, donde hay peligros como las venas, pero sí en el antebrazo, por ejemplo, la parte superior o exterior del antebrazo. —Mientras hablaba, hacía gestos ilustrativos por si nunca se me había ocurrido preocuparme por saber qué era un antebrazo—. Justo donde Susan, eh..., fue herida.

»Siguiente: el corte no suele penetrar lo que en la profesión denominamos la piel auténtica, es decir, la dermis, que en zonas así tiene una profundidad de dos centímetros más o menos. Como la herida de Susan. Además, el corte sigue la curvatura del cuerpo si la parte en cuestión es curva, y el antebrazo lo es. Eso, figúratelo, no ocurriría con una cuchillada auténtica. Me habría gustado examinarla mejor, pero me apuesto una fortuna a que es el caso de

la herida de Susan. Y, por último, aunque quizá sea lo más revelador, nunca he llegado a entender por qué estas heridas parecen tener siempre una o dos incisiones secas, como muescas vacilantes, incluso entre la brigada de los rebanagargantas. Yo las he visto. Había un par en el brazo de Susan. Así que eso es lo que hay. Y puedo decirte que me arriesgaría a mantener mi opinión frente a un jurado.

»Valiente idiota, ¿no te parece? Por no decir otra cosa. Uno pensaría que una mujer inteligente como ella las vería venir, que se daría cuenta de que algo acabaría delatándola. Pero se le ocurriría de repente, en un impulso. Está como un cencerro, como casi todas ellas. Al ver entrar deambulando al pobre Steve debió de pensar que era una oportunidad caída del cielo. ¡Qué jodida y maravillosa ironía, eh, que haya tenido que ocurrir esto para que Collings y su panda empiecen a cuidar de él como es debido en el Saint Kevin's! He hablado con un *paki* que trabaja allí...

—Sí. Nash ha ido.

—Estas desgracias son putadas que pasan... Ya lo sabes, Stan —dijo Cliff cuando vio que no tenía nada más que ofrecerle sobre Nash—. Es una pérdida de tiempo intentar explicarlas o sacar algo en claro de ellas.

—¿De qué estás hablando?

—De Steve, por supuesto. Me temo que no considero lo otro una gran desgracia... La marcha de Susan, quiero decir. —Al ver que no respondía, añadió—: Otra ironía, puestos a coleccionar jodiendas, es que después de conseguir su objetivo, quitarse de encima a Steve, no puede disfrutarlo. ¿Qué?

—Que no creo que fuera ese su objetivo. Creo que simplemente quería arrebatarse el protagonismo. —Quedó claro que Cliff me entendió al momento—. O eso pensé entonces. Pero ahora no estoy tan seguro de estar seguro. Es difícil ver la diferencia. Le contaré a Nash lo del brazo y el resto.

—Lo haré yo mismo, que tengo una charla pendiente con él. Recapitulemos. Te dejó porque pensó que creías que se había acuchillado a sí misma y que después dijo que había sido Steve, ¿cierto?

—La próxima vez, pon más atención. Me dejó después de decirme que sabía que lo pensaba. Se volvió... loca de rabia cuando creyó que había

descubierto, o que podía haber descubierto, aquella operación extremadamente arriesgada de la que tal vez había empezado a arrepentirse: por su insensatez, claro, no porque fuera una maldad ni por nimiedades así. Si la descubría, ¿eh?, quedaría retratada como una especie de monstruo. A todo esto, calculó que cualquier cosa que no fuera volverse loca de rabia sería peor que una negación timorata. Y, claro, a eso mismo la llevó su propia reacción, y no se dio cuenta de que una negación sin reservas no me convencería, ni a mí ni a ningún otro hombre. Pero entonces ya estaba loca de rabia. Debía de tenérmela guardada desde hacía tiempo y explotó de golpe. También estaba asustada... Tú mismo le dejaste ver que sospechabas de ella. ¿A santo de qué, por cierto?

—De eso mismo... Quería asustarla, espantarla. No sabía con qué me saldría la próxima vez. Mi intención era hacérselo ver a ella, no a ti, pero estaba de mala leche y la pifié, claramente. Es terrible cómo nos arrastró a su nivel, ¿verdad? Caramba, tú la conoces bien, Stan. Una pena que no te dieras cuenta antes, pero eso nunca nos pasa, a nadie. ¿Acabas de llegar a esa conclusión en estos minutos, justo ahora?

—No. Tenía el runrún todo el rato mientras me decía que la cosa era perfectamente real, cómo no iba a serlo. La mente de los hombres también tiene su aquel, ya lo sabes. Ah, y el resto fue... Se marchó como consecuencia de una escalada de la bronca. Además, habría sido un poco embarazoso quedarse en la misma casa después de las cosas que dijo.

—¿No crees que volverá por donde se fue? —preguntó Cliff un par de segundos más tarde.

—No. ¿Vivir con un hombre que piensa o sabe que hizo algo así?

—Fingirá que no lo piensas y que no lo sabes. Y tú harás lo mismo. Nunca ocurrió. Más fácil que guiñar un ojo.

—Dijo unas cosas...

—Ese es tu problema. Estaba enfadada, ¿verdad?, después de que la atacaran con un cuchillo. ¿Quién no lo estaría?

—No va a volver...

Fui a por más bebidas. El local iba llenándose, aunque más en el otro extremo, en una zona que parecía la sala de espera de una estación de tren

anticuada. Al pedir las consumiciones, la putilla del pelo verde —un centímetro que le recubría toda la cabeza— me interrumpió con un «¿perdona?» casi en cuanto abrí la boca. Cuando era niño solían esperar un poco si no cogían las primeras palabras al vuelo y probaban más tarde. En todo caso, tuve mejor suerte al segundo intento y al menos supo encontrar la botella de Famous Grouse.

Cliff parecía pensativo.

—Según contó un tío en la tele la otra noche —dijo—, un veinticinco por ciento de los delitos violentos en Inglaterra y Gales son agresiones de hombres a sus esposas. Es una cifra sorprendente, ¿no te parece? Yo habría dicho que rondaría el ochenta por ciento, algo así. Esto viene a demostrar que los esposos británicos son de trato fácil, solo uno de cada cuatro pega a su mujer. No, no es eso, claro que no. Pero hay algo curioso en esto de atizar a la mujer. Nunca nadie se pregunta qué habrán hecho o dicho ellas. Son siempre mujeres corrientes, temerosas de Dios, a las que les ha tocado en suerte un marido maltratador. Ocurre lo mismo con los prejuicios raciales. Aquí viven muchos tipos de otras razas que no se meten donde no les llaman, que valen su peso en oro y que son incapaces de hacerle daño a una mosca, pero una caterva de chavales prejuiciosos se da mucha prisa en discriminarlos. No me jodas... ¡Qué tremenda injusticia!

—El origen del problema —dije— es que nos las queremos beneficiar... Me refiero a las mujeres, a las guapas. Suponte que te ocurriera a ti, que todo el mundo quisiera beneficiársete allá donde fueras. Y que todos, por supuesto, estuvieran dispuestos a darte la paga si tu padre ya no lo hiciera. Tendrías que ser muy duro para resistirte, ¿no crees? Es más, las mujeres solo quieren una cosa de los hombres, que se las quieran beneficiar. En ese caso pueden joderlos. ¿Estoy borracho? Lo que intento decirte es que si quieres beneficiarte a una mujer, ella te puede joder. Y si no quieres beneficiártela, te jode igualmente por no haber querido.

—Leí en alguna parte que una estrella de cine de Hollywood —dijo Cliff—, no recuerdo quién porque ocurrió hace años, iba haciéndose mayor, pero aun así asistía a muchas fiestas... Pudo ser Madeleine Carroll... Bueno, el caso es que una noche fue a una y nadie se le insinuó, así que volvió a casa

y se tomó una sobredosis. En realidad, fue un poco como volver al candelero, estoy de acuerdo.

—Antes sentían la necesidad de un algo, de una provocación —dije—, pero al parecer ahora creen que cuando les viene en gana pueden dedicarse a joderte. Para eso sirve la liberación de la mujer.

—Y va a peor —dijo Cliff—, ahora compiten en condiciones de igualdad en muchos ámbitos, pero siguen quedando por detrás de los hombres. Ni tan siquiera son capaces de parir a un puñado de malabaristas decentes. Como con el asunto de la raza, una vez más.

—Dicen que la gente se casa con la misma persona una y otra vez —repuse—. En fin, los hombres lo hacen, sin lugar a dudas. No quedan más sexos.

—Es inútil decirle nada a una mujer —dijo Cliff al fin, y se bebió el vaso. Esperé, pero no continuó.

—¿Cuándo qué?

—¿Cómo?

—¿Que es inútil decirle nada a una mujer cuando qué? ¿O salvo qué?

—Cuando nada. Siempre es inútil.

Tomamos otro par de tragos y llegamos bastante achispados a casa de los Wainwright, en Holland Park, aunque tardamos dos minutos en dejar de estarlo. Sandra parecía mosqueada por alguna razón. No habría sabido decir en qué se distinguían de otras veces sus modos, el tono, la expresión ni nada; no parecían diferentes, o no ostensiblemente, y así y todo saltaba a la vista. Podría haberme dado cuenta desde cien metros de distancia. Ya lo creo. Cualquier tipo como yo habría podido. Cualquier tipo como yo estaba destinado a verlo. Alguna vez me he preguntado si las mujeres piensan que los hombres nos creemos que realmente tratan de guardarse para sí sus sentimientos en situaciones así, pero si llegaras a saberlo, podrías destruir el mundo.

Yo lo vi nada más llegar, a solas durante medio minuto, porque Cliff se había escapado al baño del vestíbulo para mear. Sandra me abrazó con todo el afecto que se le prodiga a la víctima de una violación reciente.

—Cliff me ha contado que Susan te ha dejado —dijo—. Debes de estar muy disgustado.

—Sí, bastante. —Me pregunté cómo me habría hablado, y qué cara habría puesto, si me hubiera dicho que Susan se merecía la enhorabuena y que el disgusto o lo que quiera que sintiera entonces acabaría haciéndome bien.

—Supongo que tanto monta, monta tanto—dijo, en alusión a la descarada farsa que sin duda urdiría para soltar en público a quien quiera oírme—. Así suele ser.

—Probablemente.

—Me imagino que te apetecerá un trago. —Para acompañar al decimocuarto que sin duda llevaba dentro.

—Bueno...

Cliff regresó. Mientras Sandra le preguntaba si nos habíamos divertido en el bar y él respondía que sí, gracias, le vi advertirlo y preguntarse qué había podido hacer, pensar en algo, pensar que no, claro que no, por el amor de Dios, y terminar resignándose. Me miró con los ojos abiertos como platos sin decir nada. Tampoco yo abrí la boca. Ninguno de los tres dijo nada, casi literalmente, hasta que Sandra se fue a la cocina. Cuando Cliff se aseguró de que no estaba rondando por allí, se dispuso a contarme algo, pero entonces sonó el teléfono.

Él cruzó la sala y respondió.

—Sí —dijo, y me tendió el auricular con el rostro en blanco y carente de emociones.

—Stanley, gracias a Dios que estás ahí. —Era la voz de Susan, tirante pero tranquila—. Iba a darme por vencida si no te encontraba. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

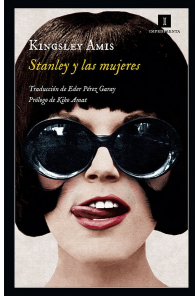
—¿Por qué? —pregunté.

—Bueno, por todas esas cosas espantosas que te dije.

—Ah, por esas cosas...

Mientras se apresuraba a darme cuenta de lo desesperada, lo asustada y lo enfadada que había estado, y de esto y de lo otro, me volví hacia Cliff, que elevó fugazmente la barbilla como es costumbre en el sur de Londres para decir «Te avisé» o «Volvemos a las andadas» o «Quién coño lo habría pensado». Juraría que ese gesto significa lo mismo en otras partes. En el mundo entero, tal vez.

Stanley y las mujeres



Stanley Duke se adentra plácidamente en la edad madura. Nada parece importunar su vida acomodada hasta que, de repente, su hijo Steve se vuelve loco. A partir de ese momento, Stanley se ve acosado por las mujeres que le rodean: Nowell, su primera esposa, actriz televisiva y reina del drama; su mujer actual, Susan, una escritora reputada que no se muestra muy solidaria ante el descenso de Steve a la locura; la madre de Susan, una esnob con título que le mira como si fuera un arribista; o Trish Collings, una psiquiatra manipuladora y tornadiza que sugiere que el culpable de la esquizofrenia de su hijo es el propio Stanley. A medida que todas ellas van comiéndole la moral, Stanley empieza a preguntarse si la insensatez no es algo con lo que todas las mujeres lidian en su vida.

Kingsley Amis Nació en 1922 en Londres. Cursó estudios en el St. John's College de la Universidad de Oxford. Su primera novela, *Lucky Jim* (1953), influyó en el grupo de dramaturgos y novelistas británicos que acabarían siendo conocidos como los Jóvenes Airado. Otras obras suyas son *Una chica como tú* (1960), *El hombre verde* (1970) y *El caso de Jack* (1979). En una etapa posterior, coincidiendo con su segundo matrimonio, publicaría *Stanley y las mujeres* (1984) o *Los viejos demonios* (1986), con la que ganó el premio Booker de aquel año. En 1990 le fue concedido el título de sir. Falleció en Londres en 1995.

Título original: *Stanley and the Women*

Edición en ebook: mayo de 2018

Copyright © 1984. The Estate of Kingsley Amis/ all rights reserved

Copyright de la traducción © Eder Pérez Garay, 2017

Copyright del prólogo © Kiko Amat

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Corrección: Susana Rodríguez

Equipo técnico: Nerea Aguilera y Sonia Antón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 9788417115258

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PORTADA

STANLEY Y LAS MUJERES

PRÓLOGO

STANLEY Y LAS MUJERES

1. ECLOSIÓN

2. EVOLUCIÓN

3. RECAÍDA

4. PRONÓSTICO

ÍNDICE

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE KINGSLEY AMIS

CRÉDITOS



IMPEDIMENTA

KINGSLEY AMIS

Stanley y las mujeres

Traducción de Eder Pérez Garay

Prólogo de Kiko Amat

